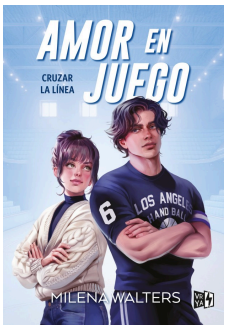
AMOR EN JUEGO

CRUZAR LA LÍNEA



MILENA WALTERS

VR YA



"No puedo permitirme sentir atracción por él.
Rhett es intocable.
Una línea que no puedo cruzar".

"Lo que me pasa con Becca está mal.
Es la novia de mi mejor amigo.
Pero está volándome la cabeza".

Becca divide su tiempo entre su trabajo en un bar de Los Ángeles y la universidad, lo que casi no le permite ver a su novio, Sebastian, ni tener una vida social con demasiados sobresaltos.

Por eso, lo que menos espera cuando pelea con un extraño en una discoteca –uno inmenso, de ojos azules, al que la camiseta húmeda se le pega divinamente a su cuerpo marcado– y le tira su bebida encima, es que ese cretino resulte ser… el mejor amigo de Sebastian.

Rhett tiene solo un propósito en mente: tras una lesión que casi le cuesta su carrera, está listo para demostrar su valor y entrar a la selección nacional de handball. No necesita distracciones.

O eso piensa, hasta que la mujer de sus sueños lo baña en vodka en una discoteca y se lo come con la mirada. El problema es que esa es Becca, la novia de su mejor amigo. Y no puede evitar morirse por ella.

Divididos entre la lealtad y el deseo, Becca y Rhett pondrán en juego todo lo que les importa.

Pero hay líneas que vale la pena cruzar.



MILENA WALTERS

Nació en Buenos Aires y estudia Edición en la UBA. Desde chica alimentó su amor por la escritura llenando diarios íntimos con secretos y reflexiones. Hoy convierte ese impulso en novelas donde el deseo, la tensión y las decisiones difíciles son protagonistas.

Fan de los días nublados y *The Office*, encuentra en los *enemies to lovers* el lugar ideal para explorar conflictos, chispazos y emociones que ponen a prueba corazones y decisiones.

Amor en juego es su primera novela publicada y el punto de partida de un sueño largamente acariciado: contar historias que despierten emociones, enamoren y dejen al lector queriendo más.

Podés encontrarla en redes como **@milenawalterswrites**, generalmente con un café en mano y mil ideas en la cabeza.

AMOR EN JUEGO

CRUZAR LA LÍNEA



MILENA WALTERS

VR YA!

Dedicado a mi mamá, mi papá y mi hermana.
Por favor, cierren el libro si no quieren traumarse de por vida.



Para aquellas lectoras que se atreven a cruzar la línea
por un hombre que juega para ganar.



PLAYLIST

Style - Taylor Swift
The Night We Met - Lord Huron
The Alchemy – Taylor Swift
Does He Know? - One Direction
imgonnagetyouback - Taylor Swift
Irresistible - Fall Out Boy
Apologize - One Republic
King Of My Heart - Taylor Swift
I Knew You Were Trouble (Taylor's Version) - Taylor Swift
Bad Liar - Selena Gomez
So High School - Taylor Swift
Steal My Girl - One Direction
The Prophecy - Taylor Swift



1

BECCA

YA HE PERDIDO COMPLETAMENTE MI JUVENTUD. NO ME QUEDA MÁS QUE aceptarlo.

No sé a quién quise engañar cuando me puse este vestido, tomé el primer vaso de vodka –que, debo admitir, empezó a marearme desde el primer sorbo– y me dije a mí misma que salir de fiesta esta noche sería una buena idea.

Lo haces por Jack. Lo haces por Jack.

Uf, a quién engaño. Jack está besándose con un chico preciosísimo del otro lado de la discoteca, apenas ha notado mi presencia en más de media hora.

Al menos Harper sigue aquí conmigo, bailando frente a mí, básicamente perreándome.

Me alegra saber que ellos se están divirtiendo. Sobre todo Jack, después de todo, la razón por la que los tres estamos aquí es que hoy es su cumpleaños. O ayer. Honestamente, no sé qué hora es.

Chequeo mi celular después de preguntarme eso.

Ay, mierda. Son las tres de la madrugada.

Tengo clase exactamente en…

Cuento con los dedos.

Seis horas.

Perfecto.

Aprovecho el instante en que mi teléfono está encendido para asegurarme de no tener mensajes de mi jefe, a quien, por tercera vez este mes, le *rogué* que me diera el día. Espero alguna respuesta pasivo-agresiva a mi texto en el que le aviso que me lo tomaré y que lo descuente de mis pocos días de vacaciones, pero al notar que tan solo me ha clavado el visto, me relajo.

Bueno, no como tal. Seguramente el lunes deba aguantar todo un sermón. Y tiene razón. A este punto, quizás llegue fin de mes y yo no vea ni un centavo. Y *mierda* que lo necesito.

La Universidad de California es tan prestigiosa como costosa.

Tendría que estar en el bar si quiero seguir pagando mi carrera, pienso o, mejor dicho, me *torturo*.

Una vez más, desbloqueo mi teléfono mientras mis pies se mueven a un compás muy diferente al de la música atronadora que ha estado rompiéndome los tímpanos desde la medianoche, y le doy un sorbo al vaso de vodka con jugo que tengo entre las manos.

No recordaba que el alcohol fuera tan fuerte.

Eres toda una anciana, Rebecca Moore.

–¡Becca! –exclama Harper, que ahora está tomando del cuello a una chica rubia y hermosa para bajar hasta el suelo junto a ella.

Quito la vista de la aburrida pantalla de mi teléfono para observarla.

–¡¿Qué?! –grito con la intención de que la música no cubra mi voz. Probablemente no lo haya logrado.

–¡Te amo! –contesta mi tan hermosa amiga ebria.

No puedo evitar lanzar una carcajada. Harper ebria se vuelve un osito cariñosito. Nadie pensaría que es una boxeadora profesional que ha ganado cientos de campeonatos nacionales.

–¡Yo a ti! –grito y le lanzo un beso.

Ella lo recibe y hace la seña de que se lo guarda en su teta izquierda. Me rio.

Trato de divisar a mi otro amigo, pero la discoteca está repleta. Apenas tengo espacio para moverme un milímetro. No cabe ni un átomo más en este lugar, y los de seguridad de la entrada se empeñan en dejar pasar a más de estos niños ricos que estoy *segura* de que mañana no deben despertarse temprano a estudiar o trabajar.

No me molesta que Jack tenga dinero, pero a veces los lugares que frecuenta simplemente no son para mí.

La pantalla de mi teléfono se ilumina y me emociono al creer que es una respuesta de Sebastian a la foto que le envié con mi outfit para esta noche.

Mi ilusión cae en picada cuando veo que solo es una notificación de alguien que está haciendo un video en directo. Bufo, bloqueo el teléfono y fuerzo una sonrisa cuando veo que Harper me está mirando.

Sebastian Harris es mi novio desde hace ya seis meses, pero no hay momento en que no espere con ansias un texto suyo o una llamada, sobre todo cuando le envío fotos mías.

No me considero una mujer fea, pero Sebastian es como un dios griego, una obra de arte, un cuadro de belleza masculina.

Siempre que lo veo, me quedo perdida en sus ojos verdes –que más de una vez me han hecho poner de rodillas… Detalle que,

pensándolo bien, voy a omitir–, en su cabello rubio, en su rostro perfecto tallado por los mismos dioses y en su cuerpo completamente atlético.

Mi mejor amiga parece notar *enseguida* mi decepción. No es la primera vez que estoy pendiente de mi teléfono, esperando noticias de Sebastian, y no recibo ni siquiera un mensaje de texto.

–¡A la mierda con el *idiota*! –dice, sobrepasando la música y haciendo un gesto con la mano–. ¡Tú disfruta de la noche!

Me rio y ruedo los ojos, suspirando.

Estoy a punto de contestarle cuando alguien me da un –muy fuerte– empujón en la espalda, que hace que me tambalee hacia adelante y que vuelque un poco de vodka en mi vestido.

Puta madre.

Este es uno de los pocos vestidos nuevos que tengo.

Maldigo entre dientes y sacudo la mano para quitar de mis dedos el hediondo líquido que hace siglos no bebo.

Me doy la vuelta enseguida para enfrentar a quien sea que me haya empujado de esa manera.

A escasos centímetros de mí se encuentra el culpable, que parece no haberse dado cuenta de que me empujó... o bien no le importa en lo absoluto haberlo hecho.

Está mirando en dirección opuesta a mí, por lo que lo único que puedo ver es la espalda exageradamente ancha de un hombre de cabello negro oscuro, camisa negra y una altura *descomunal*. Está bailando con una mujer pelirroja, cuyo vestido probablemente cuesta más que todo mi apartamento.

Al parecer, ninguno de los dos ha notado que acaban de empujarme, dado que están demasiado ocupados *metiéndose la*

lengua hasta la garganta el uno al otro.

Por poco dejo escapar una arcada.

En ese momento, la enorme espalda del chico vuelve a impactar, esta vez, contra mi pecho, y me tambaleo hacia atrás.

–A la mierda –murmuro para mí, y cuando consigo recuperar el equilibrio, le toco el hombro al *idiota* que está dejándome sin bebida en el vaso, que está haciendo que ensucie todo mi vestido y que quizás me haya generado un hematoma en la espalda.

Debo tocarlo de nuevo porque, a la primera, no se voltea. Implemento más fuerza de la necesaria esta vez.

Al fin, se da la vuelta.

Me encuentro con unos ojos azules que me observan con desdén desde arriba. Es tan alto que debo alzar la cabeza para hacerle frente. Sus ojos se entrecierran con duda y, parece, algo de frustración. Quizás le molesta que haya interrumpido su *cogida con ropa* a esa preciosa chica que también me mira mal.

Por un momento, sus ojos fijos en los míos me cortan la respiración, pero enseguida me recupero.

–¿En qué te ayudo? –pregunta con voz muy fuerte para sobrepasar la música.

Su novia, o quien quiera que sea, me observa con las cejas levantadas mientras se aferra con más fuerza al pecho –ahora noto, completamente tonificado– del hombre de ojos claros y cabello oscuro casi negro, como si creyera que estoy tratando de robárselo o algo así.

–Estás empujándome –digo con firmeza, y mis ojos se desvían hacia la pelirroja–. Ambos –me corrijo, turnándome entre señalarlo a

él y a su ligue. La *torre* de ojos azules alza las cejas–. ¿Podrían hacerse a un lado?

Intercambian una mirada cómplice con la que, estoy segura, están insultándome en silencio, y los dos vuelven a observarme.

El pelinegro simula echar un vistazo a toda la discoteca y a la cantidad de gente que nos rodea. Luego, regresa a mis ojos.

–¿Y dónde sugieres que vayamos? –pregunta con… *¿sarcasmo?* ¿Acaso está vacilándome?

–No lo sé. No es mi problema. Pero lejos de mí y de mi pobre espalda.

Ojitos claros abre la boca y suspira. Después, niega con la cabeza y rueda los ojos.

–Búscate un problema honesto –dice, volviendo a girarse junto con su chica.

¿Disculpa?

–¡¿Disculpa?! –espeto, obligándolo a que vuelva a mirarme–. ¡Estás empujándome! ¿Acaso te gustaría que alguien viniera y te empujara, que te hiciera derramar bebida en tu vestido y en tu teléfono?

–No uso vestidos.

Por un momento me quedo procesando esa oración. Parpadeo repetidas veces. Sacudo la cabeza.

–Mira, "ojitos claros" –digo, señalándolo con el dedo índice–, no tengo por qué soportar que la Torre Eiffel esté empujándome por estar muy ocupado haciendo lo imposible por tener *su primera vez* esta noche. Así que, ahora, *muévete*.

Me parece ver cómo sus labios *casi* se curvan en una leve sonrisa al oír lo que digo. Aparentemente, acabo de joder su *momento de*

seducción, porque la pelirroja decide decirle algo al oído y luego largarse con la peor de las caras.

Ahora solo somos el idiota y yo.

Bueno, y todos los que nos rodean.

Transcurren segundos, o minutos, o quizás apenas milésimas… no lo sé, pierdo la noción del tiempo, en los que solo me mira a los ojos con… ¿diversión? ¿Enojo? Ni idea, esos iris azules y esas pupilas dilatadas son imposibles de descifrar.

De repente, siento como si mis rodillas perdieran fuerza.

–Imagino que no tienes novio –dice entonces.

Ahora estoy mareada.

–¿Qué? –Mi voz se escucha más aguda de lo planeado.

Ojitos claros sonríe, altanero.

–Que no hay chances de que tengas novio.

–¿Por qu…?

–Eres insoportable.

Por un momento, me quedo tiesa. Boquiabierta. Mirándolo a los ojos.

¿Qué carajos dijo?

Parpadeo varias veces. Estupefacta.

¿En serio este idiota acaba de llamarme insoportable?

–¡¿Pero tú quién mierda te crees que eres?! –vocifero.

El imbécil se muerde el labio con ironía, disfrutando de mi enojo. Eso me molesta aún más. Ver que está ahí, tranquilo, como si nada, observando cómo mi rostro pasa de ser pálido a rojo, como cada vez que me enfado.

–Entonces tengo razón –dice como para sí mismo, afirmando con la cabeza–. No tienes novio.

No sé en qué momento ni por qué lo hago, pero de un instante a otro, la camisa del imbécil queda completamente *empapada* cuando… le arrojo el vodka que tengo en el vaso.

Qué maduro de tu parte, Becca, tirarle alcohol encima a un extraño.

Por un instante, el tiempo parece detenerse.

Puedo sentir el calor de la *vergüenza* mezclado con el del *enojo* ardiendo en mis mejillas mientras observo su rostro sorprendido ante mi acto impulsivo.

Su mirada se oscurece y una chispa de diversión cruza sus ojos. Levanta las manos, viéndolas cubiertas de alcohol, y las sacude hacia abajo.

Luego, me clava una mirada intensa, penetrante.

–¿En serio? –dice con voz baja.

Mi respiración se vuelve errática cuando lo veo.

La camisa empapada resalta su físico tonificado, cada abultamiento muscular y cada línea marcada se destaca de manera prominente bajo la tela húmeda.

Mi pulso se acelera en mi garganta y se me corta el aliento. Soy incapaz de dejar de mirar cada músculo que se exhibe a través de su camisa empapada.

Estoy observándolo con mucha más atención de la que me gustaría admitir.

Siento un *intenso* calor en mi entrepierna y es entonces cuando reacciono.

No puede ser. No puede ser.

¿Qué carajos ocurre conmigo?

–¿Te gusta lo que ves? –su voz ronca me saca de mi trance y levanto la vista para encontrarme con una sonrisa burlona en sus labios.

Mis mejillas arden, pero no puedo apartar la mirada de su torso mojado, de la forma en que sus músculos se tensan con cada movimiento.

No soy capaz de articular una respuesta. Las palabras se me atascan en la garganta.

Él da un paso hacia adelante, acortando la distancia entre nosotros, y puedo sentir su calor y el aroma del alcohol mezclado con su colonia.

–Lo… –titubeo como una idiota. Mis ojos no pueden evitar desviarse una y otra vez a su cuerpo. *Por Dios, Becca, detente*–. Lo *odio*.

–Tus ojos dicen otra cosa.

Su mirada baja lentamente por mi cuerpo, evaluándome con diversión y algo más… provocador.

La intensidad de su atención me hace sentir como si estuviera desnuda.

–¿Q-qué… carajos dices? –espeto con voz temblorosa.

Él continúa recorriéndome con la mirada, hasta que se detiene en mi rostro. Clava sus ojos en los míos y una sonrisa arrogante curva sus labios.

Se inclina un poco más hacia mí, su aliento cálido roza mi mejilla y envía escalofríos por mi espalda.

Me quedo inmóvil. Él sostiene mi mirada con la suya.

–Deberías limpiar esto –dice finalmente.

Sus palabras están cargadas de doble sentido y siento que mi pecho va a estallar.

–Me das *asco*. –Intento que mi voz suene más firme de lo que me siento por dentro.

–Pues tú me pareces jodidamente *preciosa*.

Me quedo recalculando, viéndolo a los ojos cuando suelta esas palabras. Sonríe una última vez y me guiña el ojo sutilmente.

Sin más, se da media vuelta con serenidad. Despacio, sin prisa.

Y regresa con su grupo de amigos, donde la chica pelirroja lo espera de brazos cruzados y una clara expresión de sorpresa por verlo totalmente empapado.

Él va hacia ella. La toma del culo. La besa con pasión.

Me mira.

Me mira mientras la besa.

Desvío la vista tan rápidamente como soy capaz. El corazón no me deja de latir desbocado en el pecho y siento un sudor frío cayendo por mi frente.

Maldición.

¿Quién carajos es este hombre?



Paso todo el siguiente día insultándome por no haber reaccionado de otra manera.

He estado pensando insultos que podría haber dicho en la discusión que tuve con el *idiota* anoche. Estuve maldiciéndome a mí misma por mi falta de ocurrencia en el momento de la discusión desde que salí de mi última clase de Estadística en Psicología.

–Y su respuesta fue "eres insoportable" –imito la voz del idiota usando un tono mucho más grave que el mío–. *Agh*. ¿Puedes creerlo? Debí haberle roto la nariz.

Sebastian ríe desde su cama de dos plazas, que es más grande que todo mi living, y se recuesta sobre sus antebrazos para observarme mientras me maquillo frente a su espejo de cuerpo entero.

–¿En serio vas a preocuparte por la opinión de un extraño? –pregunta mi novio, y admito que me quedo embobada viendo cómo su bíceps de jugador de handball se tensa bajo su nuca.

Termino de colocarme la máscara de pestañas y luego despeino mi flequillo para darle algo de volumen. Lo miro a través del espejo y me muerdo el labio inferior con histeria.

–No, por supuesto que no. –Niego rotundamente–. Pero conozco a ese tipo de idiotas. Van de altivos por la vida, creyendo que son los reyes del mundo e importándoles un carajo alguien más que ellos mismos.

–No lo veo mal.

–Entonces tú también eres un idiota.

Mi novio ríe, pero a mí no me causa ni una pizca de gracia.

Confieso que aún estoy un poco molesta por su irresponsabilidad de anoche. Estuve una hora esperándolo afuera de la discoteca, congelándome y muriéndome de sueño, porque había prometido venir a buscarme.

Y, claro, no apareció.

Dijo que se quedó dormido, pero esto ya ha pasado antes. Varias veces me ha dejado plantada a la salida del bar, a las dos de la

madrugada, porque había dicho que iría a buscarme y luego no me contestaba los mensajes ni las llamadas.

He gastado cientos de dólares en Uber porque él se olvida de ir a recogerme cuando promete hacerlo.

Empiezo a creer que simplemente *no tiene ganas de ir a buscarme.*

Sebastian se levanta y me rodea la cintura por detrás. Luego, deposita un beso en mi cuello que me hace estremecer.

–Lo siento –digo en un suspiro, con voz más suave–, estoy estresada, tengo sueño... Y ni hablar de que estoy nerviosa por esta noche. Todo se mezcla –hago movimientos circulares con mis manos cerca de mi pecho– y me pongo… *así*.

Sebastian sonríe con sus labios rozando mi cuello.

–Relájate, Becks. –Intenta calmarme–. Todo saldrá bien. Les caerás bien.

Dejo escapar un suspiro y asiento varias veces con la cabeza, tratando de convencerme de que lo que dice es cierto.

Conocer a su grupo de amigos es un paso muy grande en nuestra relación. Sebastian quiso presentármelos antes pero, si voy a ser sincera, me costó varios meses prepararme psicológicamente para conocer a un grupo de *ricachones* que, sostengo, me harán sentir como sapo de otro pozo.

Sin embargo, me digo a mí misma que esto es importante para Sebastian, que lo hago por él, y que trataré de pasarlo lo mejor posible.

Cuando termino de prepararme, le doy un corto beso en los labios y nos apresuramos en subirnos a su vehículo.

Ya vamos tarde. Increíble comienzo de noche.

Enciendo el Bluetooth y atino a poner mi playlist de Taylor Swift. Sebastian se da cuenta de mi intención y niega con la cabeza. Suspiro, ruedo los ojos y le entrego el teléfono para que ponga lo que quiera, resignada.

Observo hacia afuera por la ventana, a las luces y los edificios de la ciudad de Los Ángeles de noche, tratando de respirar hondo y tranquilizarme.

–Finalmente conocerás a Rhett –dice él entonces desde el asiento del conductor. Giro la cabeza en su dirección para mirarlo–. A él le he hablado de ti como a nadie.

Rhett Coleman.

El mejor amigo de Sebastian.

No lo conozco, he visto alguna que otra foto suya –o mejor dicho, de sus abdominales, porque eso es todo lo que publica en sus redes sociales– pero nunca en persona. Lo único que sé de él es que sus padres son Alexander y Madeleine Coleman, los empresarios automovilísticos más famosos de Los Ángeles, y que es el capitán del equipo de Handball del que Sebastian forma parte.

Ah, y que ha jugado varias veces para clubes europeos.

–¿Y si me cae mal? –pregunto, con tono burlón… aunque no siendo *tan* irónica.

–¿Por qué te caería mal?

Me encojo de hombros.

–Tal vez resulta ser un idiota.

Mi novio sonríe mientras niega con la cabeza.

–Se caerán bien, créeme. –Hace una pausa–. Ah –continúa–, Ashley también estará allí. Me ha dicho que quiere conocerte desde la primera vez que le conté acerca de ti.

Finjo una sonrisa con todas mis fuerzas.

Sí, conozco a Ashley Hawthorne. Solo por fotos, pero no necesito nada más para saber que es una de las mujeres más hermosas que he visto en toda mi vida.

Aunque también parece ser la típica chica que me haría *bullying* en la preparatoria.

Me obligo a quedarme callada. No quiero que Sebastian crea que no tengo muchas ganas de ir.

A pesar de que así sea.

Debería estar estudiando, pienso.

O en el bar si no quiero que mi jefe me eche a patadas.

En menos de una semana he usado todos los días compensatorios que he estado acumulando durante más de un año.

Genial.

Minutos más tarde, estamos estacionados frente a una casa inmensa, iluminada y moderna. Los amigos de mi novio ya están adentro y, según Sebastian, el anfitrión es el famoso *Rhett* del que me ha hablado cientos de veces.

Sé que tiene dinero, pero, *guau,* la *mansión* frente a mis ojos es completamente de ensueño.

Trago saliva, y mi novio me guía hacia la puerta de entrada con toda la naturalidad del mundo. Entra como si fuera su casa, sin siquiera tocar antes. Dejamos atrás un jardín repleto de flores para sumergirnos en un living con una vibra cálida y reconfortante.

Todo en este lugar grita "soy millonario y quiero enseñarlo".

Justo en ese momento, una chica de cabello castaño salpicado de mechones dorados, cruza por delante de nosotros y rompe la

fascinación que me mantenía observando todo con la boca entreabierta.

–¡Seb, hola! –dice con emoción, y le da un abrazo a mi novio.

–Ey, Nicky –contesta él, saludándola con un beso en la mejilla.

Casi me siento invisible hasta que los dos se separan y *Nicky* me ve detrás de Sebastian, cual mascota asustada que se refugia en su dueño.

–¡Hola! –exclama ella, quien es, asumo, una de las amigas de mi novio–. Tú debes ser Becca. Encantada, me llamo Nicole. ¡Qué bueno que estés aquí!

Nicole me da un beso en la mejilla antes de que tenga tiempo para contestarle. Le sonrío. Su energía parece genuina, así que mis nervios se disipan… Al menos hasta que otra chica, a quien sí conozco, aparece en escena.

Ashley Hawthorne.

Uf, es aún más hermosa en persona.

Sebastian no tarda en abrazarla y levantarla unos cuantos centímetros del suelo. Debo ignorar los celos que se acumulan en mi pecho al presenciar la *performance* en primera fila.

–¡Te extrañé, *pequeño*! –exclama Ashley mientras mi novio vuelve a dejarla en el suelo… de donde jamás debió haberla quitado.

Su vista se desvía hacia mí. Trago saliva, los nervios regresan. Está vestida con una falda y un top blancos con brillos. Luce preciosa, en serio.

Pero sus vibras no lo son.

–Becca, ¿cierto? –pregunta sin *ningún* tipo de interés, y sin *ninguna* intención de disimularlo.

Me señala con el dedo, frunciendo el ceño.

–Ajá –contesto, forzando una sonrisa para no lucir intimidada–. Hola, gusto en conocerte, Ashley.

Me esfuerzo por ocultar mi incomodidad.

Finalmente, se me acerca y me da un *seco* beso en la mejilla. Se aparta de mí en menos de un segundo y me clava una mirada de arriba a abajo.

Nicole se acerca a ella, le dice algo con la misma emoción con la que me saludó, y luego ambas se dirigen hacia otra zona del living.

Supongo que esa es nuestra invitación a pasar… ¿no? *¿Dónde está el dueño de la casa?*

–Ey, tranquila –dice Sebastian, colocando una mano con delicadeza en mi espalda, ahora al descubierto por la blusa que llevo puesta. Me doy cuenta de que mi atuendo es mucho más informal que el de Nicole y Ashley. *¿Había un código de vestimenta del que no estaba enterada?*–. Relájate. Estás pálida.

–Estoy bien… *pequeño* –termino con ironía, imitando el apodo, y la voz, de Ashley.

Él revolea los ojos ante mis evidentes celos. No soy celosa. Si existe alguien que *repudia* los celos, soy yo. Pero, por favor, ¿"pequeño"? Tiene veintitrés años y mide más de un metro ochenta y cinco. No es *pequeño*.

Ese apodo ni siquiera tiene sentido.

Sebastian me guía hacia el interior del living, donde están el resto de sus amigos sentados en sofás de terciopelo gris alrededor de una mesa de vidrio central.

¿Todo aquí es así de lujoso?

–Miren quién llegó –exclama uno de los chicos cuyo cuerpo está *desparramado* en el sofá. Abre los brazos, y se levanta como si

todos sus músculos le pesaran. No he notado hasta ahora que en la mesa hay varias botellas de alcohol. De un muy, muy, caro alcohol.

Creo que estoy sonriendo. O no. No lo sé. Juro que estoy intentándolo.

Mi novio me acerca a ellos, al centro de la reunión. Ashley me observa durante un segundo, y luego vuelve a hablar con Nicole. Dios, esa chica me intimida *mucho*.

–Becca, él es Liam. –Señala al muchacho de ojos marrones y cabello castaño, que ya está de pie y me da un abrazo amistoso como saludo. Tiene varios tatuajes en los brazos y uno que apenas se asoma por su cuello–. Y él, Connor. –Un chico un poco más bajito, rubio y de ojos avellana, que también me sonríe y me da un beso en la mejilla.

–Encantada –digo, esta vez, sonriendo genuinamente.

Intercambio una sonrisa con mi novio. Es obvio que me veo –y me siento– un poco más tranquila ahora.

Dejo escapar aire que ni siquiera he notado que estaba reteniendo, y consigo relajarme mucho más de lo que podría haber suplicado.

Bien.

Todo va bien… ¿Cierto?

–¿Dónde mierda está Rhett? –le pregunta Sebastian a Liam, quien ya ha vuelto a desparramar su cuerpo en el sofá y a beber algo de su vaso.

¿Para la gente rica es normal tener invitados y no estar presente a la hora de recibirlos?

–En la cocina. Está haciendo una segunda ronda de tragos.

Mi novio asiente, no antes de quitarle de un tirón el vaso a su amigo y llevárselo a la boca para tomar el resto de la bebida. Esto le cuesta un reproche y un insulto de Liam. Connor ríe. Oigo a Nicole y Ashley murmurar "idiotas".

Es un grupo agradable, ¿no?

Ahora solo queda conocer al famoso Rhett.

Sebastian me guía hacia la cocina de la casa de su amigo. Entro a su lado con cierto cuidado, con miedo de romper algo, cualquier cosa, en esta casa. Todo luce tan delicado que incluso me apena tener que pisar el suelo.

El tal Rhett está de espaldas a nosotros, sacudiendo en el aire la coctelera justo antes de verter el contenido en las finas copas de vidrio encima de la mesa alta. Literalmente tiene un bar. Licores, vodka, ron… Y banquetas. Hasta tiene banquetas.

Es más grande que la barra del bar en donde trabajo, y eso que Oasis es un lugar *superlujoso.*

Mi novio se adelanta y se acerca a él. Yo lo sigo, aunque sin saber muy bien qué hacer y creyendo que esa *espalda* me resulta bastante familiar, pensamiento que quito al instante de mi cabeza.

Rhett no nos ha escuchado entrar, aparentemente. Tiene sentido. En el living la música suena tan fuerte que temo que las copas revienten.

–Qué pasa, hermano –lo saluda Sebastian, apoyando la mano en el hombro de su amigo, que le lleva casi una cabeza. *Y yo que creí que mi novio era alto.*

Entonces, al fin, el famoso Rhett Coleman se voltea.

Mis ojos se clavan en los suyos.

Los suyos en los míos.

Me quedo paralizada.

El tiempo parece detenerse.

El corazón late con fuerza en mi pecho.

–No puede ser –decimos ambos al unísono.

No puede ser.

No. Puede. Ser.

El imbécil de la discoteca.

El mejor amigo de mi novio es el imbécil de la discoteca.

Él también me reconoce.

Sus ojos azules claros amenazan con salirse de sus órbitas mientras me mira. Ni hablar de que nuestras mandíbulas están a punto de tocar el suelo.

La madre que me parió.

La. Madre. Que. Me. Parió.

–Eh… –titubea Sebastian, observando con incertidumbre la *no interacción* que estamos teniendo su mejor amigo y yo.

Percibo la mandíbula de Rhett tensarse.

–No puede ser –repito, incapaz de formular una oración más elaborada.

Me dirijo a mi novio enseguida, todavía estupefacta, tratando de no volver a mirar a Rhett.

Su amigo no me ha quitado la mirada de encima en ningún momento. O al menos así lo siento. *Mierda, ¿sus ojos eran así de intensos anoche?*

Por un instante, no tengo ni idea de qué hacer. ¿Debo decirle a Sebastian que Rhett es el hombre a quien *casi* golpeo? El mismo a quien le tiré mi bebida encima… detalle que preferí omitir al momento de contarle la historia, sobre todo por el hecho de *cómo*

reaccionó mi cuerpo cuando la camiseta empapada se le adhirió al torso y enseñó *todo* lo que se escondía debajo.

El recuerdo de anoche de Rhett cruza mi cabeza fugazmente.

Eso logra que recuerde la *otra* situación.

Él besando a la pelirroja…

Mientras me miraba directamente a los ojos.

Sacudo la cabeza. Cuando regreso a la realidad, me encuentro con la mirada interrogativa de mi novio.

–¿Becca? –pregunta, como si ya hubiera dicho mi nombre antes pero yo no le hubiera escuchado.

No pasa desapercibida la sonrisa irónica de Rhett a medida que tiene el labio inferior entre sus dientes. Niega con la cabeza. No entiendo, ¿esto le divierte?

Entonces, sin más, suelto:

–Rhett es el idiota con el que discutí anoche.

Sebastian abre la boca, mira a su amigo, que sigue de brazos cruzados sin una pizca de tensión en el cuerpo. El pelinegro se encoge de hombros y asiente.

–Tu novia es bastante irritante, hermano –dice, como si fuera un *hecho*, y atina a volver a su trabajo de barman improvisado.

Su voz suena mucho más grave ahora que no tiene que competir con la música estridente de la discoteca.

¿Es siempre así de imbécil?

Se hace un silencio tenso en la cocina mientras mis ojos siguen fijos en el idiota apenas esas palabras salen de su boca. Espero que mi novio haga algo, lo que sea, como, no sé… *defenderme*, pero se queda callado observando a su amigo con diversión.

Empiezo a creer que estos dos comparten neuronas.

Sebastian no es un cabrón, pero no han sido pocas las veces que Harper y Jack me han dicho que les parece un idiota por algunas cosas que dice o hace. Debo admitir que quizás tienen un tanto, un *tantísimo*, de razón. Sebastian no es de esas personas que caen bien al instante de conocerlo.

Yo también creí que era un cretino la primera vez que hablé con él, una noche que visitó el bar y me pidió nuestra bebida más cara, y no fue tan amable como se esperaría de un hombre que prácticamente tiene la vida perfecta.

–Y tú eres un imbécil –le hago saber lo que estoy pensando a Rhett, que sigue mirándome con expresión burlona.

Sebastian interviene. *Al fin*.

–Bueno, ya pasó, ¿no? –dice, y lo fulmino con la mirada justo antes de volver a mirar a su amigo–. Qué graciosa coincidencia.

–Qué coincidencia de mierda –murmuro para mí misma cuando bajo la cabeza un segundo.

Por supuesto, mi intención es que Rhett me oiga a la perfección.

–¿Siempre es así? –le pregunta él a Sebastian, cosa que me irrita aún más. Hace de cuenta que no estoy aquí, parada frente a él, y me ignora para hablar con mi novio sobre *mí* como si no estuviera *escuchándolos*.

Le lanzo una mirada de advertencia a Sebastian. Si no nota ahora que estoy realmente molesta, entonces no sé qué lo hará darse cuenta. Creo que estoy siendo lo suficientemente clara con cada una de mis expresiones de que tengo ganas de estrangular a *alguien*.

En lo posible, alguien que se llame *Rhett Coleman.*

–¿Terca? Sí. Lo es. Pero ya me he acostumbrado –afirma mi novio, encogiéndose de hombros.

Bueno, al menos me ha defendido… ¿no?

Rhett arquea las cejas y revolea los ojos.

No me percato de que he estado mirando al amigo de mi novio desde sabrá Dios cuándo.

No sé por qué, simplemente es como un reflejo volver a observarlo, algo *inevitable*.

A ver, no voy a hacerme la tonta. Que sí tengo ojos, y decir que Rhett no es atractivo es como decir que la lluvia no moja. Me encuentro observándolo más de lo que cualquiera creería correcto para alguien que está de novia hace seis meses.

No puedo evitar pensar que la luz cálida de la cocina revela aspectos de él que las luces neón de la discoteca escondían: un sutil relieve en el puente de su nariz, las venas que serpentean por sus brazos y cuello...

Unos cuádriceps perfectamente tonificados que se insinúan bajo su pantalón de jean oversized...

Mierda, Becca.

¿Qué carajos ocurre contigo?

–Pues yo creo que es irritante –dice Rhett, encogiéndose de hombros.

Agh.

–Y yo que eres un imbécil –replico entre dientes.

–Sí, eso ya lo has dicho. Ahora, y anoche.

–Bueno, lo repito por si no te ha quedado claro.

–No he podido dormir por pensar en eso. Has herido mis sentimientos.

–Pues qué pena.

–¿Qué tal si le enseñas qué es el sarcasmo? –Rhett me señala con el mentón, dirigiéndose a Sebastian, quien sigue nuestra discusión alternando la mirada entre nosotros cada vez que uno habla.

Termina de verter en la última copa libre el líquido que acaba de preparar en la coctelera.

Mi novio se restriega la cara con la mano y se truena el cuello. Este (re)encuentro parece estresarlo tanto como a nosotros.

Me dan ganas de insultar a los cuatro vientos cuando caigo en la cuenta de que esto no terminará aquí, de que tendré que ver a Rhett cientos de veces luego de esta noche.

Cruzarme con él será inevitable durante todo el tiempo que siga mi relación con Sebastian. Y no planeo cortar con él.

Perfecto.

Al menos no ha mencionado el asunto con el vodka. Después de todo, dudo que quiera que Sebastian se entere de que él, *su mejor amigo*, ha *provocado* a su novia de tal manera que la hizo excitar en menos de cinco segundos.

Agh. Ignora ese último pensamiento, cerebro.

–Becca –me habla mi novio, tomándome delicadamente del hombro–, ¿y si intentas darle una oportunidad? Por mí. No quiero que las cosas estén tensas siempre que se vean.

Bufo. Mis ojos se desvían a Rhett, como por milésima vez en menos de diez minutos.

–¿Y qué hay de él? –Señalo al idiota de su amigo con el mentón–. ¿Qué me garantiza que no se comportará como un imbécil conmigo?

Sebastian asiente. Dirige su mirada a Rhett, que nos observa como si estuviera a punto de vomitar.

–Tú también –le dice–, trátala bien. Es mi novia y estará conmigo constantemente, lo que significa que también estará contigo. Hazlo más sencillo y no seas un idiota con ella, ¿okey? No quiero que discutan cada vez que estén juntos en un mismo sitio. Harán que me den dolores de cabeza.

Rhett y yo intercambiamos miradas.

La suya es tan desafiante como la mía. Nos quedamos callados un instante, solo viéndonos. Él de pie a unos metros de Sebastian y de mí, apoyado en la mesa alta donde acaba de dejar el último trago que preparó.

Como *barwoman* hace más de un año, puedo asegurar que le ha echado el doble de alcohol del necesario.

Estoy a punto de hacérselo saber cuando recuerdo lo que nos pidió Sebastian. Me obligo a cerrar la bocota.

Ambos terminamos por asentir y bajar la vista como hacen los perros cada vez que su dueño los regaña.

Rhett se aleja de la mesada arrastrando los pies, completamente en contra de su voluntad, y se aproxima a mí hasta quedar aún más cerca que Sebastian.

Su cuerpo es imponente. Su altura, casi *ridícula*. Más de un metro noventa, seguro. Sus ojos azules parecen ver directamente dentro de mí, el mechón de cabello que le cae por la frente me distrae por un segundo y ese relieve en el puente de su nariz se lleva toda mi atención.

Me estrecha la mano de mala gana.

La tomo de mala gana.

Los dos implementamos más fuerza de la necesaria en el apretón hasta que nuestras manos se tornan ligeramente blancas.

–Tregua –dice, y le lanza una fugaz mirada de reojo a Sebastian.

Después, vuelve a mirarme a mí.

No lo dice genuinamente. Ambos sabemos que nuestra relación será terriblemente complicada, porque *chocamos*, porque no me hace falta conocerlo más para saber que su personalidad es totalmente opuesta a la mía y que tiene *todo* lo que debe tener alguien para que me caiga mal.

Aun así, me fuerzo a decir:

–Tregua.

Suelto su mano cuando Sebastian apoya una de las suyas en el hombro de su amigo, y la otra en el mío. Nos sonríe aliviado. Al parecer se ha tragado nuestro *acting*.

–Perfecto –dice mi novio–, ahora, si me permiten, voy a agarrar uno de esos tragos y unirme a los simios que están en el living.

Se abre paso entre nosotros y se dirige a la mesada para tomar las bebidas –prácticamente puras– que ha preparado su mejor amigo.

Vuelvo la vista a Rhett.

Él también me está mirando.

No logro descifrar qué está pasando por su cabeza mientras me mira. Seguramente, pensamientos repulsivos muy parecidos a los que yo estoy teniendo en este momento.

Le echa un vistazo a Sebastian del otro lado de la cocina, quien ya está bebiendo el trago, y cuando se asegura de que este va a cruzar hacia el living, regresa hacia mí.

Sus ojos se clavan en los míos.

Sonríe retadoramente.

Ruedo los ojos y sigo el camino de mi novio para dejarlo solo en la cocina.

Ignoro el cosquilleo en mi estómago.

Este hombre va a volverme loca.



2

RHETT

ESA MUJER ES LO ÚNICO QUE TENGO EN LA CABEZA DURANTE TODO EL DÍA.

Me he estado maldiciendo a mí mismo desde que me largué de esa discoteca sin siquiera preguntarle su nombre, hasta que llega la noche del día siguiente.

Planeo contárselo a mis amigos. A Sebastian, más que nada. Él es bueno en estas cosas. Después de todo, siempre consigue novias antes que yo.

No es que me falten opciones… pero las relaciones serias no son lo mío.

Jamás he tenido una relación seria en mis veintitrés años de vida. Primero, porque no tengo tiempo. Los entrenamientos me consumen la mayor parte de los días –no es que me queje, en lo absoluto– y a la universidad le dedico el tiempo suficiente como para que mis padres estén conformes.

Y, bueno, porque después de lo que sucedió con Hannah, honestamente lo que menos he buscado es una relación seria. No

estaba, lo que yo diría, enamorado de ella, no me *volaba la cabeza*, pero sí me interesaba. Bastante.

Hasta que todo se fue a la mierda.

Sin embargo, desde anoche, esa mujer de ojos verdes grisáceos, labios gruesos y rosados, y curvas infernales y pronunciadas, ha estado vagando por mi cabeza durante todo el puto día.

He repasado nuestra discusión sin sentido como treinta veces en menos de veinticuatro horas, y me he insultado a mí mismo el *doble* de veces porque no conseguí encontrarla antes de irme.

Resulta *ridículo* considerar que he estado hasta este momento pensando en una mujer a la que vi una vez en mi vida, una noche en una discoteca repleta de personas, a la que empujé accidentalmente, a la que llamé "insoportable" y la que me llamó "imbécil", con quien las únicas palabras que intercambié fueron parte de una discusión a gritos, quien *me empapó de alcohol* y a quien *provoqué* cuando noté cuán nerviosa se había puesto.

Creo no haber sido el único de los dos al que esa discusión le *excitó* más de lo que le molestó.

Pero, lo que resulta aún más ridículo…

Es que esté viéndola en este preciso instante.

La mujer de la que me he *hartado* de pensar…

Está aquí. Frente a mis ojos.

Sentada sobre el regazo de mi mejor amigo.

La mujer que ocupó mi mente durante todo el día, a quien busqué en *todas* las redes sociales sin éxito, quien me hizo sentir la urgencia de *abofetearme* por no haberla encontrado…

Está aquí.

Y resulta ser la novia de mi mejor amigo.

–Rhett –Nicole mueve la mano frente a mis ojos, tratando de llamar mi atención. *¿En qué momento se alejó de Ashley para sentarse a mi lado?*–. Tierra llamando a Rhett…

Le tomo la mano con suavidad para que se detenga, sonriendo. Nicole se echa a reír cuando la coloco encima de mi regazo y comienzo a hacerle cosquillas.

Siento una mirada pesada sobre nosotros y, al alzar la vista, sí, efectivamente alguien nos está mirando.

Becca Moore.

Su expresión de desagrado regresa después de más de una hora en la que estuvo riendo con Liam y Connor mientras Sebastian le daba besos en la mejilla.

Aparentemente, le basta con tan solo echarme una mirada para que se le arruine la noche.

Apenas nos conocemos y ya sé que va a joderme la cabeza.

No estoy muy seguro de si en el mal o en el buen sentido.

Tampoco me doy el lujo de pensarlo. Es la novia de mi amigo, mierda. ¿Es irritante? Sí. ¿Parece ser de esas personas a las que tan solo verlas te pone de mal humor? Sí.

¿Es la mujer más hermosa que he visto en mi vida?

No me permito responder a esa última pregunta.

Por suerte, Nicole me hace regresar cuando, aún sobre mi regazo, me dice:

–Quiero un *sex on the beach* –me toca varias veces el pecho con el dedo índice–, ¿me ayudas a prepararlo? No tengo idea de qué debo echar… ni en dónde.

Sonrío, y vuelvo a dejarla en el sofá para dirigirme con ella a la cocina, dejando atrás la extraña sensación que me generaba estar

en el living junto a mis amigos… y a la novia de uno de ellos.

No tengo idea de qué carajos ocurre conmigo.

Nicole me abraza y tararea la canción que suena en el parlante desde el living. Mientras espera a que coloque el licor de durazno en la coctelera, usa su teléfono y me enseña la foto de su ligue para esta noche.

Es una foto mía.

Lanzo una carcajada y niego incrédulo con la cabeza.

–Eres increíble –le digo, sarcástico.

Ella me sonríe y se encoge de hombros.

Cualquiera creería que Nicole Edwards y yo somos más novios que amigos, pero es por el simple hecho de que tenemos muchísima confianza y, bueno, que hemos dormido juntos unas cuantas veces.

Pero no es el tipo de mujer para mí, así como yo no soy el tipo de hombre para ella. A pesar de que en la cama nos entendamos perfectamente.

–Tampoco te creas el *dios del sexo* –hace énfasis en las últimas tres palabras–, pero mierda, Rhett, últimamente solo he dormido con idiotas. Ni uno me ha hecho venir ni ha durado más de dos minutos. *Ni uno*.

Rio por la nariz. Le entrego el *sex on the beach* después de haber agitado la coctelera por un buen rato.

Ella me agradece con la cabeza, y me observa impaciente, como si estuviera esperando una respuesta de mi parte a su propuesta anterior.

–Sí, seguro –contesto, alzando los hombros–, pero te llevaré a tu casa apenas terminemos. Tengo entrenamiento mañana.

–¿Entrenas un *domingo*?

–Yo solo, pero sí –afirmo–. El club está abierto, y el entrenador me deja entrenar allí las veces que quiera. La cancha está completamente libre solo para mí, y me gusta aprovecharla.

Nicole hace una mueca de "suena bien".

–Genial, le avisaré a Ashley que me quedo contigo –dice.

–Solo por un rato…

–Sí, sí, ya lo sé, ya lo sé –me corta, rodando los ojos–, no pensaba quedarme toda la noche contigo como si estuviéramos en una relación o algo así. Puáj.

Me rio y le doy un corto abrazo. Eso es algo que me gusta de Nicole. Hemos tenido sexo durante meses, pero ambos sabemos exactamente que no es más que eso, sexo.

Las relaciones serias tampoco van con ella.

Nicole vuelve al living con el *sex on the beach* en la mano, y yo me quedo en la cocina como si eso consiguiera que todos desaparecieran del otro lado de la pared.

Ni siquiera sé por qué, pero tomo aire por la nariz y lo mantengo en mis pulmones. Lo espiro lentamente antes de regresar al living y unirme a la fiesta.

Estoy nervioso por entrar a una sala en mi propia casa.

Perfecto.



Revuelvo todo mi ropero en busca de una camiseta para Ashley y otra para Nicole.

Ambas me han dicho que ya no soportan esos tops ajustados –que parecen todo, menos cómodos–, y me pidieron, o suplicaron,

mejor dicho, que les prestara una de mis camisetas para que pudieran cambiarse. Por supuesto, les dije que sí. Jamás he usado tops, vestidos o zapatos de tacón –excepto cuando dejo que mi primita de cinco años me vista y maquille como princesa, y eso no cuenta– pero he estado rodeado de amigas mujeres durante toda mi vida y, según ellas, es una tortura.

Finalmente, encuentro una con el logo de Los Ángeles Club, que hace tiempo no uso, y otra con el de la Universidad del Estado de California, donde he estado estudiando Administración de Empresas desde los diecinueve años.

Me estoy tardando más de lo esperado en obtener el título, pero es que con los entrenamientos, los partidos, las entrevistas y las demostraciones a reclutadores de USA Team Handball, el equipo de la selección nacional… apenas tengo tiempo para tocar un libro.

Lo cual no es un problema para mí, pero sí para mis padres, que quieren dejar su legado automotriz en mis manos.

Salgo de mi habitación con las dos camisetas en mi hombro derecho, esperando ver a Nicole y a Ashley en el pasillo, pero me encuentro con otras dos personas diferentes.

Maldigo para mis adentros.

–Hermano, nosotros ya nos vamos –dice Sebastian, con su brazo rodeando la cintura de su novia.

Mis ojos se clavan en Becca como anoche y como hace un rato.

Ese verde grisáceo tiene *algo* que me podría tener viéndola como un idiota *por horas*.

Ella está callada, también mirándome a los ojos, tanto con timidez como con cierto desdén.

El rechazo fue mutuo desde el primer momento.

Pero, *mierda, ¿cómo puede tener ese rostro?*

–Bien –digo, más cortante de lo que suelo ser. Me fuerzo a dejar de mirarla y a sonreírle a mi mejor amigo, pero no puedo evitar que se vea más como una mueca.

Becca se da la vuelta para volver hacia las escaleras y bajar al living. Al parecer, no piensa saludarme.

Sin embargo, cuando Sebastian habla, ella vuelve a voltearse.

–Pasaré al baño un segundo –le dice él. Percibo cómo los ojos de ella le *ruegan* que no lo haga. Sebastian no le da importancia y se mete al baño. Eso me hace sonreír. *Qué cabrón*.

Becca bufa, y enseguida busca alguna otra cosa en la que centrarse para no tener que hacer contacto visual conmigo.

Recuerda que tiene celular y se pone a usarlo, aunque juraría que lo único que está haciendo es abrir y cerrar aplicaciones.

–¿Está interesante el "calendario"? –le pregunto con tono burlón, aunque creo que estoy serio.

Es obvio que descubrí su *acting* de "hacer de cuenta que hay algo interesante en el teléfono solo para ignorarte".

Becca se aparta un mechón de flequillo de la frente, y levanta la vista de la pantalla de su teléfono solo para fulminarme con la mirada.

En serio, esos ojos no pueden ser genéticamente normales.

–Debía saber el día de un examen –replica, con un tono que parece tratar de descuartizarme–. Estudio una carrera, Rhett. No todos tenemos la suerte de que nuestros padres sean *multimillonarios*.

Voy a ignorar lo que sentí en el pecho cuando oí mi nombre saliendo de sus labios.

Y lo mucho que deseé *morderlos* en ese instante.

–Sí sabes que estudio Administración de Empresas, ¿cierto? –le digo, y me cruzo de brazos.

Becca abre la boca durante un segundo y luego vuelve a cerrarla. *No, al parecer no lo sabe*.

–Pensé que solo te dedicabas a rebotar una pelota contra el suelo –dice con voz más baja pero lo suficientemente alta para que la escuche, alza las cejas.

La comisura izquierda de mi labio me juega una mala pasada y se levanta levemente.

–Se llama *dribbling* –le corrijo a su "rebotar una pelota contra el suelo"–, y no, no solo me dedico a eso. Además estudio y trabajo con mis padres.

–¿Quieres un aplauso también?

Su tono sarcástico me irrita tanto como me hace sonreír.

Esto es surrealista, mierda.

¿Qué carajos hace la chica que conocí anoche en una discoteca, en la que no he dejado de pensar, aquí frente a mis ojos, esperando a que su novio, *mi mejor amigo*, salga de uno de los baños de *mi* casa?

–Y estoy *segura* de que trabajar con tus padres debe ser lo menos parecido a un trabajo que existe –continúa.

–¿Por qué asumes cosas de mí de las que no tienes idea?

–Quién habla –suelta, y lanza una carcajada satírica–, el cabrón que me dijo que no tenía novio porque era *insoportable*.

–¿Uy, dolió?

–Ay, Dios –gruñe, harta–. Por qué no te vas a…

Sebastian sale del baño en ese instante, y Becca cierra la boca enseguida, con las últimas palabras en la punta de la lengua. No hace falta que las pronuncie, su mirada lo dice todo.

–Okeeey –exclama Sebastian, y vuelve a tomar de la cintura a su novia. Luego, deja un beso en su mejilla que me hace apretar la mandíbula inconscientemente–, ¿nos vamos?

Becca asiente sin dudarlo.

–Ahora –dice, decidida.

Prácticamente lo arrastra hacia las escaleras, pero se queda en el último escalón cuando Ashley y Nicole están subiendo. Nicole los saluda a ambos, sonriente y natural como siempre. Becca le ha caído bien, me lo ha dicho hace un rato.

En cuanto a Ashley... Francamente, no tengo idea. No ha hablado de Becca, no ha opinado sobre ella y ni siquiera le ha dirigido la palabra durante toda la noche. Ashley es así con todos, pero hay algo en la manera en que la mira cuando está cerca de Sebastian que me intriga.

No puedo entenderlo.

¿Está celosa?

Ambas se acercan a mí cuando ven que las camisetas que les prometí cuelgan de mi hombro, y les entrego una a cada una. Ashley me da una palmada en el pecho como agradecimiento, Nicole me regala un beso en la mejilla.

No noto que Becca nos está mirando hasta que mis dos amigas desaparecen hacia el final del pasillo.

Ella aparta la vista de inmediato.



3

BECCA

TERMINO ACEPTANDO, REPITIÉNDOME A MÍ MISMA QUE TENDRÉ EL RESTO DE la tarde para acabar las tareas de la universidad que tengo pendientes.

Sebastian sonríe y aprieta el puño en señal de éxito.

Por supuesto que quiero ir a ver a mi novio jugar uno de los partidos más importantes de la temporada.

Lo único que me hace considerarlo varias veces es el hecho de que el idiota de su amigo también estará allí.

Ha transcurrido una semana desde la noche de la reunión en que me enteré de que el imbécil con quien había discutido en la discoteca resultó ser el mejor amigo de mi novio. He visto poco y nada a Sebastian estos últimos días porque tuve más clases que vida durante el día, y he trabajado incontables horas en el bar durante la noche.

Incluso he hecho horas extras para compensar los días que le pedí a mi jefe.

Ya no está molesto, por suerte, pero *mierda* que me ha costado horas de sueño, y muchísimo estrés, convencerlo de que no me

despida.

Cepillo mi cabello y me acomodo el flequillo, el cual, últimamente, ha estado rebelde. Después de guardar mi tan preciada libreta en el bolso, salgo de mi apartamento para encontrarme con Sebastian.

No sé qué por qué considero que será necesario llevar la libreta, teniendo en cuenta que solo iré a ver un partido de handball y *dudo* que algo pueda inspirarme menos que eso para escribir mis poemas, pero una parte de mí creyó que era una buena idea, solo por si acaso.

Sebastian ha estado esperándome en su auto por un largo rato. No ha dicho nada acerca de mi tardanza porque sabe que si hay algo que *detesto*, es que me incluyan en planes espontáneos no previamente organizados.

Aun así, logro prepararme en tiempo récord y emprendemos rumbo hacia su club segundos después de que apoyo mi culo en el asiento del acompañante.

Él elige la música… como todas las veces que viajo en su auto. Siempre dice que, antes de un partido, debe escuchar The Weeknd para motivarse. Comienza a sonar *The Hills* en los parlantes del BMW de mi novio y, a medida que la canta a todo pulmón, me rio.

Viste su característica camiseta color negro de Los Ángeles Club, un short deportivo con el mismo logo y del mismo color, medias altas blancas y zapatillas *Mizuno Wave Stealth*, las cuales afirma que son las *mejores* para jugar al handball. ¿Por qué? No tengo idea, creo que algo relacionado con la suela.

Pocas canciones de The Weeknd más tarde, Sebastian aparca en el estacionamiento de Los Ángeles Club y ambos nos dirigimos hacia la entrada del gimnasio. Este lugar es impresionante. Es enorme,

moderno y lo que menos parece es un club donde todo el mundo frecuenta para sudar y gritar insultos cada vez que fallan un tiro.

Sebastian le enseña su credencial de socio a la mujer de la recepción, quien me mira como si fuera una intrusa, y mi novio le agradece… luego de confirmarle que vengo con él.

A ver, no estoy vestida como si fuera a tomar el té con la reina de Inglaterra, pero tampoco luzco tan desaliñada… ¿cierto?

Nos introducimos a un predio inmenso y cerrado, con una cancha de parqué en el centro, gradas a los alrededores y cientos de hombres y mujeres ansiosos por ver el partido. Colgado en el centro de la cancha, hay un marcador de luces led rojas que tiene el tiempo y los puntos de ambos equipos.

Las luces dan directo a la cancha, y el parqué literalmente brilla de lo limpio que está. Casi se siente injusto que estos hombres deban pisarlo con esas zapatillas repletas de ese pegamento extraño que Sebastian usa para no patinarse y para que la pelota no se resbale de su mano.

Pega, creo que se llama.

–Bien, Becks –me dice mi novio, tomándome del cuello y llamando mi atención. Mis ojos estaban recorriendo todo el predio. Esta es la primera vez que acompaño a Sebastian a uno de sus partidos–. Debo irme con el equipo ahora, pero tú puedes quedarte aquí –señala con el dedo las gradas a pocos metros de nosotros–, o ir a comprar algo al buffet si te apetece. El partido comienza en una hora.

–¿Una hora? –pregunto, sorprendida. Creí que había dicho que estábamos tarde.

–Sí –afirma con cierto fastidio–, tengo que estar aquí una hora antes para poder calentar.

Me fuerzo a no hacer ninguna mueca.

–Sí, bien –digo, y suelto un suspiro–, yo estaré… –Observo las gradas, después el resto del lugar repleto de diferentes locales de comida. Esto parece más un centro comercial que un club de handball–. Por aquí –termino, haciendo movimientos circulares al aire.

–No olvides gritar todos los goles.

–Jamás –le aseguro con ironía, dándole palmaditas en la cabeza.

Sebastian rueda los ojos, pero aun así lanza una risita. Me da un beso en los labios, y cuando ambos abrimos los ojos, tenemos a dos individuos a ambos lados de nosotros.

–Uy, disculpen si interrumpimos –comenta Liam, colocándose la mano en la boca como diciendo "upsi"–, pero Rhett quiere al equipo completo en el gimnasio.

–Creo que quiere dar una charla motivacional –agrega Connor a mi lado, y cuando giro la cabeza en su dirección, ahí recién ambos parecen notar mi presencia–. Oh, hola, Becca –me saluda sonriente, y me da un beso en la mejilla–, qué bueno que estés aquí.

Sonrío apretando los labios. Asiento con la cabeza.

Liam también me saluda.

–¿Primera vez viendo al treinta y uno? –pregunta, y señala a Sebastian con el mentón.

El treinta y uno es el número que lleva en su camiseta. La primera vez que me lo contó le pregunté qué significaba, por qué lo había elegido. Su respuesta fue que ya no quedaban más números disponibles y que debió conformarse con ese.

–Ajá –afirmo, y miro a mi novio–, por favor, no lo rompan. Lo necesito en una pieza.

Los amigos de Sebastian se ríen. Él solo se muerde el labio inferior y niega con la cabeza.

Connor está a punto de decir algo más cuando otro individuo, un tanto más *desagradable* que los anteriores dos, cruza toda la cancha trotando y se nos acerca.

–Los envié a que le avisaran que viniera, idiotas, no para que se quedaran hablando con él y…

Rhett se calla cuando me ve entre sus tres amigos.

No sé si dice algo, si se queja o si simplemente se queda callado.

Estoy demasiado mareada como para que mis oídos funcionen correctamente.

Mi presión pareció caer en picada cuando Rhett se colocó frente a nosotros. *Mierda, solo soy una chica*, no pueden ponerme a un hombre con un cuerpo *así* de tonificado y una camiseta *así* de ajustada frente a mis ojos y pretender que no me desconcentre.

Titubeo. Ni siquiera sé por qué, ya que creo que nadie me ha hablado.

Rhett está vistiendo exactamente la misma camiseta que Sebastian –lógicamente– pero, a diferencia de mi novio, este tiene el número seis. Además, una banda color blanca con la palabra "Capitán" y el logo de Los Ángeles Club rodea su bíceps izquierdo.

Su cabello negro está humedecido, su rostro ligeramente rojo y sus cuádriceps se notan mucho más que de lo que el jean *oversized* permitía admirar la noche de la reunión.

Rhett suelta un suspiro de… ¿*irritación*? Solo por el simple hecho de *verme*, y se restriega el rostro. Inclina la cabeza de mala gana.

Aparentemente, ese es mi saludo.

Supongo que ahora estamos a mano, dado que la noche de la reunión en su casa me fui sin saludarlo, ni siquiera con esa inclinación de cabeza que él acaba de regalarme.

Prácticamente no nos conocemos, pero creo que ambos experimentamos el mismo sentimiento cuando estamos juntos en el mismo sitio.

Repulsión.

Nuestras personalidades son opuestas, apuesto a que nuestras ideologías también y ni hablar de que parece ser de esos hombres que incitan a su amigo con novia a ponerle los cuernos con cualquier mujer que se les cruce enfrente.

No me gusta prejuzgar, pero Rhett luce *justo* como uno de esos sujetos.

–Necesito al equipo reunido en el gimnasio –dice entonces el señor capitán, aunque su actitud me da la impresión de que tiene complejo de rey del mundo–, quiero mostrarles las tácticas que he estudiado para interceptar las jugadas de este equipo. Tienen cinco minutos.

Luego de prácticamente amenazarlos para que vayan con él, Rhett se da media vuelta y regresa de donde salió. Aún no sé de dónde.

Sin embargo, mi corazón latió con fuerza cuando, durante un segundo, incluso quizás menos, sus ojos se clavaron en los míos. De manera fugaz, tan fugaz que probablemente nadie más haya conseguido notarlo. Pero yo *sí* lo hice. Y no entiendo por qué esa mirada me hizo estremecer.

Tampoco fui capaz de deducir qué tipo de mirada fue.

Gracias al Cielo, instantes más tarde Sebastian me hace volver a pisar Tierra tras un beso en el que intento transmitirle suerte. Mi novio se dirige junto a sus amigos hacia el lugar donde Rhett les ha dicho de reunirse, y pierdo a los tres de vista. Dejo escapar aire que ni siquiera noté que estaba reteniendo.

Uf.

Cuando pienso que ahora podré estar más tranquila –a pesar de que no tenga ni puta idea de por qué estoy tan nerviosa–, veo a Nicole y a Ashley sentadas en una de las gradas del otro lado de la cancha.

Que no me vean, que no me…

–¿Becca? –dice Nicole con voz bien alta para que la escuche desde donde estoy parada. Entrecierra los ojos, como si quisiera asegurarse de que soy yo. Cuando lo confirma, sonríe–. ¡Hola! ¡Becca! ¡Por aquí! –Empieza a sacudir la mano para llamar mi atención.

Al principio, finjo no haberlas visto.

Termino desistiendo de mi misión cuando me doy cuenta de que está a punto de bajar de las gradas para encaminarse hacia mí.

Genial.

No tengo ningún problema en pasar la próxima hora junto a Nicole. De hecho, el fin de semana pasado, en la noche de la tan esperada reunión con los amigos de Sebastian, Nicole fue muy agradable conmigo. Me habló, se rió de algunos de mis chistes malos y hasta intercambiamos Instagrams.

La única razón por la que dudo en acercarme a ellas es la cara de culo de Ashley, que está sentada a su lado con sus ojos *asesinos*

puestos en mí y una expresión de completo disgusto que no tenía hasta que me vio.

Me acerco a ellas intentando esbozar una sonrisa, sobre todo para no quedar mal con Nicole, que ha sido demasiado buena conmigo como para ignorarla ahora.

Consigo percatarme del momento en que Ashley rueda los ojos y se muerde el labio con fastidio.

–¡Becca! –exclama Nicole, y me da un beso en la mejilla–. ¿Cómo estás? ¿Vienes a ver el partido?

–Así es –contesto, empleando todas mis fuerzas en sonreír genuinamente a pesar de la ansiedad que me da saber que Ashley daría lo que fuera porque yo no estuviera aquí–, Sebastian me preguntó si quería venir, y pues… no pude decirle que no.

–Ay, pero por supuesto –dice, sacudiendo la mano hacia atrás–, es uno de los partidos más importantes de la temporada. De seguro Sebastian *necesitaba* tenerte aquí.

Sonrío, y me encojo de hombros. Esta chica me cae muy bien en verdad.

Nicole se aclara la voz con cierta incomodidad y le choca sutilmente el brazo a su amiga. Le alza las cejas, asumo que esa es su manera de decirle que sea amable.

Gracias, reina.

Ashley se limita a *apenas* levantar una de las comisuras de sus labios rosados en mi dirección y a señalarme con el mentón en forma de saludo. Vuelve a su cara de perro un segundo después, cuando acepta que ser falsa se le da fatal.

–Bueno, yo me sentaré por allá…

–¡Ay, no! –exclama Nicole, negando con la cabeza rotundamente–. Quédate con nosotras. Las tres venimos a alentar al mismo equipo, después de todo, ¿no? –se ríe.

Su risa me hace sonreír. Es tan transparente que me dan ganas de darle un abrazo.

Decido quedarme con ellas. Obviamente, me siento al lado de Nicole, que ahora está entre medio de Ashley y yo.

Su mejor amiga me mira de reojo, suspira y regresa la vista a la cancha.

Bueno, a los chicos en la cancha, que no sé en qué momento empezaron a calentar literalmente a menos de dos metros de nosotras.

Aunque, ahora que lo veo bien… No está mirando a *los chicos*, sino *al chico*. Al rubio de un metro ochenta y cinco con el número 31 en la camiseta.

Él la mira también por menos tiempo de lo que cualquiera podría percibir.

Dirige su mirada hacia mí.

Me sonríe.

Los miro a ambos.

Sonrío para ocultar la presión que se apodera de mi pecho.

No quiero preocuparme.

No voy a preocuparme.

Eso no fue nada.

Solo la miró.

¿Cierto?

Nada sucede entre ellos, me digo a mí misma.

Trato de convencerme.

Nada sucede entre Sebastian y Ashley.



El partido está muy, muy, *peleado*.

No soy muy fan de los deportes, pero tengo que admitir que he estado disfrutando y sufriendo cada segundo del tiempo que ese marcador ha ido descendiendo.

Los Ángeles Club va dos puntos arri…

Ay, no.

¡Ahora va tan solo un punto arriba!

El otro equipo, el cual no recuerdo el nombre, pero sí sé que son de San Diego, ha peleado cada pelota y gritado cada gol como si quisieran romper los ventanales. El clima se siente tenso. Sobre todo, por la incontable cantidad de *faults* que han hecho los dos equipos por igual.

Los entrenadores de ambos están como locos, dando mil indicaciones por minuto y haciendo señas extrañas que no entiendo, pero que los jugadores parecen comprender a la perfección.

Y, dentro de la cancha, los capitanes animan y guían a su equipo.

Rhett no ha dejado de gritar palabras y frases alentadoras a cada uno de sus compañeros.

Incluso me *duele* estar pensando en lo buen capitán que resultó ser.

Todo el mundo en las gradas lo mira como si fuera el *Dios del Handball*. He oído a personas a mi alrededor murmurar cosas como "¿Qué jugada hará ahora?". "¿Cómo logrará penetrar?". Creo que, en términos de handball, significa algo como atravesar la defensa. Y

recién alguien en una grada más alta que la mía acaba de decir: "Su juego es simplemente impecable".

Y debo confesar que sea quien sea, tiene razón.

Ha hecho, al menos, la mitad de los goles que ha anotado su equipo, ha realizado jugada tras jugada y todas han terminado con la pelota dentro del arco, incluso ha conseguido que expulsaran a un jugador del otro equipo por una falta que hizo contra él.

Su habilidad para este deporte es innegable.

Rhett parece tener un imán para el público, una esencia en el juego que hace que todos, literalmente *todos*, en las gradas no hayan dejado de observarlo ni por un segundo. Incluso he visto a espectadores del equipo rival admirándolo boquiabiertos.

Es veloz, fuerte e inteligente en la cancha. He visto, como máximo, tres partidos de handball en mi vida, pero sé que es un juego de estrategia y que requiere pensar.

Y Rhett –por mucho que me cueste entenderlo por lo idiota que ha sido conmigo– *piensa*. He notado cómo analiza los movimientos del otro equipo, cómo observa hasta la mínima señal que les hace el entrenador a los jugadores rivales y cómo ha logrado cortar varias jugadas para que estas no terminen en un gol del equipo contrario.

Y, de hecho, me gustaría *arrancarme* los pensamientos intrusivos que me han tenido todo el partido divagando en lo increíblemente sexy que se ve jugando.

Apenas he sido capaz de mirar a mi novio.

Sebastian ha estado jugando en el extremo derecho de la cancha y, según lo que leí en Google antes de que comenzara el partido, su posición se llama *wing* o extremo derecho, valga la redundancia.

Ha anotado algunos goles, pero ha errado unos cuantos más.

Se ve frustrado y tiene una *gran* cara de culo. He intentado animarlo desde afuera, pero apenas mira hacia mi dirección. Lo único que ha estado haciendo los últimos quince minutos ha sido lanzar insultos a lo loco y regañar a sus compañeros porque, dice "están haciéndole mal los pases", o eso pude entender desde las gradas.

Más de uno lo ha *descuartizado* con la mirada al oír sus comentarios de mierda.

En la posición lateral de su mismo lado se encuentra Liam, quien empezó en la banca y luego reemplazó al jugador anterior. Del lateral izquierdo está Connor, quién sí fue titular desde el primer momento, y en el extremo izquierdo está un chico que no conozco, pero que parece ser un gran jugador. Ha anotado varios goles.

En el medio de la defensa rival se encuentra el pivote, a quien ya han golpeado como unas cuatro veces, cuyo nombre tampoco conozco, pero que luce como si hubiera roto varias narices a lo largo de su tiempo en esa posición.

Por último, Rhett se encuentra en el centro.

En la posición de central mejor dicho, quien, de nuevo, según lo que leí en Google, es el armador del equipo: el que guía a los jugadores, indica qué hacer, decide las jugadas y recibe las instrucciones del entrenador.

Y eso, y más, es justo lo que Rhett ha estado haciendo durante estos cincuenta y nueve minutos de partido.

Cuarenta y dos segundos más y se habrá acabado.

Y ahora, Los Ángeles Club va un punto arriba.

El marcador indica que en tan solo cuarenta y dos segundos el partido llegará a su fin. Ahora le toca al equipo contrario atacar.

Rhett grita "¡mierda!" cuando uno de los jugadores penetra del lado de Liam y Sebastian.

Y anotan el gol número treinta y dos.

Y ahora van empatados.

–¡Ay, Dios! ¡Estos chicos van a matarme! –se queja Nicole a mi lado. Ya se ha comido más de la mitad de la uña de su índice de los nervios–. ¡*Basti*, maldita sea! ¡Defiende, hermano! –le grita a mi novio, quien, o no la oye o la ignora completamente.

Sebastian le da un golpe al parqué cuando el jugador anota el gol.

Liam le dice algo relacionado a que debe empezar a defender, seguido de otras cosas en tono demasiado alto que no fui capaz de entender.

Rhett interviene entre ellos y les llama la atención a ambos.

El entrenador de Los Ángeles Club pide tiempo. El marcador se detiene, y ahora los equipos tienen un minuto para descansar… bueno, más para tranquilizarse, en realidad.

–¡Ey! –grita Rhett, acercándose a Liam y a Sebastian, que han estado intercambiando insultos hasta ese momento. Todos en las gradas se han callado, y por primera vez en más de cincuenta minutos, apenas se oyen murmullos–. ¡No tenemos tiempo para pelear ahora! –les dice, empujándolos a ambos para hacerles entrar en razón–. ¡Somos un puto equipo, mierda! ¡No quiero volver a verlos discutir entre ustedes!

Rhett está sonrojado, sudado, agotado y, sobre todo, frustrado. Entiendo su frustración. Si yo fuera él y hubiera hecho casi todos los goles, hubiera defendido cada pelota, y prácticamente el equipo estuviera ganando por mí… también me sentiría molesta por ver el marcador tan peleado por errores que cometieron los demás.

Sin embargo, no parece estar enojado con su equipo.

No ha hecho comentarios hirientes, los ha alentado hasta cuando han errado los tiros, y ha dicho cosas como "No pasa nada. Fue buena, fue buena".

Siento algo en el estómago cuando lo veo correr en mi dirección. Este hombre ha estado corriendo por una hora, pero aparentemente no le molesta seguir haciéndolo hasta en su breve descanso.

El equipo está hablando con el entrenador, quien les está dando explicaciones y enseñando cosas en una planilla con las líneas de la cancha y las posiciones de cada uno. No le ha dicho nada a Rhett cuando se fue corriendo hacia las gradas. Supongo que es porque ya debió hablarlo con él… telepáticamente, me atrevería a decir, porque no los he visto intercambiar palabras después de que el árbitro pitó indicando que el director técnico de uno de los equipos había pedido tiempo.

Rhett se acerca a Nicole, Ashley –la pobre también ha estado tensa y nerviosa pero, a diferencia de su amiga, no está gritando, solo hace gestos y maldice para sus adentros– y a mí, que dependiendo el momento, era una de ellas dos. Grité algunas veces y en otras decidí solo morderme la lengua para no hacer ningún comentario fuera de lugar.

Jamás pensé que mirar un partido de handball podría ser así de adrenalínico. Cuando un cansado y exaltado Rhett ya está frente a nosotras, Nicole se apresura a hablar.

–¡Tienes que jugar con Harry! –le hace saber ella. Asumo que *Harry* es el nombre de… alguno de los que no conozco–. La defensa del 1 de su lado no ha logrado defender a nadie en todo el segundo

tiempo. –Ah, habla del chico pelirrojo que está jugando en el extremo izquierdo, del lado de Connor.

Rhett asiente varias veces con la cabeza, mientras bebe sorbos de agua de una botella con desesperación.

–Estaba pensando en llevarme la defensa para su lado para que Sebastian quedara libre –dice después de tragar el agua. Se limpia la comisura de los labios, de donde chorrean unas gotas. Esa imagen me hace desviar la vista de él y percatarme de que no he dejado de mirarlo hasta ahora–. Creo que podría funcionar.

–Ten en cuenta lo de Harry –repite Nicole, tocándolo en el pecho con su dedo índice–, en serio, aquí se ve que queda libre en más de una ocasión.

El número seis vuelve a asentir.

Por un instante, siento su mirada de reojo en mí.

Le devuelvo la misma mirada.

Ambos la desviamos de inmediato cuando nos percatamos de que, sí, efectivamente estábamos mirándonos.

–Éxitos, precioso. Tú puedes –lo anima Nicole, sonriente.

Rhett le devuelve la sonrisa, y regresa a la cancha cuando el silbato del árbitro suena de nuevo. El entrenador le dice una última cosa antes de que vuelva a su posición de central.

¿En serio solo vino hacia nosotras porque Nicole le hizo señas de que quería decirle algo?

Eso es… tierno, ¿cierto? Me refiero a que se haya acercado a su amiga solo porque ella le pidió que lo hiciera, escuchar su consejo a pesar de que *realmente* ha estado haciendo todo bien a lo largo del partido sin necesidad de seguir las órdenes de nadie…

No lo sé, agh, siento que ningún jugador que esté así de cansado y frustrado, quien no ha pisado la banca ni durante medio segundo y quien tiene la presión de todos los espectadores de estas gradas, querría utilizar su único minuto de descanso para correr hacia su amiga y hacerle saber que *en verdad* le importan las indicaciones que ha estado ideando por más de media hora. En serio, he oído a Nicole pensar en voz alta lo mismo que le ha dicho a Rhett, y mierda que parecía ya no poder aguantar sin decírselo.

–Pobre, luce agotadísimo –dice ella, preocupada.

–Está acostumbrado –opina Ashley a su lado–, ese chico podría jugar al handball horas y horas sin descanso y estaría feliz.

Nicole pone su labio inferior entre los dientes, y asiente con la cabeza varias veces. No ha dejado de mirar a Rhett ni por un instante. Sus ojos *brillan* cada vez que él está cerca, o cuando la señala después de hacer algún gol, dedicándoselo.

Es muy evidente que le gusta, aunque aparentemente Rhett no lo ha notado. Típico.

El partido comienza nuevamente.

Los Ángeles Club ataca.

Rhett le hace señas a Sebastian para que se acerque a él mientras rebota la pelota en el suelo. Le dice algo en voz baja. Mi novio asiente y vuelve a su posición enseguida.

El marcador sigue bajando.

Quedan treinta y ocho segundos.

El central grita la jugada que deberán hacer. A la vez, hace tiempo realizando pases. El marcador sigue bajando. El equipo contrario empieza a quejarse con el árbitro, diciendo que están tardando más en atacar de lo que tienen permitido.

El árbitro levanta una de las manos para indicar algo.

–¡Pasivo! –grita Nicole a mi lado. *¿Qué significa eso?* Todos en las gradas gritan lo mismo–. ¡Pasivo, Rhett, mierda! Solo tienen seis pases más para hacer –me explica ella, al parecer notó mi confusión–, si no le dan la pelota al otro equipo.

–Oh –es todo lo que puedo decir antes de regresar la mirada a la cancha.

Se escuchan gritos inentendibles por parte de las gradas, tambores de fondo que no tengo idea de dónde provienen, trompetines que han estado tocando un grupo de chicos unos años menores de nuestro lado…

Se siente euforia en el ambiente. Entusiasmo. Preocupación. Todo en partes iguales.

Todos gritan el nombre de Rhett.

Cuento los pases que hacen, que no tienen que ser más de seis, según Nicole.

Tres, cuatro…

Cinco.

Liam le devuelve la pelota a Rhett.

Rhett se mueve tan rápido que uno de los de la defensa cae en el suelo por tropezarse con sus propios pies. El capitán hace el tiro suspendido casi frente al arquero. Vuela sobre el área. Su salto es tan alto que por poco sobrepasa el arco.

El marcador indica tres segundos.

Rhett anota.

El árbitro pita.

Marca el gol.

El marcador llega a 00:00.

Ganamos.

Todos en la tribuna se ponen de pie y gritan emocionados. Nicole me abraza. *¿En qué momento me levanté y empecé a gritar también?* Los jugadores festejan. Gritan. Abrazan a su capitán con fuerza, todos juntos, al mismo tiempo.

Rhett mira hacia nuestra dirección durante un segundo.

Sus ojos buscan los míos mientras su equipo lo rodea.

Me mira.

Lo miro.

Sus labios pronuncian algo.

Logro leerlos.

"Para ti, *prejuiciosa*".

Se me corta el aliento.

No dejo de mirarlo hasta que confirmo que no ha sido mi imaginación. Lo hago cuando me guiña el ojo. Vuelve la atención a su equipo, y su entrenador lo busca para abrazarlo también.

Parpadeo varias veces.

Me cuesta reaccionar.

Busco a Sebastian con la mirada. Lo encuentro rodeando el cuello de Liam con el brazo.

Trato de que me mire para poder felicitarlo.

Trato de no volver a mirar al número 6.

Trato de que mi corazón deje de latir así de rápido. No lo logro. Estoy tan nerviosa que me tiemblan las manos.

No dejo de repetírmelo, una y otra vez.

Rhett acaba de dedicarme el gol ganador.

Por. Dios.

Rhett acaba de dedicarme el gol ganador.



Cuando el equipo sale de los vestuarios, me acerco a mi novio rápidamente, sonriendo con emoción para felicitarlo.

No trae la camiseta, tiene el torso desnudo y, por suerte, seco. Me abalanzo sobre él para abrazarlo y le doy un beso en la mejilla.

–¡Felicit…!

–Mierda, espera, Becca, me duele todo el cuerpo –gruñe, alejándome de él con las manos.

Trago saliva. Me aparto, algo incómoda y bastante avergonzada.

–Solo… quería felicitarte –digo, mi tono de voz demuestra lo mal que me cayó su reacción a mi abrazo–. He tenido el corazón en la boca durante todo el partido.

Sebastian afirma varias veces con la cabeza. Su camiseta de juego cuelga de su hombro. Se seca los mechones rubios con ella, y luego la pasa por su nuca.

–Ha estado peleado –me da la razón–, pero supimos sobrellevarlo, por suerte.

"Supimos" me huele a manada. De nuevo, la imagen de Rhett anotando ese último gol se apodera de mi mente.

"Para ti, *prejuiciosa*".

Sacudo la cabeza. *Basta, Becca. Concéntrate en Sebastian*.

–Pues lo he disfrutado mucho –le digo a mi novio, intentando mantener los ojos en él y que no se desvíen de manera involuntaria hacia el resto de los jugadores del equipo que salen del baño. Entre ellos, su mejor amigo, cuya mirada siento encima de nosotros por un momento–, me ha gustado verte.

–Puedes venir los próximos partidos también, si quieres.

No sé por qué creo que esa idea no le emociona para nada.

¿Qué le sucede?

–¿Estás bien? –le pregunto, y acaricio con suavidad su mandíbula.

–Sí, Becks –contesta–, solo que tuve un partido de mierda.

–Bueeeno, eso le pasa a los mejores, ¿no? –intento animarlo.

Él rueda los ojos.

–No estoy de humor –dice, seco.

Dejo de acariciarlo en la mejilla como si su piel me quemara y me alejo inmediatamente de él.

–No es mi culpa que no hayas jugado como querías –digo, ya con menos paciencia que antes. *Odio* cuando se pone así.

–¿Te he culpado?

–Me estás tratando como si yo te hubiese corrido el arco cuando estabas lanzando para que erraras cada tiro.

Uh, eso fue un poco brusco.

La expresión de enojo en su rostro se agrava.

–*Guau,* si esa es tu forma de animarme… –comenta después de lanzar una carcajada irónica.

Bufo. A veces sus actitudes son *insoportables*.

Casi sin poder considerarlo dos veces, miro por encima de su hombro y me encuentro con los ojos azules más claros que he visto en mi vida.

Rhett nos observa disimuladamente, lanzándonos miradas aisladas a medida que habla con una chica pelirroja que se me hace muy familiar.

Ay, mierda. ¡Es la de la discoteca!

Ella también está vistiendo ropa deportiva, con su camiseta de handball de Los Ángeles Club y un short con una calza corta debajo.

Tiene un cuerpazo. Es evidente que es jugadora y que se mata entrenando.

¿Será su novia?

Regreso a mi novio cuando su ceño fruncido me recuerda que no he respondido a su comentario sarcástico.

–Olvidémoslo –digo, restándole importancia por mi propia salud mental, y sacudo mi mano hacia atrás–, tenía pensado que fuéramos a una cafetería antes de que empezara mi turno en el bar, podríamos…

–El equipo vendrá a casa hoy –me interrumpe. Cierro la boca de golpe–, para festejar el triunfo –explica–. Tengo que irme ahora si quiero llegar a preparar todo.

Me quedo muda.

Espero que diga que es una broma.

Mierda, Sebastian, di que es una maldita broma.

–¿Es… –titubeo. La *furia* me sube por la garganta–... es en serio?

Sebastian asiente.

–¿Y no puedes, al menos, beber un café conmigo? No te pido toda la tarde, solo una hora…

–Te dejaré en tu apartamento de camino a casa.

Abro la boca, incrédula. No puedo creer que esté botándome así. Antes del partido, arreglamos pasar un rato juntos. Apenas nos hemos visto esta semana, ¿y él prefiere tener una fiesta con sus amigos que pasar tiempo conmigo?

–No –niego rotundamente–. Me iré sola.

–Ay, *Becks*, por favor, no empieces con esos caprichos tuyos.

–¿Caprichos? ¡Estás dejándome tirada!

–Te estoy ofreciendo llevarte a tu apartamento, mierda.

Sacudo la cabeza.

Agh.

Me doy media vuelta con determinación.

Cuando giro la cabeza para mandarlo a la mierda, veo a Rhett del otro lado, a pocos metros de Sebastian.

Me ve irme.

Lo veo quedarse con la mujer pelirroja.

Luego, vuelvo a mirar a mi novio, que ya luce harto de esta situación.

–Que la pases *de puta madre* en la fiesta –digo.

Doy un paso, pero antes de alejarme mucho más, me volteo de nuevo, y termino:

–... *Imbécil*.



4

RHETT

¿POR QUÉ HABRÁN DISCUTIDO?

Esa pregunta no deja de repetirse en mi cabeza desde que vi a Becca irse *furiosa* del club después de hablar con Sebastian. Me quedo mirando hacia la puerta de entrada por donde se ha ido.

Parezco un imbécil.

–... y no supe qué más decirle. ¿Tú que opinas?

Giro la cabeza hacia Cat apenas la escucho. Olvidé por completo que me estaba hablando… *¿de qué carajos me está hablando?*

He perdido el hilo de la conversación desde que vi a Becca salir del club así de enojada.

Aún no puedo creer que le haya dedicado ese último gol. Ni siquiera sé por qué lo hice.

O por qué busqué su rostro entre toda la multitud apenas el marcador llegó a cero, por qué busqué su mirada, por qué *necesité* saber que estaba viéndome.

Fue un impulso dedicarle el gol ganador. Un impulso estúpido que debí haber contenido.

–Eh, sí –afirmo a lo que sea que Cat me haya dicho. Mierda, tengo que enfocarme en algo, cualquier otra cosa, menos en la novia de mi mejor amigo–. Sí.

–¿Sí… qué? –pregunta, confundida. Ay, puta madre, ¿no era una pregunta de "sí o no"?

Meneo la cabeza. Me obligo a no hacerle caso a esa sensación en mi pecho que me *grita* que salga corriendo por esa puerta y vaya tras Becca.

¿Qué carajos acabo de pensar? ¿Qué mierda ocurre conmigo?

–No, mierda –digo, y suspiro–, lo siento, me perdí. –Trato de reír, pero Cat parece notar mi incomodidad–. Estoy malditamente cansado. Necesito una ducha.

Mi amiga me sonríe con los labios juntos y afirma con la cabeza. Luego, me da un abrazo y palmea mi espalda.

–Lo mereces –dice aún rodeándome con sus brazos–, felicitaciones, Rhett. Has demostrado una vez más que, incluso después del incidente, sigues siendo el mejor.

Rio por la nariz. Mis ojos se humedecen.

Cuando recuerdo la razón por la que estoy aquí y no jugando en la selección nacional, siento como si me clavaran una navaja en las costillas.

La fractura-luxación de mi rodilla.

La puta lesión que me quitó un año de practicar el deporte que amo con todo el corazón.

Fue horrible comenzar de cero, apenas haciendo movimientos luego de todo el proceso postoperatorio. Llevé durante meses la férula en mi rodilla y, cuando finalmente me la quitaron, empecé la rehabilitación, que duró mucho más tiempo del que pude soportar.

En menos de un mes se cumplirá un año de mi regreso a la cancha, de vencer el miedo de lastimarme de nuevo y el terror de haber pensado que no podría jugar nunca más.

Porque eso había dicho el médico.

Porque la operación fue tan riesgosa que pude haber quedado en silla de ruedas por el resto de mi vida.

Por eso debo demostrarles a los reclutadores que he vuelto, que mi juego sigue siendo impecable y que merezco ser parte de su equipo.

Representar a mi país, llevar la camiseta de USA Team Handball.

He estado esforzándome como nunca para demostrar que la fractura no me ha vuelto un mal jugador, que sigo teniendo lo que todos decían, magia para este deporte.

Y los reclutadores están observando en estas fechas. Es muy probable que hoy estuviera repleto de ellos, mirando de incógnitos el partido, escondidos entre las personas de las tribunas.

Y eso me emociona, mierda.

Saber que me vieron. Saber que vieron uno de mis mejores partidos de la temporada.

–*Okeeey* –dice Cat, dejando de abrazarme–, te dejaré para que puedas ducharte. ¿Te veo en casa de Sebastian?

¿Casa de Sebastian?

Observo a mi amigo, a quien descubrí viéndonos hace un rato desde el mismo sitio en donde se encontraba hablando con Becca hace menos de diez minutos.

Regreso la vista a Cat.

–¿Qué habrá hoy en casa de Sebastian? –le pregunto, *¿acaso me perdí de algo?*

Cat chasquea la lengua.

–Ay, Rhett, ¿de verdad? Lo ha dicho cientos de veces durante la semana. –Frunzo el ceño. Ella rueda los ojos, y continúa–: La fiesta que prometió hacer si ganaban… –Hace señas circulares con la mano, instándome a recordar.

Un propulsor parece encenderse en mi cabeza.

–¿Eso era en serio? –le pregunto incrédulo y me cruzo de brazos.

Cat dice que sí con la cabeza.

Pf.

Pensé que Sebastian preferiría pasar tiempo con su novia, a quien apenas ha visto en toda la semana según me comentó, en lugar de organizar una fiesta con sus compañeros de equipo, con quienes se encuentra prácticamente todos los días.

Ahora entiendo por qué Becca se fue así de furiosa.

De repente, las ganas de salir corriendo a buscarla se intensifican.

Y, de nuevo, me obligo a mí mismo a ignorarlas.



No asisto a la fiesta de Sebastian.

No le doy importancia a sus llamadas, ni a sus intentos de convencerme de que vaya, o a sus manipulaciones diciéndome que estoy quedando mal con el equipo.

Y una mierda.

La única razón por la que me siento un poco mal es porque Nicole me pidió que fuera. No ha dejado de enviarme mensajes hasta ahora diciendo que una reunión sin mí es aburrida.

Sonrío al ver su texto acostado en mi cama, desnudo y tapado hasta la cabeza porque acabo de salir de ducharme.

Aparentemente, a Sebastian le pareció una buena idea invitar a personas *ajenas* al club, aunque se suponía que era una fiesta para festejar la victoria. Sí, esas "personas ajenas al club" son Ashley y Nicole, nuestras mejores amigas, pero sigo sin entender qué le hizo pensar que podrían llegar a sentirse cómodas rodeadas de individuos con sobrecarga de testosterona.

Liam y Connor también están allí, pero, conociendo a Liam, estará ligando con alguna de las chicas del equipo femenino y, conociendo a Connor, estará cogiendo con Harry toda la noche.

Hacen una bonita pareja, en realidad, pero Connor es demasiado cobarde como para pedirle a Harry que sea su novio, y Harry… aún no ha salido del clóset con nadie más que con él. Bueno, y conmigo, pero eso se debió a que los encontré besándose en el vestuario luego de un entrenamiento, cuando creyeron que no quedaba nadie más en el club.

Me pierdo en mis pensamientos, divago en mi cabeza cuando el sueño y el cansancio de un partido tan emocionante como intenso recaen sobre mí. Recibo un mensaje de Cat que termino ignorando, porque decido dejar el teléfono en la mesa de noche para poder dormir.

Muero de sueño.

Cuando cierro los ojos, una imagen se apodera de mi cabeza.

Es inconsciente, involuntario. Me toma desprevenido.

La imagen de Becca en la discoteca.

Con ese vestido negro ajustado, el flequillo despeinado y un notable aspecto exhausto.

Gritándome, mirándome con desdén, insultándome.

Viéndome con deseo.

Nerviosa cuando la descubrí *devorándome* con la mirada.

Mierda, juro que no hay nada que esté intentando más en este momento que dejar de pensar en ella.

A mi cerebro parece no importarle que se trate de la novia de mi amigo, porque sigue pensándola, sigue recordando cada prominente curva exhibida a través de ese vestido de seda negro.

Su pecho subía y bajaba con rapidez, sus pezones duros como piedras bajo la fina tela, pidiendo ser tocados.

Todo está provocándome una erección.

Puta madre.

Me pongo duro debajo de las sábanas.

Mi mente está repleta de pensamientos sucios que no debería estar teniendo. Atino a tocarme pensando en la novia de mi mejor amigo. Empiezo a masajear mi miembro ya endurecido, mis manos recorren mi piel con urgencia.

Cierro los ojos.

La imagino encima de mí, moviéndose, su piel suave y cálida bajo mis manos. La visualizo gimiendo mi nombre mientras la penetro una y otra vez, cada embestida más intensa que la anterior.

¿Cómo le gustará que se lo hagan? ¿Le gustará suave? ¿Le gustará duro?

¿Le gustará cómo se lo hace Sebastian?

Sebastian.

Sebastian.

Estoy masturbándome imaginando que me cojo a la novia de Sebastian.

Estoy masturbándome imaginando que me cojo a la novia de mi mejor amigo.

Mierda.

¡Mierda!

La culpa me llega, me *grita* que esto está tremendamente mal.

–Carajo –murmuro para mí mismo. Me restriego el rostro y dejo caer mi cabeza contra la almohada.

Dejo de tocarme. Quito la mano de mi miembro endurecido y ahora dolorido. La culpa se expande por mi pecho. Esto no está bien.

Maldición.

Esto no está bien.



5

Rhett

Le doy vueltas al bolígrafo entre mis dedos. Espero el resultado del ejercicio sorpresa de Análisis Financiero que tuve hace una semana.

El profesor me entrega la hoja con los cálculos que hice la clase anterior. Se encoge sutilmente de hombros al notar mi frustración cuando veo la nota.

F.

–Mierda –murmuro para mí mismo y me froto las sienes con los dedos.

Estoy reprobado. De nuevo.

Si sigo por este camino, no me quedará más opción que recursar esta puta asignatura. Por segunda vez.

Me levanto del asiento y salgo del aula. No me interesa esta clase. No me interesa esta carrera. *Nada* de lo que he estado estudiando me gusta.

Odio estar decepcionando a mis padres.

Tomo mi teléfono y envío un mensaje al grupo que tengo con ambos, siendo consciente de que este texto me ahorrará preguntas

y, sobre todo, toneladas de estrés.

Yo
Aprobé Análisis Financiero.
El profesor me ha felicitado.

La respuesta de mis padres llega casi de inmediato.

Me felicitan, me dicen que están orgullosos de mí. Eso me hace mierda. No me gusta mentirles, pero honestamente ya no sé cómo más evitar los sermones y las horas y horas de conversaciones en las que me dejan en claro que no seré nadie si no obtengo el título en Administración de Empresas.

Siento su presión sobre mis hombros. Siento la mía propia. Estoy abrumado, ansioso, preocupado. No quiero decepcionarlos, pero tampoco quiero pasar el resto de mi vida trabajando en algo que nunca, jamás, va a gustarme. Me da condenadamente igual que toda una empresa automotriz esté esperando por mí.

No es eso lo que quiero hacer con mi vida.

Me subo a mi vehículo y emprendo rumbo hacia el único lugar en el que soy capaz de ser yo mismo, de hacer lo que *en serio* me gusta, en lo único que soy bueno.

Necesito claridad mental. Entrenar. Quitarme de encima este sentimiento de desilusión hacia mí mismo, y la carga de culpa por haberles mentido a mis padres por el simple hecho de ser un cobarde.

Me vendo la rodilla al llegar al club.

En días húmedos como hoy, admito que siento un leve tirón en ella, secuela de la fractura que deberé soportar hasta el día que me retire del handball. Cubro la cicatriz que dejó la operación,

vendándola con suficiente fuerza para que no se desacomode. Entro a la cancha vacía y empiezo a lanzar un tiro tras otro.

Hoy no hay entrenamiento y es la una de la tarde. El club está completamente vacío. Mi respiración acelerada retumba en las paredes del gimnasio, al igual que mis pisadas veloces cuando corro hasta el área para hacer el suspendido y lanzar a un arco sin arquero. Mi corazón late con fuerza, tanto con satisfacción como con desesperación.

Soy feliz aquí, encima de este parqué con líneas azules y frente a estos tres palos pintados de rojo y blanco. Con esta pelota repleta de pega y el sudor brotando por mi frente.

Me gustaría que todo fuera tan sencillo como parece.

Jugar al handball. Llegar a la selección nacional. Vivir de esto.

Vivir de este deporte.

Más de hora y media más tarde, me dejo caer en el frío parqué para equilibrar la temperatura de mi cuerpo.

Respiro aceleradamente por la boca mientras miro las luces del gimnasio y las banderolas enormes que cuelgan del techo hacia abajo, unas con el logo del club y otras con las siluetas de un hombre y una mujer haciendo el suspendido.

Ningún otro sitio me da la sensación de hogar tanto como este lugar.

Tomo mi teléfono de mi bolso. Me levanto de un salto cuando veo la hora.

Mierda. Son las 2:30 p. m.

Agarro mi bolso con las cosas, guardo las pelotas en el cesto y salgo corriendo del club en busca de mi vehículo.

Olvidé por completo que Chloe vendría a casa hoy.



6

Becca

La disculpa de Sebastian fue enviarme una foto de un mensaje de una galleta de la fortuna.

Tengo una obsesión con ellas, con los mensajes que vienen dentro, con las frases que vaya a saber alguien quién escribe pero que, para mí, son como mi guía cuando no sé qué hacer.

No hubo ni una llamada sincera ni un gesto más significativo de su parte, pero ha estado con la cola entre las patas estos últimos días.

Sé que quizás exageré un *poquito*. Es decir, por supuesto que lo de la fiesta me molestó muchísimo, incluso pensé en terminar con él cuando estaba sirviendo tragos en el bar.

Sin embargo, una parte de mí entendió su euforia, sus ganas de celebrar la victoria con sus amigos.

Por eso lo perdoné y, bueno, ya estamos bien.

Estamos juntos ahora y acaba de avisarme que tiene que ir a casa de Rhett para que él le explique algo sobre un partido… Creo que relacionado al contrincante que van a enfrentar este fin de semana.

Y la verdad no quiero ir, mierda.

No tengo ganas de ver al idiota de su amigo.

–Puedes quedarte aquí, si quieres –dice mi novio, encogiéndose de hombros.

Observo el living de su casa, alzo las cejas.

–¿Sola? ¿En tu casa, sin ti?

Él asiente a medida que suspira.

–No, está bien –opto por decir, tragándome los comentarios no tan bonitos que quedaron en la punta de mi lengua–. Te acompaño.

Sebastian sonríe, victorioso. Me da un beso en la mejilla, y en menos de cinco minutos, ya estamos en su auto de camino a la casa de Rhett. Me dan ganas de golpearme la cabeza contra el vidrio delantero al pensar que tendré que verlo.

Tengo que confesar que no he dejado de pensar en ese último gol que me dedicó. No he conseguido encontrarle la lógica aún. Mientras más lo analizo, más me confundo. ¿Quizás fue mi imaginación? O, tal vez… ¿Esa dedicatoria era para Nicole, o para la chica pelirroja que muy obviamente lo hace babear?

Me encuentro apretando los dientes al pensar esto último. Los relajo cuando me percato y me insulto a mí misma.

–Qué onda, amigo –saluda Sebastian a Rhett desde el Bluetooth del coche. *¿En qué momento lo llamó?*

–Ey, ¿qué pasa, hermano? –contesta Rhett del otro lado de la llamada–, ¿todo bien? ¿Necesitas algo?

–Quería avisarte que estoy yendo a tu casa.

Rhett lanza un agudo:

–¿Qué?

Miro a Sebastian enseguida. *¿Es que no le avisó que iríamos?*

–Para estudiar el juego de Riverside –responde mi novio, mordiéndose el labio–, dime que estás ahí.

Rhett lanza un suspiro.

–Sí, hermano, estoy aquí –afirma, aunque por su voz ronca diría que está bastante cansado. Prosigue, sin sonar muy convencido–: Okey. Ven, te espero.

Le hago señas para que le diga que *yo también iré* –lo cual puede llegar a poner de peor humor a Rhett– y Sebastian agrega:

–Ah, Becca está conmigo, así que también irá.

Su amigo hace silencio durante un segundo. Por un momento, pienso que lo obligará a que me deje en la calle, o bien que le dirá que no va a abrirme la puerta.

Sin embargo, termina diciendo:

–Bien, te... *los* espero –se corrige. *Hmm*, creí que pondría más resistencia–. Ah, hermano –continúa, rápidamente–: Chloe está aquí. Solo para que sepas.

–No hay problema –contesta Sebastian, restándole importancia–. Te veo en unos minutos.

Acto seguido, cuelga.

Quiero preguntar quién es Chloe, pero enseguida llego a la conclusión de que debe ser uno de los tantos ligues de Rhett, o la pelirroja de la discoteca. Siento un sabor amargo en la boca al considerar ambas opciones.

Opto por quedarme callada.

Compadezco a la mujer que tiene mala suerte de pasar la tarde de un jueves junto a Rhett Coleman.

Aunque, a la vez, admito que estoy muriéndome de la curiosidad.

O al menos eso espero que sea la extraña opresión que siento en el pecho.



Después de unos pocos minutos de viaje, nos dirigimos a la entrada del castillo donde vive Rhett.

Miro este lugar y aún no entiendo cómo hace para pagarlo. ¿Es suficiente lo que gana trabajando con sus padres? ¿O su club le paga por jugar?

¿Vive del handball?

Si es así, mañana mismo me pongo a entrenar cómo rebotar una pelota contra el suelo.

Para poder pagar esta casa, necesita ganar miles de dólares al mes. A menos que se la paguen sus papis… lo cual, pensándolo bien, tiene mucho más sentido que las otras opciones.

Sebastian presiona el timbre y esperamos a que Rhett nos abra la puerta. Esta vez, a diferencia de la noche de la reunión, mi novio no pasa como si estuviera en su propia casa. Asumo a que se debe que la tal Chloe está aquí, y, quién sabe, quizás si no tocaba antes nos habríamos encontrado a Rhett y a su ligue desnudos.

Borro inmediatamente esa imagen de mi cabeza.

Se oyen pasos del otro lado de la puerta. Casi van alineados con los rápidos latidos de mi corazón. ¿Estoy nerviosa? *¿Por qué estoy nerviosa?*

"Para ti, *prejuiciosa*".

Quiero abofetearme a mí misma.

Entonces, la puerta se abre.

Quedo boquiabierta. Parpadeo repetidamente.

Del otro lado aparece un Rhett con un maquillaje caótico de colores vibrantes y glitter. Rosados, verdes y violetas. Dos colitas de caballo cortas adornan su cabello negro, recogidas en banditas de color amarillo.

Mi vista se desvía inevitablemente hacia sus uñas a medio pintar, decoradas con un tono fucsia y lo que parece ser… ¿strass?

En serio, mi mandíbula casi toca el suelo.

Estoy mirándolo como tonta, como si estuviera hipnotizada. No he dejado de mirarlo desde que nos abrió la puerta. La imagen frente a mis ojos es tan inesperada que dudo de si estoy en coma y esto es solo producto de mi imaginación.

No entiendo nada, hasta que detrás del inmenso cuerpo de Rhett se asoma una figura mucho más pequeña, con cabello rubio largo y resplandeciente y ojos verdes brillantes.

Una niña de no más de seis años, vistiendo un vestido de Rapunzel, se aferra a la pierna de Rhett con fuerza, sus diminutas manos fruncen su pantalón *oversized*.

Nos mira con una mezcla de timidez y curiosidad, como si fuéramos dos bichos raros.

Levanta la cabeza, buscando el rostro de Rhett, esperando respuestas, antes de volver a nosotros.

Él se aclara la voz. Coloca su mano enorme en la espalda de la niña, y delicadamente hace que se aleje de su pierna.

–Chloe –se dirige a la pequeña Rapunzel. Ella lo mira con el ceño ligeramente fruncido–, ¿recuerdas a Sebastian?

Ah, conque ella es Chloe.

La niña le lanza una mirada de reojo a mi novio, y luego vuelve a mirar a Rhett. Niega con la cabeza.

–Es mi mejor amigo –le explica él con suavidad. Su voz suena tan dulce que me quedo embobada por un momento–, el que te trajo la Barbie Surf esa vez… ¿Te acuerdas?

Sebastian la saluda con la mano mientras sonríe forzadamente. No le gustan mucho los niños.

–*Ahh* –dice la niña como si ya recordara, asintiendo con la cabeza–, sí, ya sé quién es.

Rhett sonríe. Sus ojos se iluminan mientras mira a su… ¿hermanita? Creí haber oído a Sebastian decir que era hijo único.

–Genial. Y ella es Becca –continúa él, señalándome sutilmente con el dedo–, su… su novia.

¿Por qué parece que decir eso le quema la garganta?

Chloe se dirige hacia mí, sus ojos claros me observan desde abajo.

Le sonrío, intentando causarle una buena impresión. Ella me devuelve la sonrisa pero de manera más tímida.

–Hola –la saludo. Tengo una sonrisa tonta en el rostro–, *guau,* amo tu vestido. Eres sin duda la Rapunzel más preciosa que he visto en mi vida.

Chloe sonríe mucho más notoriamente. Luce emocionada.

Levanto levemente la mirada y me encuentro con los ojos azules de Rhett, que nos observan con un destello que no soy capaz de descifrar. Vuelvo la vista a Chloe enseguida, y le sonrío otra vez.

–¡Gracias! –dice, emocionada. Su vocecita me da calorcito en el pecho–. Rhett me lo compró por mi cumpleaños. ¡Es el mejor primo del mundo!

Ah, entonces sí es hijo único.

Rhett le sonríe al escucharla. Su prima lo abraza o, mejor dicho, a su pierna, que es prácticamente todo el cuerpecito de ella.

–Bien, pequeña princesa –le dice, acuclillándose para estar a su misma altura–, Sebastian ha venido a que le enseñe algunas tácticas de juego. Así que, ¿por qué no vas a jugar a la play un rato? Luego regreso contigo y continuamos jugando a las princesas, ¿te parece?

Ay, por Dios. ¿Qué es lo que siento en el estómago?

¿Rhett siempre fue así de tierno?

Chloe asiente repetidas veces y entra corriendo a la sala.

Rhett la ve entrar, le sonríe y luego regresa hacia nosotros. Espero no lucir tan *hechizada* como me siento. *¿Estoy siendo demasiado evidente?*

–Disculpen –nos dice y suspira–, hoy debía cuidar a Chloe. Mierda, hermano, avísame cuando vayas a venir… y *no diez minutos antes*.

Sebastian apenas puede contener la risa. Es obvio que ver a su mejor amigo maquillado de esa manera, con las uñas pintadas y el cabello peinado en dos colitas le da gracia. No me extrañaría que le tomara una foto y la enviara al grupo de su equipo de handball.

Ruedo los ojos. No sé por qué le parece algo digno de burla.

Solo es un primo entreteniendo a su primita pequeña y jugando con ella a las princesas. Cualquier hombre inteligente dejaría que una niña lo maquillara y peinara si eso la hace feliz.

Rhett me saluda después de decirle eso a Sebastian.

–Becca. –Inclina la cabeza en mi dirección.

–Rhett –respondo, haciendo lo mismo que él.

Algo me dice que esa será nuestra única manera de saludarnos hasta el fin de nuestros días.

Minutos y comentarios vacilantes de Sebastian a Rhett más tarde, ya nos encontramos sentados en la mesa alta de la cocina.

Mi novio y su amigo están hablando en términos que yo no entiendo –solo algunas palabras, gracias a Nicole y a su breve clase de handball antes del partido del fin de semana pasado– mientras Rhett le enseña un video en su iPhone de último modelo. Es un partido de handball, supongo que del equipo al que se enfrentarán el próximo sábado.

Tiene una planilla de la cancha en la mano, como la que tenía su entrenador el otro día, a la que ha estado rayando con un marcador lavable a medida que explica las distintas jugadas que ha observado en ese video.

–El extremo de tu lado corre en dirección contraria al pivote, ¿lo ves? –le habla Rhett a Sebastian, quien observa con atención el video y la planilla dibujada–. Por eso debes defenderlo antes, o moverte hacia atrás para que pase por el área. Han hecho esa jugada como seis veces en todo el segundo tiempo –señala su teléfono, el cual ahora Sebastian está sosteniendo para que Rhett pueda seguir garabateando en la planilla–, y el otro equipo ni siquiera ha intentado cortarla, porque no se han dado cuenta. No podemos ser así de *imbéciles*.

–¡Mala palabra! –lo regaña Chloe, sentada a mi derecha.

Sonrío.

–Sí, sí, es verdad, lo siento –se disculpa Rhett, mirando a su primita con una sonrisa. Le pellizca la mejilla, y Chloe suelta una risita.

Si con cada interacción que tengan estos dos voy a quedarme así de hipnotizada, creo que es preferible que me vaya antes de que el

cosquilleo en mi estómago me haga explotar.

Chloe ha estado coloreando dibujos de un libro hace un buen rato, cuando se cansó de jugar a la play porque dijo que "le estresa perder siempre en el mismo nivel". Me reí cuando escuché la palabra "estresarse" proveniente de la boca de una niña de cuatro, perdón, *cinco años*, recién cumplidos. Nos ha dejado en claro que ya no tiene cuatro, y que, ahora, es la más grande de su clase.

Yo, por mi parte, he estado chateando con Harper y Jack para saber qué días tenemos libres e ir a beber un café y, a la vez, leyendo un apunte de Neurociencia Cognitiva porque la semana que viene tengo examen. Estoy al día, pero este texto es demasiado extenso y temo no llegar a tiempo a hacer el resumen.

Cuando siento un leve pinchacito en mi hombro, le quito la vista a mi teléfono y muevo la cabeza hacia mi derecha.

Chloe me sonríe tímidamente con los labios juntos después de tocarme el hombro.

–¿Cuál es tu princesa favorita? –me pregunta y se aparta un mechón rubio del rostro. Luego, vuelve a pintar.

Es imposible no sonreír al oírla. Tiene una voz tan dulce y una esencia tan genuina.

–*Mmm* –pienso, sosteniéndome la barbilla con la mano, y miro hacia arriba. Esto me regala una risa sutil de Chloe–, me gusta mucho Mérida, ¿la conoces?

Ella se pone a pensar de la misma manera en que yo lo estuve haciendo. Me da risa el gesto, es como una pequeña Sherlock Holmes.

–¿La de *Valiente*? –consulta, con los ojos verdes semicerrados.

–¡Sí! Esa misma –le respondo. Ella hace una seña con la mano como de "¡Sí, lo hice bien!"–. Mérida es mi princesa favorita, es *la mejor* con el arco y la flecha y *amo* su cabello.

–Me gustan sus rizos –dice, dándome la razón–, pero mi favorita es Rapunzel. ¡Su cabello tiene poderes!

Suelto una carcajada.

–Sí, ella también es impresionante. De hecho… –hago como si la analizara. Ella observa su vestido de Rapunzel, sin entender qué estoy viendo–... tú eres *muy* parecida a ella.

Sus ojos se agrandan y se iluminan.

–¿Qué? ¿De verdad? –pregunta, dejando la boca entreabierta.

–De verdad –afirmo, sonriente–. Podrías ser quien la interprete en el *live action*… Aunque tú eres *mucho* más bonita.

Chloe intenta moderar su exaltación al escucharme decir que es físicamente idéntica a su princesa favorita. No lo consigue.

–¡Siempre he querido ser ella! –exclama, sacudiendo sus manitos hacia abajo–. ¡Y tengo un muñeco de Pascal!

Me rio. No suelo conversar mucho con niñas pequeñas, sobre todo porque no hay ninguna en mi familia, pero me encanta. Son tan auténticas y espontáneas y, además, me hacen recordar con melancolía mi infancia, cuando mi mayor preocupación era saber qué vestido de princesa escogería para jugar.

Por un momento, me percato de que solo nosotras estamos hablando. Miro a Sebastian y a Rhett por su repentino silencio.

Me encuentro a mi novio con los ojos puestos en el video, concentrado, y a Rhett…

Mirándome.

Observando la interacción que estoy teniendo con su prima. Trago saliva. Él desvía la mirada de inmediato cuando sus ojos se cruzan con los míos, como si quisiera insultarse a sí mismo por no haber sido lo suficientemente disimulado. Luego, casi de manera automática, vuelve a centrarse en el video que se reproduce en la pantalla de su teléfono.

–¿Quieres jugar conmigo a las Barbies?

Regreso la mirada a Chloe cuando la escucho.

Abro la boca para hablar, pero Rhett se apresura a responder:

–Chloe, princesa, Becca de seguro no tiene muchas ganas de…

–No, no, está bien –interrumpo, lanzándole una mirada a Rhett. Él junta los labios. Luego, vuelvo a mirar a Chloe, de quien noté una expresión de desilusión apenas evidente mientras oía hablar a su primo. Por suerte, su cara cambia inmediatamente cuando apoyo mi mano en su hombro, y le digo–: Me encantaría jugar a las Barbies contigo.

La niña sonríe y se baja de un salto de la silla.

–¡Ven! –me dice cuando la sigo. Me toma de la mano y me arrastra con ella hacia el living. La puerta ha quedado abierta, por lo que desde la cocina veo todos sus juguetes y maquillajes desparramados en el suelo y en los sofás–. Te mostraré *todas* mis Barbies. Una de ellas se llama Margot, por la Barbie de la película. ¿Viste *Barbie*? ¿Te gustó?

No puedo evitar reírme por lo emocionada que está y lo charlatana que resultó ser, muy diferente a lo vergonzosa que parecía apenas Rhett abrió la puerta y ella se escondió detrás de él.

–Síííí –contesto, tratando de amoldarme a su emoción para que no crea que ella es la única entusiasmada por jugar a las Barbies–, ¡me

encantó! Margot es perfecta para ser Barbie.

–Odié cuando Ken y todos los otros Kens tomaron Barbieland, *puáj* –suelta con una mueca de disgusto en el rostro. Me rio.

–¡Ay, sí, totalmente! –exclamo también, y ella se sienta en el suelo. Me hace señas para que yo haga lo mismo–. Por suerte, las Barbies lograron recuperar *Barbieland*. ¡La Mojo Dojo Casa House era terrible!

–¡Síííí! –asiente repetidamente con la cabeza, dándome toda la razón.

Deja todas sus Barbies en el centro de donde estamos sentadas. Tiene más de diez, todas de diferentes estilos y con diferentes *outfits*. Además tiene el auto de Barbie, el cual, en el instante en que lo veo, tomo fascinada. Mi niña interior está *gritando*. Siempre quise el auto de Barbie, pero estaba carísimo y, después de la muerte de mi padre, mi madre, con el poco dinero que ganaba, por supuesto no iba a cumplirme ese capricho.

–¿Cuál quieres? –pregunta Chloe, enseñándome todas sus muñecas hasta que elija una–. Yo me quedo con esta –se aferra a una Barbie de pelo castaño como si temiera que se la robara. Sonrío.

–Hmm… –recorro todas las muñecas, hasta que me decido por una que está vestida como médica–. Esta. Me gusta su *outfit*.

–¡Esa me la compraron hace poquito! –dice Chloe–. Aún no tiene nombre, ¿puedo… –titubea, y mira hacia abajo, nerviosa–... puedo llamarla "Becca"?

Abro la boca, sorprendida, pero enseguida la cierro y sonrío. Afirmo con la cabeza.

–Por supuesto que sí.

Chloe muestra sus dientes en una sonrisa radiante.

Ella empieza a contarme la historia de la que ahora nuestras Barbies serán parte para que sepa qué decir y qué hacer. Esta niña tiene muchísima imaginación.

Acepto todo lo que me explica y, de hecho, me presta el auto para que mi Barbie lo use. Quizás se dio cuenta de mi emoción apenas me lo mostró, y se compadeció de la Becca de ocho años.

Vuelvo a ser una niña durante toda la próxima hora, haciendo que mi Barbie Médica vuele de un lado a otro mientras charla con la Barbie Fashionista de Chloe, a la que la niña también ha bautizado con su propio nombre.

Llevamos ya un largo rato jugando, cuando Chloe se tira en el suelo y dice que le duelen las manos de tanto sostener a su muñeca. Lanzo una risita, y damos por finalizada la tarde de imaginar que estamos en Barbieland.

Sebastian y Rhett siguen en la cocina, ideando jugadas y vaya a saber Dios qué. *Menos mal que solo sería un rato*, pienso, recordando las palabras de mi novio cuando dijo que debía venir a verlo.

Chloe me quita de mis pensamientos cuando, aún con su cuerpecito desparramado en la alfombra, pregunta:

–¿Hace mucho que tú y el chico rubio son novios?

Me rio cuando oigo que lo llama "el chico rubio".

Me aclaro la voz y me acerco más a ella para que no piense que está hablando con el techo.

–Seis meses –le respondo, y esbozo una sonrisa sutil.

–*Guau,* eso es *mucho* tiempo.

Sonrío y me encojo de hombros.

–Sí, bueno, no es *taaanto*, pero es algo.

Chloe se queda pensativa por un instante, me mira con los ojos entrecerrados. Siento que está leyendo mi mente a través de esos ojos verdes claros.

–Rhett jamás ha tenido novia –dice entonces. Escuchar las palabras "Rhett" y "novia" me generan un latido abrupto–. A veces me presenta a sus amigas, pero ellas nunca juegan conmigo. No me prestan atención. Ninguna me cae bien.

–Ay, chiquita –digo, riendo–, sí, entiendo.

–¿Tienes primos, o hermanos?

Niego.

–Soy hija única, y mis tíos no han tenido hijos, por lo que tampoco tengo primos.

Chloe bufa.

–Yo *amo* a Rhett –comenta entonces y despega la espalda del suelo para volver a sentarse correctamente–. Mamá y papá trabajan *un montón*, y él me cuida una vez a la semana. A veces vengo aunque papá y mamá estén en casa, pero porque yo quiero. Con Rhett me divierto más.

En parte, me veo reflejada en Chloe. Mi madre tampoco tenía mucho tiempo para mí cuando era pequeña.

Luego de la muerte de papá, cuando yo tenía siete años, mamá jamás volvió a ser la misma. Estuvo años siendo un *ente*, no haciendo nada más que dormir todo el día, razón por la cual me llevaba a casa de mi tía, hasta que logró salir adelante.

Ahora está en pareja con un hombre argentino y vive allí junto a él. Los he visitado algunas veces, pero no tan seguido como para decir que somos las mismas que solíamos ser antes de lo de papá.

No le guardo rencor, nada parecido, es más, la entiendo, pero creo que comprendo perfectamente cómo se siente Chloe.

–¿Rhett es un buen primo? –le pregunto, y observo hacia la puerta abierta que da a la cocina.

Lo veo haciendo movimientos extraños con la mano, explicándole algo a Sebastian. Casi no puedo mirar a mi novio por el simple hecho de que… Rhett es *hipnótico*.

Me arranco ese último pensamiento de la cabeza.

–¡Síii! –expresa con entusiasmo Chloe, sin siquiera titubear–. Es *superdivertido* y gracioso, y siempre deja que lo vista como princesa. Yo creí que eso era algo que hacían *tooodos* los primos, pero el otro día en la escuela, hablé con Katy, mi mejor amiga, y me contó que los suyos dicen que eso es para "chicos que gustan de chicos".

–Ay, eso es ridículo –digo, sacudiendo la mano hacia atrás.

–¡Yo dije lo mismo! –concuerda–. Por suerte Rhett no es como los primos de Katy, él siempre deja que lo maquille y que le haga peinados. ¡Y una vez le puse un vestido!

Lanzo una carcajada.

–¿Un vestido? ¿Cómo lograste que le entrara?

–No le entró, pero lo intenté –dice, desanimada, y alza los hombros–. Rhett es demasiado grande. Es como un *gigante*.

No he dejado de reírme desde que esta niña empezó a hablar. Es divertidísima, de verdad.

–Suena a que es un primo increíble –digo entonces, prácticamente de manera inconsciente, verbalizando lo que llevo pensando desde que me di cuenta de la preciosa relación que Rhett tiene con su prima.

Ella asiente.

–Es el mejor primo del mundo –dice, sonriente.

Repito sus palabras en mi cabeza, una y otra vez.

Estoy sonriendo como *tonta* cuando me pierdo en mis pensamientos, cuando la voz de Chloe contando todo lo que ha hecho Rhett por ella hace eco en mi cabeza.

Sonrío más cuando proyecto los fragmentos de ambos juntos esta última hora, desde su interacción en la entrada de la casa, hasta antes de que Chloe me preguntara si quería jugar a las Barbies con ella.

Rhett no luce como ese tipo de hombre tierno y dulce, pero, aparentemente, lo es. Empiezo a pensar que tal vez no sé nada acerca de él.

Al menos, nada de lo que realmente *es*.

De *cómo* realmente es.

De *quién* realmente es.

Tal vez sea cierto que he estado juzgándolo bastante por el simple hecho de que tuve una mala impresión suya la primera vez, la noche en la discoteca y luego en la reunión con los amigos de Sebastian, cuando mi novio nos presentó formalmente.

No quiero seguir dándole vueltas al asunto porque Rhett Coleman está ocupando un espacio demasiado grande en mi cabeza que no debería estar ocupando.

–¿Y tú qué piensas de él?

Sacudo la cabeza cuando Chloe me hace esa pregunta. Trato de volver a la realidad.

–¿Cómo?

La niña sonríe con los labios juntos.

–De mi primo –explica–, ¿qué piensas de él?

Titubeo. No puedo creer que una pregunta de una niña me haya puesto nerviosa.

–*Hmm*, eh… ¿Sobre Rhett? Hmm… No lo sé, no lo conozco tanto como para opinar. –Sonrío, intentando que no se note cuán inquieta estoy.

Chloe sigue mirándome a los ojos, ansiosa, como si esperara a que diga algo más.

–Es el mejor amigo de mi novio –me encojo de hombros–, tengo que llevarme bien con él.

–¿Pero no te agrada? –consulta, extrañada.

–Sí, sí, me agrada –miento, *¿o no?*–, pero no hemos hablado mucho.

La niña inclina la cabeza hacia un costado, mirándome con los ojos entrecerrados. Me da la sensación de que está analizándome.

–Ah… –murmura como para sí misma–. Ojalá hablen más.

Me rio.

–Lo haremos, estoy segura. Es decir, no tendremos mucha opción, después de todo –sonrío, tratando de parecer despreocupada–, Sebastian y él son muy unidos.

Chloe parece perdida en algún punto de su mente. Cuando regresa a la realidad, termina diciendo:

–Qué mal que seas su novia.

Okey, eso me tomó desprevenida.

–¿Qué? –pregunto, completamente confundida.

Ella sonríe, soñadora. Entonces, con su vocecita alegre y emocionada de niña de cinco años, contesta:

–Yo sería *superfeliz* si tú y Rhett fueran novio y novia.



7

BECCA

ESA MISMA NOCHE, TRABAJO HASTA TARDE EN EL BAR.

Sebastian y yo nos fuimos de la casa de Rhett unos pocos minutos después de que Chloe y yo termináramos de jugar a las Barbies. He estado hasta este momento pensando en lo que la niña me dijo antes de que mi novio nos interrumpiera para avisarme que ya podíamos irnos.

"Yo sería *superfeliz* si tú y Rhett fueran novio y novia".

La vocecita de Chloe retumba en cada rincón de mi cabeza.

Ahora mismo, me encuentro apoyada en la barra, con las manos sosteniendo mi rostro y observando un punto fijo en el suelo con la vista desenfocada. Y pensando. En todo lo que sucedió esta tarde, en todo lo que *sentí* esta tarde.

–Becks, mesa diez –alguien detrás de mí me habla.

Me doy la vuelta de golpe, sobresaltada.

Emily, una de mis compañeras de trabajo, me mira con las cejas levantadas. Al parecer ya ha intentado llamar mi atención antes,

pero yo estaba demasiado ocupada pensando en el mejor amigo de mi novio.

Mierda, Becca, ¿qué te sucede?

–Sí, voy. –Me muevo velozmente para salir de detrás del mostrador y encaminarme hacia la mesa diez.

No hay gente en la barra, pero las mesas están repletas. Incluso hay personas esperando afuera a que alguna se desocupe. A partir de los jueves, *Oasis* está lleno. No me extrañaría tener que quedarme dos horas más tarde de mi horario de trabajo solo porque no podemos echar a los clientes aunque sea hora de cerrar.

Me acerco a la mesa diez, donde un grupo de adolescentes menores, con los que seré capaz de pelearme si se les ocurre pedir alcohol, hablan entre ellos a gritos y carcajadas.

–Hola, buenas noches –les digo, tratando de que me presten atención. Todos se callan enseguida y me miran–, ¿puedo tomarles el pedido?

Uno de los chicos me observa de arriba abajo. Diría que casi puedo notar un hilo de baba cayendo por la comisura de su labio.

Mierda, odio a los adolescentes hormonales.

–Quiero una hamburguesa Oasis –dice otro de los chicos–, sin lechuga.

Asiento con la cabeza y saco mi libreta del bolsillo para anotar su pedido.

Maldigo entre dientes al percatarme de que he traído del mostrador la libreta equivocada. *Puta madre*, esta es la mía. La de mis poemas y pensamientos.

En la que no he dejado de anotar *cosas* desde que salí de la casa de Rhett.

Me encuentro con lo que escribí hace un rato, aquí mismo, apoyada en la barra antes de abrir el bar.

Nos encontramos por casualidad…

La cierro de inmediato con firmeza y la guardo enseguida, insultándome a mí misma por ser tan despistada y, a la vez, por haber escrito… todo lo que escribí.

Dios.

Rhett es el mejor amigo de Sebastian.

¿Qué mierda está mal conmigo?

Intento ponerle fin al problema cuando enciendo mi teléfono y entro a "Notas" para tomar el pedido de estos chicos, que espero no hayan presenciado la crisis existencial que acabo de tener, y continuar con el trabajo por el que estoy aquí.

Cuando anoto lo último, una hamburguesa Downtown LA, les digo que enseguida les traeré su pedido. Gracias a Dios ninguno de ellos pidió alcohol. Discutir con un grupo de adolescentes ricos es lo último que me apetece en este momento.

–Una Oasis, tres Cheeseburger, una Sunset y una Downtown LA –le indico a Daniel, uno de los chicos que se encarga de cocinar los menús.

Me dirijo a la barra y preparo las Coca Colas frías y el hielo en los vasos que el grupo me pidió, mientras tarareo *Getaway Car* de Taylor Swift. Me trueno el cuello, estoy demasiado tensa. Necesito un masaje urgente.

Cuando me dirijo nuevamente a la mesa diez para dejar las bebidas, diviso en la entrada a la última persona en el universo que

deseo ver justo ahora.

–Ay, mierda –digo en voz alta, creyendo que solo estaba pensándolo.

Ay, mierda.

Rhett entra a Oasis vestido con una camisa negra y un pantalón de vestir holgado del mismo color. No me ve, gracias al cielo, dado que estoy bastante lejos de la puerta de entrada. Pero yo *sí* lo veo. Y no dejo de hacerlo hasta que siento la mirada interrogativa y reprochadora de los adolescentes sobre mí.

Vuelvo a ellos, abriendo y cerrando la boca como haría un pez.

–Enseguida les traigo el pedido –termino, y *escapo*.

Por un momento, tengo el impulso de salir corriendo por la puerta trasera para no tener que cruzarme con él. Pero, entonces, Emily dice mi nombre desde el mostrador y me hace señas para que vaya.

En ese instante, Rhett parece escuchar el "¡Becca!" de mi compañera de trabajo, y es cuando me ve.

¿Es que nosotros siempre vamos a encontrarnos en todos lados?

"Mierda", digo entre dientes a medida que camino hacia el mostrador. Rhett no deja de seguirme con la mirada hasta que quedo del otro lado de la barra, a donde él se acerca sin quitarme sus ojos azules *absorbealmas* de encima.

–Apuesto a que acabo de cagarte toda tu jornada laboral –bromea, sentándose frente a la barra en una de las banquetas.

Me doy cuenta de que, aunque intente disfrazarlo con ironía, está bastante sorprendido. Seguramente lo que menos esperaba era ir a un bar y que fuera yo quien lo atendiera.

–No tienes idea –respondo, sarcástica, mientras le entrego la bandeja plateada a otro de los chicos de la cocina. Este desaparece

de mi vista cuando se dirige hacia allá, del otro lado de la pared que separa su área de trabajo del bullicio del bar.

Rhett inhala profundamente y asiente, como si no esperara ningún otro tipo de respuesta de mi parte.

Por Dios, no sé si es por las luces tenues del bar, si es porque tengo tanto sueño que mi vista está borrosa, o si simplemente es por *él*… pero esa camisa, esa jodida camisa, le queda increíble con sus ojos.

Y, bueno, con todo su torso.

Se amolda a él tan bien que parece haber sido diseñada a medida. Sus brazos, su pecho, su abdomen, *todo*. No le queda tan ajustada como para que haga un movimiento y se rompa, pero lo suficiente como para resaltar de manera impecable su cuerpo completamente tonificado de jugador de handball.

Cuando consigo dejar de observarlo, recuerdo que soy la bartender y que, si yo no lo atiendo, entonces nadie lo hará.

Respira hondo, Becca. Cálmate.

–Bien, ¿qué te sirvo? –le pregunto, volteándome hacia los estantes a mi espalda, en donde se encuentran las bebidas.

–Lo que sea, pero que no tenga alcohol.

Me quedo estática en el lugar, a punto de tomar el medidor y la coctelera. Giro la cabeza en su dirección con el ceño fruncido.

–¿Que no tenga alcohol? –pregunto, incrédula. *¿Qué viene a hacer a un bar si no es a beber un trago?*

–Sí –afirma, y toma el menú que está sobre la barra. Comienza a ojearlo, cuando prosigue–: Soy deportista, no bebo alcohol.

Pero… ¿la noche de la reunión en su casa?

Bueno, ahora que lo pienso… No recuerdo haberlo visto tomar ni una gota de los tragos –puros– que preparó.

¿O está fastidiándome?

–¿Es en serio? –consulto, otra vez.

–Ajá.

–¿Y haces seguido esto de venir a bares y no beber alcohol, o…?

Creo ver cómo una de las comisuras de sus labios se alza ligeramente.

–¿Es que no sabes preparar algo sin alcohol? –reprocha, aunque percibo un tono burlón en su voz.

¿Qué tan extraño es que yo también quiera sonreír?

–Ah, *nonono*, eso sí que no. No dejaré que pongas en dudas mis dotes de barwoman.

Rhett sonríe. Niega con la cabeza a medida que muerde su labio inferior.

–Entonces prepárame tu mejor trago sin alcohol.

–Más te vale dejarme una buena propina –lo amenazo, señalándolo con el dedo índice.

Él ríe sutilmente.

Me pongo a preparar un mocktail mojito, que considero que es de los mejores que me salen. Estoy de espaldas a él, y no sé si me está mirando o si solo estoy perseguida, pero *lo siento*. Siento su mirada en la nuca.

Es el mismo sentimiento que experimentaba las primeras veces con Sebastian, cuando venía a verme al bar para pasar tiempo conmigo aunque yo estuviera trabajando. Mierda, eso fue hace más de cuatro meses, ¿cuándo pasó tan rápido?

¿En qué momento dejó de hacerlo?

Que irónico que quien esté provocándome ese mismo sentimiento en este momento sea su mejor amigo.

Dejo el trago en la barra frente a él cuando termino de prepararlo.

–Adelante –le digo, y alzo la mano hacia el trago, indicándole que lo pruebe.

Rhett le da un sorbo. Relame sus labios, como si quisiera asegurarse de haberlo degustado bien, y entrecierra los ojos. Luego, da otro sorbo.

–¿Y? –pregunto.

Él levanta el trago frente a sus ojos, lo analiza, y después vuelve a dejarlo sobre la barra para clavar la mirada en mí. Coloca sus antebrazos sobre la madera y se inclina hacia adelante. Eso me corta el aliento hasta que soy capaz de recuperarme.

–Está realmente *bueno* –dice, remarcando la última palabra.

Lanzo aire por la nariz, sonriendo. Hago una reverencia, como si acabara de terminar de actuar en una obra de teatro, y me quito un sombrero invisible de la cabeza.

–*Eso* es un trago –señalo mi obra de arte con la cabeza–, no el alcohol puro que nos serviste en tu casa la noche de la reunión.

Rhett abre la boca exageradamente, simulando estar indignado.

–Auch –se queja, colocando la mano sobre su pecho del lado del corazón–, acabas de hacer mierda mi sueño de ser bartender.

Me rio.

–Alguien tenía que hacerlo –me excuso, sarcástica–, créeme, es por tu propio bien.

Le doy una palmadita en el hombro derecho. Me arrepiento en el segundo en que veo cómo sus ojos se clavan en el punto exacto donde acabo de tocarlo, y me siguen hasta que vuelvo a

posicionarme detrás de la barra, lo que hago con la velocidad de Barry Allen.

Por suerte, me escabullo justo cuando me avisan que las hamburguesas de la mesa diez están listas para ser entregadas. Me aclaro la voz, y le hago señas a Rhett con la cabeza de que debo dirigirme hacia la cocina, de donde acaban de llamarme. Él asiente, y alza la mano en señal de "Vaya, nomás".

Uf.

Trato de que todo mi camino hacia la mesa diez sea similar a la velocidad de una tortuga, solo para no tener que regresar tan pronto a la barra. No estaba pasándola mal con Rhett, pero…

Ese es *exactamente* el problema.

No estaba pasándola mal con Rhett.

Quizás se deba a que ahora lo percibo con la idea de que es un primo atento y cariñoso, y ni hablar de que su primita lo adora.

Después de lo de esta tarde, creo poder decir que veo a Rhett de una manera un poco diferente. No digo que no sea un idiota, no olvido que fue el hombre que me empujó en una discoteca y que ni siquiera me ofreció una disculpa, ni quien me llamó "irritante" frente a mi novio, o quien apenas sí me saluda cuando me ve, pero…

Agh, no sé.

No logro comprenderme.

Nada de lo que me está sucediendo tiene sentido.

Y eso sin siquiera mencionar el hecho de que prácticamente le he escrito todo un poema.

–Okey, esto es lo último –le digo a uno de los adolescentes, al que está sentado del lado de la pared, y le entrego la hamburguesa Sunset junto a las papas fritas–, si necesitan algo más, me avisan.

Estoy a punto de voltearme cuando otro de los chicos, el que me devoró con la mirada la primera vez, exclama "Ey, espera".

–¿Sí? –consulto, un poquitín irritada.

–De hecho, sí necesitamos algo más –dice, e intercambia una mirada cómplice con sus amigos. *Ay, no*–. Tu número.

Me restriego el rostro y me esfuerzo por contener todos los insultos que se me vienen a la mente. ¿Es que estos niños ya no tienen respeto por los mayores?

–Soy una anciana para ti –suelto, con más brusquedad de la que había planeado.

–Me gustan con experiencia –contesta, arrogante, el pequeño cabrón. Sus amigos se ríen como si acabara de decir el chiste del siglo.

A esto me refiero cuando digo que a los hombres hay que educarlos desde temprana edad para que no sean unos bastardos en el futuro. A este tipo de chicos, que van en manada con otros, que se sienten superiores por hacer comentarios de mierda y a quienes sus amigos siguen como si fueran la abeja reina…

Alguien tiene que ponerlos en su lugar.

–Mira, *rubiecito* –le digo, entre dientes, inclinándome hacia él–. Si buscas una noche de diversión, hay un McDonalds aquí a dos calles y tiene unos juegos divertidísimos en los que te puedes trepar y deslizarte por toboganes. Creo que ese es un plan mucho más acorde a tu edad que ir por ahí fingiendo ser el Señor Me Las Sé Todas, solo para quedar como el maestro frente tus amigos. Ah, y ustedes –los señalo a los otros cinco chicos en la mesa, que me observan con la boca cerrada como si tuvieran los labios pegados entre sí–, no le sigan el juego. Tengan un poco de personalidad.

Me volteo cuando noto que los he dejado sin habla. Me parece escuchar al rubio que me pidió el número murmurar "perra", pero decido restarle importancia porque dudo que esté bien visto que una mujer de veintidós años le dé un puñetazo en la nariz a un menor de edad.

Paso por la mesa siete antes de regresar a la barra. Recojo las bandejas sucias que han dejado los clientes, y veo un billete debajo de una de las copas vacías.

Cinco dólares. Esa es mi propina.

Genial.

Suelto un suspiro y guardo el billete en mi delantal. Oasis es un bar situado en el centro de Los Ángeles, por lo que las personas que lo frecuentan tienen mucho dinero. El trago más barato que ofrecemos cuesta *sesenta dólares*, y esta gente no tiene ningún problema en beber *tres* rondas como *mínimo*.

Pero son unos tacaños de mierda a la hora de dejar propina.

Lo primero que hago al llegar a la barra es dejar la bandeja con los platos sucios en la ventanilla de la cocina. Después, guardo la "propina" –creo que he encontrado más dinero tirado en la calle que lo que acaban de dejarme debajo de ese vaso– en mi bolso.

Rhett me ve justo cuando hago eso, y tal vez también un poco nota mi cara de pocos amigos.

–¿Está complicado? –pregunta, cruzándose de brazos sobre la barra con el trago a medio terminar.

Aprieto los labios. Solo me limito a asentir.

La cuota de la universidad aumentó este mes. El mes pasado apenas me alcanzó para pagarla con el sueldo que me dan aquí, y ahora… honestamente no sé qué voy a hacer.

Quizás pueda buscar un trabajo aparte, uno de medio tiempo. Mis clases son a la mañana, por lo que tengo la tarde libre. Bueno, no *libre* como tal, ya que la utilizo para estudiar, pero a este punto estoy desesperada.

Tal vez si encontrara uno en un lugar un tanto más tranquilo, para poder estudiar a la vez que estoy trabajando…

–¿A qué hora cierran? –pregunta Rhett, quitándome de mis pensamientos.

Al parecer, hoy tiene ganas de hablar.

–A las dos –contesto y bostezo. Mierda, debo empezar a dormir mejor. Rhett chequea la hora en su teléfono. Sé que no deben ser más de las once, y yo ya estoy exhausta.

Cuando los nuevos clientes de la mesa siete dejan las cartas en una de las esquinas de la mesa, me acerco a ellos para tomarles la orden. Son dos hombres de unos cuarenta años, bien vestidos y con relojes en sus muñecas que deben costar miles de dólares.

Confieso que este tipo de *businessmen* me intimidan bastante.

Ambos me piden nuestro trago más caro. El Diamond Elixir, hecho con whisky escocés de malta única de una destilería prestigiosa y de edición limitada.

Cuesta más de setecientos dólares.

–Perfecto –anoto en la libreta, esta vez, en la correcta–, ¿y desean algo para comer?

Uno de los hombres de negocios recorre mis piernas descubiertas con los ojos. Si fuera por mí, intentaría evitar este tipo de situaciones usando un jean cargo largo, pero así es la vestimenta del bar, por muy sexualizadas que nos sintamos las mujeres que trabajamos aquí.

–Se me ocurre *algo* que desearía comerme –suelta ese mismo hombre, inclinado hacia atrás para poder verme a los ojos.

Ay, Dios.

¿Es que hoy salieron todos los machitos de distintas edades?

La diferencia es que a este imbécil no puedo decirle nada. Es mucho mayor que yo, tanto en edad como en cuerpo, y luce como esos hombres que podrían dejarte en la calle y sin trabajo con tan solo una llamada.

Y no puedo darme el lujo de perder mi apartamento ni mi empleo.

–Entonces, ¿solo los tragos? –pregunto, haciendo de cuenta que no entendí lo que quiso insinuar.

Esbozo una sonrisa forzada. El asco que siento ahora mismo es impresionante.

–Sí, belleza –responde el otro de los idiotas–, solo los tragos.

–Bien.

Huyo de allí con el corazón latiendo en la garganta, tanto de miedo como de impotencia. Me voy bajando la falda a cada paso que doy, tratando de cubrir mis muslos lo más que pueda.

Una falda no es una jodida invitación, mierda, pero estos imbéciles parecen ver un poco de piel y ya volverse simios.

Sin ofender a los pobres simios.

–Qué noche de mierda –maldigo entre dientes mientras preparo el trago para los imbéciles.

Aparentemente, mi voz no es lo suficientemente baja como para que Rhett no me escuche.

–Yo les llevaré los tragos –dice, entonces.

Quedo a medio batir la coctelera cuando giro la cabeza hacia él.

–¿Qué?

–Que yo les llevaré los tragos –repite.

Sigo batiendo la coctelera. Lanzo una carcajada leve y sin ruido.

–¿Qué dices?

Rhett suspira y se acomoda mejor en la barra, para quedar un poco más cerca de donde estoy. Le da otro sorbo al trago sin alcohol que le preparé, y entrelaza los dedos uno con los otros. Sus bíceps se tensan debajo de la camisa cuando se inclina hacia adelante. Me obligo a dejar de mirarlos.

–No parecías muy cómoda atendiéndolos –dice.

Trago saliva. *¿En serio fui tan obvia?*

–Estoy bien. –Miento.

–Sí, tú estás bien. *Ellos* son los que no lo están.

Me bajo la falda una vez más al recordar la mirada del tipo devorando mis piernas desnudas.

Termino de decorar el trago con una rodaja fina de trufa negra. Me aguanto las ganas de escupirlos antes de colocarlos en la bandeja.

–Estoy acostumbrada a este tipo de situaciones –le hago saber a Rhett de manera un tanto cortante, y sin aguardar por una respuesta, me dirijo hacia la mesa siete.

Siento sus ojos siguiéndome hasta que estoy enfrente a los sujetos. Sé que me está mirando, por eso intento parecer lo más tranquila posible.

Me armo de valor. Les entrego los tragos.

–Dos Diamond Elixir –digo y los dejo en la mesa, uno frente a cada hombre–. Que los disfruten.

Me doy media vuelt…

–Ey, ey, aguarda –me llama el imbécil que intentó desnudarme con los ojos–, creí haber pedido un trozo de carne también.

Un latido súbito me genera un escalofrío por toda la espalda.

–No –niego, con toda la calma que soy capaz de implementar–, no pediste nada más.

El hombre mira a su compañero, alza las cejas, y ambos vuelven a mirarme.

–Sí –afirma con voz fuerte y decidida–, pedí un trozo de carne. Y, de hecho… –El movimiento es lento, pero parece que sucede en menos de un segundo.

Su mano acaricia la piel descubierta de mi muslo.

Quiero gritar.

–... trajo *mucha* más carne de lo que esperaba –concluye, con voz grave y una sonrisa que logra estremecerme.

Mierda, mierda, mierda.

Quiero quitar su mano de mi piel. Quiero *cortársela*. Quiero volcar todo el trago en su cara y que el whisky lo deje *llorando*.

Pero no me muevo. No reacciono. ¿Nadie está viendo lo que sucede? ¿Soy la única presente aquí?

–Tócala una vez más y te arranco las manos.

El hombre aparta la mano de mi pierna en el instante que esa voz ronca se escucha detrás de mí.

Rhett.

Me volteo tan rápidamente y tan nerviosa que casi me tropiezo con mis propios pies.

Rhett me toma de la cintura cuando nota que no puedo mantenerme de pie. Siento la presión baja. Estoy mareada.

–¿Estás bien? –pregunta. En serio luce preocupado.

Solo consigo asentir. Un nudo se ha apoderado de mi garganta.

–Ey, hombre, no hice nada fuera de lugar –oigo decir al tipo que acaba de tocarme, con voz relajada y el cuerpo estirado en la silla.

Rhett no contesta. Solo lo fulmina con la mirada. No, lo *descuartiza*. Me da la impresión de que está tragándose la respuesta, porque si no, no será capaz de controlarse.

Entonces, vuelve la mirada hacia mí. Su rostro está tan cerca del mío que su aliento cálido roza mi nariz.

Su mano aún sigue sosteniendo mi cintura.

–Regresa a la barra, Becca –dice con voz suave, y hace un movimiento sutil con la cabeza para señalar la barra a unos cuantos metros de nosotros–. Yo me encargo.

¿A qué se refiere con "Yo me encargo"?

–No –soy capaz de murmurar–, no. No puedes hacer una escena por mi culpa. Van a despedirme. No puedo dejar que me despidan.

Rhett intenta calmarme susurrándome:

–Ey, ey, tranquila. –Respiro hondo y exhalo, muchas veces–. No haré nada por lo que puedan despedirte, ¿okey?

Me mira directamente a los ojos. No puedo creer que ese simple acto haya conseguido calmar lo rápido que estaba latiendo mi corazón.

Afirmo repetidamente con la cabeza con la vista puesta en el suelo.

Rhett agrega algo más antes de que yo *corra* hacia la barra:

–Prometo no golpearlos… Por *mucho* que quiera hacerlo.



Sí, Rhett no mintió cuando dijo que no los golpearía. De hecho, no ha recurrido a la violencia física ni por un momento.

Pero creo que los sujetos habrían preferido eso en lugar de lo que optó por hacer.

Los presentes en el bar empezaron a insultar a los tipos después de que Rhett los expusiera ante todos, contando lo que sucedió y la forma en que me acosaron.

No solo él los obligó a irse del bar, sino también todos los demás clientes.

Ah, y además no los dejó largarse antes de que me ofrecieran sus disculpas. De mala gana, pero lo hicieron. Es impresionante lo rápido que un hombre puede doblegarse y callarse cuando se le expone públicamente.

Por suerte, los tipos se han ido hace más de media hora, y todo el bar ha vuelto a la normalidad. Los clientes siguen llegando, yo sigo atendiéndolos, llevándoles sus órdenes y recibiendo propinas menores a diez dólares.

Y, después de todo este tiempo, Rhett aún sigue aquí.

Su inmenso cuerpo está sentado frente a la barra bebiendo su segundo mocktail mojito. Ha estado aquí por más de dos horas, viéndome ir y venir, disfrutando de su trago en silencio.

Yo, por mi parte, le he enviado un mensaje a Sebastian hace un rato preguntándole si le importaría buscarme después de mi turno.

Teniendo en cuenta que mi novio tiende a quedarse despierto hasta tarde, las dos de la mañana aún es una hora razonable para él.

Pero voy a molestarme muchísimo si sucede lo mismo que ha sucedido noches atrás, cuando se olvidó de venir a buscarme y debí

volverme en Uber a plena madrugada.

Contestó que vendrá por mí y que pasaremos la noche en su casa. Espero que así sea.

Es *lo único* que necesito ahora mismo.

No le he contado lo que sucedió y tampoco planeo hacerlo. Prefiero hacer de cuenta que nada ocurrió y simplemente intentar quitarlo de mi cabeza.

Además, estoy demasiado *agotada* como para responder a una *horda* de preguntas, que estoy *segura* de que terminarán con comentarios como "No puedes seguir trabajando ahí", "Es peligroso", "¿En serio lo vale tanto esa universidad?".

Me ajusto la liga que sostiene mi cabello en una cola de caballo, y trato de acomodar mi flequillo sudado. Estoy hecha un desastre. Ni siquiera necesito mirarme al espejo para confirmarlo.

Estoy detrás de la barra, masajeándome el cuello y rogándole al cielo que esta contractura desaparezca, cuando no puedo evitar observar al hombre de ojos azules y camisa negra que se encuentra sentado frente a mí, del otro lado de la barra.

Rhett tiene el ceño ligeramente fruncido a medida que mira *quién sabe qué* en la pantalla de su teléfono. No me he preguntado antes qué hace aquí, por qué está tan bien vestido o por qué aún no se ha ido.

Y ahora eso es todo en lo que puedo pensar.

–¿Puedo preguntarte algo? –le consulto, después de varios minutos considerando si hacerlo o no, mientras seco una de las copas.

Él levanta la vista de inmediato de su teléfono.

–Lo que sea.

–¿Qué haces aquí?

Rhett alza las cejas. Sonríe lanzando aire por la nariz.

–Supongo que… beber un trago, ¿no?

Ruedo los ojos. *Ja, ja*.

–Qué gracioso –suelto, sarcástica–. Ya sabes a lo que me refiero.

Se encoge de hombros, y contesta:

–Quería pasar a tomar algo antes de volver a mi casa.

–Esa es una respuesta bastante vaga.

Él me mira a los ojos durante un breve instante, callado, con la lengua haciendo presión en su mejilla interna.

¿Qué tan normal es que ese simple gesto me haya puesto nerviosa?

–¿Quieres saber por qué estoy vestido así –señala su *outfit* con las manos–, por qué *justo* vine a este bar y por qué aún no me he ido?

Abro la boca. La cierro de inmediato. *Mierda*, es como si pudiera leer mis pensamientos.

Asiento con la cabeza.

–Tuve una juntada con algunos amigos de la universidad –responde a la primera pregunta–, este bar queda de camino a mi casa –dice por la segunda pregunta–, y aún no me he ido porque…

Se queda callado cuando debe terminar la oración. Traga saliva, e inhala profundamente con los ojos puestos en su trago sin alcohol.

Luego, la levanta y la clava en mí.

–Porque quiero asegurarme de que no te ocurra *nada* similar a lo que sucedió hace un rato.

Se me corta la respiración.

El corazón amenaza con salirse de mi pecho.

No puedo explicar lo que está sucediendo en mi interior en este momento.

–N-no… –balbuceo. No tengo idea de qué decir. Estoy tan nerviosa que me tiembla la voz–. No te hagas problema por eso –digo como puedo–. Soy capaz de lidiar con situaciones así. Ya te he dicho, estoy acostumbrada.

–No deberías.

Suena tan *decidido*. Tan serio.

–No está bien que lo tengas normalizado –continúa con determinación pero, a la vez, con cierta… dulzura. Luego, agrega–: No es normal que hayas tenido que normalizarlo.

Suelto un suspiro.

Tiene razón. No puedo decir lo contrario porque sé que así es. Tengo tanto miedo de perder este empleo que he naturalizado situaciones de mierda que nadie debería naturalizar, solo porque en verdad necesito el dinero.

–Será solamente hasta que termine la carrera –digo, tanto como forma de respuesta a su último comentario como de autoconvencimiento–, tampoco me gusta tener que soportar idiotas, pero necesito dinero para pagar la universidad y el sueldo que me dan aquí no es malo. No puedo darme el lujo de renunciar solo porque el ambiente es una mierda.

–Si el problema es el dinero, yo puedo…

–No –le corto enseguida. *Que ni se le ocurra*–. No. No vas a hacer caridad conmigo.

–Mierda, Becca, no es caridad –suelta, despegando los antebrazos de la barra–, solo quiero ayudarte.

–No necesito ayuda, Rhett. –Le hago saber con dureza–. Ni tuya, ni de nadie más. *Gracias* por tu empatía, pero estoy bien así.

No me doy cuenta de lo grosera que sueno hasta que me escucho a mí misma. No fue mi intención, mierda, es que odio hablar sobre esto.

Trabajar aquí no es el paraíso, pero ha estado pagando todas las cuotas de la universidad. Este mes me las arreglaré, no sé cómo, pero de alguna manera conseguiré dinero extra para pagar el aumento sin morir en el intento.

–Bien –dice, cortante y seco. Le da un último sorbo a la bebida, y deja la copa vacía encima de la barra de un golpe sordo.

Se levanta de la silla en silencio, y yo le entrego el ticket con el detalle de los ciento cuarenta dólares que debe abonar por los dos mocktail mojitos, también en silencio. La atmósfera se ha vuelto condenadamente tensa tras el intercambio de palabras que acabamos de tener.

Rhett examina el recibo con el importe a pagar y extrae su billetera del bolsillo delantero de su pantalón. Después, coloca los billetes sobre la barra.

Observo el dinero, luego a él, y nuevamente al dinero.

–Estás dándome... –titubeo, incapaz de terminar la frase.

La suma que ha dejado supera cuatro, quizás hasta *cinco veces*, el monto a pagar. Tomo el dinero, dispuesta a devolvérselo.

Él extiende las palmas de sus manos hacia afuera, deteniendo mi intento de rechazarlo.

–Por la calidad del servicio –comenta, como si eso justificara el hecho de que acaba de dejar más de *seiscientos dólares* de propina.

Me quedo momentáneamente sin aliento. Mis ojos alternan entre su mirada y la *exorbitante* cantidad de dinero que estoy sosteniendo entre mis manos. Aún no logro reaccionar.

Rhett toma una profunda inhalación, y finalmente añade:

–Y la encantadora *barwoman*.



8

RHETT

NO DEJO DE PENSAR EN ELLA.

Becca ha estado dando vueltas en mi cabeza todo el día.

No dejo de preguntarme cuántas veces debió pasar por situaciones similares a la que sucedió en el bar anoche, a cuántos imbéciles como esos tuvo que soportar para no perder su trabajo.

Pienso en la manera en que ese idiota tocó su pierna y no siento nada más que *ira*. No soy una persona impulsiva, jamás recurro a la violencia, pero anoche *en serio* debí controlarme para no partirle la cara a golpes.

Estoy preocupado, demasiado para tratarse de alguien a quien apenas conozco.

Demasiado para tratarse de la novia de mi mejor amigo.

¿Es que Sebastian no se preocupa por ella? ¿No le molesta en lo absoluto que su novia sea acosada quién sabe cuántas veces por noche para pagar la universidad?

Sebastian tiene dinero. Sus padres, mejor dicho, al igual que los míos. Pagan su universidad, el club y todas sus salidas. ¿Nunca

pensó en ayudar a Becca, quien claramente lo necesita mucho más que él?

"No necesito ayuda, Rhett. Ni tuya, ni de nadie más".

Quiero creer que la razón es el orgullo de Becca, y no el hecho de que a Sebastian le importa tan un carajo el bienestar de su novia que ni siquiera le preocupa saber que está trabajando en un ambiente de mierda como ese.

–¡Rhett! –grita alguien a mi derecha.

Sacudo la cabeza. He estado perdido en mi mente hasta este momento.

Mierda. Sigo en el entrenamiento.

Liam me ha gritado para llamar mi atención. Es nuestro turno de atacar. *Todos* mis compañeros están esperando a que diga qué jugada practicaremos ahora.

Estoy desconcentrado, puta madre. Esto jamás me había sucedido.

Es más, aparentemente, he estado fulminando con la mirada a Sebastian todo este tiempo.

Él alza el pulgar desde el extremo derecho de la cancha, como preguntándome "¿todo bien?". Lo único que le doy como respuesta es un asentimiento de cabeza. No puedo mirarlo sin sentir unas ganas inmensas de bombardearlo a insultos.

–*Triangular* –grito el nombre de la jugada, y le paso la pelota a Connor para empezar a moverla en la primera línea.

Esta jugada es, en realidad, el famoso "desdoble del extremo", pero lo he bautizado con otro nombre para que el equipo contrario no sepa enseguida qué es lo que vamos a hacer. Es una de las más

sencillas y todo el mundo la suele hacer, pero empezaremos con esta y luego practicaremos otras más complejas que yo mismo he creado.

Hacemos dos rondas de pases entre Connor, Liam y yo, los tres primera línea. La pelota parece volar por la rapidez de los pases. Tienen que ser fuertes, seguros, veloces. Un mal pase puede cagarte una jugada completa o incluso terminar en un gol del otro equipo.

Realizamos la triangular del lado de Liam y Sebastian, nuestro lado inhábil ya que ambos son diestros, solo porque el fin de semana pasado hemos errado demasiados tiros por ese lado.

Harry se mueve hacia dentro de la defensa, quedando como segundo pivote junto a Sean. Connor ocupa ahora el extremo izquierdo, donde solía estar Harry, y yo quedo como lateral izquierdo. La jugada ha hecho que Liam quedara como central. Puede decidir si intentar penetrar, o bien pasarle la pelota a Sebastian. Cualquiera de las dos opciones será efectiva, dependiendo de cómo se desplace la defensa, que está integrada por el equipo suplente.

Liam decide pasarle la pelota a Sebastian. Me alejo un poco del área punteada de nueve metros, y me quedo en posición para entrar a la carrera por si algo no sale como debería.

Sebastian debe lanzar. Tiene un espacio perfecto para penetrar en la defensa entre el dos y el tres con alguna finta.

Lanza.

Anota.

"Bien", murmuro para mis adentros. Si una jugada es bien ejecutada, es prácticamente un hecho que la pelota terminará adentro del arco.

El entrenador felicita a Sebastian, le da unas indicaciones al equipo suplente que está defendiendo –que la mayoría, o son nuevos, o apenas han subido a esta categoría– y, por último, me hace una reverencia con la cabeza. Esa es su manera de decirme que he hecho las cosas bien.

Con él ni siquiera necesitamos comunicarnos con palabras.

Joseph me ha entrenado por más de diez años, me ha enseñado la mayoría de las cosas que sé y, de hecho, me ha acompañado durante todo el proceso de recuperación de la fractura de mi rodilla. Es un hombre mayor, como de unos sesenta y pico. Ya no juega, se retiró hace unos años, pero es uno de los mejores jugadores de handball que he conocido en mi vida.

Además, ha sido parte de USA Team Handball, ha jugado partidos con la camiseta del país justo como yo sueño con hacerlo.

Muchas veces me ha dicho que le recuerdo a él de joven.

–De nuevo –indica Joseph, haciendo señas circulares con la mano para que repitamos la jugada.

Asiento.

Por un momento recuerdo que en menos de una semana tengo un examen para el que aún no he leído ni un cuarto de la bibliografía obligatoria.

Pero el pensamiento se desvanece en un segundo, cuando comienzo a guiar al equipo con señas y palabras técnicas. Cuando cumplo mi rol de *líder*.

El handball hace que me olvide de todo.

El handball es todo.

Mi refugio, el lugar donde puedo olvidarme de mis preocupaciones y enfocarme en lo que realmente me importa. Siento cansancio,

siento emoción, siento adrenalina, cada vez que estoy dentro de la cancha.

Encuentro *consuelo* en el ritmo frenético del juego, que refleja el ritmo de mi propio corazón.

Después de dos horas de intenso entrenamiento físico y técnico, finalmente terminamos. Me quito la camiseta y la cuelgo en mi hombro, para luego tomar una toalla y secarme el torso desnudo. Estoy exhausto. De un sorbo, bebo más de la mitad de mi botella de agua. Connor me felicita con una palmada en la espalda, a lo que respondo con una sonrisa de agradecimiento.

A pesar de estar realmente agotado, siento una oleada de satisfacción al recibir los elogios de los jugadores de la categoría Menores, que son más de diez años más jóvenes que yo. Me halagan por mi juego impecable y mi desempeño en el partido del fin de semana pasado. Les agradezco con una sonrisa y noto cómo sus rostros se iluminan con admiración, como si estuvieran frente a su héroe.

Esta escena me lleva de vuelta en el tiempo, recordándome cuando yo era como ellos, cuando soñaba con ser como los jugadores de categorías superiores.

Ahora, estar en el lugar de esos ídolos es un recordatorio poderoso de que mi esfuerzo y dedicación siempre han valido la pena.

Y que mi fractura de rodilla pudo dejar una cicatriz en mi piel, pero jamás en mi espíritu.

Me dirijo hacia el vestuario aún con el torso desnudo y la camiseta de entrenamiento colgando de mi hombro. Finjo no darme cuenta de las miradas de las chicas de algunas categorías más bajas cuando

paso cerca de ellas. Cuchichean algo mientras me miran, y se ríen entre sí. Las comisuras de mis labios atinan a levantarse y niego con la cabeza.

No entiendo por qué a las adolescentes les llaman tanto la atención los hombres más de cinco años mayores.

En el vestuario me encuentro con todos mis compañeros de equipo. Liam está cantando *Highway to Hell* de AC/DC a todo pulmón mientras hace girar su camiseta sudada entre sus manos. Sean, Connor y Harry se unen a él y empiezan a saltar como si fueran fanáticos en una cancha de fútbol. Me rio y cruzo miradas con otros de los chicos del equipo, Steven y Justin, les hago una mueca como de "no tienen caso". Ambos sonríen.

Sentado del otro lado del vestuario, utilizando su teléfono pero sonriendo por el show que se están montando nuestros compañeros de equipo, se encuentra Sebastian.

Sé que no debo decirle nada, pero cuando quiero darme cuenta, ya estoy sentado a su lado.

–Qué onda hermano –dice, golpeándome el brazo–, gran entrenamiento, ¿eh? He estado teniendo partidos y prácticas de mierda últimamente.

–Estuviste bien hoy –digo, tratando de apaciguar las aguas para no soltar la bomba tan de golpe–, las jugadas de tu lado fueron efectivas.

Él se golpea el pecho con orgullo y se señala a él mismo.

–Magia, amigo –suelta–. *Magia*.

Sonrío y ruedo los ojos.

Sebastian es bueno en la cancha, pero a veces su ego le juega en contra… y lo vuelve insufrible. Algunos de nuestros compañeros han

venido a decirme que lo ponga en su lugar, ya que no son pocas las veces que reciben comentarios negativos de su parte.

Sebastian tiende a culpar a los demás por errores que él cometió y que se niega a aceptar, y eso es una mierda.

–Venía a hablarte de otra cosa, en realidad –digo cambiando de tema tanto porque no me apetece escuchar cómo se arroja flores a sí mismo, como porque lo que tengo que decirle es mucho más importante.

Termina de quitarse las zapatillas y se pone las Nike Slides.

–Te escucho –dice, y endereza la espalda.

Me aclaro la voz. Tengo que hablar lo más tranquilo posible.

–Anoche fui al bar donde trabaja tu novia –digo, finalmente. Mierda, siento que estoy liberando palabras que tenía atascadas en la garganta–. No sabía que era bartender.

–Sí, lo es –afirma, asintiendo con la cabeza–, así nos conocimos.

Esas últimas tres palabras me generan un malestar en el pecho que me obligo a ignorar.

–Sí, bien –digo, intentando cortar el tema–, ese no es el punto. El punto es que… no lo sé, hermano, es un ambiente de mierda… Todo ese lugar.

–¿"Ambiente de mierda"? –repite, y lanza una carcajada–. Rhett, es uno de los bares más lujosos de Los Ángeles, ¿de qué ambiente de mierda me hablas?

Inhalo aire profundamente para *no mandarlo al carajo*.

–Sí, es caro y lujoso –le doy la razón–, pero los *ricos* que van allí son unos idiotas.

Sebastian me mira como si estuviera diciendo la estupidez del año.

–Dos hombres acosaron a Becca anoche –suelto, ya *harto* por su poco interés y la expresión burlona en su rostro.

Él abre la boca… ¿sorprendido? ¿O sarcástico? No logro descifrarlo.

–¿*Acosaron* a Becca? –pregunta, haciendo énfasis en la primera palabra.

–Sí –afirmo, esperando alguna *reacción* de su parte–, la tocaron cuando ella estaba tomándoles la orden.

–¿Qué? –suelta con fuerza. Al fin parece entender la *gravedad* de la situación–. ¿Cómo que la tocaron?

–Acariciaron su pierna –explico, sintiendo la misma furia que sentí anoche al ver a ese hijo de puta con sus manos encima de Becca–, y ella… ella estaba muy angustiada.

Me detuve antes de agregar: "No tienes idea de cuánto temblaba su cuerpo", porque eso solo cambiaría rotundamente el rumbo de la conversación.

–Mierda, hermano, Becca no me ha dicho nada –dice, esta vez, puedo decir que se lo escucha preocupado–, ¿por qué carajos no me ha dicho nada?

¿Qué? ¿Está enojándose?

–Amigo, ese no es el punto –intento hacerle entender, ya sin la paciencia que me forcé a tener apenas inicié esta conversación–. Quizás no quería preocuparte y por eso decidió no decírtelo. ¿Puedes enfocarte en el puto problema? Tu novia pasa por ese tipo de situaciones *a diario* porque necesita dinero para pagar la universidad.

–¿Desde cuándo te importa lo que haga mi novia?

Mis manos se aferran a la banca con tanta fuerza que mis nudillos se vuelven blancos.

Mierda.

Cálmate, Rhett.

–No es porque sea tu novia –bramo, y me restriego el rostro con fuerza–, estaría igual de preocupado si se tratara de Ashley o de Nicole, o de cualquier mujer que esté siendo acosada. –Tomo aire. Me fuerzo a calmarme–. Becca está soportando *todo eso* porque teme perder su empleo, que es con lo único que puede pagar su carrera.

–Estaba enterado de que le hacen comentarios fuera de lugar a menudo –dice entonces.

Eso sube mi presión el triple.

–¿Qué?

–Pero no sabía que la habían tocado –prosigue, pasando por alto mi pregunta.

Me quedo callado durante un instante, procesando lo que acaba de decir.

–¿Y es que nunca te inmutó saber que la *acosaban*? –vocifero.

–No la acosaban, Rhett, ella solo dijo que le hacían comentarios inapropiados.

–Mierda, hermano, es lo mismo. ¿Cómo puede no importarte que tu novia reciba comentarios de pervertidos todas las noches en las que trabaja en el bar?

Respiro hondo varias veces para equilibrar mi temperatura corporal, que ha estado subiendo tremendamente rápido durante estos pocos minutos de conversación con Sebastian.

Me repito a mí mismo que no voy a actuar impulsivamente…

Sin importar cuántas ganas tenga de golpearlo.

–Por supuesto que me importa –afirma él sin titubear, algo fastidiado–, pero *ella* es la que quiere trabajar allí. ¿Sabes la cantidad de veces que le he dicho que ese trabajo es una mierda y ella sigue sin renunciar?

–No es que no quiera renunciar, hermano, es que *no puede* –le corrijo con firmeza. No puedo creer que Sebastian no consiga entender un simple concepto–. Necesita el dinero. Necesita el trabajo.

¿Es que cómo va a entenderlo? Sebastian no tiene ni puta idea de lo que es no tener dinero, tener que trabajar para conseguirlo y darse cuenta de que a veces eso ni siquiera es suficiente. Porque a mí Becca no va a engañarme, porque *sé* que debe estar ganando el salario mínimo aunque insista en que le pagan bien.

Aunque yo tampoco puedo hablar mucho de Sebastian, ya que prácticamente he nacido en cuna de oro. El único trabajo que tengo es manejar las facturas de compra de autos para mis padres, y me pagan tres veces más de lo que seguramente le están pagando a Becca, simplemente porque soy su hijo.

–¿Y qué pretendes que haga? –pregunta, cruzándose de brazos.

A veces no sé si está jugando conmigo o si en verdad no comprende lo que quiero decir.

–Mierda, amigo, que le des una mano –le explico mientras cuento mentalmente hasta *cien*–, no lo sé, que le prestes dinero, que le consigas algún trabajo en el bufet de abogados de tus padres, *algo*.

–Becca es demasiado orgullosa como para dejar que alguien la ayude.

–Pero, Sebastian, puta madre…

–Sí, bien, bien –me corta, asintiendo repetidamente, ya sin lucir tan relajado–, hablaré con ella, ¿okey? Cálmate.

Me muerdo la mejilla interna. Asiento.

–Pero desde ya te aviso que es muy terca –continúa, levantándose de la banca con su bolso de entrenamiento colgado del hombro–. Por mucho que trate de hacer que entre en razón, dudo poder lograrlo.

Sebastian saluda a nuestros compañeros de equipo y sale del vestuario con la vista puesta en el teléfono.

Mi corazón da un vuelco cuando escucho la voz de Becca afuera, saludando a su novio con emoción.

Me quedo en el vestuario hasta que siento sus voces alejarse.



9

BECCA

OBSERVO POR ENCIMA DEL HOMBRO DE SEBASTIAN, HACIA EL VESTUARIO de donde él acaba de salir y de donde veo que salen el resto de sus compañeros.

Lo hago inconscientemente, casi como un reflejo.

¿Por qué carajos estoy buscando a Rhett?

–¿Puedo preguntarte algo? –dice entonces mi novio, y vuelvo la vista hacia él en un milisegundo. El corazón me late con fuerza. Es la *culpa*. Sé que no está bien lo que estoy haciendo –aunque prácticamente lo haga de manera involuntaria–, y como si fuera poco, también temo que Sebastian se dé cuenta de que algo anda mal.

–Dime –contesto, sonriendo sutilmente para ocultar mis nervios. Sebastian desbloquea su auto y yo me dejo caer en el asiento del acompañante.

Él me llevará a mi apartamento, me prepararé y luego saldremos a cenar. Hoy no debo trabajar. Mi jefe me dio el día libre por el…

incidente de ayer, me pidió disculpas de parte del bar e incluso aseguró que pondrían seguridad.

Le he dicho que sí, esa fue la primera vez que me tocaron, pero *no* la primera vez que me hicieron comentarios obscenos.

También me pidió disculpas por eso.

–¿Estuviste con Rhett anoche?

Giro la cabeza en su dirección con tanta brusquedad que por poco me rompo el cuello.

–¿Qué?

Sebastian conduce por las calles del centro con la vista puesta en el frente.

–Rhett me ha contado que anoche visitó Oasis, y que tú lo atendiste.

Sigue sin mirarme y está serio. Eso me genera un horrible malestar en el pecho.

¿Qué carajos le dijo?

–S-sí –afirmo–. Sí –trato de sonar más decidida y que mi voz temblorosa no me delate–, anoche vino al bar y le preparé unos tragos... Sin alcohol –agrego muy innecesariamente. Sebastian asiente con la cabeza, todavía con la vista puesta en la carretera.

–¿Estabas vestida con la camisa y la falda? –consulta entonces.

Ahí, finalmente, mueve la cabeza para mirarme.

¿Qué significa esa pregunta?

–Hmm, ¿sí? –respondo. No entiendo a qué quiere llegar–. Bueno, es la vestimenta que debo usar en el bar, así que…

Dejo que la última palabra se desvanezca en el aire.

–¿Es cierto que un hombre te tocó la pierna?

Directo. Al grano.

Mierda. ¿Rhett no podía mantener la boca cerrada?

–Sí, es cierto –digo, y lanzo un suspiro mirando hacia el techo del auto–, pero no fue nada, ya pas…

–¿Por qué no me lo dijiste? –me corta, con un tono de voz un poco más alto.

Trago saliva con dificultad. Sus ojos verdes están clavados en los míos.

–No quería que te preocuparas.

Sebastian gruñe y niega con la cabeza varias veces. Es como si quisiera gritar pero estuviera empleando todas sus fuerzas en contenerse.

Luce enojado. *¿Por qué está enojado?*

–¿Estás eno…?

–Solo –me interrumpe, tras unos segundos de silencio en los que pareció reflexionar sobre cómo responder–, la próxima vez, cuéntame, ¿sí? No quiero enterarme por alguien más que mi novia pasó un mal rato por culpa de unos imbéciles. Quiero que *confíes* en mí, Becks. Si no confías en mí, entonces tenemos un problema.

–¡Por supuesto que confío en ti! –exclamo de inmediato. No quiero ni siquiera darle tiempo para considerar lo contrario–. En serio, confío en ti más que en nadie. Lamento no habértelo contado. Solo quería olvidarme de lo que pasó y ya no volver a tocar el tema.

Mi novio asiente, serio, y luego esboza una sonrisa leve. Hay algo en su mirada que no logro descifrar aún. Me da una suave palmada en el muslo y deja su mano reposando allí.

Sonrío.

Estoy enamorada de Sebastian. Estoy *muy* enamorada de Sebastian.

Me repito eso una y otra vez.

Intento alejar de mi mente esa frase que ha estado atormentándome todo el día.

Intento alejar de mi mente esa voz.

"Por la calidad del servicio… *y la encantadora barwoman*".



Frunzo el ceño frente al espejo. Me pongo de lado, luego volteo hacia el otro. Vuelvo a fruncir el ceño.

Suspiro mirando hacia arriba con la esperanza de que el techo me hable y me confirme que este vestido azul zafiro me queda bien.

No suelo usar prendas muy ajustadas. A ver, en realidad, las uso todas las noches cuando tengo que trabajar en el bar. Me refiero a que no por voluntad propia.

No tengo complejos con mi cuerpo ni nada por el estilo –ya he pasado por eso en la adolescencia, gracias– pero a veces siento que la ropa ajustada no va conmigo. Simplemente no está hecha para mí. Punto.

¿Me queda mal? No. ¿Me siento incómoda? Sí.

Y no tengo ganas de estar incómoda.

Aunque también es cierto que lo más probable es que este vestido termine en el suelo de la habitación de Sebastian en menos de dos horas.

Creo que podré soportarlo.

Después de más de cuatro intentos, insultos y revoleadas del delineador, por fin el delineado me queda como quiero. Termino de

maquillarme con sombras azules para que combinen con el vestido, y me coloco máscara de pestañas a la velocidad de la luz.

Me aseguro de tener todo lo necesario en el bolso que voy a llevar a la cena. Dinero, rubor y una tanga extra, solo por si no encuentro la mía mañana en la habitación de Sebastian.

Antes de irme, veo que mi libreta y la pequeña cajita de madera donde guardo los mensajes de las galletas de la fortuna se encuentran encima de mi mesa de noche. Doy un paso para guardarlos donde deben ir, en el cajón, pero al final me digo a mí misma que no es necesario en lo absoluto, ya que pasaré la noche con mi novio y no es que si entran a robar a mi apartamento vayan a llevarse una libreta vieja y una caja con papeles escritos, ¿verdad?

Mi teléfono suena. Mensaje de Sebastian.

Sebastian
Estoy abajo.

Trago saliva.

Ese es probablemente el mensaje más insulso que me han enviado en mi vida.

Si voy a ser franca… Estoy nerviosa.

¿Nerviosa por salir con tu novio de hace ya seis meses? Sí.

Últimamente, he notado a Sebastian un poco… distante, por así decirlo. Quizás es cosa mía, pero no ha estado como otras veces. No me habla seguido por chat, apenas me llama y, si no es porque yo le insisto en vernos al menos durante un rato, después de salir de clases y antes de que deba entrar al bar, él no se haría ningún problema.

O tal vez esa es mi manera de justificarme por todo lo incorrecto que ha estado sucediendo en mi cabeza.

No voy a pensar en eso. Me prometí no pensar en eso. No esta noche.

Quiero enfocarme en Sebastian, en nuestra relación que ha sido preciosa todos estos meses y confirmar nuevamente que es el hombre de mi vida.

Bajo del edificio y me encuentro con mi novio en la puerta.

Lo saludo con un beso y le digo que esa camisa blanca le queda tremendamente sexy. Aguardo a que diga algo sobre mi atuendo o mi maquillaje... pero no lo hace.

Solo pone el vehículo en marcha y emprendemos rumbo hacia el restaurante.

Trago saliva.

Por favor, que esta noche no sea una decepción.



Para la tercera copa, ya empiezo a marearme.

Sebastian ha pedido un champagne para ambos –que, está de más decir, él va a pagar– y hace unos veinte minutos que estoy sintiendo que la delicada silla en donde estoy sentada se mueve de un lado a otro.

No recuerdo el nombre del restaurante, pero es tan sofisticado que de repente mi vestido hasta resulta vulgar. La comida está riquísima, pero me han servido menos de un cuarto de plato. No es que no me guste la comida gourmet, pero, mierda, tengo hambre, y

por los precios que he visto en el menú, parece que cobran hasta las veces que respiras.

Le he dicho a Sebastian que me dejara al menos poner la propina para que no debiera pagar todo él, pero se negó rotundamente. No hice objeción alguna. Después de todo, todo lo que he estado ganando lo estoy destinando a la cuota de este mes de la universidad.

Los seiscientos dólares que Rhett me dio como propina anoche me han venido perfectos.

Rhett.

De nuevo estoy pensando en Rhett.

Maldición.

–Y no tienes idea de cómo atravesé toda la defensa –continúa contándome Sebastian.

Ha estado una hora a reloj hablándome sobre su entrenamiento de esta tarde. Los primeros minutos metí algún que otro bocadillo, para que no creyera que estaba hablando solo, pero ahora solo puedo afirmar con la cabeza y soltar comentarios como "Guau!", "¿en serio?", "¿tan así?".

Me encuentro con los codos apoyados en la mesa y mi cabeza descansando sobre la palma de mi mano. Asiento cuando Sebastian habla de lo increíblemente bien que entrenó hoy.

Arqueo las cejas, intentando mantener la apariencia de estar concentrada e interesada en lo que dice, aunque en realidad esté divagando en que haberme quedado estudiando habría sido algo mucho más productivo.

De un instante a otro, Sebastian deja de hablar. Sacudo la cabeza. Al parecer, ha terminado de contarme lo jodidamente buen jugador

de handball que es.

Al fin.

–Te felicito –digo sonriendo, más por el alivio de que haya finalizado su monólogo que por su gran entrenamiento–, la romperás este fin de semana.

–De eso no quedan dudas –contesta, señalándome con la copa de champagne que tiene entre las manos, y la lleva a sus labios para darle un sorbo.

Sonrío forzosamente. ¿Siempre fue así de egocéntrico?

–Bueno, yo por mi parte… –comienzo a decir y me acomodo mejor en la mesa. Creo que, finalmente, puedo hablar sobre mí–. El otro día tuve clase de Estadística en Psicología, y el profesor dijo que me ve mucho futuro. He sido la única que respondió correctamente todas las preguntas del cuestionario, y…

–Zzz... zzz…

Me callo de inmediato cuando simula estar quedándose dormido, e incluso haciendo el ruido del ronquido. Él lanza una carcajada, riéndose de su propia broma.

Parpadeo repetidas veces.

–¿Qué es tan gracioso? –pregunto. No me hicieron falta ni quince segundos para enfurecerme hasta la médula.

Mi novio se muerde el labio inferior, aún sonriendo, y niega repetidamente con la cabeza.

–¿En serio vas a hablarme sobre tus cosas de psicóloga? –comenta, irónico, con una expresión altiva que me gustaría quitar de un puñetazo.

No puedo explicar lo furiosa que estoy. La rabia que se acumula en mi pecho crece más y más a cada instante que transcurre y tengo

que ver esa puta mueca condescendiente en su rostro.

–¡Tú me has hablado sobre tu entrenamiento por más de una hora! –replico con voz aguda, haciendo gestos bruscos con las manos.

Sebastian rueda los ojos.

–No puedes negar que es *mucho* más interesante que hablar sobre el cerebro humano.

Quedo boquiabierta.

Tengo los ojos cristalizados y un nudo en la garganta.

No puedo creer que esté hablando en serio.

–¿Sabes lo que es interesante? –pregunto, con voz incitadora, dispuesta a hacerle frente. Me pongo de pie y me inclino hacia él. Siento las lágrimas de impotencia a punto de caer por mis mejillas–. Que digas que has entrenado de puta madre, y luego no puedas hacer ni un puto pase bien.

Ahora él es el que se ha quedado sin palabras.

Su expresión de superioridad se desvanece de golpe, como si mis palabras le hubieran dado un puñetazo en la cara. Por un instante, lo veo titubear. Sus ojos parpadean con sorpresa ante mi inesperada explosión.

Sin embargo, en lugar de disculparse o intentar entender mi frustración, su mandíbula se tensa, su mirada se endurece y un rictus de irritación reemplaza cualquier signo de arrepentimiento en su rostro.

–Que te den, Rebecca –dice, entre dientes, mirándome amenazante a los ojos.

Deja una suma importante de dinero sobre la mesa de un golpe seco, y se encamina hacia la entrada del restaurante con pasos

firmes y decididos.

¿Qué? ¿Va a irse? ¿No va a llevarme a casa?

–¿Piensas dejarme aquí tirada? –vocifero.

Los presentes nos observan como si estuvieran viendo a los próximos ganadores de un Oscar.

No va a dejarme aquí… ¿Verdad?

Este lugar queda a más de cinco kilómetros de donde vivo, son las 12:30 de la madrugada y está aterradoramente *oscuro*.

No va a obligarme a volver caminando.

No *puede* obligarme a volver caminando.

–Pídete un Uber –exclama del otro lado del restaurante con voz lo suficientemente alta para que todo el mundo lo oiga–, y vete a la mierda.



10

Rhett

Mis padres sonríen mientras le cuentan al tal Andrew cerca de mis "impecables notas".

Trato de sonreír, pero creo que luce más como una mueca. Y no logra ocultar *para nada* mi incomodidad.

–Rhett obtendrá el título al final del año, ¿cierto, cielo? –pregunta mi madre, sonriéndome completamente ilusionada.

Suelto un suspiro que intento disimular.

–Sí –miento. Juro que no hay nada más que quiera en este momento que ser capaz de sonreír genuinamente, pero *no puedo*–, el año que viene ya estaré liderando la empresa con ustedes.

Mi padre me palmea la espalda, que es prácticamente su manera de demostrar cariño, y vuelve a halagarme con su colega.

–Dejaremos Coleman Motors en las mejores manos –le confirma mi padre, también sonriente.

Entre algunos halagos más, sonrisas forzadas y ganas de huir, finalmente puedo charlar a solas con mis padres.

Este tipo de eventos son comunes para ellos. Al menos una vez por mes, invitan a más de doscientas personas a la empresa, sirven los tragos más caros que existen, se visten de gala y, por supuesto, debo asistir. Es muy rutinario, de hecho.

Llego, mis padres me abrazan con fuerza, hablan de mí con sus colegas, me arrojan flores por lo increíblemente inteligente que soy, dicen que están orgullosos de su "futuro empresario" y yo me siento un hijo de mierda.

Todos les creen acerca de mí. Todos confían en mí. Todos piensan que el hijo de Madeleine y Alexander Coleman será exactamente igual que ellos, que lo tengo en la sangre. Y no es así.

Jamás ha sido así porque esto no me interesa.

Pero estoy aquí por ellos. Asisto a sus eventos porque, después de todo lo que han hecho por mí y de los increíbles padres que han sido, no puedo darme el lujo de decirles que no.

Mi madre me acaricia la mejilla. Está vistiendo un vestido color dorado, que contrasta perfectamente con el bronceado que obtuvo en el Caribe hace una semana, y su cabello rubio recogido.

–Bueno, yo debo irme… –digo, regalándoles una ligera sonrisa.

–¿Tan pronto? –pregunta mi mamá, haciendo un mohín.

Me rio sutilmente.

–Aún quedan unas cuantas horas –interviene mi padre, con su mano sobre el hombro de mi traje–, ¿estás seguro de que quieres irte ya?

Asiento. Intento no quitar la sonrisa del rostro para que no crean que algo anda mal.

–Mañana tengo entrenamiento –les hago saber.

Mis padres intercambian una mirada cómplice.

–¿Entrenamiento? –consulta mi mamá, y vuelve a mirarme–. ¿Sigues entrenando toda la semana?

–Sí –afirmo–, algunos días por la mañana, y otros por la tarde.

–Hijo –añade mi padre, y lo miro–, sabes que cuando debas liderar… –alza la mano y señala todo el inmenso lugar– todo esto –continúa–, no podrás entrenar todos los días, ¿cierto?

–Quizás hasta debas pensar en terminar con ese pasatiempo –agrega mi madre–, en serio, la empresa es *muy* demandante. Apenas recuerdo cuando fue la última vez que toqué un palo de hockey. –Se ríe junto a mi padre.

Mi mamá solía ser jugadora de hockey antes de conocer a mi padre. Luego de casarse, ambos se centraron en su futuro, en todo lo que querían tener y en quiénes querían ser y, bueno, estudiaron, se recibieron y fundaron la empresa de automóviles más famosa de Los Ángeles.

El pecho me tortura al escuchar lo que dice mi madre.

Finjo que me rio junto a ellos, pero no puedo estar más nervioso por dentro.

Primero, porque les he mentido acerca de la calidad de mis notas. Segundo, si es que en algún momento obtengo el título de Administración de Empresas, *no pienso dejar el handball*.

Es lo único para lo que soy bueno.

–Sí, *pf* –digo, busco parecer despreocupado–, sí, por supuesto –continúo, y les sonrío a ambos sintiendo que me dieron una patada en las bolas–. Bien, ya me voy.

Mis padres me saludan con un beso, me abrazan y me dicen que debemos organizar un almuerzo o cena, y que podríamos invitar a Sebastian y… a su novia.

Sebastian es como mi hermano, mis padres siempre lo han querido como una especie de hijo postizo. Prácticamente nos criamos juntos. Nos conocemos desde los once años, nuestras familias han ido de vacaciones juntas cientos de veces y hasta pasamos Navidad y Año Nuevo juntos.

Se enteraron de que está de novio, y quieren "conocer a la afortunada".

No puedo evitar pensar que *él* es el afortunado.



Conduzco por el centro de Los Ángeles con Nirvana sonando por el parlante. Tarareo *The Man Who Sold The World*, mientras divago por mi mente y el torbellino de pensamientos que han estado consumiéndome desde que me fui del evento de mis padres.

"Quizás hasta debas pensar en terminar con ese pasatiempo".

Pasatiempo.

Pasatiempo.

Mierda, no es un *pasatiempo*.

No para mí.

He jugado al handball desde que tenía cinco años, he ganado decenas de campeonatos y recibido cientos de medallas. He dado entrevistas, charlas motivacionales e incluso he entrenado a categorías más bajas.

No puede ser un pasatiempo.

No es un pasatiempo si no podría imaginarme vivir sin ello.

Me froto la cara y desato la corbata que me ha estado oprimiendo durante horas. Finalmente, la libero y la deposito en el asiento

trasero de mi Porsche. Necesito aire. Necesito disipar el nudo que se ha formado en mi garganta.

Paso por una de las calles con los lugares más lujosos de todo el centro. Es la una de la madrugada, pero el tráfico aquí a esta hora es interminable. Espero a que el Audi de adelante avance mientras trato de divisar el semáforo.

Está en rojo. Los peatones cruzan por la senda.

Miro por la ventanilla, me encuentro con una multitud de adolescentes a punto de entrar a una discoteca, riendo a carcajadas. En el lado contrario, dos tortolitos son interrumpidos por unos policías que los regañan por prácticamente estar cogiendo con ropa en la vía pública, y…

Abro los ojos como platos.

Se me corta el aliento.

Tengo que desviar la mirada y regresarla de inmediato para asegurarme de que no estoy alucinando.

Una mujer de vestido azul, balanceándose sobre sus altos tacones mientras sostiene una botella de champagne en una mano. Su postura es tambaleante, apenas logra mantener el equilibrio.

No puede ser.

Entrecierro los ojos para agudizar la vista, con el corazón latiendo en mi garganta…

Y lo confirmo.

Es Becca.

Detengo el auto bruscamente y me lanzo hacia afuera a toda velocidad. Como resultado, recibo una sinfonía de bocinazos provenientes de los vehículos detrás de mí, y una serie de gritos de

furia incomprensibles de parte de los conductores atrapados en el embotellamiento provocado por mi auto detenido.

Voy corriendo hacia ella con una velocidad que ni siquiera sabía que poseía.

–¿Becca? –digo en voz bien alta para que me escuche.

En menos de cinco segundos, ya estoy frente a ella.

Está llorando. Tiene el maquillaje esparcido por todo el rostro e irritaciones leves en las esquinas de los ojos por haberse limpiado las lágrimas. Su mirada está perdida. Sus ojos verdes brillan con angustia.

Cuando finalmente me mira, me quedo sin aire.

–Becca –murmuro, buscando desesperadamente sus ojos con los míos.

La tomo de la espalda cuando se tambalea hacia adelante y choca contra mi pecho.

Está demasiado ebria como para mantenerse de pie sin caerse. Dudo que sepa quién mierda es quien la está sosteniendo.

Su rostro se esconde en mi pecho. Escucho los sollozos y murmullos inentendibles que escapan de su boca. Me abraza. Sus brazos rodean mi espalda tan pronto como nota que alguien está conteniéndola.

La sostengo de la nuca con suavidad, la acerco más a mí y dejo que llore en mi pecho. No soy capaz de controlar mi respiración ni los latidos frenéticos de mi corazón.

Estoy aún más agitado que ella.

¿Qué hace aquí sola a esta hora? ¿Por qué está llorando?

¿Algo le sucedió?

¿Qué le sucedió?

–¡Mueve el puto auto, imbécil! –escucho que me grita desaforadamente el conductor del Luxus negro detenido detrás de mi coche.

Van a ponerme una jodida multa si no voy a mi auto ahora y rompo con el embotellamiento que yo mismo provoqué.

–Ey, Becca –susurro, alzando su cabeza con manos temblorosas para que me mire–, necesito que vengas conmigo.

Ella tira la cabeza hacia atrás y se queja. Intenta apartarse de mí, pero se tropieza y consigo agarrarla de nuevo antes de que se caiga al suelo.

No le doy mucha opción.

Le quito la botella de champagne y la levanto entre mis brazos para llevarla a mi vehículo. Recibo sus insultos incoherentes y sus golpes débiles en mi pecho mientras me grita que la baje con palabras alargadas.

La coloco en el asiento del acompañante, le pongo el cinturón y cierro la puerta de su lado. Antes de dirigirme al asiento del conductor, miro al conductor del Luxus que ha estado insultándome desde que me acerqué a Becca.

–¡¿Qué no ves que tengo una puta situación aquí?! –le grito, señalando a un punto cualquiera en el auto para indicar la condición de Becca.

El hombre se calla de inmediato.

Arranco el motor y acelero aprovechando la luz verde. No dejo de observar a Becca a mi lado, quien ya ha apoyado su cabeza contra la ventanilla para dormir. Tiene la piel erizada. No he considerado cuánto frío debe estar pasando y tampoco lo noté cuando me abrazó.

Mi mente está en caos. No entiendo nada. No reacciono.

Detengo el auto junto a la acera en la siguiente calle. Necesito claridad. Estoy manejando como un autómata, y casi no he prestado atención a la carretera por estar pendiente de la novia de mi mejor amigo, borracha y desorientada, durmiendo en el asiento del copiloto.

Mierda, no quiero despertarla, pero *necesito* respuestas.

Primero, me quito el saco y lo coloco sobre su cuerpo helado. Luego, aunque dudo por un momento, me decido a tocar suavemente su hombro izquierdo.

–Becca –murmuro con voz suave para no agobiarla, y mis dedos acarician su piel para despertarla–. Becca.

Ella se sobresalta y se despierta de golpe.

–¿Dónde… dónde estoy? –pregunta con dificultad, con los ojos semicerrados y la voz arrastrada.

Apenas puede articular las palabras.

Una sensación *horrible* me consume al verla en este estado.

No parece ella. Luce tan vulnerable, tan frágil.

Todo lo contrario a como se ha mostrado desde que la conozco. Es una visión tan diferente de la mujer segura y decidida que ha sido hasta ahora que me resulta difícil conciliar las dos imágenes.

–Becca, soy Rhett –digo, y atino a mover ese mechón de cabello pegado a su rostro por las lágrimas. Me arrepiento al instante, y vuelvo a colocar mi mano sobre mi muslo derecho–, estás en mi auto.

Becca me mira con el ceño fruncido y los ojos entrecerrados.

–*Agh* –gruñe, y su cabeza choca contra el respaldo del asiento–, tú… –me señala con el dedo, tambaléandose hacia adelante– tú

estás… *acosándome*, ¿cierto? Estás… estás en *tooodos* lados.

Se ríe de ella misma como si hubiera dicho el mejor chiste de la historia, y luego vuelve a dejarse caer en el asiento.

Necesito saber qué le sucedió.

–¿Qué hacías allí sola? –pregunto, demasiado preocupado, ignorando su comentario anterior.

Becca se pasa la mano por el rostro y cierra los ojos. Pasan varios segundos hasta que me responde. Por un instante pienso que no va a hacerlo, hasta que al fin suelta:

–Pregúntale a tu amigo.

La miro a los ojos. Ella me está mirando también, luchando contra el peso de sus párpados. Busco una explicación en ellos ante lo que acaba de decir.

Ni siquiera es necesario que lo exprese con palabras.

Estaba allí por Sebastian.

–¿Él te dejó sola en medio de la noche? –No puedo creer que tenga que preguntar eso.

Becca asiente y suspira. Su cuerpo aún se mueve de un lado al otro.

–Salimos a cenar –explica con voz frágil, sus labios apenas se separan para hablar y debo adivinar lo que me está diciendo–. Discutimos. Él se fue. Fin.

Aprieto los puños y la mandíbula de manera inconsciente. Todos mis músculos se tensan.

Jamás he deseado partirle la cara a alguien tanto como deseo hacerlo con Sebastian ahora.

–Y el Uber… el Uber más… barato costaba… *treinta dólares.* –Niega con el dedo índice en alto mientras chasquea la lengua–. El

capitalismo es… una… *mierda*.

Me restriego el rostro con fuerza.

Pienso en ir a la casa de Sebastian y descargar toda la bronca que siento. Pero no vale la pena. No ahora. No con Becca en este estado.

Sebastian es un *hijo de puta*, ¿cómo mierda se le ocurre dejar a su novia sola, de noche, con lo malditamente *peligrosas* que son las calles de Los Ángeles?

Me digo que me ocuparé de él luego.

Ahora voy a preocuparme por Becca, y asegurarme de que llegue sana y salva a su casa.

–¿Dónde vives? –le pregunto, después de encender el auto de nuevo y tomar el volante.

Ella ya ha vuelto a dormitar contra la ventanilla. Con mi pregunta, abre los ojos nuevamente.

–897, West… Westwood –contesta entre balbuceos–. Segundo piso. Apartamento 201.

Asiento. Respiro hondo y emprendo rumbo hacia allá.

No consigo calmarme.

Mi corazón ha latido con violencia desde que divisé a Becca.

No logro controlarlo.

Y mucho menos a todo lo que me pasa cuando estoy cerca de ella.



Después de revolver todo su bolso y encontrar desde un lápiz de labios hasta una tanga roja, consigo tomar la llave de su apartamento.

Becca ha dormido durante todo el camino. Ahora mismo, estoy tomándola en mis brazos otra vez para bajarla del asiento del copiloto y entrar al edificio en donde vive.

Todo está silencioso apenas entro a la planta baja. No hay seguridad, no hay luces encendidas excepto por una lámpara vieja en una mesa de centro entre sofás, frente a un espejo enorme que ocupa casi toda la pared. Pido el ascensor con Becca durmiendo en mi pecho. Antes de bajar del auto, le coloqué mi saco como pude para que no se congelara. Hace un frío de la mierda y ese vestido apenas cubre la mitad de su cuerpo.

Entro al ascensor, me miro en el espejo. Nos miro en el espejo.

Estoy cargando en mis brazos a la novia de mi amigo, que está ebria y angustiada por su culpa. Porque *él* la dejó. A él le importó una mierda su bienestar, y decidió irse, dejarla sola en medio de la noche, solo porque discutieron. Tengo una sensación horrible en el estómago. Impotencia, bronca... No sé bien qué sea, pero se siente fatal.

No dejo de pensar en qué podría haberle sucedido si yo no estaba en el momento justo y el lugar indicado, si pasaba por al lado de ella y no la veía… Miles de escenarios posibles consumen mi cabeza. Escenarios que me ponen *nervioso*, que me hacen querer *asesinar* a Sebastian.

Observo a Becca. Su maquillaje azul ha manchado mi camisa blanca, sus lágrimas secas han irritado sus mejillas. Su cabello está revuelto, su piel blanca sigue helando. Vaya a saber alguien cuánto tiempo estuvo afuera de ese restaurante, expuesta al frío inusual que está haciendo. Estamos transitando los últimos días de verano, pero *mierda* que ya parece querer irse.

Siento *algo* al verla. Algo en el pecho. Algo intenso.

Algo que sentí desde nuestro enfrentamiento en la discoteca.

Una conexión inexplicable con ella.

Una necesidad *imperiosa* de protegerla.

Apenas la conozco.

Es la novia de mi mejor amigo.

Pero está volándome la cabeza.

Está haciendo que quiera renunciar a *todo* lo que siempre he considerado moral y éticamente correcto.

–¿Qué mierda estoy haciendo? –me pregunto a mí mismo en un susurro, observando mi reflejo en el espejo.

No tengo respuestas. Inhalo profundamente. Exhalo con lentitud.

Abro la puerta del apartamento de Becca cuando consigo girar la llave en la cerradura. No quiero hacer movimientos tan bruscos para no despertarla.

Es un doble ambiente, con un living y un cuarto. Intento esquivar los apuntes de la carrera de Psicología de la *UCLA* desparramados por el suelo y dejo su bolso en uno de los sofás, donde me encuentro con diferentes colores de resaltadores, bolígrafos y cuadernos con mapas conceptuales como resúmenes.

Mierda, si yo debiera estudiar todo esto, probablemente me pegaría un tiro en las bolas.

Me introduzco en su cuarto despacio, haciendo el menor ruido posible. La acuesto y la cubro con las sábanas. Aquí parece hacer más frío que afuera, *¿dónde está la calefacción?* Recorro el lugar con los ojos, buscando algún radiador, pero no veo nada porque la luz está apagada y apenas entra claridad por la ventana.

Supongo que tendré que intentar que no muera de frío dejándole mi saco y haciendo que las sábanas la cubran hasta el cuello.

Me siento a su lado en el borde de la cama. No puedo dejar de mirarla. Tampoco puedo calmar las ganas de golpear a Sebastian. Ni las ganas de abrazar a Becca hasta que su cuerpo deje de tiritar.

Estoy experimentando una vorágine de emociones cruzadas, entrelazadas y mezcladas. Estoy confundido y hasta *mareado*. No consigo apartar la mirada de ella desde que la conocí en esa discoteca y dudo poder hacerlo alguna vez.

Hay algo en ella que me vuelve loco.

Mi corazón da un vuelco cuando la veo abrir los ojos lentamente.

Gruñe, se queja y se frota los párpados. Clava su mirada en mí con el ceño fruncido. Luego, suspira.

Yo respiro hondo. Estoy tan nervioso que las manos me tiemblan.

–¿Me… trajiste a… mi… apartamento? –pregunta con voz frágil.

Asiento, esbozando una sonrisa débil que quizás sea imposible de percibir.

–Sí –contesto–, duerme, Becca. Descansa.

–¿Y… vas a quedarte?

Esa pregunta me corta la respiración.

–Solo por si necesitas algo.

Becca emite un sonido ahogado, y deja caer nuevamente su cabeza en la almohada con la palma de la mano sobre la frente y los ojos cerrados.

–Eres… eres tan… *tierno* –murmura. Está ebria, mierda. ¿Por qué carajos esa frase me genera esta sensación de calidez en el pecho? No está consciente de lo que dice–. Y… tan *bueno*, y… tan, *tan*, *hermoso*. –Suspira–. ¿Por qué… –su voz se entrecorta, temo que se

largue a llorar de nuevo–... por qué Sebastian… no puede ser… como tú?

Cierro los ojos. Me restriego el rostro.

–Duerme ya, Becca –suplico. No puedo seguir escuchándola sin sentir la *necesidad* de *abrazarla*–. Por favor.

Ella asiente repetidas veces con la cabeza.

–Me caes… *fatal* –susurra, dormitando. Lanzo aire por la nariz, sonriendo al oírla–, pero… gracias.

Respiro hondo en un intento desesperado de desatar este nudo en mi garganta. La veo dormirse profundamente otra vez. Cubro parte de su hombro con las sábanas que movió al levantarse.

No voy a irme. No voy a dejar que pase la noche sola en el estado en el que está.

Dejo salir un suspiro largo y pesado. Estoy debatiendo internamente si debería dormir en el sofá o quedarme en esta cama junto a ella, cuando veo una pequeña caja de madera sobre su mesa de noche.

La curiosidad me vence, y tomo con cuidado los cientos de papeles que tiene adentro. Son frases cortas. No estoy seguro, pero creo que son los mensajes que vienen en las galletas de la fortuna. Aparentemente, a Becca le gusta guardarlos.

Al lado de ella, encuentro una libreta de tapa dura. Es de color café y percibo una ligera textura cuando la tomo entre las manos. Tiene una dedicatoria bordada en la tapa con un hilo de color más oscuro.

Para Becksie
Te ama, papá

Sonrío con los labios presionados, mis ojos atinan a cristalizarse. Giro la cabeza hacia Becca, que sigue durmiendo. Pienso que quizás esta libreta tiene un enorme valor sentimental para ella.

No sé nada acerca de ella, ni sobre su vida, o su familia, y tampoco quiero pensar que quizás su padre esté…

Trago saliva con dificultad.

Sacudo la cabeza. Estoy a punto de dejar nuevamente la libreta sobre la mesa de luz, cuando del interior cae una cinta rosa que parece cumplir el rol de señalador.

La levanto del suelo y busco la última página escrita para volver a colocarla en donde estaba.

No puedo evitar leer el contenido.

En los primeros renglones, están plasmados… ¿pensamientos? ¿Sentimientos? Palabras sueltas, emociones que, aparentemente, Becca experimentó…

Leo la fecha escrita.

… hace dos días.

Aun así, lo que encuentro renglones más abajo llama mucho más mi atención.

Un manuscrito corto. Un poema.

Nos encontramos por casualidad, un destello entre luces de neón.
Sé que está mal, sé que está prohibido.
Pero algo en ti me atrae, algo que no puedo ignorar…
Y que emplearé todas mis fuerzas en ocultar.

El corazón me late a un ritmo desenfrenado.

Leo el fragmento, una y otra vez.

Leo sus palabras.

No.

Esto…

Leo las oraciones escritas.

Es mi imaginación.

Las repaso con rapidez. Luego con detenimiento.

"Un destello entre luces neón".

Observo a la mujer que duerme a menos de medio metro de mí.

"Sé que está mal, sé que está prohibido".

Observo la libreta que tengo entre las manos.

"Algo en ti me atrae. Algo que no puedo ignorar".

Mi respiración se vuelve irregular.

Las palabras resuenan en mi cabeza.

La última línea me deja aturdido.

"Y que emplearé todas mis fuerzas en ocultar".

Es para mí, pienso.

Observo la página escrita otra vez.

Becca ha escrito esto para mí.



11

BECCA

ABRO LOS OJOS SINTIENDO UNA JAQUECA INSOPORTABLE.

Estoy muerta de sed, me duele todo el cuerpo y tengo náuseas.

¿Cuánto bebí anoche?

Aún tengo puesto el vestido que usé para cenar con Sebastian, y encima de él… ¿un saco? Estoy en mi cama. ¿Supongo que decidimos venir a mi casa después de la discusión?

Intento hacer memoria, buscar en mi cabeza algún recuerdo de anoche.

Sin embargo, lo que haya sucedido con Sebastian pasa *completamente* a segundo plano cuando me percato de la inmensa figura durmiendo a mi lado. Mi corazón da un vuelco. Mi mente se queda en blanco. Soy incapaz de procesar lo que estoy viendo.

Rhett.

El mejor amigo de mi novio duerme plácidamente junto a mí, vestido –gracias a Dios– con un pantalón de vestir negro y una camisa formal blanca manchada con… ¿maquillaje azul? Me toco las mejillas, mis dedos terminan coloreados de un tono azul oscuro.

Rhett tiene mi maquillaje en su camisa.

"No puede ser, no puede ser, no puede ser", balbuceo.

Y ahogo un grito cuando finalmente me doy cuenta de que…

Mi mano está tocando su abdomen por debajo de la camisa.

No puede ser.

Mis dedos han estado recorriendo su línea V definida y prácticamente libre de vellos, y desplazándose hacia debajo de su bóxer.

Mi respiración se detiene abruptamente y me siento inestable cuando mis ojos bajan hacia su entrepierna…

Endurecida.

El bulto en su pantalón cubre hasta parte de sus cuádriceps. No me muevo. No reacciono. No dejo de mirarlo. *Ni de tocar su abdomen*.

Estoy *gritándole* a mi cerebro que reaccione, que me obligue a dejar de mirar su erección y de tocar su abdomen, pero no lo hace.

Estoy paralizada.

Siento un cosquilleo en mi entrepierna. Ay, por Dios. Estoy *mojada*. Estoy excitada por ver a Rhett así.

Entonces, como si el universo me odiara, sucede lo peor que puede suceder en este momento.

Rhett despierta.

Un calor intenso se apodera de mis mejillas y de todo mi cuerpo. Rhett abre los ojos lentamente y los posa en mí, viendo cómo aún sigo tocando su línea V y con las yemas de mis dedos rozando su bóxer.

Por fin, logro apartarme de él. Quito la mano con una rapidez *inhumana* y me alejo. Debo lucir como si hubiera visto un fantasma.

No puedo hablar. Solo estoy mirándolo como una idiota, con el pecho bajando y subiendo con desesperación y todo mi cuerpo temblando de excitación.

Él nota la carpa en la entrepierna de su pantalón, pero parece no importarle, porque enseguida desvía la vista nuevamente hacia mis ojos.

¿Qué sucedió anoche?

–¿Cómo te sient…?

–¿Qué carajos haces aquí? –interrumpo con voz fuerte y aguda.

Rhett gruñe y se restriega el rostro, como si fuera demasiado temprano como para oírme. Se endereza, y apoya la espalda en el respaldo de la cama.

Se frota los párpados, sus ojos azules se enrojecen. Por Dios, no puedo evitar pensar que, incluso recién despierto, es jodidamente atractivo.

¡Mierda, Becca, no es momento!

–Estabas en la calle, sola, a la una de la madrugada. Te vi, salí a buscarte y resulta que también estabas ebria. Te subí a mi coche, te puse mi saco –señala con el índice el saco que aún tengo puesto–, y te traje a tu apartamento. Eso es todo.

Su voz ronca de recién despierto me distrae por un momento. Parpadeo repetidas veces, mirándolo boquiabierta.

–¿Estaba… sola? –pregunto, tanto confundida como preocupada.

Rhett asiente y respira hondo.

–Mencionaste que habías salido con Sebastian –contesta, y suelta un suspiro–, que… discutieron, y que él se fue.

Como si un interruptor se hubiera encendido en mi cabeza de golpe, consigo recordar fragmentos de la noche. Algunos son

borrosos, otros más claros.

Sebastian yéndose del restaurante, gritándome que me pida un Uber y que me vaya a la mierda desde la puerta de entrada.

Yo saliendo del restaurante con la botella de champagne carísimo que no pensaba desperdiciar, bebiendo sorbo tras sorbo en la acera, esperando a Sebastian, esperando que no hubiera dicho en serio que me dejaría ahí tirada, esperando que regresara a buscarme.

Pero no lo hizo. Aparentemente.

Lo hizo Rhett.

–Qué… *bastardo* –murmuro entre dientes, remarcando la última palabra.

–No sabes las ganas que tengo de molerlo a golpes.

Giro la cabeza hacia Rhett cuando confiesa eso último. Creo que su intención no era que lo escuchara, ya que tiene la vista puesta en un punto cualquiera en la pared de mi cuarto.

Luego, vuelve a mirarme.

Ninguno dice nada durante… ¿segundos? ¿Minutos? No lo sé. Pasa un lapso de tiempo en el que me mira a los ojos y yo a los suyos, en silencio. Sus pupilas recorren mis iris, hay un destello en los suyos que no estoy segura de que se deban al sueño.

Hay algo en su mirada que no descifro, que no entiendo.

Nunca nadie me ha mirado de esa forma.

Ni siquiera Sebastian.

¿Siente lástima por mí? ¿Siente enojo porque quizás cagué su noche?

¿Siente esta *atracción* que yo estoy sintiendo?

Dios, Dios, Dios.

Tengo que dejar de mirarlo. Tengo que desviar la vista de inmediato si quiero terminar con este cosquilleo en mi estómago.

Pero no consigo hacerlo. Sus ojos me tienen como en un trance. Es imposible dejar de verlos.

Debo estar siendo la persona más evidente del planeta. Rhett debe estar sabiendo perfectamente todo lo que está pasando por mi cabeza en este instante. Soy pésima fingiendo.

No sé ocultar en absoluto cuando estoy excitada.

No me es necesario siquiera bajar la vista hacia mis pezones para saber que están duros. Estoy sudando como un cerdo y la alta temperatura de mi cuerpo no puede ser normal. Mi clítoris me ruega por un roce, palpita ansiosamente esperando ser estimulado.

Jamás he estado tan excitada.

Y Rhett ni siquiera me ha tocado.

Sacudo la cabeza. Dejo de mirarlo. Tomo grandes bocanadas de aire y atino a levantarme de la cama de un salto.

–O-okey, g-gracias –titubeo como una imbécil, y me apoyo sobre mis rodillas para huir hacia el baño.

Pero Rhett me lo impide.

Su mano me toma de la muñeca y me lleva hacia él con una suavidad que no parece ir para nada con su aspecto. Tira de mí con cuidado, sus manos agarran mi cintura y hacen presión en mi vestido mientras me mira directamente a los ojos.

Estoy temblando. Estoy *empapada*.

No soy capaz de pensar.

Entonces, de un movimiento rápido, me sienta a horcajadas sobre él.

Rhett respira con dificultad por la boca. Su miembro aún endurecido hace presión en mi clítoris. Está igual de excitado que yo. Me recorre *entera* con la mirada. Desde mi rostro hasta mis muslos. Sus ojos van bajando lentamente por mi cuerpo, por cada curva que encuentran, despacio, sin prisa, como si intentara memorizarlas.

Sus manos tocan mi cintura de arriba hacia abajo en caricias tan suaves que casi son imperceptibles. Debo estar haciendo un desastre en su pantalón por culpa de mi excitación, debo estar mojándolo tanto que en cualquier momento la tela comenzará a raspar mis muslos.

Después de devorarme entera con la mirada, vuelve a alzar la vista y fija sus ojos azules en los míos.

–Hay algo en ti que me vuela la cabeza –murmura.

Mi respiración está agitada y cada extremo de mi cuerpo se sacude incontrolablemente. No soy capaz de articular ni una sílaba. Tengo la garganta cerrada y estoy tan mareada que apenas puedo mantenerme en esta posición.

Es el mejor amigo de Sebastian, me recuerda mi subconsciente.

Ay, por Dios.

Es el mejor amigo de mi novio.

¿Qué estoy haciendo?

¿Qué *estamos* haciendo?

–¡¿Q-qué carajos ocurre contigo?! –exclamo, empujándolo y bajándome de encima de él con piernas temblorosas. *Ay, por Dios, ¿qué acaba de pasar?*–. ¡Sebastian es tu mejor amigo!

Todo mi cuerpo tiembla y mis rodillas se sienten inestables, apenas puedo mantenerme de pie y no caerme al suelo. Estoy transpirada y siento la excitación mojando mis muslos.

No puede ser.

No puede ser.

–Mierda –dice Rhett, y cierra los ojos con fuerza. Hace presión en el puente de su nariz con el pulgar y el índice–, mierda, Becca, yo…

–¡Lárgate! –vocifero como mi voz entrecortada me lo permite, señalando la puerta de mi habitación–. Por Dios, ¿qué mierda está mal contigo?

Rhett se levanta de la cama. Se coloca frente a mí, de pie. Está tranquilo, o al menos no tan desesperado como lo estoy yo.

¿Es que no entiende lo grave que ha sido esto?

Me mira a los ojos durante unos segundos. Él también está sudado, la piel perfecta de su rostro brilla por la luz que entra por la ventana. No dice nada, pero tampoco parece que desee hacerlo.

¿Está arrepentido? ¿Siente culpa?

¿O acaso no le importa en lo absoluto que Sebastian sea su amigo?

Yo tampoco soy capaz de hablar. Estoy nerviosa y demasiado *avergonzada* por cómo reaccionó mi cuerpo. Rhett notó cuánto me excité, probablemente hasta haya sentido mi entrepierna húmeda rozando su pantalón.

Y eso no está bien.

Mierda.

Eso no está bien.

Rhett baja la vista. Me pasa por al lado, aún callado y con la mandíbula tensa. Me doy media vuelta cuando escucho sus pasos cerca de la puerta de entrada.

Me lanza una última mirada antes de cerrarla.

Lo veo irse, dejándome con el corazón en la boca y el cuerpo tembloroso.

Pero, sobre todo, con la culpa de saber que lo que más deseaba…

Era que continuara.



Harper y Jack me miran como si me hubieran crecido tres cabezas.

Ambos tienen las bocas abiertas y sostienen sus cafés cerca de los labios. Estaban a punto de beberlos cuando solté la bomba.

–¿Cómo que… te dejó sola? –preguntan al unísono.

Me trueno el cuello y lanzo un largo suspiro en el que intento liberarme de todas las tensiones que me han estado acechando desde esta mañana.

–Al parecer, se enojó tanto que ni siquiera fue capaz de llevarme de regreso a mi apartamento –digo, y le doy un gran mordisco a la *cookie* de vainilla y chips. No tenía apetito hasta que vinimos a esta cafetería y vi esta delicia detrás del vidrio del mostrador.

Jack y Harper intercambian una mirada cómplice. Luego, vuelven a mirarme.

–Creo que esto es la gota que colma el vaso, ¿no? –opina Jack, aunque siento que lo dice más como una indirecta muy directa–. Por favor, Becks, dinos que vas a terminarle después de esto.

–Aunque hayan discutido, *no puede* dejarte sola –agrega Harper, haciendo énfasis en "no puede" colocando un dedo sobre la mesa–, ¿qué clase de *imbécil* hace eso? Mierda, con todo lo que ocurre hoy en día…

Sé que tienen razón. Lo que hizo Sebastian es imperdonable, pero…

Lo que yo hice, también.

"Hay algo en ti que me vuela la cabeza".

No dejo de pensar en lo que sucedió con Rhett esta mañana. No dejo de torturarme diciéndome que soy la *peor* novia que existe, que estuve a punto de hacer lo que he repudiado durante toda mi vida.

Ser infiel.

Nada sucedió entre nosotros… Bueno, nada que haya concluido, en realidad, pero de todos modos está mal, está horriblemente mal. No porque hayamos llegado hasta ese punto, sino porque… yo no quería alejarme.

Yo quería que siguiera.

Quería que continuara acariciándome, que continuara mirándome de la manera en que estaba haciéndolo, como si estuviera admirando a una diosa. Quizás ni siquiera fue así, quizás lo imaginé… pero fue justo como lo sentí.

No quiero ni siquiera *pensar* en lo que habría ocurrido si no reaccionaba a tiempo, si no caía en la cuenta de lo que estaba pasando… y me dejaba llevar. Dios, ¿qué clase de basura humana desea al mejor amigo de su novio?

–¿Becks?

Harper y Jack dicen mi nombre. Sacudo la cabeza, tratando de regresar a la realidad.

–Yo… –titubeo, alternando la mirada entre ambos. Tomo aire profundamente–. No lo sé. Ambos hemos cometido errores, y…

–¡Becks, por favor! –exclama Harper–. *Dudo* que hayas hecho algo peor de lo que él hizo.

Bajo la vista y aprieto los labios. No estoy segura de si lo que hice es *peor*, pero sí que está igual de mal.

–Es que… –suspiro–. *Agh*. ¿Recuerdan a Rhett? –suelto al fin. Mis amigos lucen como si no entendieran nada–. El sujeto con el que discutí en la discoteca la noche de tu cumpleaños –señalo a Jack con el mentón–, quien resultó ser el mejor amigo de Sebastian…

Espero a que ambos asientan para continuar.

–Él me llevó a mi apartamento anoche –confieso, me libero de al menos un octavo de la carga de culpa que tengo en el pecho–, él me vio en la calle luego de la discusión con Sebastian. Yo estaba ebria, honestamente no recuerdo cómo fue, solo sé que me subió a su auto, me llevó a casa, me acostó en la cama y… y se quedó conmigo hasta esta mañana.

–¡¿Qué?! –sueltan al mismo tiempo.

Su grito agudo nos cuesta miradas interrogativas y juzgadoras de las personas en las otras mesas. Jack y Harper piden perdón alzando la mano, y después vuelven a mirarme.

Ambos están sonriendo.

¿Por qué ambos están sonriendo?

–Es el pelinegro que está buenísimo, ¿no? –pregunta mi amigo, con una sonrisa… ¿pícara?

–El que tiene los ojos azules y los bíceps *enormes* –añade Harper, y le toca el hombro a Jack. Ambos lanzan un gritito de emoción. Después, recuerdan que lo que estoy diciendo es serio, y vuelven a prestarme atención–. ¿Dijiste que se quedó contigo hasta esta mañana?

–Ajá.

–¿Y te cuidó durante toda la noche? –consulta Jack, esforzándose por no sonreír.

–Eso creo… no lo sé, ¿supongo? ¿Por qué más se quedaría si no? Pero, maldición –continúo antes de que la conversación tome un rumbo muy diferente al que debería–, ese no es el punto, ¿sí? El punto es que… –trago saliva con dificultad. Siento como si estuviera frente a un cura confesando mis pecados–... que esta mañana cometí un *grave* error.

–Por favor, dinos que te lo cogiste –dice Jack con las palmas de las manos juntas en señal de súplica.

–¡Estoy con Sebastian! –exclamo. De nuevo, la gente nos mira. Bajo la cabeza, avergonzada–. No hice nada, ¿okey? Pero… él… nosotros… agh, casi sucede *algo*.

–¿Casi? –pregunta Harper.

–Me alejé de él antes.

Mis amigos se tiran hacia atrás con las palmas de las manos apuntando hacia el techo. No puedo creer que estén indignados porque no me cogí al mejor amigo de mi novio. ¿Es que no entienden cuán grave es esto? ¿Soy la única que sigue apoyando la monogamia hoy en día?

–¿En serio no piensan que soy una mierda de persona? –consulto, completamente *extrañada*.

–Ay, por favor –suelta Jack, sacudiendo la mano hacia atrás–, ¿tú, "mierda de persona"? Pf. Eres probablemente lo más cercano a un ángel que existe, Becks. A ver, amiga –prosigue, y apoya su mano encima de la mía en la mesa–, si hubieras hecho algo con el tal Rhett, habría sido el castigo de Sebastian por no preocuparse por ti anoche y haberte dejado sola en la calle a plena madrugada.

Permíteme no tener nada de tacto. –Se aclara la voz, y termina–: A él no le importas.

Ah, okey, eso fue demasiado directo.

–Lo que Jack intenta decir de una manera muy ruda –interrumpe Harper, echándole una mirada de reproche a nuestro amigo–, es que, si bien nada justifica una infidelidad… Sebastian se merecía una cucharada de su propia medicina, ¿y qué mejor que te hayas cogido a su mejor amigo para que sepa que no debe meterse contigo?

–¡Que no me lo cogí! –repito, y me cubro el rostro con las manos mientras gruño.

–Sí, sí, bien –dice Harper, intentando que no sea consumida por mis propios nervios–, pero en el hipotético caso de que lo hubieras hecho…

–Cambiemos de tema –digo o, mejor dicho, ruego–. Lo meditaré con mi almohada… quien seguramente me diga que sí, efectivamente, soy una novia de mierda.

Me quedo mirando un punto fijo en mi café cortado. Mis amigos se miran entre ellos y se encogen de hombros.

Por suerte, comienzan a hablar de los ligues de Jack y mi asunto con Rhett queda en el olvido… Al menos durante esta charla.

Intento enfocarme en mis mejores amigos toda la siguiente hora, pero la culpa y el arrepentimiento, y esa vocecita en mi cabeza que me recuerda que soy la peor novia del mundo, me mantienen inquieta.

Recibo un mensaje de Sebastian.

Dice que quiere verme esta noche para hablar.

Suspiro.

Acepto.



Sebastian espera una respuesta de mi parte.

Sus ojos verdes están clavados en los míos mientras su pierna tiembla hacia arriba y hacia abajo. Estamos sentados en el sofá de mi apartamento, prácticamente a oscuras, solo con la iluminación que nos regala la luna desde la ventana del living.

Sigo sus pupilas y ellas siguen las mías. Veo sus ojos, sus iris verdes que me mantuvieron embobada desde el momento en que lo conocí esa noche en el bar hace más de seis meses. Recuerdo las mariposas revoloteando por mi estómago casi de manera inmediata cuando cruzamos miradas la primera vez, cuando le preparé un trago y cuando hablamos durante todo mi horario laboral.

¿Dónde están esas mariposas ahora? ¿Por qué ya no las siento?

¿A dónde se fueron?

¿Con *quién* se fueron?

–Yo… –titubeo, y bajo la vista para mirar mis dedos que se entrelazan nerviosos entre sí. Sebastian me hace volver a mirarlo cuando toma mi mentón y alza mi cabeza.

Suspiro, agotada mentalmente. No tengo idea de qué decir. Ni siquiera sé qué estoy haciendo aquí, hablando con él después de lo de anoche.

Lo peor de todo, es que el enojo que siento con él es mínimo comparado al que siento conmigo misma. A pesar de que Harper y Jack me dijeran que si algo hubiera sucedido con Rhett –recalco, que no fue así–, Sebastian se lo habría merecido…

Sé que no es así. Sé que estuve mal. Sé que no debí dejar que las cosas llegaran hasta ese punto.

Y estoy enojada conmigo misma. Estoy furiosa conmigo misma. Porque me siento culpable, porque una parte de mí sabe que algo cambió luego de lo que sucedió con Rhett. Y estoy en deuda con Sebastian. Él nunca sabrá lo que pasó, al menos no por mi parte. Y eso me hace sentir aún peor porque, además de infiel, soy cobarde.

Quizás solo deba esperar a que Rhett le diga que soy una novia de mierda porque casi tengo sexo con él… Pensándolo bien, tal vez me ahorraría muchos dolores de cabeza si lo hiciera.

Sebastian rompería conmigo, me dejaría en claro que soy un ser humano despreciable… y nunca más debería volver a ver a Rhett.

Es increíble como ese idiota ha estado ocupando cada rincón de mi mente estas últimas semanas.

Y ni hablar de estas últimas veinticuatro horas.

–¿Entonces…? –pregunta mi novio, y solo en ese momento recuerdo que acaba de pedirme disculpas y está esperando mi respuesta de si lo perdono o no.

Suelto un largo y pesado suspiro.

Probablemente me arrepentiré de esto.

Pero la *culpa* está consumiéndome, y no puedo fingir que soy la víctima aquí porque sé bien que lo que (no) hice estuvo fatal. Y, a pesar de que la manera en que él reaccionó a nuestra discusión de anoche fue terrible…

Yo también la cagué.

Y es por eso que respondo:

–Sí, bien. –Me fuerzo a sonreír… Y lo abrazo–. Te… te perdono.



12

BECCA

PASO CADA UNO DE LOS DÍAS SIGUIENTES EVITANDO A RHETT.

Desde la noche que hablé con Sebastian y "arreglamos" las cosas –en la medida de lo posible–, he estado evitando cruzarme con su amigo.

Ha pasado una semana desde nuestra fuerte discusión y, por lo tanto, una semana desde lo que ocurrió con Rhett en mi habitación. He huido de cada sitio en los que las probabilidades de encontrarlo fueran altas, y he sido consumida por mis propios nervios cada noche en el bar por creer que en cualquier momento podría entrar por esa puerta y alterar por completo la química de mi cerebro.

Sin embargo, gracias a Dios, no tuve la desgracia de verlo.

Mi indiferencia ante Rhett ha sido un éxito.

Hasta ahora.

Le he prometido a Sebastian acompañarlo a su entrenamiento de muestra para reclutadores de USA Team Handball hoy. Por lo que sé, será un entrenamiento similar a un partido, ya que el equipo se enfrentará entre sí y cientos de espectadores irán a verlos.

Entre ellos, los reclutadores.

Es un entrenamiento superimportante y Sebastian me pidió que fuera con él. Luego de que ganaron el partido contra Riverside el sábado pasado, al cual no pude asistir porque tenía que avanzar con un informe de Neurociencia Cognitiva, los reclutadores de la selección se acercaron al entrenador de Sebastian y le dieron una lista de jugadores en los que están interesados para ser parte de su equipo.

Estuve varios minutos considerándolo, pero finalmente le dije que sí.

Y ahora me arrepiento. Mierda, en serio me arrepiento.

No creí que fuera a ponerme tan nerviosa al verlo. Creí que si mantenía la distancia, si ni siquiera le dirigía la palabra o si simulaba estar pendiente *solamente* de mi novio, el recuerdo de lo que sucedió en mi cuarto desaparecería al fin.

Pero no es así.

Porque ahora que estoy sentada en las gradas esperando el inicio del entrenamiento, mi corazón late con fuerza al ver a Rhett.

Aparentemente no me vio llegar. Luce demasiado ocupado riendo con la chica pelirroja de la discoteca, quien resultó ser otra jugadora de handball, y con otras dos chicas, además de Connor y… Harry, creo que se llama.

Sin embargo, cuando Sebastian se acerca a ellos con su bolso enorme y los saluda, inmediatamente la mirada de Rhett se dirige a las gradas y deja de hablar de un instante a otro.

Y es cuando me ve.

Su mirada se suaviza mientras me observa fijamente. Sus labios se separan y toma aire por la boca. Por un momento, parece

sorprendido, como si no esperara verme allí. Sus ojos recorren mi rostro y se detienen en mis ojos.

Mi corazón comienza a latir más rápido y siento un nudo en el estómago. Me he esforzado tanto en ignorar a Rhett, en fingir que no existe, pero ahora, bajo su mirada, todo ese esfuerzo parece desmoronarse en menos de un segundo.

Siento una oleada de emociones encontradas: nerviosismo, culpa, y algo más profundo que no quiero admitir. Sus ojos no se apartan de los míos, y en ese momento, todo a nuestro alrededor parece desvanecerse.

Hasta que *recordamos*. Hasta que caemos en dónde estamos… y con *quiénes* estamos.

Ambos desviamos la vista rápidamente.

Él regresa a su charla con sus amigos, amigas y con su mejor amigo, quien ahora le golpea el brazo amistosamente y le dice algo mientras se ríe. Rhett fuerza una sonrisa ante el comentario de Sebastian, pero sus ojos regresan a mí… y vuelve a apartar la mirada fugazmente hacia mi novio.

Solo en aquel momento soy capaz de devolverle aire a mis pulmones. Dios. ¿Cuándo va a terminar esto?

El entrenamiento comienza minutos después de que el entrenador –cuyo nombre, me dijo Sebastian, es Joseph– se reúne con los jugadores y les explica lo que deben hacer. Rhett les da una charla motivacional –o eso parece– antes de empezar a pasarse la pelota entre ellos. Sebastian se acerca a él para bromear acerca de algo, pero Rhett está tenso y lo mira como si intentara asesinarlo, sin que él se dé cuenta.

¿Será por lo que sucedió la otra noche, cuando me dejó sola?

Sebastian mira hacia mi dirección y me guiña el ojo. Le sonrío, inquieta y consciente de que Rhett está observando toda la situación. ¿Por qué eso me pone nerviosa?

¿Por qué no puedo sonreírle a mi novio si él nos está viendo?

Respiro hondo y trato de callar a esa voz en mi cabeza que me ofrece una respuesta que no quiero escuchar.

Sigo los movimientos de Sebastian desde que se coloca en la posición en la que juega. Es rapidísimo. Se mueve de un lado a otro en segundos, recibe la pelota, vuelve a pasarla al lateral de su lado que, como la otra vez, es Liam. Su amigo le dice algo y él asiente. Luego, la pelota vuelve al central.

Y mis ojos también.

Todas las jugadas pasan por Rhett… lógicamente. Él también se mueve con velocidad. Cada paso que da es seguro. Cada cosa que hace es determinada, como si fuera nato, como si jugar al handball fuera tan común para él como cepillarse los dientes. Lo miro. Intento no hacerlo, pero se me hace muy difícil. Da la impresión de estar tan seguro de sí mismo que siento celos de tal seguridad.

Es buenísimo en este deporte, todo el mundo aquí presente lo sabe perfectamente porque nadie deja de mirarlo.

Él lo sabe perfectamente.

En un momento, Rhett se aleja de la zona de juego y se dirige hacia donde está el banco de suplentes –apuesto a que es la primera vez que vive la experiencia de estar sentado allí– y se quita la rodillera derecha.

Debajo de ella hay una venda desacomodada que, supongo, acomodarla es la razón por la que salió del juego. Percibo una mueca en su rostro de… ¿dolor?

¿Qué le sucede en la rodilla?

Su entrenador se aproxima a él, además de los chicos que estaban esperando su turno en el juego. Rhett alza la mano, como diciendo que no es necesario que se acerquen.

Pero todos lucen bastante preocupados. Sobre todo, su entrenador, que le hace una pregunta y Rhett niega con la cabeza haciendo gestos con la mano, restándole importancia.

Termina de vendarse la rodilla y regresa a la cancha medio rengueando. Sus compañeros le preguntan si está bien y él responde que sí de inmediato, intentando acabar con el tema y continuar lo antes posible con el entrenamiento.

Siento una punzada de preocupación en el pecho que no desaparece, incluso cuando el entrenamiento prosigue y Rhett retoma el liderazgo del juego.

Mierda, Becca…

Mierda*.*

La siguiente media hora parece eterna. Llevo mordiéndome las uñas sin parar mientras me obligo a mí misma a no mirar a nadie más que a Sebastian, y alterno entre usar mi teléfono y charlar con una mujer adulta muy bien vestida que ha estado hablándome hace rato.

Tiene el cabello rubio, la piel bronceada y el cutis perfecto. Tengo que admitir que siento un poquito de envidia ahora mismo. Debe tener más de cincuenta años, pero luce mucho más joven y su apariencia es tan impecable que de repente me dan ganas de gastar todo mi sueldo en productos de cuidado de la piel y cremas corporales.

Ha estado mirando el entrenamiento –al igual que yo, y las cientos de personas en la tribuna–, pero no luce tan emocionada o eufórica como el resto. Más bien es como si viniera a ver porque *tiene* que hacerlo, no porque lo desee.

–Debería estar en mi trabajo ahora –me dice, ojeando la hora en su iPhone. Luego, vuelve a mirar el entrenamiento–, pero, bueno, lo que hace una madre por su hijo, ¿no?

Sonrío. Era obvio que era la mamá de alguno de los jugadores, pero por su poco interés en el juego –que, aunque intente disimularlo, es más que evidente– podría decir que es más bien una *mamá obligada* que una *mamá entusiasmada*.

–Me encanta que juegue, eh, no digo lo contrario –me sigue contando como si me conociera de toda la vida. Hasta su voz suena fina y delicada–, pero a veces temo que le dé demasiada importancia a este deporte y que eso le cueste su futuro.

Vaya a saber alguien a quién se refiere. Supongo que solo puedo seguirle la corriente, ¿cierto?

–Sí, entiendo –digo, aunque honestamente no entiendo nada–, pero por lo que sé, el entrenamiento de hoy es para que los reclutadores de la selección vean a los jugadores y los escojan para jugar con ellos, y creo que la selección sí les paga… ¿no?

La mujer de la que aún no sé el nombre pero cuyo rostro sé que conozco de algún lugar –he estado pensando de dónde desde que comenzó a hablarme– asiente, sin parecer muy convencida.

–Sí, así es –contesta, y suspira–, pero mi esposo y yo esperamos que también se enfoque en la empresa.

¿Empresa?

–¿Qué… qué empresa es? –pregunto.

–Coleman Motors –sonríe.

Ay. Por. Dios.

Es Madeleine Coleman.

La fundadora de Coleman Motors.

La mamá de Rhett.

–Usted es… –titubeo, mirándola–. ¿Usted es la mamá de Rhett?

Madeleine Coleman asiente repetidas veces, sonriendo. Parece orgullosa de decir que lo es.

–Ay, tutéame, por favor –suelta, sacudiendo la mano–, no soy tan vieja. –Ríe.

Rio con ella, más nerviosa que divertida.

–¿Conoces a mi hijo? –pregunta, señalándolo con el mentón.

Digo que sí con la cabeza.

–Soy… *hmm…* la novia de Sebastian.

Madeleine abre los ojos y la boca.

–¡Ay, por Dios! ¿Tú eres Becca? –consulta, emocionada y sonriente–. ¡Hola! ¡Es un gusto conocerte al fin!

De repente, me está abrazando.

No consigo contener la risa por lo extraño que es esto. Es una mujer agradable –mucho más de lo que parecía por televisión las pocas veces que la he visto– y aunque se note de aquí a la China que tiene el suficiente dinero como para comprar Estados Unidos, no es para nada altanera.

Sí, tiene un *outfit* precioso y carísimo, muy distinto al del resto de las personas que visten joggings y camisetas *oversized*, pero parece genuina y es muy, muy, simpática.

–Sebastian nos ha hablado mucho de ti –prosigue cuando deja de abrazarme, pero sus manos siguen apoyadas en mis hombros–, hace

siglos queríamos conocerte. Eres aún más bella de lo que imaginaba.

Sonrío. No me resultaría extraño estar roja ahora mismo.

–Gusto en conocerte –digo, sin quitar la sonrisa del rostro–, tu empresa es increíble. No puedo creer que seas tú.

Ella ríe y hace un gesto con la mano, como si no fuera gran cosa.

–Pf, tampoco soy una *celebridad* –bromea–, pero si quieres un autógrafo con gusto te lo daré.

Me rio.

Es tan agradable… ya entiendo de dónde sacó Rhett su parte cariñosa.

Agh.

Borrar ese último pensamiento.

–Rhett es un gran jugador –digo, y no me percato de que lo hago hasta que me escucho a mí misma.

Maldición, Becca. ¿En serio estás intentando caerle bien a su mamá?

–Es el mejor, no tengo ninguna duda –afirma, asintiendo. Ahora ambas estamos viendo el entrenamiento. Rhett está haciendo una jugada siguiendo las indicaciones del entrenador, y está gritando palabras técnicas que no comprendo–, ama este deporte con su vida, pero… déjame ser sincera contigo. –Giro la cabeza hacia ella cuando dice esto último. Ella aún observa a su hijo en la cancha–. Creo que debería enfocarse en lo que en serio va a construir un buen futuro para él. Entiendo que el handball es un pasatiempo que adora y para el que es muy bueno, pero… ¿cuántos años pueden pasar hasta que deba retirarse? ¿Ocho, diez, como mucho? ¿Y qué hará después? ¿Con qué se ganará la vida?

Repaso sus palabras en mi cabeza. En parte, su preocupación tiene lógica. Supongo que un jugador de handball debe jugar hasta una edad similar a los de fútbol, y los jugadores de fútbol que veo por la televisión suelen retirarse del deporte luego de los treinta y tantos.

La diferencia es que ellos han ganado dinero desde que empezaron a jugar, por lo que tienen el suficiente para sustentar hasta a sus bisnietos y muy probablemente no deban tener que trabajar nunca más.

Con el handball el caso es muy distinto. Y la mamá de Rhett lo sabe.

–Sí, entiendo tu punto –digo, afirmando con la cabeza.

Madeleine me sonríe levemente con los labios apretados, y suspira.

Vuelvo a mirar hacia la cancha, donde los jugadores siguen corriendo de un lado a otro y lanzando al arco luego de cada jugada.

–Este es su sueño –dice ella entonces, aún mirando a Rhett con dulzura.

Vuelvo a mirarla.

–Siempre ha deseado jugar para la selección nacional –prosigue–, y ahora que los reclutadores están aquí y están viendo el maravilloso jugador que es… –inspira aire–. Es prácticamente un hecho que lo seleccionarán. Y estoy muy feliz por él. Como madre, lo único que quiero es que mi hijo sea feliz. Y sé que lo es aquí, en este lugar, metiendo esa *bendita* pelota en el arco –suelto una risa sutil cuando remarca "bendita"–, así que… –respira hondo–, supongo que la empresa deberá esperar.

Sonrío.

No me he puesto a pensar en lo que este entrenamiento podría significar para Rhett.

Se lo ve concentrado, pero a la vez… feliz.

Tomando en cuenta su dedicación al handball, sus años de experiencia en el juego, y las palabras de su madre acerca de su profundo amor por este deporte, comprendo que este entrenamiento tiene un peso enorme para él.

Quizás no se trate solo de una prueba de habilidad para él, sino también de dedicación y pasión.

Entrar a la selección debe ser su mayor ilusión.

Y no hay nada que desee más en este momento que verlo lográndolo.



Espero a Sebastian a un costado de la tribuna luego de que el entrenamiento finaliza. Ha durado más de dos horas y el pobre luce exhausto. Le compré una bebida energizante en el buffet, y ahora estoy aguardando a que termine de preparar su bolso, que cruce la cancha y se acerque a mí para felicitarlo por la cantidad de goles que ha anotado.

Fueron bastantes, de hecho, muchos más que los que hizo la primera vez que vine a verlo. Es un gran jugador, aunque he notado que los comentarios negativos que le hace a sus compañeros son muchísimos.

Ha estado enojado con Liam toda la mitad del primer tiempo porque, según lo que pude oír desde la tribuna, este estaba haciéndole mal los pases. Honestamente no sé si así era o no,

porque no entiendo mucho de este juego y no sé quién hace mal los pases a quién, pero Liam no le ha dirigido la palabra durante el resto del entrenamiento y en verdad luce molesto.

Mi novio se toma su tiempo en guardar todas sus pertenencias en el bolso, y yo aguardo impaciente con mi pie dando golpecitos en el suelo. Muevo de un lado a otro el abrefácil de la lata de bebida energizante que tengo en las manos. Estoy pendiente de él cuando una mano se posa en mi hombro con suavidad.

Me doy la vuelta. Es Madeleine que, aparentemente, viene a despedirse.

–Fue un gusto conocerte –me dice, sonriente, y me da un beso en la mejilla.

Sonrío.

–Igualmente –contesto.

–Ya organizaremos una cena así podemos hablar mejor y no a los *gritos* por todo el ruido que hay aquí –dice, y me saca una leve carcajada.

–¿Ay, en serio? Me encantaría, de verdad.

–Perfecto. Le diré a mi marido y cuando planeemos el día y la hora le avisaré a Sebastian para que él te avise a ti. Me ha contado que estudias y trabajas, así que tendremos que encontrar un día en que estés libre.

–Genial –respondo, asintiendo–. Sí, trabajo todas las noches en Oasis, un bar del centro, pero quizás podría hablar con mi jefe para pedirme ese día.

Madeleine esboza una sonrisa radiante.

–¡Qué emoción! –exclama–. ¿Ya conoces a Eleanor y a Theodore? Es decir, ¿formalmente?

Niego con la cabeza y aprieto los labios.

Eleanor y Theodore son los papás de Sebastian, unos reconocidos abogados que han ganado cientos de juicios y que, siendo franca, me intimidan demasiado.

Sebastian no nos ha presentado formalmente aún porque ni siquiera él los ve seguido y, además, sus padres tienen una vida muy ocupada. Los he visto una vez, una tarde cuando estaba en casa de Sebastian, pero fue por menos de cinco minutos porque ellos se quedaron en la puerta, le entregaron algo y se largaron enseguida. No me saludaron, no sé si porque no me vieron o si porque no tenían ninguna intención de hacerlo.

Es por eso que conocerlos me da *terror*.

–Te prometo que vas a caerles superbien –me asegura Madeleine, supongo que porque notó mi intranquilidad–, parecen serios, pero en realidad son un amor.

Me rio, nerviosa, y afirmo con la cabeza. *Ojalá tenga razón*, pienso.

En ese momento, me lleno de emoción pensando que finalmente Sebastian ha llegado. Giro la cabeza, con una sonrisa que va de oreja a oreja.

Sin embargo, mi sonrisa se desvanece al instante cuando, en lugar de Sebastian, veo a Rhett.

Nuestros ojos se conectan por un breve instante antes de que yo baje la mirada. Su semblante refleja tanto confusión como sorpresa. Al parecer, la imagen de su madre interactuando conmigo le ha caído como un balde de agua fría.

Ella se apresura a abrazarlo antes de que diga cualquier cosa. Lo felicita diciéndole que ha estado increíble, pero es evidente que no

está del todo contenta con la dedicación total de su hijo al handball. Se la ve orgullosa, pero también un tanto frustrada.

–Qué bueno que hayas podido venir –le dice Rhett, devolviéndole el abrazo tras dejar caer su bolso al suelo como si pesara una tonelada.

–Sí, sí –responde Madeleine, palmeándole la espalda como si dijera "Bien, sí, ya, ya"–, has estado muy bien.

Rhett sonríe, aunque su expresión delata una mezcla de emociones que, sin querer adelantarme, parecen incluir aflicción. Tal vez sea porque es consciente del descontento de sus padres debido a su enorme dedicación al handball y su falta de interés en la empresa familiar.

Gracias a mi carrera, he aprendido a leer a las personas con mayor precisión que muchos otros. Y no se me hace para nada complicado hacerlo con Rhett ahora. Está preocupado y, es posible, también un tanto desilusionado por la desaprobación de sus padres a su pasión por este deporte.

Sin embargo, lo oculta muy bien.

Cuando deja de abrazar a su mamá, Rhett me lanza un vistazo de reojo que desvía enseguida para regresarla a ella. Yo busco desesperadamente a Sebastian con la mirada, quien, ahora, no solo aún no ha terminado de guardar las cosas en su bolso, sino que está hablando con…

¿Ashley?

¿De dónde salió Ashley? ¿Estuvo aquí todo este tiempo?

–Finalmente he conocido a la famosa Becca –le comenta Madeleine a Rhett, señalándome, y solo entonces logro volver la

mirada hacia ellos–. Hemos estado charlando durante más de una hora.

Sonrío forzosamente con los labios presionados, alzando la vista hacia Rhett pero quitándosela de encima en menos de un segundo.

Él me está mirando. Yo no a él. Pero siento su mirada aunque ponga todo de mí para simular que no me doy cuenta.

–Ya veo –dice con voz tranquila, y veo por el rabillo del ojo que está asintiendo.

Sigue mirándome. Dios, ¿cómo es posible que una persona tenga una mirada así de intensa?

Creo que su madre nota la tensión en el ambiente, porque sus ojos van de uno a otro, alternándose entre nosotros.

Me aclaro la voz. Le ruego al cielo que Sebastian venga *ahora*.

Le echo otro vistazo.

Sigue hablando con Ashley.

Mierda, digo para mí misma.

–Y ustedes… –habla Madeleine, señalándonos a ambos con el índice. La miro otra vez–. Hmm… ¿se llevan bien?

Casi puedo escuchar cómo se insulta a ella misma en el instante que esa pregunta sale de su boca. Claramente quiere romper con el silencio incómodo.

Rhett y yo nos miramos. Sus ojos azules se entrecierran y su lengua hace presión en su mejilla interna. Continúo viéndolo a los ojos. De pronto, nos vemos atrapados en un duelo de miradas que revela más de lo que jamás confesaremos.

Acto seguido, ambos volvemos a mirar a su madre.

–Becca está *encantada* conmigo –contesta Rhett, y me lanza una fugaz mirada retadora–, ¿cierto, *Becks*?

Le mantengo la mirada. Lo desafío. No, *lo asesino*.

–Sí, *encantadísima* como nunca en mi vida –digo, sonriendo con falsedad, sin quitarle la mirada de encima pero hablándole a su mamá–. Y estoy *segura* de que ninguna otra novia que Sebastian haya tenido se habrá llevado tan bien con Rhett como yo, ¿no, Rhetty?

Percibo un mínimo levantamiento de la comisura de su labio, como si estuviera conteniéndose para no sonreír.

–Rhetty… –repite para sí mismo–. Muy original, eh.

Trato de ocultar los nervios que me consumen entera por mirarlo a los ojos tan fijamente, pero, al mismo tiempo, intento que detecte el enojo que siento con él desde aquella mañana.

Aunque, en realidad, el enojo que tengo con él está equilibrado con el que tengo conmigo misma. Esto es solo otra excusa para quitarme un poco de responsabilidad por lo que sucedió.

Su mamá parece no comprender nada de lo que está viendo. Se aclara la voz y sonríe con incomodidad.

–Mhh, okey, yo debo irme, hijo –dice, colocando una mano sobre el hombro de él para saludarlo y cortar con el clima tenso–, estaremos hablando. Tu padre te manda saludos.

Rhett le sonríe y la abraza.

–Bien, te quiero, envíale saludos de mi parte también –responde.

Su mamá le da un beso en la mejilla y después se gira hacia mí.

–Fue un placer conocerte, Becca –dice sonriéndome, aunque me doy cuenta del instante en que observa de reojo a Rhett y después vuelve a mí. A los dos nos mira de la misma manera, como con… incertidumbre y, diría, algo de curiosidad. *¿Qué está pasando por su cabeza?*–. Te veré la noche de la cena… cuando asignemos el día.

Le sonrío. Asiento.

–Un placer, Madeleine –contesto, aún con una sonrisa–. Nos vemos… en algún momento –rio.

Ella ríe conmigo. Rhett nos observa medio boquiabierto.

Finalmente, su mamá se despide y se va.

Ahora solo estamos él y yo, y mi súplica porque Sebastian deje de hablar de… lo que sea que esté hablando con Ashley para que venga conmigo y así poder escapar de esta situación.

Pero él sigue allí. Y, es más, ahora también se unieron Connor y Harry, por lo que, lo que parecía una charla no tan corta, se convirtió en una charla interminable.

Bufo. Le dirijo una rápida mirada a Rhett y regreso los ojos hacia mi novio hablando con su mejor amiga y sus otros dos amigos. ¿Es demasiado si me escabullo hacia allá para alejarme de Rhett y quedarme al lado de Sebastian?

Porque con este hombre así de cerca de mí se me dificulta respirar con normalidad.

Ni mencionar que en este momento, con él aquí a mi lado, recuerdo con lujo de detalle lo que sucedió en mi habitación y siento las rodillas inestables.

Necesito *largarme*.

Necesito huir antes de que Rhett pueda decir cualquier cosa.

Sin embargo, en su lugar, me encuentro mirándolo a los ojos… como por milésima vez en menos de diez minutos.

En serio estoy intentando con todas mis fuerzas ignorar esta inexplicable conexión que siento con él, pero ahora mismo… en lo único que puedo pensar es en que el cosquilleo en mi estómago no cesa.

No mientras estoy aquí junto a él.

Así que me largo. Camino sin rumbo hacia el lado contrario a la cancha, alejándome de Rhett, de Sebastian y de todo el mundo en la tribuna. Esperaré a mi novio afuera. O en el bufet. O donde sea.

Pero *lejos*.

Lejos de su mejor amigo.

Lejos de lo que estoy sintiendo.

–Becca –entonces, Rhett dice mi nombre.

Me ha seguido. Ha venido conmigo cuando la razón por la que me fui era no estar cerca de él.

La cancha está del otro lado, detrás de las tribunas repletas de personas. Técnicamente es como si estuviéramos solos, al menos hasta que Sebastian se digne a dejar de hablar con sus amigos y venga conmigo.

Me doy media vuelta cuando lo escucho.

Su bolso está mal colgado en su hombro, como si se lo hubiera colocado a las apuradas. Percibo su pecho subir y bajar con rapidez mientras respira por la boca. Y me mira. Me mira sin decir nada por unos cuantos segundos.

Y se aproxima.

Y esta vez soy yo la que no puede respirar.

Abre la boca como si fuera a decir algo, pero luego la cierra y aprieta la mandíbula y los labios entre sí. Baja la mirada y la cabeza con determinación. Veo sus puños cerrarse y los músculos de sus antebrazos tensarse.

Está cerca. No tanto como para sentir el calor que desprende su cuerpo, pero lo suficiente como para dejarme sin aliento.

Levanta la mirada y la dirige hacia el lado de la cancha tanto como su campo de visión se lo permite. Está buscando algo.

O a alguien.

Probablemente, a su mejor amigo.

A mi novio.

Entonces, gira la cabeza nuevamente en mi dirección… y vuelve a mirarme a los ojos.

–No creí que volvería a verte…

–¿Qu…?

–... con *él*.

Quedo momentáneamente boquiabierta, solo siguiendo sus pupilas con mis ojos. Los suyos recorren los míos, mi rostro, mis facciones y hasta mi cabello.

¿Qué pasa por su cabeza mientras me mira?

¿Por qué me mira?

¿Qué quiso decir con… *eso*?

–¿Qué…?

–¿Por qué sigues con él? –pregunta sin titubear.

No deja de mirarme a los ojos como si buscara una respuesta anticipada a lo que expresaré con palabras.

No soy capaz siquiera de articular una sílaba. Estoy tan desconcertada como nerviosa. No sé qué responder. No sé qué hacer.

No sé cómo se supone que deba reaccionar.

En aquel momento, tres palabras involuntarias brotan de mi boca:

–Porque lo quiero.

Rhett separa los labios ligeramente y toma aire.

Estoy segura de que esperaba cualquier respuesta, menos esa.

–¿Lo quieres? –repite.

–Sí.

Se aproxima más a mí. Rompe con los pocos centímetros que nos separan. Está tan cerca que tengo que alzar la cabeza para verlo a los ojos.

–¿Lo quieres, Becca? –vuelve a preguntar.

Titubeo. La calidez de su cuerpo penetra en mis venas y un escalofrío recorre mi espalda. No consigo hablar. No consigo respirar.

Asiento. Eso es todo lo que mi cuerpo me permite hacer ahora.

¿Por qué parece que puede leer mis pensamientos? ¿Por qué es como si supiera exactamente las emociones que estoy experimentando?

¿Por qué luce como si conociera más de lo que debería?

Es cuando, sin importarle en lo más mínimo que haya cientos de personas cerca, incluido Sebastian, murmura cerca de mis labios:

–¿Estás segura de que no hay nada que… "emplearás todas tus fuerzas en ocultar"?

Abro los ojos como platos. Lo miro a los suyos. Mi mandíbula se cae. Me siento mareada. De repente, es como si hubiera perdido toda la fuerza en mis piernas.

¿Qué…?

¿Rhett acaba de…?

¿Cómo…?

Mi escrito. La libreta.

El poema que escribí para él.

¿Cómo es posible que…?

Entonces lo entiendo.

Lo entiendo todo.

Mi mente se esclarece. Uno los puntos.

–Leíste mi libreta… –murmuro entre dientes y, aunque esté mirándolo, mi vista está borrosa, mis ojos están vidriosos–. ¡¿Leíste mi libreta?!

Esta vez, no consigo mantener la compostura. Decenas de miradas interrogativas se posan en nosotros.

No puede ser.

La noche en que me llevó a mi apartamento, Rhett leyó mi libreta.

Leyó mis escritos.

Leyó el poema que le escribí.

–Es mutuo, Becca, yo…

–¡Cállate! –vocifero, me aparto de él con un movimiento brusco.

Tengo los ojos cristalizados de impotencia. ¿Cómo pudo invadir así mi privacidad? ¿Cómo carajos pudo atreverse a leer mi libreta?

Creo que, al verme así, Rhett comprende que la ha cagado. Su semblante, antes seguro e insinuante, ahora flaquea de preocupación.

–No, Becca, yo… no fue intencional, lo juro, mierda, lo siento…

–Ey, ey, ¿qué está pasando?

Ambos observamos a Sebastian cuando escuchamos su pregunta.

Detrás de él se encuentran Ashley, Liam y Connor. Todos presenciando la situación en primera fila.

Mi novio nos mira con desconfianza, con el ceño fruncido y una mueca de incertidumbre. Mira a su mejor amigo, luego a mí, y luego de nuevo a su mejor amigo.

Vuelvo a clavar los ojos en Rhett, quien no ha dejado de mirarme hasta este momento. Tengo tantas ganas de gritarle en la cara que

debo morderme la lengua para contenerme. Mis dedos se crispan. Mis uñas se clavan en las palmas de mis manos.

Por un instante, considero confesar. Considero decirle a Sebastian lo que sucedió con Rhett aquella mañana. Considero admitir que he escrito todo un poema para él y atenerme a las consecuencias de ser la peor novia del mundo.

Pero junto los labios. Los aprieto entre sí, tragándome las palabras y el nudo en la garganta.

–Vete al carajo, Rhett –digo con fuerza.

Sebastian me mira confundido, como si estuviera haciéndome una pregunta silenciosa.

–Vámonos, por favor –le suplico.

Rhett nos contempla a ambos. Desvía la vista y se frota las sienes con los pulgares a medida que respira hondo.

Mi novio suspira con pesadez y asiente.

Noto como sostiene una mirada intensa con Ashley antes de dirigirse hacia mí.

Esa mirada es lo último por lo que voy a preocuparme en este momento.



13

BECCA

ME DEJO CAER EN EL ASIENTO DEL COPILOTO DEL AUTO DE SEBASTIAN. Tengo el cuerpo tenso, los músculos contraídos y no me he largado a llorar, pero estoy a punto.

No puedo creer que Rhett haya leído la libreta que me regaló papá antes de morir.

Esa libreta vieja y desgastada es la única manera que encuentro de demostrar mis sentimientos, de sincerarme y de ser yo misma. Nadie sabe lo que escribo en ella porque jamás he dejado que nadie más que yo la toque.

La cuido como si fuera oro porque es una de las cosas más preciadas que tengo. Es lo único que papá me dejó, es el único recuerdo que tengo de él y cada una de las páginas está impregnada de su esencia.

Al igual que de la mía.

Es como mi diario personal. Leerla es como leer mi mente, leer todo lo que he pensado y sentido desde la primera vez que escribí

en ella. Es tan valiosa para mí tanto por eso, como porque mi papá me la regaló cuando tenía siete años.

Él sabía que, si había algo que amaba, era escribir.

Que mi manera de expresarme era a través de una pluma y un papel. Y es por eso que su regalo significó *todo* para mí.

Es algo tan íntimo, tan privado, tan mío…

Y Rhett la leyó.

Rhett leyó mi libreta. Leyó mis emociones y mis pensamientos.

Y los poemas que he escrito en ella a lo largo de todos estos años.

–Maldito –murmuro para mí misma apretando los dientes y los puños.

–¿Qué…? ¿Qué carajos sucedió?

Giro la cabeza hacia mi novio, que me mira completamente confundido y… ¿molesto? Quizás no estuve bien al pedirle que nos fuéramos tan pronto, pero… en serio necesitaba largarme.

Tomo aire por la nariz y bajo la vista hacia mis manos, que juegan con el borde de mi cardigan negro.

–Becca –dice, de nuevo.

Suelto un suspiro y miro hacia el techo. Estoy tan furiosa como avergonzada. Furiosa, porque Rhett se cagó en mi privacidad y leyó algo que nunca debió haber leído; y avergonzada, porque…

Porque ahora sabe que le he escrito un poema.

¿Qué habrá pensado al leerlo? ¿En verdad era tan obvio que iba dirigido hacia él? No escribí nombres, *jamás* escribo nombres, ¿lo que escribí fue tan específico como para que supiera así de fácilmente que me refería a él?

–Rhett me cae fatal –respondo con firmeza.

Mi novio se restriega el rostro y bufa.

–Pensé que habían empezado a llevarse mejor.

–No –niego rotundamente–. Es un imbécil. Es un *idiota* y lo detesto.

–Aún no me dices por qué estaban discutiendo.

Se genera un silencio pesado apenas Sebastian suelta esas palabras. Espera impacientemente una respuesta de mi parte con la mandíbula apretada y una mirada severa sobre mis ojos.

Está claro que no puedo admitir por qué estábamos discutiendo. Odio mentir, y lo peor de todo, es que últimamente lo he estado haciendo muchísimo.

A Sebastian, y a mí misma.

Y me odio por eso.

–Solo… –comienzo, con voz dura–. No cree que te quiera como digo.

Él frunce el ceño, todavía inmutable. No luce para nada convencido. Y eso me hace sentir aún peor, porque *además* de que estoy mintiendo, ni siquiera soy una buena mentirosa.

–¿Qué? –suelta.

Alzo la mirada hacia él. Me encuentro con sus ojos verdes claros que tanto me han hecho suspirar… y no encuentro nada. El brillo de dulzura con el que me miraban antes, ya no está.

Estoy arruinando mi relación de más de medio año por un *idiota* que lo único que tiene para ofrecerme es un cuerpo atlético y un buen juego de seducción. Porque apenas conozco a Rhett. Apenas sé algunas cosas sobre él y ninguna es lo suficientemente relevante como para decir que estoy interesada en él.

No han pasado ni dos meses desde nuestro primer encuentro y estoy dejando que se meta en mi mente y me haga dudar acerca de

lo que siento por Sebastian. Ni mencionar que el hecho de que él sea su mejor amigo parece no importarle en lo absoluto.

Y así no es como actúa una buena persona.

Tengo que dejar que cague su amistad por su cuenta sin que me arrastre con él, y volver a ser la misma Becca que fui con Sebastian todos estos meses.

–Solo… –empiezo a decir como puedo. Tomo una gran bocanada de aire, mis ojos recorren los de mi novio–. Olvidémoslo, por favor. No le caigo bien. Él no me cae bien. Punto. No nos quedará más opción que soportarnos porque yo soy tu novia y él es tu mejor amigo. Intentaré hacerlo, lo prometo. Intentaré aguantarlo.

Sebastian luce tan confundido como estresado. Tira la cabeza hacia atrás contra el respaldo del asiento y resopla. Estoy segura de que no cree ni una de mis palabras pero, a la vez, parece como si quisiera cortar con el tema porque ya está harto.

–Bien –dice, y regresa la vista al frente.

Ninguno de los dos emite sonido durante unos segundos.

Hasta que, de un momento a otro, me encuentro tomándolo de la camiseta y besándolo con pasión. El beso lo toma por sorpresa casi tanto como a mí. No soy consciente de por qué estoy besándolo… ni por qué estoy haciéndolo con tanta desesperación.

Pero aquí estoy. Subiéndome a horcajadas sobre él para intensificar el beso y sentir su cuerpo más unido al mío.

Probablemente lo único que nos une ahora sea eso.

Nuestros cuerpos.

–Vamos a mi apartamento –digo, cuando nos separamos en busca de aire. Su rostro está rojo y sus labios hinchados al igual que los

míos. Siento su erección rozando mi entrepierna, demostrándome que está tan excitado como yo–. Por favor.

Sebastian asiente de inmediato y vuelve a colocarme en el asiento del copiloto.

En menos de un minuto, estamos en la carretera de camino a mi casa, transitando por las calles del centro velozmente.

Me encuentro dirigiéndome a la misma cama en la que aquella mañana casi cometo el error de mi vida.

Para tener sexo con mi novio…

Con el único fin de ignorar lo que me está pasando con su mejor amigo.



14

RHETT

ME PASO LA SEMANA ENTERA PENSANDO EN BECCA.

La novia de mi mejor amigo ha estado rondando en mi cabeza desde el día del entrenamiento de muestra a los reclutadores. No dejo de pensar en nuestra confrontación, en la discusión que terminó con ella prácticamente llorando y yo muriendo de ganas de abrazarla y pedirle perdón.

No debí habérselo dicho. No debí haber mencionado lo que leí en su libreta.

Fui un idiota. Fui un jodido idiota.

¿Qué pensaba? ¿Que por recitar un puto verso de ese poema ella caería rendida a mis pies?

Mierda, quizás ese escrito ni siquiera era para mí. Quizás fue mi imaginación y lo único que ella siente por mí es odio. Quizás he estado viviendo una realidad paralela al creer que ella se siente igual de atraída por mí que yo por ella.

Es la novia de Sebastian.

Es la maldita novia de mi mejor amigo de toda la vida.

Y ha estado volviéndome loco desde la noche en que la conocí.

–Noooo –se queja Chloe con su voz aguda, mientras rueda los ojos y sacude su Barbie–, te dije que mi Barbie es princesa y la tuya es cantante –me explica como por décima vez, y se cruza de brazos.

Me acomodo en la alfombra de mi sala, donde hemos estado sentados por un largo rato jugando a las Barbies. O intentándolo, mejor dicho, porque ella ya ha inventado más de cinco historias diferentes y yo apenas he podido seguir las primeras dos.

Hoy me ha tocado cuidar a Chloe por segunda vez en la semana. Mis tíos me han preguntado si podían dejarla conmigo otro día más además del pactado porque ellos, como unos de los cirujanos más prestigiosos de Los Ángeles, debieron atender varias cirugías de emergencia y participar en reuniones importantes en el hospital.

Por supuesto les dije que sí.

Chloe es una de las personas más valiosas para mí, ocupa un lugar muy especial en mi vida y es como la hermanita que siempre quise y jamás tuve.

Estoy seguro de que una de mis misiones en la vida es estar para ella y hacerla feliz… al menos hasta que crezca, se convierta en una adolescente y ya no me soporte. Pero aún falta un tiempo para que eso suceda, así que…

–¿Qué la mía no era cocinera? –le pregunto, analizando el atuendo de mi Barbie, el cual, claramente es una casaca de chef.

Mi primita niega rotundamente con la cabeza.

–No –dice, y me arrebata la Barbie de las manos–. Esto –señala con el índice la casaca de chef de la muñeca– es un disfraz. Está dando un show.

–¿Vestida de cocinera? –consulto, sarcástico, riéndome.

–Ajá –contesta ella como si fuera lo más normal del mundo. Seguro en su cabecita de niña de cinco años tiene lógica–. Es como cuando tú te disfrazas con ese outfit feo y juegas hadball.

Lanzo una carcajada tirando la cabeza hacia atrás.

–¿"*Outfit* feo"? –repito, entre risas. Mi primita frunce el ceño. Es tan tierno verla enojada–. Es mi uniforme de juego –la corrijo con el dedo índice en alto, y ella se ríe–. Y ese deporte es *mi vida*, pequeña princesa.

Sonrío inconscientemente al recordar lo jodidamente increíble que me fue en el entrenamiento de muestra del otro día. Aún no hemos recibido respuestas de los reclutadores de USA Team Handball, pero he hablado con Joseph y me ha dicho que le han preguntado por mí más que por ninguno.

La selección está cada vez más cerca, y yo aún no puedo creerlo.

–Como sea –responde Chloe, y se aparta un mechón de cabello rubio del rostro con toda la palma de la mano.

Mi primita suspira de una manera que cualquiera creería que está *muriendo* de estrés, a pesar de que su mayor estrés con cinco años sea que su primo no entienda las historias que se inventa con sus muñecas, y gruñe, enfadada.

–Bien, bien, lo siento –me disculpo, sonriendo, y la levanto en mis brazos para colocarla sobre mi muslo derecho–, prometo estar más concentrado esta vez y seguir el ritmo de tu historia, ¿sí?

Chloe juega atentamente con el cabello de su Barbie, mientras trata de acomodarle los lentes de sol correctamente en la cabeza. Entonces, sin alzar la vista de su muñeca, suelta:

–Quiero a Becca.

Busco sus ojos enseguida cuando esas palabras brotan de su boca. Ella me mira durante un segundo, y luego vuelve a centrar su atención en su Barbie.

–¿Cómo, princesa? –pregunto, para asegurarme de que escuché bien lo que dijo y que no fue solo mi imaginación.

Considerando que Becca no ha salido de mi mente en toda la semana, no sería muy loco que haya oído su nombre cuando quizás nadie la ha nombrado.

Mi primita gira sobre mi pierna para verme de frente.

–Que quiero jugar con Becca –repite, esta vez, viéndome a los ojos–. Fue muy divertido jugar con ella el otro día y quiero volver a hacerlo. Ella *sí* entiende mis historias.

Sonrío, pero solo puedo pensar en lo rápido que está latiendo mi corazón al oír el nombre de Becca.

–¿Puedes llevarme con ella?

Esa pregunta me deja aturdido durante un instante hasta que soy capaz de hablar.

–¿Qué?

Mi prima sonríe radiantemente enseñando los dientes, y pone su mejor cara de gato con botas, parpadeando varias veces.

–Que si me llevas con Becca –vuelve a decir–. Supongo que sabes dónde vive, ¿no? Por fiiiis. Quiero jugar a las Barbies con alguien…

–Yo puedo jugar contigo…

–... que *sepa* lo que tiene que *hacer* –continúa, interrumpiendo mi intento de convencerla.

Suspiro.

Es una locura. Llevarla con Becca es una *locura*.

–Becca debe estar ocupada, además…

–Por fiiiis, al menos podemos preguntarle –me corta Chloe, haciendo un gesto y juntando sus manos en señal de súplica–. Sé que ella quiere jugar conmigo. El otro día parecía estar superdivirtiéndose. La hice reír muchas veces y estaba muy feliz con el auto de Barbie.

Agarra el auto en ese momento, y lo aferra a su pecho junto a su muñeca y a otra más, supongo que la que le ha asignado a Becca.

No sé qué decir. Detesto decirle que no a Chloe, pero a la vez no puedo simplemente *aparecer* en la puerta del apartamento de Becca cuando ni siquiera sé si está ahí, si está estudiando, si está con Sebastian…

Esta última imagen me hace hervir la sangre.

Sin embargo, cuando veo los ojitos destellantes de Chloe y la ilusión en su mirada…

Me derrito, y no soy capaz de negarme.

–Bien, sí, okey –termino diciendo en un suspiro–. Iremos a ver a Becca. Pero –sigo, para moderar la exaltación de Chloe, que ya está saltando en el suelo–, si está ocupada o si no está, volvemos aquí y no tendrás más opción que jugar a las Barbies con tu aburrido primo que no logra seguir tu creatividad, ¿de acuerdo?

–Sí, sí, sí –exclama, y yo me levanto del suelo. Ella me abraza la pierna–, de acuerdo.

Sonrío mirándola y ella alza la cabeza para mirarme también. He sido manipulado por mi prima de cinco años. Genial.

Dejamos mi casa minutos después. Mientras conduzco por las calles de Los Ángeles con Chloe en el asiento trasero, lo único que puedo pensar es en inhalar y exhalar aire para calmar la ansiedad que fluye por mis venas.

No he visto a Becca desde lo que ocurrió después del entrenamiento. Estoy seguro de que lo que menos quiere es verme, y ni mencionar que las cosas entre nosotros deben estar más que jodidas teniendo en cuenta cómo acabó todo esa tarde.

Y estoy nervioso, mierda.

Por verla, por no saber cómo reaccionará y porque quizás lo único que obtenga de ella sea un cachetazo. No la juzgaría si así fuera, de todos modos.

Una parte de mí espera que no esté, o que esté demasiado ocupada y así poder largarnos de allí cuanto antes. Pero otra parte de mí *suplica* poder pasar el resto de la tarde con ella.

Solo ruego que esté sola.

Sin la maldita presencia de Sebastian.



Las manos me sudan y mis piernas, que he pasado prácticamente *toda mi vida* entrenando, se sienten débiles, cuando Chloe y yo nos encontramos frente a la puerta del apartamento de Becca.

Becca está del otro lado, pienso, y de repente, miles de escenarios posibles invaden mi mente. ¿Me gritará? ¿Me dirá que me largue apenas me vea? ¿Me insultará? Cualquiera sea la opción correcta, no puedo negar que tiene un punto. El error que cometí al leer su libreta me ha estado *torturando* desde que mi jodida boca soltó el verso de ese poema.

Chloe me hace reaccionar cuando su pequeña mano me toca la pierna, animándome a presionar el timbre. Estoy tan nervioso que

no puedo hablar. Trago saliva. Pienso que quizás este es otro grave error.

He estado cometiendo demasiados desde que conocí a esta mujer.

–Estás blanco –dice la vocecita de Chloe.

Acaba de confirmar que me veo tan mal como me siento. Perfecto.

Miro a mi prima, quien tiene el cuello arqueado hacia atrás para poder verme. En sus manos sostiene su Barbie y la que ha traído para Becca, y yo tengo su minimochila de Rapunzel colgada en mi hombro, donde ha guardado el auto de Barbie –con el que, según ella, "Becca adoró jugar la otra tarde"– y una Barbie extra para mí, por si decide que soy lo suficientemente divertido como para unirme a su juego.

–Estoy bien, estoy bien –miento, sonriéndole tan despreocupado como soy capaz.

Entonces, tomo una gran bocanada de aire…

Y toco el timbre.

Se oyen pisadas del otro lado de la puerta. Me agito aún más. Estoy tan nervioso que apenas puedo sostener la mochila de Chloe sin que se me resbale.

La puerta se abre.

Me encuentro con el rostro agotado de Becca y una expresión de desagrado, como si quisiera insultar a quienquiera que acabara de tocar a su puerta e interrumpir… lo que sea que estuviera haciendo.

Sin embargo, cambia repentinamente cuando me ve del lado del pasillo.

Sus ojos verdes se agrandan debajo de unos lentes de marco negro, y sus labios rosados se separan. Yo he olvidado cómo

respirar. Ella, cómo parpadear. Abre la boca y la cierra como haría un pez, incapaz de pronunciar una palabra.

Tiene el cabello recogido en un rodete despeinado y el flequillo le cae por la frente. Está vestida con un pantalón de jogging que debe ser, fácil, dos talles más grandes de lo que debería usar, y una remera holgada con el rostro de un álbum de Taylor Swift, cuyo nombre no soy capaz de recordar.

–¡Becca! –exclama mi prima, y sin siquiera titubear, se lanza sobre ella para abrazarla.

Becca la alza en sus brazos de manera automática, respondiendo a su abrazo, pero por la expresión en su rostro y la tensión en su cuerpo puedo apostar que aún no entiende nada de lo que está sucediendo.

Ha estado mirándome a los ojos desde que abrió la puerta. Y no ha dejado de hacerlo aún con mi prima entre sus brazos.

–¿Quieres jugar a las Barbies? –pregunta Chloe emocionada y sonriente, ajena a todo lo que está ocurriendo en silencio entre Becca y yo–. ¡Por fisss! Quise jugar con Rhett pero él no entiende lo que su Barbie debe hacer –se queja y hace un mohín.

Becca sigue atónita. Alterna la mirada entre la niña que sostiene entre sus brazos y yo.

Creo que le debo una explicación, ¿no? Se supone que soy el adulto responsable, maldición.

–Chloe quería, eh… –empiezo, sintiéndome un imbécil– verte. –*Sí, Rhett, eso es obvio*–. Insistió toda la tarde.

Becca sigue abrazando a Chloe, estupefacta.

–Le gustó jugar contigo a las muñecas el otro día –continúo porque, a juzgar por el semblante de Becca, aún no reacciona–, y,

hm, prácticamente me obligó a que la trajera contigo. Pero, eh, no es necesario que lo hagas. Quizás estás ocupada… Luces ocupada…

No estoy mintiendo, en verdad luce ocupada. Estoy seguro de que estaba estudiando. Las ojeras debajo de sus ojos, los lentes, las manos manchadas con tinta… tampoco hay que ser Sherlock Holmes para darse cuenta.

Me golpearía la cabeza contra la pared en este mismo instante. Estoy sonando como un idiota. *Soy un idiota*.

–Yo, hm… –titubea. Su voz se oye suave mientras mira a Chloe, y luego a mí–. Estaba, mm…

–Sí –interrumpo sin tener ni una puta razón–, sí –digo de nuevo como si de repente hubiera olvidado el resto del diccionario–, imagino que estabas estudiando. Le dije a Chloe que seguramente estabas ocupada y que no tenías tiempo, así que solo debes hacérselo entender y…

–No, no, está bien. –Ahora es ella la que me corta. Cierro la boca de inmediato–. Estaba estudiando, pero… creo que puedo tomarme un descanso antes de ir al bar. –Becca mira a mi primita, quien la observa emocionada e impaciente, con toda la ilusión del mundo reflejada en sus ojos–. ¿Tú qué dices, Chloe?

–¡Sí! –responde enseguida, moviéndose con exaltación entre los brazos de Becca–. ¡Sí, sí, sí! ¡Gracias! ¡Gracias, gracias, gracias! ¡Eres la mejor!

Becca se ríe, sus ojos cansados se achinan y el brillo con el que miran a Chloe me genera algo cálido en el pecho… y algo *fuerte* en el estómago.

–Bien, pasa, preciosa –le dice a Chloe, dejándola nuevamente en el suelo con delicadeza, y se hace a un lado para que entre a su

apartamento–. Puedes acomodarte en donde quieras.

Veo cientos de apuntes resaltados con marcadores fluorescentes de distintos colores esparcidos por el sofá, la mesa de la cocina y la alfombra. Chloe entra dando saltitos y esquivando las hojas, y Becca hace una mueca de "uh" con los dientes apretados cuando se da cuenta del desorden de papeles que ha dejado en el living.

Cuando mi prima se acomoda de un salto en el sofá, Becca se gira hacia mí. No logro deducir qué tipo de expresión tiene. Parece estar entre querer asesinarme, y a la vez comprender que lo que acabo de hacer fue por Chloe.

Me apresuro a hablar.

–No… no creas que quiero que hagas de niñera ni nada por el estilo –me excuso rápidamente. *Soy. Un. Imbécil*–. Chloe me suplicó que la trajera contigo. Le has caído muy bien. Tú has sido de todo lo que me ha hablado estos últimos días.

Y también has sido en lo único en lo que yo he estado pensando estos últimos días, agrega mi subconsciente para mis adentros, dándome más ganas de abofetearme a mí mismo.

–Descuida –contesta y baja la vista–, no me molesta en lo absoluto. Es una niña increíble.

Sonrío forzosamente con los labios juntos y asiento.

–Si quieres que me vaya, yo…

–No –interrumpe al instante, negando con la cabeza–, quédate. Es tu prima, no tengo idea de qué le gusta además de jugar a las muñecas y no me gustaría cometer algún error por mi poca experiencia con niños.

Vuelvo a asentir en silencio. Becca se aclara la voz y de nuevo baja la vista. Esto es realmente incómodo. Es obvio que hay miles de

cosas que quiere decirme y no puede, y dudo que sean exactamente cumplidos.

Becca alza la mano, haciéndome señas de que entre yo también. Aún tiene la vista gacha. Bosteza y se cubre la boca con la mano. Es en ese momento que me percato de que, aún inconscientemente, no he podido dejar de mirarla.

Se la ve exhausta. Su piel está pálida y sus ojos rojos. Dios sabrá cuánto tiempo lleva estudiando y cuán poco ha dormido. ¿Se habrá quedado hasta tarde en el bar anoche? ¿Tuvo clases esta mañana? ¿Cuánto tiempo lleva sin descansar bien?

Aparto la mirada de ella en el instante en que me detengo en sus labios resecos y fantaseo con humedecerlos con los míos.



15

BECCA

SI HAY ALGO QUE DETESTO, SON LOS PLANES REPENTINOS.

Me gusta tener el control de absolutamente todos los aspectos de mi vida.

Me altera realizar cosas que no he planificado con anticipación, me altera el estrés de andar a las corridas y de no tener cada mínimo detalle organizado. Si yo planeo estar toda la tarde estudiando, entonces eso es lo que voy a hacer. Sin interrupciones, sin planes espontáneos ni nada que me haga salir de mi plan inicial.

Sin embargo, esta vez, puedo decir que este plan repentino… está muy lejos de desagradarme.

No sabía que me gustaban tanto los niños hasta que tuve la oportunidad de conocer a esta pequeña de cinco años que adora las muñecas y sueña con ser como Rapunzel. Me encuentro sonriendo como tonta mirándola mientras hace hablar a su Barbie y le mueve los brazos y las piernas para que camine.

Me desplazo enseguida hacia su lado cuando veo un resaltador entre medio de los almohadones del sofá, y vuelvo a dejarlo en la

mesa de centro. He juntado los apuntes de la universidad y los resaltadores tan rápido como pude, y no me sería extraño que se me hayan pasado algunos… o incluso haber perdido hojas, que luego deberé recorrer cielo y tierra para encontrar si quiero aprobar el examen del lunes.

–¡Mi amiga Becca y yo vamos a cantar una canción de *Enredados*! –exclama Chloe o, mejor dicho, la Barbie de Chloe, mientras le habla a un público imaginario.

Sonrío y le sigo la corriente.

–¡Exacto! –contesto, moviendo mi Barbie Becca, que anteriormente era médica y ahora resulta ser una cantante de *covers*–. ¿Cuál cantaremos, Chloe?

–Mmmm… –dice ella, colocando su lengua sobre una de las comisuras de sus labios, pensativa–. ¡*Veo en ti la luz*! –decide, sonriente.

Me rio y asiento. No recuerdo mucho la letra de esa canción –teniendo en cuenta que la última vez que vi *Enredados* fue hace como una década atrás– pero haré lo mejor que pueda.

Como era de esperarse, me equivoco en casi toda la canción, pero Chloe solo lanza risitas a mis versos improvisados completamente distintos a los de la canción original.

Eso también deriva en una carcajada sutil de la tercera persona presente en la sala.

Alzo la vista hacia la mesa de la cocina y me encuentro con los ojos azules de Rhett, que parecen habernos estado mirando hace un largo rato. Ni siquiera me había percatado hasta que lo oí reír.

Él vuelve la vista a su celular inmediatamente cuando cruzamos miradas, aún con la cabeza descansando en la palma de su mano y

el codo apoyado en la mesa. Se aclara la voz. Finge no haber estado haciendo nada más que scrollear en Instagram.

Tengo el corazón en la garganta cuando vuelvo a ponerle atención a Chloe. La niña ahora me mira impaciente, como si me hubiera dicho algo –que está de más decir, no escuché– y esperara mi respuesta.

Ay, mierda.

–Lo siento, me perdí –digo, sonriendo con nerviosismo y me aparto un cabello rebelde que cae a un costado de mi rostro.

En ese momento recuerdo que estoy hecha un desastre, que parece que me he peleado con el peine y que ni siquiera me he duchado. Observo mi *outfit* de entrecasa casi inconscientemente. Ay, maldición, la imagen de *Folklore* en mi camiseta tiene manchas de la pasta envasada que almorcé hoy.

La única que tiene un atuendo precioso es Chloe, con un jean blanco y una camiseta rosada con un dibujo animado que no conozco, pero que asumo que los niños de hoy en día consumen así como yo consumía *Backyardigans*.

Rhett también está de entrecasa. *Muy* de entrecasa. Es difícil verlo así y luego imaginarlo vistiendo tan formal como lo estaba la otra noche en el bar.

Aun así, su "entrecasa" no es para nada similar a mi "entrecasa".

Lleva un jogging gris, un buzo negro con un pequeño logo de una marca carísima –que yo no podría comprar ni aunque me pagaran el sueldo de todo un año de contado– del lado del corazón, y unas Nike Slides con medias en los pies.

Siento envidia cuando, aún con la intención de lucir lo menos arreglado posible… se ve condenadamente *atractivo*. ¿Cómo es

posible? Este fenómeno debe ser estudiado *de inmediato*. ¿Acaso tiene alguien que lo viste? Porque es imposible que toda la ropa, incluso la más casual, se ajuste así de bien a su cuerpo y parezca hecha para él.

Cuando recuerdo lo que hizo, mi ceño se frunce, aprieto los dientes sin pensar y dejo de mirarlo, repitiéndome una y otra vez que es un idiota.

El idiota que ha leído mi tan preciada y privada libreta.

–Está bien –contesta Chloe a mi disculpa por haber perdido el hilo de la historia, y sonríe con dulzura–, estábamos en el show –me explica. Me causa gracia cómo dice "show"–. Pero necesitamos a alguien que toque la guitarra –habla para sí misma, pensando. Luego, se gira en dirección a la cocina y siento cómo la presión se me baja–. ¡Rhett! ¿Quieres jugar con nosotras?

Ay, no.

Rhett mira a Chloe, quien le sonríe con emoción, y desvía la vista hacia mí, como si esperara alguna objeción de mi parte. Opto por bajar la mirada y quedarme callada, solo porque no sería muy apropiado decir frente a una niña de cinco años *todo* lo que me gustaría decirle a Rhett.

–Sí –dice él, sin sonar muy convencido, levantándose de la silla y acercándose a nosotras–, por supuesto.

Tengo los ojos puestos en el almohadón del sofá en donde estamos sentadas porque prefiero cualquier cosa menos verlo a los ojos.

Aunque sepa que él me está mirando.

Rhett se sienta al lado de Chloe. La niña está entre nosotros –gracias a Dios– así que puedo simplemente enfocarme en ella y no

tengo necesidad de hablar con Rhett… ¿*cierto*?

–¿Ya decidiste que no soy tan aburrido como para jugar contigo? –le pregunta Rhett a su prima con tono burlón, sonriendo sutilmente. Chloe ríe.

Una de las comisuras de mis labios atina a levantarse. Sacudo la cabeza y vuelvo a ponerme seria.

Contrólate, Rebecca Moore.

–Solo es porque necesitamos a un guitarrista –le hace saber Chloe con el dedo índice en alto–. Sigo prefiriendo a Becca.

Sonrío cuando dice esto último. Rhett también, y levanta a su prima con facilidad para colocarla sobre su regazo. Chloe empieza a reírse a carcajadas cuando él le hace cosquillas en la barriguita.

Estoy embobada viéndolos, igual o más que la primera vez. Creo que estoy sonriendo. O no. No lo sé. Solo sé que estoy siendo demasiado evidente, pero que no puedo dejar de mirarlos. La sensación de calor que siento en el pecho es demasiado *linda* como para dejar admirar a lo que está generándola.

Se nota lo mucho que Chloe adora a Rhett. Y es obvio que él la adora mucho más a ella. La ternura en su mirada y la devoción en sus gestos hacen que sea imposible no darse cuenta de lo especial que es su vínculo.

Los ojos de Rhett brillan con una luz especial cada vez que Chloe ríe.

Estos momentos deben ser lo más preciado para él.

Sostiene a Chloe con ternura, como si quisiera asegurarse de que se sienta segura y amada. Ella, con sus manitos diminutas, trata de apartar las de él mientras ríe sin parar, pero no hay duda de que adora cada segundo de este juego.

Sus ojos destellan de felicidad, y su risa es pura y cristalina, el sonido más hermoso que una puede escuchar.

Rhett no puede evitar sonreír ampliamente, su expresión es de pura adoración, y cada carcajada de Chloe parece llenar el aire de una alegría contagiosa que no tarda en hacerme reír también.

Mientras los observo, una mezcla de sentimientos contradictorios me invade.

Ver a Rhett con Chloe, su paciencia, la manera en que sus ojos se iluminan cada vez que ella ríe, su sonrisa genuina, la forma en que la sostiene con tanto cariño, como si fuera lo más natural del mundo…

Todo eso me tiene completamente cautivada.

Me sorprendo a mí misma disfrutando de la escena más de lo que debería. Me doy cuenta de que estoy mordiéndome el labio, una reacción instintiva para mantener mis emociones bajo control. Pero es inútil. La calidez que siento en el pecho es demasiado fuerte.

Intento mantener una expresión neutral, pero siento que mi corazón se acelera y mis pensamientos se nublan. Me obligo a recordarme que estoy furiosa con Rhett, pero ver su faceta dulce y cariñosa con Chloe debilita mis argumentos.

Sé que estoy siendo demasiado obvia. Probablemente cualquiera podría ver lo embelesada que estoy.

Pero no me importa. Este momento es demasiado precioso como para fingir indiferencia.

La forma en que Rhett interactúa con Chloe, la risa contagiosa de la niña, todo contribuye a una escena tan *perfecta*…

Que no puedo evitar sentirme atraída por él.

Hasta que la realidad me da una cachetada.

Hasta que recuerdo quién es él.

El pensamiento me golpea con fuerza, me cae como un jarrón de agua helada.

Mierda.

No puedo permitirme sentir atracción por él.

Rhett es *intocable*.

Una línea que no puedo cruzar.

Con un suspiro, desvío la mirada, apartando los ojos de la escena más tierna que he presenciado en mi vida. Trato de concentrarme en algo más, en cualquier cosa que no sea la sonrisa de Rhett o la risa contagiosa de Chloe.

Pero el sentimiento de culpa persiste, recordándome cuán débil soy cuando se trata de las emociones.

El único aspecto de mi vida que, por mucho que intente, jamás seré capaz de controlar.



Horas más tarde, le hago un chocolate caliente a Chloe y ella se sienta alrededor de la mesa de la cocina. Por suerte he ido a la tienda esta semana, por lo que mi despensa está repleta, algo muy fuera de lo común porque suelo vivir a café y *delivery*.

–¿Quieres algo más, preciosa? –le pregunto a Chloe, de pie a su lado, y le aparto un mechón de cabello del rostro para colocarlo detrás de su oreja.

Ella bebe un gran sorbo de chocolate caliente. Me da gracia que sus manitos apenas lleguen a rodear la taza y la fuerza que está implementando para que no se le caiga.

–Mm-mm –niega y sacude la cabeza diciendo "no". Cuando termina de beber, me rio porque le ha quedado bigote–. Está riquísimo –dice, sonriendo de oreja a oreja–. Gracias, Becca.

–No hay de qué, cariño.

Me rodea la cintura y me abraza con fuerza. Sonrío y le acaricio el cabello, ella esconde su rostro en mi abdomen.

–Y gracias por jugar conmigo –murmura, abrazándome.

Los ojos se me llenan de lágrimas y una sonrisa melancólica tira de mis labios.

Dios sabrá cuántas veces Chloe desea jugar a las muñecas con alguien y no tiene con quién, excepto cuando Rhett la cuida y él sí juega con ella.

Durante la tarde, ambos me han contado que los papás de Chloe son cirujanos. La niña no comprende del todo lo que hacen sus padres, solo sabe que "su trabajo no los deja estar con ella". Me partió el alma cuando esas fueron las palabras exactas que usó para decir que pasa muy poco tiempo con ellos.

–Cuando quieras, *mini Rapunzel* –digo intentando sonar burlona, pero el pecho se me está estrujando porque me pareció oír un sollozo de Chloe.

La niña ríe y, cuando se separa de mí, sí, efectivamente, sus ojos están cristalizados.

Rhett también lo nota.

Está sentado en la silla frente a la de su prima, e intercambiamos una mirada cargada de compasión por la situación de Chloe. Él suspira y se moja los labios. Luego, agacha la cabeza y toma aire profundamente, como si tratara de armarse de valor y mostrar una fachada de fortaleza para ella.

Cuando logra construir un escudo frente a él, se levanta de la silla y rodea la mesa para acercarse a su prima. Deja un beso en su cabello rubio, le sonríe y se queda de pie.

Entonces, se voltea hacia mí. Tomamos un poco de distancia de Chloe cuando él le presta su teléfono y ella se concentra en un Tik Tok de perritos.

Al parecer, lo que sea que quiera decirme, prefiere que su prima no lo oiga.

Trago saliva.

–Gracias por aceptar jugar con ella –dice en tono bajo. Le lanza una mirada a Chloe, y después la regresa a mí–. Sé que interrumpimos tu tarde de estudio.

–No, descuida –niego enseguida. Intento mirarlo a los ojos, pero bajo la vista de inmediato cuando asumo que no soy tan fuerte–, no fue nada. Es decir, sí, estaba estudiando, pero… No pensaba decirle que no a Chloe. Me alegra que la haya pasado bien.

Rhett esboza una sonrisa débil y asiente.

–Le encantas –dice después de unos segundos–, jamás la he visto tan enganchada con alguien.

Sonrío. Aún tengo la cabeza gacha.

Alzo la vista hacia sus ojos involuntariamente. Los suyos están clavados en los míos, y hay algo en ellos… que no consigo descifrar.

–Pues a mí también me encanta ella –contesto, mi voz se escucha serena, suave–, siempre quise una hermanita menor.

Rhett sonríe sin dejar de mirarme a los ojos.

Ese relieve que tiene en el puente de la nariz siempre me atrae cuando lo veo de cerca. Es un detalle que no sé por qué me resulta tan *sexy*.

No había notado antes que se le hacen unos sutiles hoyuelos cuando sonríe, y que sus iris destellan de una manera que nunca había encontrado en nadie más.

Jamás he conocido a un hombre tan expresivo.

Me doy cuenta de que he estado mirándolo como una idiota quién sabe durante cuánto tiempo y me fuerzo a bajar la vista. Me aclaro la voz y pongo todo de mí para regresar a mi fachada habitual. Recuerdo el asunto de la libreta y no se me hace complicado fingir desinterés otra vez.

Tengo que evitar esos momentos de flaqueo, maldición.

Al parecer, Rhett se percata al instante de lo que sucede, y se aleja un poco de mí para darme el espacio que claramente necesito. Todo se enfría de golpe. Las miradas expresivas desaparecen.

Miro el reloj en mi pared. Ay, mierda, son las siete. Entro al bar a las ocho y ni siquiera me he bañado.

–Tengo que ir a ducharme –explico sin razón. *Como si a Rhett le importara*–, mi horario de trabajo empieza en una hora.

–¿Cómo te vas? –pregunta.

–En Uber, creo.

–Déjame llevarte.

Niego rotundamente con la cabeza.

–No es necesario –digo–. Los Uber no son tan caros a esta hora.

–Por favor, es lo mínimo que puedo hacer. –Insiste–. Además, tengo que llevar a Chloe a su casa y me queda de paso.

Respiro hondo y considero la oferta de Rhett. Esta será la primera vez que estaré en un vehículo con él… La noche de la discusión con Sebastian no cuenta, porque estaba ebria y prácticamente no recuerdo nada.

–Bien, sí –concluyo–, de acuerdo.

Él asiente, y sonríe sutilmente apretando los labios.

Le aviso a Chloe que iré a bañarme y corro hacia el baño. No tardo mucho en la ducha pero sí al vestirme y maquillarme, sobre todo porque, justo hoy, necesito un super*makeover*. Estoy destruida.

Me ducho tan rápido como puedo y me envuelvo en una bata para dirigirme a mi habitación. Escucho las voces de Rhett y Chloe provenientes del living. La niña ríe a carcajadas por algo que él ha dicho y yo tengo que hacer un esfuerzo inhumano para controlar las ganas de unirme a su conversación. Sacudo la cabeza, dejando esa idea de lado y, ya en mi cuarto, cierro la puerta para poder vestirme.

Creo que he engordado, la falda del uniforme del bar me queda mucho más ajustada que antes. Tendría sentido que así fuera teniendo en cuenta que he vivido a comida rápida todo este último mes para no perder tiempo en cocinar.

Que les den a los kilos que me sobran.

Chequeo la hora en mi teléfono mientras me seco el pelo con una toalla. Son las siete y veinte, así que me apresuro al maquillarme y me acomodo el flequillo lo mejor que puedo para que no se mueva de su lugar.

Entro al chat de Sebastian para saber si ha visto mis mensajes…

Y *sí*, los ha visto, pero no me ha respondido aún.

Quizás está ocupado… ¿estudiando? No lo sé, no he hablado con él en todo el día y me ha clavado el visto al mensaje en donde le pregunto si quiere dormir conmigo hoy.

Tomo aire profundamente y vuelvo a dejar mi celular en el escritorio para seguir poniéndome máscara. Considero contarle a Sebastian que su amigo está en mi apartamento, pero luego opto

por mantener la boca cerrada. Solo se lo diré si me pregunta cómo estuvo mi día y qué novedades hay.

Técnicamente no estoy mintiéndole, simplemente no contándole algo.

Sí, repítete eso todas las veces que quieras, Becca.

Cállate, subconsciente.

Maldigo entre dientes cuando noto que el sujetador claro que me he puesto debajo de la camisa blanca se trasluce más de lo que debería. Mierda, no tengo otro sujetador limpio.

Supongo que deberé soportar todas las miradas hambrientas de los idiotas que visitan el bar cada noche.

Salgo de mi cuarto y camino hasta el sofá del living para tomar mi bolso de segunda mano que compré en una feria *vintage*. Meto cosas indispensables dentro y lo coloco en mi hombro, esperando que Rhett entienda que esa es la señal de que ya estoy lista y que podemos –debemos– irnos.

Me quedo de pie en medio del living con mi bolso y mis rodillas inquietas. Rhett gira la cabeza en mi dirección, dejando a medio terminar lo que sea que estuviera diciéndole a Chloe.

Se calla de inmediato. Sus ojos se clavan en mí.

Intento simular que no he notado cómo sus pupilas recorrieron cada curva de mi cuerpo. Creo que no era su intención hacerlo, al menos no de forma tan evidente. Parece más bien un impulso instintivo, como si sus ojos se vieran atraídos a mí sin que él mismo lo controle.

Pero es imposible ignorar la intensidad de su mirada. Siento como si estuviera siendo escudriñada meticulosamente.

Una sensación eléctrica me atraviesa entera mientras sus ojos se posan en mi cuerpo y me es imposible no sentirme completamente *expuesta*.

Cuando recuerdo el sujetador que se trasluce bajo mi camisa ajustada y mis piernas descubiertas casi en su totalidad, un escalofrío de vergüenza se apodera de mi espalda.

Rhett ha notado esos detalles, estoy segura.

Y su mirada se ha detenido en ellos más de lo debido.

Aunque, en lugar de sentirme incómoda…

Me siento más viva que nunca.

Después de unos segundos que parecen una eternidad, Rhett desvía la vista abruptamente y carraspea, como si de repente se diera cuenta de que su escrutinio ha sido demasiado obvio.

Replico su gesto, apartando la mirada, y trato de hacer caso omiso a los latidos frenéticos de mi corazón. Una sensación de calor se apodera de mí. Siento cómo el sudor perlado se acumula en mi frente y mis piernas amenazan con ceder bajo la presión.

Gracias a Dios, Chloe interviene, levantándose de la silla y acercándose a mí velozmente para abrazarme como si ya me extrañara.

Dejo escapar aire que ni siquiera noté que estaba reteniendo. Rhett se pone de pie en silencio con la vista puesta en la pantalla de su celular. Me aproximo hacia la puerta con la niña aferrada a mi pierna y él sale después de mí.

No volvemos a mirarnos en todo el camino a mi trabajo.



16

BECCA

LLEVAMOS UN CORTO RATO DE VIAJE CUANDO RHETT APARCA EL VEHÍCULO frente a la casa de Chloe, que es igual, o incluso más grande, que la de él.

Su prima está *desmayada* en el asiento trasero. Incluso creo haberla oído roncar. La imagen de Chloe despatarrada y durmiendo plácidamente me hace reír. Rhett estaciona y rodea el vehículo hacia la puerta trasera. Levanta a su prima en brazos con cuidado para no despertarla, y el rostro de ella queda apoyado en el hombro de él.

Me encuentro a mí misma sonriendo ante esa imagen. Cuando me percato, me insulto en silencio y vuelvo a bajar la vista.

El bar no queda tan lejos de aquí, pero admito que pensé que primero me llevaría a mí y luego a Chloe. Y contaba con eso. No me he preparado psicológicamente para estar con Rhett a solas, encerrados en un auto.

Respiro hondo. Trato de relajarme.

Desde el asiento del copiloto observo a quien, asumo, es la tía de Rhett, que abre la puerta sonriente y lo saluda. Él le entrega a Chloe cual paquete, y segundos más tarde aparece un hombre mayor, que

debe ser su tío. Ambos le preguntan algo y Rhett responde otra cosa. Seguidamente, señala en mi dirección.

Ay, mierda.

Los saludo casi de manera automática desde la ventana semiabierta. Ellos me saludan también, sonriendo.

Se despiden de su sobrino con un abrazo y de mí con un movimiento de mano. Rhett regresa al auto y yo estoy pensando en todos los tipos de respuestas que puede haber dado que le llevaron a señalarme.

"Estoy llevando a la novia de mi mejor amigo a su trabajo. ¿Por qué? Ni idea. Solo sé que está buena. Así que, no, no puedo quedarme a cenar".

Para cuando Rhett vuelve a dejarse caer en el asiento frente al volante, ya he montado toda una conversación imaginaria en mi cabeza.

Silencio. Ninguno dice nada desde que él enciende el coche hasta que lo pone en marcha. Por suerte, creo que él siente tanto como yo la tensión en el aire, y decide poner música.

Empieza a sonar a todo volumen la guitarra eléctrica de *Smells Like Teen Spirit* y me sobresalto por el repentino ruido. Rhett baja un poco el volumen, y de nuevo vuelve la vista a la carretera.

Sus ojos están fijos en el frente y los míos en la ventana, viendo cómo cruzamos el vecindario de lujo en donde vive Chloe hasta, finalmente, entrar a la avenida principal.

Tarareo *Smells Like Teen Spirit* cuando Kurt Cobain comienza a cantar, mientras doy golpecitos en mi muslo descubierto al ritmo de la música. Siento la mirada de Rhett de reojo, observando que

conozco la canción y que sé la letra. Después, vuelve a mirar hacia adelante otra vez.

Qué incómodo que ninguno hable.

Rhett aparca a media cuadra de Oasis porque todos los lugares están repletos. Apaga el motor. Suelta el volante y deja caer las manos en sus piernas.

Y, por primera vez en todo el viaje, volteo la cabeza en su dirección.

–Gracias por traerme –digo, después de estar todo el camino callada.

Rhett esboza una media sonrisa con los labios juntos, y asiente.

–No fue nada.

Yo también asiento. Aparto la vista hacia mis manos. De repente, los anillos que tengo en mis dedos son muy interesantes.

Qué. Incómodo. Maldición.

Decido terminar con esto de una vez por todas. Me quito el cinturón y atino a abrir la puerta para huir.

–Okey, adiós…

–Becca.

Me detiene. Lo miro a los ojos durante un instante, y casi inconscientemente, vuelvo a apoyar mi culo en el asiento. Ahora de nuevo estamos en silencio.

Hasta que él habla.

–Quería… pedirte disculpas –empieza con la vista baja, hasta que la alza de nuevo. Sus ojos azules me miran fijamente–, por lo que pasó la otra vez.

Trago saliva. Lanzo un suspiro entrecortado.

Sí, está bien que se disculpe, pero eso no quita el hecho de que ha invadido mi privacidad, que ha leído algo muy personal mío y que *jamás* debió haberlo hecho.

Sobre todo, por todo lo que se habrá encontrado en esa página.

–Sí, bien –contesto, sintiendo innecesario elaborar una respuesta más extensa.

Rhett gira su torso hacia mí para verme de frente. Aparentemente, esas dos palabras no son suficientes para él.

–Sé que… –toma aire–. Sé que no debí leer... eso. Era algo tuyo y no me incumbía en lo absoluto. Ni siquiera sé por qué lo hice.

–Sí –afirmo enseguida–. No tenías por qué hacerlo.

–Sí. –Suelta un largo suspiro–. No era mi intención leer lo que escribiste, solo sentí curiosidad y… la tomé. Tomé la libreta porque me llamó la atención. Pero no había pensado en leerla. El separador se cayó y…

–Aun así –corto con firmeza–, no tenías por qué. Debiste cerrarla y ya.

Rhett se calla. Asiente varias veces con la vista gacha.

–Perdóname –repite con voz suave.

Se genera un silencio que perdura por unos cuantos instantes. Tengo los dientes apretados y los ojos fijos en él. Intento mantener mi fachada de enojo, pero la sinceridad en su voz y la intensidad de su mirada están logrando debilitarme.

Él no aparta sus ojos de los míos, como si estuviera buscando algún signo de perdón. Yo, por mi parte, lucho por mantener mi mirada firme y fría, aunque sé que estoy a punto de ceder.

Tengo que decirle que lo perdono. Que todo está bien…

Y escapar de aquí si no quiero cometer un error enorme.

Le quito la vista de encima repentinamente cuando siento que mi corazón está a punto de salirse de mi pecho.

–Okey, sí, está bi…

–Sé que quizás ese poema ni siquiera era para mí.

Cierro la boca de inmediato cuando escucho lo que dice.

Me quedo mirándolo boquiabierta, observando cómo su pierna tiembla y sus manos se juntan en puños. Tiene la mandíbula tensa y la mirada clavada en un punto infinito del parabrisas.

Me quedo helada.

Entonces, regresa la vista hacia mí. Me mira a los ojos y vuelve a agachar la cabeza.

–Sé que probablemente malinterpreté todo –continúa con voz ronca, como si le costara hablar, como si cada palabra le quemara la garganta–, y tal vez ese poema era para alguien más... Para Sebastian, quizás. Tendría mucho más sentido que fuera para él y…

–Sí –lo interrumpo, decidida. Él junta los labios inmediatamente–. Sí –repito con fuerza–, quizás ni siquiera era para ti.

Esboza una sonrisa débil y afirma con la cabeza. Se lo ve… decepcionado, sus ojos azules apagados.

–Lo sé, lo imaginé todo y…

–Excepto que sí lo era.

Las palabras brotan de mi boca antes de que pueda detenerlas.

Rhett levanta la vista de golpe, sus ojos se abren con sorpresa por mi confesión. Me arrepiento al instante. Mi corazón late con fuerza y siento una necesidad urgente de salir corriendo.

El silencio que sigue es *ensordecedor*. Puedo ver cómo sus emociones cambian en su rostro: incredulidad, asombro y algo… *más*. El coche parece encogerse, el aire se vuelve denso y sofocante.

Rhett parpadea, todavía procesando lo que acabo de decir.

–¿Era para mí? –pregunta, su voz es casi un susurro.

Asiento, sin atreverme a agregar nada más. Mis ojos se encuentran con los suyos.

–¿Eso te sucede conmigo, Becca? –insiste.

Su tono es insinuante, casi provocador.

Asiento de nuevo. Siento que mi corazón va a estallar. La distancia entre nosotros parece disminuir, aunque ninguno de los dos se ha movido.

–Yo… Esto… Tú…

Antes de que pueda terminar la frase, Rhett se inclina hacia mí con rapidez.

Y me besa.

Su boca encuentra la mía en un beso urgente y desesperado.

No soy capaz de procesar lo que está sucediendo. No hasta que sus labios se abren y su mano se posa en mi nuca.

Estoy besándolo.

He respondido al beso.

Estoy besándolo con la misma intensidad que él lo está haciendo.

Su suavidad contrasta con la firmeza de su presión. Mis manos se aferran a su espalda, mis dedos se hunden en sus hombros y su cuello. Acaricio cada músculo tenso y cada centímetro de piel que puedo alcanzar. Puedo sentir el ritmo frenético de su corazón golpeando contra el mío, sus manos temblorosas y su respiración agitada casi tanto como la mía.

Sus manos ansiosas bajan a mi cintura y yo ya no puedo más. Estoy demasiado excitada como para ser capaz de pensar.

Estoy besándolo como nunca he besado a nadie, cuando, sin hacer esfuerzo alguno, sus brazos me levantan…

Y, de repente, estoy sobre su regazo.

Rhett jadea cuando el peso de mi cuerpo presiona sus piernas, y el roce de su miembro endurecido contra mi entrepierna me hace jadear también.

Gimo contra sus labios, incapaz de resistir la tentación de volver a unirlos con los míos.

Estoy empapada. Estoy acalorada. Mi juicio está nublado por la excitación, y cada fibra de mi ser *clama* por él. La distancia entre nosotros es mínima; apenas su pantalón de jogging y mi ropa interior debajo de mi falda nos separan.

Mi respiración se vuelve entrecortada, mi corazón late desbocado en mi pecho. Apenas puedo sostenerlo del cuello sin temblar. Sus manos me agarran con firmeza de la cintura y descienden sin vacilar hasta mi culo.

Lo aprietan con fuerza.

Lo aprietan como si fuera algo que han ansiado hacer desde hace tiempo.

Rhett recorre mis piernas desnudas, cada caricia deja un rastro de piel erizada. Sus manos parecen estar en todas partes, *explorándome*, tocándome y deslizándose por mi cuerpo como si intentara memorizar cada centímetro.

Entonces, la realidad me golpea como una tonelada de ladrillos.

Estoy besando a Rhett.

¡Mierda, estoy besando a Rhett!

Me aparto de él bruscamente. Dejo que el beso se rompa con un jadeo entrecortado.

Mi cuerpo tiembla. Mi rostro arde. Estoy mareada. Tengo el pulso acelerado a un ritmo completamente anormal.

Mi mente está en caos.

–¡Mierda! –exclamo, casi sin aliento–. ¡Mierda! ¡Mierda! Esto no está bien. Esto no está bien.

He besado a Rhett.

He besado al amigo de mi novio.

Él se inclina hacia adelante, intentando acercarse, pero yo me alejo enseguida.

Veo el conflicto en su rostro: el deseo que aún palpita en sus ojos, mezclado con una creciente comprensión de lo que acabamos de hacer.

He besado a Rhett.

No dejo de repetírmelo.

He besado al mejor amigo de mi novio.

Me aparto, casi tropezando con mis propios pies al moverme rápidamente hacia el asiento del acompañante.

Le he sido infiel a Sebastian.

Le he sido infiel con su mejor amigo.

Mi corazón martilla contra mis costillas. Mis manos temblorosas buscan la manija de la puerta y finalmente la encuentran. La abro con un tirón desesperado.

–Becca…

Pero no puedo detenerme a escuchar.

He besado a Rhett.

Le he sido infiel a Sebastian.

Cada célula de mi cuerpo grita que me aleje.

He besado al mejor amigo de mi novio.

He besado a Rhett.

El aire frío de la noche choca contra mi piel caliente cuando salgo del auto con torpeza, aún sin la suficiente fuerza en mis rodillas.

–¡Becca, espera, por favor! –grita Rhett desde el interior del coche.

Su voz suena urgente, *suplicante*.

No volteo. Lo ignoro. Ignoro lo que hicimos. Ignoro la culpa y el arrepentimiento que ahora me aprietan el pecho y me quitan el aire.

Mis piernas se mueven por puro instinto, alejándome de él, de nosotros, de lo que hemos hecho.

He besado a Rhett.

Le he sido infiel a Sebastian.

Le he sido infiel con su mejor amigo.

Puedo sentir su mirada clavada en mi nuca. Siento vergüenza de mí misma. Siento vergüenza de cómo reaccioné. Siento vergüenza de haber seguido el beso.

Siento vergüenza.

Corro sin mirar atrás hacia el baño de Oasis. Contengo las lágrimas hasta que cierro la puerta y finalmente estallo. Me miro al espejo con las manos apoyadas en el lavabo. Y lloro. Lágrimas de culpa caen por mi rostro sin parar.

–Le he sido infiel a Sebastian –murmuro mirando mi reflejo.

Siento repudio de cada parte de mí. Me siento sucia. Me siento horrible. Estoy mareada y tengo náuseas. Estoy pálida. No soy capaz de mantenerme de pie sin tambalearme y debo sostenerme del lavabo con fuerza para no caerme.

Por fin, mirándome directamente a los ojos en el espejo, digo una vez más, aceptando lo que hice, aceptando ser la *peor* novia del

mundo:

–... le he sido infiel a Sebastian con su mejor amigo.



17

RHETT

INTENTO CONCENTRARME EN EL ENTRENAMIENTO, EJECUTAR BIEN LAS JUGADAS y ser el líder que he sido durante años. Pero tengo la cabeza en otro lado. No puedo pensar en nada más que en Becca.

Y en la forma en que nos besamos en mi auto.

Y en la forma en que ella se fue luego.

Aprieto con fuerza la pelota en mis manos y le hago un pase a Liam. Mi cuerpo está aquí, pero mi mente no.

Becca. Becca. Becca.

Ella es todo en lo que puedo pensar desde ese beso. Es todo en lo que pienso cuando me despierto, todo lo que pienso durante el día y lo último que pienso antes de irme a dormir. Paso los entrenamientos enteros viendo a Sebastian y recordando lo que hice con su novia. Paso cada minuto viendo hacia la tribuna, esperando encontrarla. Pero no ha aparecido por aquí desde ese día.

Dos semanas, para ser exacto.

Han pasado dos semanas desde lo que pasó entre nosotros, y no puedo soportar un día más sin saber nada de ella. He estado

intentando ser lo más discreto posible a la hora de preguntarle a Sebastian por qué su novia ya no viene a verlo jugar. Sus respuestas son siempre las mismas.

"Está estudiando". "Está cansada". "Está en el bar".

Pero yo sé perfectamente que la verdadera razón es que no quiere encontrarse conmigo.

Recibo la pelota de Connor cuando recuerdo que aún sigo aquí, en la cancha, en el entrenamiento. Lanzo al arco cuando logro penetrar entre la defensa. Erro el tiro. La pelota choca contra la pared unos cuantos metros más arriba de donde está el travesaño.

Jamás he errado un tiro de esta manera estando así de cerca del arco. Me siento un maldito novato.

"Puta madre", maldigo entre dientes. Incluso siento las miradas sorprendidas de todos mis compañeros y de las personas que vienen a ver en el entrenamiento, al presenciar que no he hecho un gol que era mucho más sencillo de anotar que de errar.

Joseph se interpone en mi camino del arco hacia el centro de la cancha. Era obvio que no me dejaría continuar el entrenamiento sin preguntarme qué mierda está ocurriéndome.

–Eso es nuevo –dice y señala el arco, refiriéndose a mi desastrosa manera de errar el tiro–. ¿Qué anda pasando, Rhett?

Suspiro. Me corro un mechón de cabello sudado de la frente y le paso la pelota a Connor para que pueda empezar con la jugada hasta que yo vuelva a entrar.

–Nada –le contesto a mi entrenador y me mojo los labios con la lengua–, estoy un poco desconcentrado. Eso es todo.

Joseph entrecierra los ojos y se cruza de brazos. Es un señor bastante intimidante. Me hace acordar a mi padre cuando me

regañaba de niño.

–¿Desconcentrado? –repite–. ¿Desde cuándo estás desconcentrado en un entrenamiento? Te conozco hace más de diez años y jamás te ha sucedido. Ni una vez.

Asiento.

Tiene razón.

He pasado prácticamente toda mi vida jugando al handball y nunca me había pasado esto. Cuando entro en la cancha, eso es todo en lo que puedo pensar y todo lo que me importa en ese momento. Me olvido de todo. Me concentro al cien por ciento en el juego.

Esta es la primera jodida vez que en lo que menos estoy pensando es en el entrenamiento.

Ni hablar de que mi rodilla me duele como la mierda hoy. El día está jodidamente húmedo y el parqué ligeramente resbaladizo, por lo que cada frenada en seco que doy es similar a una tortura.

Trato de ignorar el recuerdo del entrenamiento de muestra a los reclutadores, cuando debí salir de la cancha para echarle un vistazo a mi rodilla y asegurarme de que todo estaba bien. La venda se había desacomodado, y eso, además de no contenerla como debería, estaba preocupándome al creer que podría realizar un movimiento brusco y terminar en el hospital otra vez.

–Sí, lo sé –suelto, y respiro hondo–, lo siento, Joseph. No sé qué me está ocurriendo. Prometo que voy a concentrarme.

Estoy seguro de que no me cree.

Sabe que algo está pasándome porque es realmente extraño en mí estar así de ausente en un entrenamiento.

Sin embargo, lo único que hace es asentir y darme una palmada fuerte en el hombro en señal de apoyo. Me sonríe si separar los labios y hace señas con la cabeza para que vuelva a mi posición.

Troto hacia el centro. Mis ojos se desvían a Sebastian, quien ha ocupado mi posición hasta que terminé de hablar con Joseph. Él siempre ha querido ser central, pero no hay dudas de que es mucho mejor de wing, por lo que siempre juega de ese lado.

–¿Todo bien? –pregunta, y me suelta la pelota cuando regreso a mi posición, sabiendo que debe volver a la suya.

Creo percibir cierto fastidio de su parte al ver que estoy de regreso en el centro, como si hubiera jodido su momento de armador del equipo.

Fijo mi mirada en él por un instante. Pienso en Becca y en lo que hicimos. Pienso en lo mucho que quiero verla y en lo poco que me importa que sea su novia.

De golpe, un pensamiento repentino se instala en mi cabeza. Lo desvanezco al instante.

Lo ocurrido con Hannah hace dos años fue completamente diferente. No puede compararse con esto. No puede compararse con Becca.

¿Tenía interés en ella? Sí.

¿Estaba enamorado de ella? Ni cerca.

Teníamos sexo, salíamos algunas veces y se integraba a mi grupo de amigos. Lo nuestro era atracción con la ilusión de ser algo más serio en el futuro, algo que quizás ni siquiera sería así.

Pero eso no cambia que ella estaba conmigo.

Hasta que durmió con Sebastian.

Mentiría si dijera que lo sucedido entre Hannah y Sebastian no me jodió, pero no tanto como para guardar rencor hacia él. Aquello fue más bien un golpe a mi ego que una verdadera traición de su parte. Hannah y yo no estábamos destinados a ser más que un pasatiempo, aunque en su momento haya parecido lo contrario.

Y, a pesar de que no le di mayor importancia aquel entonces, ahora estoy consciente de que si alguien se entera de lo que pasó entre Becca y yo…

Podría interpretarse como mi manera de vengarme de Sebastian por lo que sucedió con Hannah.

Pero no es así. No se me había cruzado por la cabeza hasta ahora.

Becca es algo más. Mucho más. No sé qué está haciendo conmigo, no sé qué es lo que tiene que me vuelve loco.

Pero provoca en mí lo que siempre deseé sentir por alguien.

Me vuela la cabeza.

–Sí –afirmo, respondiendo a la pregunta de mi mejor amigo. Bajo la cabeza, paso por al lado suyo y me coloco en mi posición. Le lanzo una última mirada antes de concluir–: Todo bien, hermano.

Regreso al entrenamiento. Vuelvo a donde estoy parado, aún pensando en este asunto que ya sé que no me dejará dormir esta noche.

Sé que esto es totalmente diferente. Sé que está mucho peor que lo que Sebastian hizo con Hannah, porque ella era apenas un ligue para mí, aunque uno un poco más serio, un ligue al final del día.

Pero Becca es su novia desde hace meses. Su *novia*. Tienen una relación seria y han sido exclusivos desde el primer momento.

Esto está mal.

Lo que me pasa con Becca está mal.

Haberla besado fue un *error*.
Una tentación que debí haber resistido.
Una línea que no debí *cruzar*.
Lo peor de todo, es que volvería a hacerlo.
Volvería a cometer el error de besarla.
Volvería a caer en la tentación.
Volvería a cruzar la línea.
Una, y mil veces más.



18

BECCA

–… "EL HEMISFERIO IZQUIERDO GENERALMENTE CONTROLA EL LENGUAJE y el análisis lógico, mientras que el derecho está…". Eh… –leo una vez más el apunte–. Mierda –maldigo y sigo leyendo–: "… más involucrado en la percepción espacial y el reconocimiento de patrones". Agh, cierto. –Me dejo caer en la cama con ferocidad, con el apunte encima de mi rostro–. Maldición.

Ahogo un grito. El examen de Neurociencia Cognitiva es en dos días y aún me falta aprenderme los resúmenes de la mitad de la bibliografía. Estoy aterrada de no llegar con el tiempo. Jamás me había costado tanto estudiar como estas últimas semanas.

Y la única razón es que no dejo de pensar en Rhett.

No he dejado de pensar en lo que pasó entre nosotros. No he dejado de odiarme por eso. Recuerdo lo que hicimos y me siento una mierda.

Apenas he visto a Sebastian estos días. No soy capaz de verlo a los ojos ni por diez segundos seguidos porque no me da la cara para

hacerlo, porque me siento mal, me siento culpable tanto por lo que sucedió con Rhett como por fingir que todo está bien.

Siento que, de alguna manera, estoy burlándome de él. Y no es mi intención. Juro que no. Gracias al cielo, al igual que todo este último mes, Sebastian no me ha hablado tanto y nos hemos visto pocas veces. Antes me preocupaba su desinterés, pero ahora honestamente lo agradezco.

Soy demasiado cobarde como para decirle la verdad y aceptar mi error.

–Necesito un café –digo en voz alta, suspirando.

Enseguida me levanto de la cama, sintiendo el peso de las cortas cuatro horas de sueño que he dormido hoy y del estrés de los exámenes de la universidad.

Arrastro los pies hasta la cocina y caliento el café que he preparado anteriormente en la cafetera. Continúo leyendo el apunte mientras espero a que esté listo, pero en realidad estoy divagando en mi mente.

Estoy tan confundida que ya no sé ni qué siento. No sé qué está pasándome ni qué se supone que deba hacer. Odio no tener el control de mi propia vida y mucho menos de mis sentimientos.

Me he prometido a mí misma que nunca, jamás, en ninguna circunstancia, le sería infiel a mi pareja. Siempre he pensado que las personas que le ponen los cuernos a quien supuestamente aman son inseguras, que necesitan emoción en su vida y por eso deciden tener una aventura sin que siquiera les importe cambiar algo verdadero por un polvo.

Pero aquí estoy yo ahora, semanas después de haber besado a otro hombre que no era mi novio.

Y, como si fuera poco, a quien resulta ser su mejor amigo.

No me considero una persona insegura ni creo que mi vida carezca de emoción. Solo soy estúpida. Solo soy una idiota que se deja cautivar por unos ojos azules claros, un cuerpo perfectamente esculpido y una personalidad tierna y protectora.

Aunque eso no significa que no sea una persona horrible y una novia de mierda. Por supuesto, una cosa no quita a la otra.

Suspiro tirando la cabeza hacia atrás y me trueno el cuello. Tomo la cafetera con el café ya caliente, pero antes de servirlo, decido bajar y comprar una *cookie* en una panadería que queda a mitad de calle. Voy prácticamente corriendo porque mis pintas no son del todo decentes –el cabello despeinado, las ojeras inmensas y una camiseta *oversized* que ya ha sido usada como por tres generaciones– y compro una *cookie* de vainilla con chips de chocolate.

Y, como siempre, no puedo resistir el impulso de comprar una galleta de la fortuna para ver qué quiere decirme el universo en esta ocasión.

Le agradezco a la chica del mostrador, que a esta altura ya debe conocerme como "la estudiante estresada y desaliñada", y salgo de la panadería con la *cookie* dentro de una bolsa color cartón en una mano y la galleta de la fortuna en la otra. La abro como puedo, mastico la galleta y freno de golpe cuando leo el mensaje en el papel.

La aceptación es el primer paso hacia el crecimiento.
Abraza tus sentimientos, incluso los más difíciles, y permíteles guiarte hasta la autenticidad y la paz interior.

Me quedo paralizada leyendo el mensaje una y otra vez como una tonta, necesitando confirmar que *en serio* eso es lo que está escrito y que no es producto de mi imaginación. Parpadeo varias veces. Vuelvo a leerlo.

Sí, efectivamente, eso es lo que dice.

Mierda, ¿quién escribe estas cosas? ¿Acaso me están vigilando?

El Universo está siendo demasiado específico o alguien me está jugando una broma. Miro a mi alrededor, como si esperara ver a algún psicópata espiándome o algo así. Claro que no hay nadie, solo yo y mi cerebro cansado que ya no está funcionando correctamente.

Bufo, guardo el mensaje en el bolsillo de mi pantalón y vuelvo a subir a mi casa. No dejo de repetirlo en mi cabeza.

La aceptación es el primer paso hacia el crecimiento.

Cuando guardo el papel en mi pequeña caja de madera, leo el final una vez más.

Abraza tus sentimientos, incluso los más difíciles, y permíteles guiarte hacia la autenticidad y la paz interior.

–Abraza tus sentimientos, incluso los más difíciles –murmuro para mí misma–, y permíteles guiarte hacia la autenticidad y la paz interior.

Suelto un suspiro, me restriego el rostro y cierro la caja.

Sirvo en un tazón el café que me espera en la cafetera, me dejo caer en el sofá y le doy un gran mordisco a la *cookie*.

Quizás este no era el *mejor* momento para buscar respuestas en una galleta de la fortuna.



Mientras espero al tal Pedro, el Uber que me ha asignado la aplicación hace diez minutos para que me lleve a mi trabajo, escribo en mi libreta.

He estado con las emociones a mil estos últimos días y lo único que consigue tranquilizarme, al menos un poco, es plasmarlas todas en las páginas de la libreta que papá me regaló.

He estado aprovechando cada mínimo espacio libre para anotar cosas. Las hojas que aún están en blanco han ido disminuyendo muy rápido últimamente, por lo que más de la mitad de mi libreta está escrita y, si sigo escribiendo de la manera en que lo estoy haciendo, me quedaré sin páginas disponibles en menos de un mes.

Nunca había escrito tanto.

Quizás porque nunca había estado tan inspirada para hacerlo como ahora.

Suspiro, suelto la pluma y dejo caer mi cabeza contra el respaldo del sofá. Levanto la libreta abierta frente a mis ojos. Leo una y otra vez el poema que acabo de terminar. Vuelvo a suspirar. Miro hacia el techo en una búsqueda inútil de respuestas a lo que me está pasando. No las consigo. Solo más y más preguntas que estoy demasiado confundida como para poder contestar.

Regreso la vista a las páginas gastadas de la libreta. Leo otra vez el poema de principio a fin.

Tentada por la oscuridad,
siento el deseo prohibido latir.
Entre líneas borrosas y corazones temblorosos,
entre lo que siento y lo que debería sentir.

Un deseo prohibido arde en lo más profundo de mi ser.

Tentándome a sucumbir una vez más,
Tentándome a caer.

Tomo una gran bocanada de aire apenas leo el último verso. Me pierdo en mi mente, me pierdo en lo que siento y soy consciente de cuán mal está. Observo hacia la ventana, donde la noche ha envuelto Los Ángeles y el viento de otoño promete otorgarme el aire que necesito con urgencia.

¿Qué he hecho? ¿Por qué lo he hecho?

¿Por qué he besado a Rhett?

¿Por qué no puedo dejar de pensar en él?

¿Por qué Sebastian ya no aparece en mi cabeza?

¿Por qué su amigo la ha invadido por completo?

Salgo de mis reflexiones cuando mi teléfono suena, indicando que el Uber está abajo. Corro hacia mi cuarto rápidamente para guardar la libreta en el cajón, tomo mi bolso y desciendo hacia la planta baja.

Gracias, señor Pedro. Me ha salvado de volverme completamente loca.



19

RHETT

ME ATO UN TOALLÓN A LA CINTURA DESPUÉS DE BAÑARME, ME SECO EL cabello mojado y tomo mi teléfono para chequear los mensajes nuevos. Tengo cientos del grupo de los chicos y unos cuantos de Nicole.

Entro al chat de mi amiga, el más relevante considerando las estupideces que hablamos en el grupo de mis amigos.

Nicky
Avisame cuando estés viniendo.
Ashley y yo ya estamos listas.
💅💅

Sonrío, y contesto:

Yo
Acabo de terminar de ducharme.
Deja que me vista y enseguida salgo

Nicky
Y no piensas enviarme una foto en toalla?

O sin la toalla… como prefieras.

Suelto una carcajada. Me visto rápidamente con una camisa y un pantalón de vestir *oversized*. Salgo de mi casa bajando la escalera de dos en dos y busco mi coche en el garage. Me dejo caer en el asiento del conductor y pongo la llave en contacto.

Yo
Acaso piensas que soy tu prostituto personal o qué

Nicky
Jajajaja, no.
Pero solo porque no te pago.
😉

Ruedo los ojos, sonriendo, y dejo el teléfono en la guantera después de enviarle un emoji que enseña el dedo medio. Enciendo el vehículo y emprendo rumbo hacia la casa de Ashley, donde ella y Nicole me esperan.

Hoy es la fiesta de cumpleaños de Liam. Todos mis amigos y compañeros de equipo estarán ahí. Las chicas iban a ir en Uber porque los autos de mis amigos ya estaban llenos, pero les dije que no se preocuparan porque yo podía llevarlas. Así que eso estoy haciendo. Voy a buscarlas, y luego iremos juntos a la fiesta de Liam.

Sé que Nicole querrá volver conmigo en la madrugada. Solemos tener sexo siempre que hay algún evento o juntada que hacemos con nuestros amigos, pero, honestamente… no tengo ni un ápice de las ganas que debería tener.

Nicole es una de mis mejores amigas y, además, no voy a mentir, me parece una mujer muy atractiva. No he tenido problema con nuestra extraña amistad con derechos a lo largo de estos meses. Así que no es por ella que estoy así. Ella no es el problema.

Soy yo.

Yo…

Y mis jodidas fantasías prohibidas.

¿Qué tan estúpido resulta pensar que desde que empecé a conocer más a Becca, ella es la única mujer con la que siento deseo de acostarme?

Ahora que lo digo en mi cabeza, suena mucho peor de lo que pensaba.

Siento deseo de acostarme con la novia de mi mejor amigo.

Puta. Madre.

¿Cómo se supone que sobrelleve esto? ¿En algún momento va a parar? Porque es una maldita *tortura*. No sé cuánto más podré soportarlo.

Sobre todo, porque Sebastian avisó que Becca irá con él a la fiesta.

Liam la había invitado, según lo que me contó, pero ella no estaba segura de poder asistir porque tenía que trabajar en el bar. Sin embargo, aparentemente le dieron el día libre, porque sí irá.

Y la veré después de *semanas*.

Y estará con Sebastian.

Y yo arderé de celos.

Lo único que quiero es hablar con ella. Estoy seguro de que está realmente arrepentida por lo que sucedió la última vez que

estuvimos juntos. Y no la culpo. Yo también debería estar arrepentido.

Debería.

Pero no lo estoy.

Y eso es aún más jodido que lo que ocurrió entre nosotros.

Aparco frente a la casa de Ashley minutos después.

Las chicas salen enseguida dando pasos inestables con unos tacones altísimos que de solo verlos hacen que me duelan los pies. Ambas visten una falda negra y un top del mismo color. Vienen combinadas, las dos con el famoso *total black*.

Por la puerta se asoma Alex Hawthorne, el hermano mayor de Ashley y CEO de una prestigiosa firma de consultoría llamada Harborstone Consulting. Le grita algo a Nicole, creo que un comentario sarcástico, y ella ni lo piensa: se da media vuelta y le dedica un insulto junto con el dedo del medio bien levantado.

Estos dos se han odiado desde siempre.

Alex, sin alterarse demasiado, le quita la vista de encima y levanta la mano para saludarme desde lejos cuando me ve. Se la devuelvo con un leve movimiento de cabeza y una sonrisa.

Conozco a Alex Hawthorne prácticamente desde que conozco a Ashley y no es que hayamos hablado mucho, pero el tipo siempre me cayó bien.

–Dios, este imbécil a pedal –gruñe Nicole, bendiciendo a Alex. Se sienta en el asiento del acompañante como si fuera la dueña del vehículo. Sonrío–. *Hellooo.* –Cambia enseguida de *mood*–. ¿Cómo va, precioso?

Me da un beso en la mejilla y Ashley entra al asiento trasero acomodándose la falda. Me sonríe enseñando los dientes y se agarra

del centro de los asientos delanteros para saludarme.

–Gracias por venir a buscarnos –dice en un suspiro agotado–, los idiotas de tus amigos no podían porque preferían llevar a sus ligues que a nosotras.

–¿"Mis amigos"? –repito, riendo–. ¿Por qué siempre que la cagan son mis amigos? Hasta donde sé, somos un grupo y ustedes dos –las señalo a ambas con el índice– son parte.

Ashley rueda los ojos y se deja caer en el asiento trasero.

–Con más razón deberían venir a buscarnos –suelta, enojada.

Sonrío.

Comprendo su enojo. Los chicos pueden actuar como adolescentes hormonales a veces y, lo reconozco, eso los hace un poco idiotas. Ashley tiene razón, así que no le discuto.

Nicole toma la palabra.

–Lo que hacen los hombres por coger… –dice y rueda los ojos.

Los tres lanzamos una carcajada y yo niego con la cabeza. Ashley conecta su teléfono al Bluetooth y Dua Lipa comienza a sonar a todo volumen cuando Nicole me obliga a subirlo.

Charlar con las chicas durante el camino a casa de Liam consigue –al menos por un rato– que deje de pensar en todo el asunto de Becca y Sebastian.

No sé cómo voy a hacer para verla y fingir que nada sucedió. He querido hablar con ella desde que huyó de mi auto hacia el bar esa noche, cuando no se volteó a pesar de que estuviera prácticamente *rogándole* que se detuviera.

No he dejado de pensar en su cuerpo encima del mío, de recordar cada curva que acaricié esa noche y que tanto he querido explorar

desde que la conocí en esa discoteca. Su cuerpo, sus labios, su piel… Ella. No dejo de pensar en *ella*.

En la novia de mi amigo.

A la que besé sin pensar ni por un *maldito segundo* en mi amistad con él.



La intranquilidad regresa en el instante que entro a la casa de Liam. Nicole y Ashley están hablando a mi lado, pero estoy tan desconcentrado que apenas las escucho.

En cuanto pongo un pie en la ruidosa sala, alzo la cabeza. Busco ansiosamente cierto rostro que no he podido quitarme de la cabeza por semanas. Aunque, considerando que Becca no debe medir más de un metro sesenta, me resulta imposible verla.

Por eso busco a la persona que seguramente esté con ella.

Sebastian.

Tampoco lo veo. Solo a cientos de rostros conocidos que no me importan en lo absoluto ahora.

Mi metro noventa y tres parece no servir para una mierda en este momento.

Liam se interpone en mi visión, ebrio hasta la médula, con una botella de vodka en la mano y sin camiseta. Exclama palabras inentendibles, eufórico, y nos abraza a los tres al mismo tiempo medio tambaleándose. Me rio. Me alegra que esté pasándola bien, aunque sea más que probable que mañana no recuerde ni la mitad de lo que ha hecho esta noche.

Es su cumpleaños, después de todo, él decide cómo disfrutarlo.

–Feliz cumpleaños, hermano –digo, sonriendo.

Pienso en ir a buscar el reloj que le compré, que está en la guantera de mi auto, y entregárselo ahora, pero considerando que apenas parece saber en dónde está parado opto por dárselo en otro momento.

La música es atronadora y hay cientos de conocidos. Voy saludando a quienes me ven, la mayoría son hombres y mujeres del club y amigos de Liam a los que he visto alguna que otra vez.

Nicole y Ashley están a mi lado como si fuera su guardaespaldas, y ríen y cuchichean entre ellas. Sin embargo, puedo notar a Ashley algo… nerviosa. Observa la enorme sala con una mirada ansiosa y una expresión emocionada, como si estuviera buscando a alguien y no pudiera esperar a encontrarlo.

Lo sé porque es *exactamente* lo que yo he estado haciendo desde que llegamos aquí.

Avanzo entre la multitud que baila y bebe bajo las luces neón. Mis ojos buscan a Becca en cada rostro que observan. Cada mirada que cruzo me genera un latido abrupto al creer que, esta vez, podría ser ella. Que podrían ser sus ojos.

Entonces, diviso a mi grupo de amigos. Connor, Harry, Sean y algunos otros miembros de mi equipo están bebiendo y riendo en el patio trasero. No veo a Sebastian, pero estoy *seguro* de que también está con ellos. Mi aliento se corta. Mi respiración se agita.

Becca debe estar allí, pienso.

Me volteo hacia mis amigas, quienes han estado buscando al resto del grupo.

–¡Los encontré! –exclamo con fuerza, y señalo con el mentón hacia el patio trasero.

Nicole alza los pulgares y se da aire con las manos. Ashley bufa y asiente, y copia el gesto de su amiga. Hace muchísimo calor aquí adentro. Ya entiendo por qué los chicos salieron a tomar aire.

Mis nervios están al límite y mi corazón late a mil por hora. Cada músculo de mi cuerpo está tenso, y mi garganta se siente como un jodido desierto. Intento tomar al menos una bocanada de aire, pero parece que el oxígeno se escapa de mí.

Ni siquiera en la final de un campeonato me he sentido así de nervioso.

Finalmente, me reúno con mis amigos.

Los chicos ríen y beben rodeados de cientos de otras personas. Algunos nadan en la piscina y otros bailan en el patio. Recorro con los ojos a cada uno. Desesperado. Emocionado. Temblando de los nervios. Me encuentro con Connor, quien está junto a Harry intentando ser lo menos evidente posible acerca de su relación. Sean está bebiendo un trago mientras habla con una de las chicas a las que trajo aquí. Enseguida Liam, que vaya a saber alguien de dónde salió, aparece y se une a ellos.

Parpadeo repetidamente. Mi boca se entreabre.

Y veo a Sebastian al otro extremo de la ronda.

Y mi corazón late con fuerza. Parece estallar dentro de mi pecho.

Hasta que la desilusión me da un cachetazo.

Hasta que la emoción de la noche se desvanece de inmediato.

Cuando veo que está *solo*.

Riendo a carcajadas con tres chicas.

Embobado en la charla. Enseñándole sus encantos.

Y Becca no está con él.

Permanezco inmóvil. Lo veo hablar con esas tres mujeres. Ninguna es su novia. Ninguna es Becca. Y eso parece importarme más a mí que a él.

Cuando finalmente se da cuenta de mi presencia, se acerca a mí tambaleándose por la ebriedad y abre los brazos.

–¡Hermano! –dice, y apoya ambas manos en mis hombros–. ¡Al fin llegas! Mierda, tienes que empezar a pisar más el acelerador.

Se ríe de lo que dice como si acabara de hacer el mejor chiste jamás contado, y me arrastra hacia sus tres… ¿amigas? ¿Quiénes son estas chicas?

¿Dónde está Becca?

¿Por qué carajos no vino con ella?

–Hola, cómo están –saludo a las nuevas amigas de Sebastian, e inclino la cabeza. Se acercan a mí y me dan un beso en la mejilla. Noto las miradas pícaras que intercambian entre ellas al verme, como si estuvieran emocionadas porque ahora tienen a uno más con quién divertirse. Entonces, me dirijo a Sebastian–. ¿Tú no ibas a venir con tu novia?

Esa pregunta se escapa de mi boca.

Puta madre, ¿he sido demasiado evidente?

Él abre los ojos como platos, mira rápidamente a las mujeres frente a nosotros y me lanza una mirada severa para que cierre la boca. Observo a las chicas, sorprendidas por mi comentario, y luego a él. Aparentemente, no les ha dicho que tiene novia y yo acabo de cagarle su intento de ligar.

Hijo de puta.

–Bueno, eh… nosotras iremos a beber algo… –dice una de ellas, la rubia de ojos verdes–. Nos vemos luego. Gusto en conocerlos.

Las mujeres se alejan y nos dejan solos.

Sebastian se restriega el rostro, frustrado.

–¿Qué carajos ocurre contigo? –pregunta con firmeza.

Qué maldito descarado.

–¿Qué ocurre *conmigo*? –repito, y lanzo una carcajada irónica tirando la cabeza hacia atrás–. Solo te hice una pregunta obvia. No es mi culpa que no les hayas dicho que estás de novio.

Él lanza un gruñido. Bebe un sorbo de alcohol del pico y me extiende la botella, ofreciéndome. Le hago señas con las manos para que se la quede.

Está demasiado ebrio como para recordar que no bebo.

–No iba a hacer nada, hermano –suelta, harto, y bufa–, solo quería recordar lo que era ligar.

Estoy a punto de señalar que eso es igual de cuestionable que si buscaba llegar a algo más, pero entonces pienso en lo que ocurrió entre Becca y yo y prefiero quedarme callado.

Soy muchas cosas, pero *hipócrita* no es una de ellas.

–¿Estás aprovechando que finalmente tu novia te soltó la correa? –pregunto, sarcástico, con el mayor tono indiferente que soy capaz de usar.

Sé que probablemente el intento de ser sutil se me está dando como el culo. Llevo preguntándole por Becca desde que me encontré con él y eso a cualquiera le parecería sospechoso.

Por suerte, Sebastian no está del todo consciente, así que no se da cuenta de lo extraña que está siendo esta conversación.

–No –contesta, algo irritado, y ambos nos acercamos a la ronda donde está el resto de nuestros amigos–, de hecho, vendrá en un rato.

Lo miro inmediatamente.

–¿Qué? –suelto, sorprendido.

Si antes estaba siendo más que evidente, ahora me siento como si estuviera usando una camiseta con la cara de Becca.

–Está trabajando –dice, sin darle mucha importancia–, vendrá cuando termine su turno.

Consulto rápidamente la hora en mi teléfono. Son las doce. Becca sale del trabajo a las dos.

Dos horas.

Voy a verla en dos horas.

Los nervios regresan. Mi respiración vuelve a agitarse.

Observo a Sebastian, consciente de que estoy cagándome en él y en nuestra amistad.

Pero la culpa apenas me afecta comparada con las ganas intensas que tengo de ver a Becca. Y sé que no debería. Sé que probablemente ella ni siquiera me dirigirá la palabra, y sé que es más que posible que pase toda la noche con Sebastian.

Quizás hasta deba soportar viéndolos besarse y tocarse.

Mierda.

Tendré que soportar viéndolos besarse y tocarse.

Tendré que soportar verlo besar a la mujer que *yo* besé y tocar el cuerpo que *yo* toqué.

Eso me hace hervir la sangre. Me esfuerzo por mantener la compostura y apartar de mi mente la jodida imagen de Sebastian tocando a Becca.

No sabía que era celoso hasta este momento.

Maldición.

Ella es su novia.

Es lógico que la bese.

Es lógico que la *toque*.

Pero eso no significa que yo no desee hacer lo mismo con ella.

O que no esté malditamente *seguro* de que podría hacerlo *mucho mejor que él*.



20

RHETT

VAGO POR LA FIESTA SIN RUMBO. HABLO CON QUIEN SEA Y BEBO LOS mismos tragos sin alcohol que yo mismo preparo. Ya he bailado con cada una de las mujeres que se me han acercado.

He rechazado a todas.

Porque a la que espero, aún no aparece.

Ahora mismo me encuentro charlando con mis amigos y algunas chicas del club. Entre ellas, Cat, quien ya me ha preguntado repetidas veces qué carajos me sucede. Le he mentido en todas. Pongo excusas de que estoy agotado como la mierda y que he estado durmiendo mal estos días.

Técnicamente esta última no es del todo una mentira.

Pero la razón es el mismo asunto por el que estoy así en primer lugar.

La novia de mi mejor amigo.

Ha pasado apenas una hora desde que estoy aquí. La hora más larga de mi vida. La ansiedad de saber que Becca podría cruzar esa

puerta está consumiéndome por dentro. Miro hacia la entrada mil veces por minuto con la esperanza de que, esta vez, la vea entrar.

Pero aún falta una hora para que salga del trabajo. Me siento un imbécil por seguir creyendo que, por alguna razón, ella llegará antes.

No dejo de preguntarme si vendrá en Uber, si alguien la traerá, o si caminará…

Una sensación horrible me invade el pecho al considerar esta última opción.

No va a venir caminando, ¿cierto?

Si bien la casa de Liam no queda lejos del centro, es demasiado peligroso que venga sola. No creo que Sebastian vaya a dejar que su novia camine sola por las calles a altas horas de la noche, ¿no?

Mierda.

Siendo honesto, no me sorprendería que le importara un carajo que Becca no pueda pagar un Uber y deba venir caminando, considerando lo que sucedió la noche en que la encontré ebria y perdida… Y sola.

Sola.

Porque él la había dejado sola.

No es hasta que el nombre de Sebastian aparece en mi cabeza –junto a cientos de insultos que prefiero guardarme para mí– que me percato de que no lo he visto en un largo rato. No está aquí con nosotros y la última vez que hablé con él fue cuando tuve que prepararle un trago –porque él estaba haciendo un desastre con la bebida por su estado– y luego dijo que iría al baño.

Pero es ridículo pensar que sigue en el baño, porque ya ha pasado más de media hora y aún no ha vuelto. Pienso que quizás,

finalmente, ha actuado como un novio digno y ha salido a buscar a Becca.

Aunque la última vez que lo vi, apenas podía mantenerse de pie.

–¿Has visto a Sebastian? –le pregunto con voz fuerte a Nicole, porque con el volumen de la música apenas consigo escuchar mis pensamientos.

Mi amiga niega con la cabeza sin dejar de bailar conmigo.

–La última vez fue hace como cuarenta minutos –contesta, también a gritos. Enreda sus brazos en mi cuello para acercarse más a mí y continuar bailando.

Cuando noto que atina a besarme, la tomo de la mano y le hago dar un giro para evitar rechazar a mi mejor amiga con quien he estado durmiendo por meses. Mi táctica funciona, porque Nicole sigue bailando, sin percatarse de que no deseo hacer nada con ella esta noche.

No quiero herir sus sentimientos. Es una mujer increíble y merece a alguien que en verdad se muera por estar con ella.

Y yo no estoy *ni cerca* de ser ese alguien.

–Voy a ir a buscarlo –le digo.

–¿Eh?

–A Sebastian –explico–, estaba demasiado borracho cuando estuve con él, y quizás necesite ayuda.

–¿Ayuda con qué? ¿Vas a ayudarlo a hacer pis o algo así? –Alza las cejas cuando pregunta esto último y extrae su teléfono del bolso–. Tengo que grabar eso.

Ahogo una carcajada y ruedo los ojos.

–Enseguida vuelvo –digo, soltándola con cuidado y apartándome de ella.

–Te acompaño –avisa, y me sigue–, después de todo, tampoco encuentro a Ashley, así que será una búsqueda doble.

La miro apenas oigo lo que dice y frunzo el ceño, mientras un pensamiento fugaz cruza por mi mente.

Tengo un extraño presentimiento del que espero estar equivocado.

Guío a Nicole entre medio de la multitud y ambos subimos las escaleras. Hay personas por todos lados y ya se vuelve algo tedioso tener que apartarlas. Ni mencionar que el olor a hierba que hay aquí es tan intenso que me da la sensación de que está haciéndome efecto sin que haya fumado ni un cuarto de porro.

Toco la puerta de uno de los baños cuando logramos escabullirnos en el pasillo del primer piso. Nicole y yo nos miramos, aguardando por una respuesta de alguien del otro lado de la puerta. Se encoge de hombros cuando no obtenemos ninguna.

–Voy a entrar –dice, tomando el picaporte–, si hay alguien, no habrá nada que no haya visto ya.

Mi amiga sale prácticamente corriendo cuando, sí, efectivamente, había alguien. ¿Nuestra generación ya no responde "ocupado" cuando están usando el baño? *Maldición*.

Nicole y yo recorremos las habitaciones del pasillo. Chequeo la hora en mi teléfono. Es la una y media. Becca vendrá en media hora y es posible que su novio esté inconsciente por la cantidad de alcohol que tiene en sangre.

O, la otra opción…

Es que esté con otra.

El presentimiento que tuve hace unos minutos regresa. Sacudo la cabeza para quitarlo de mi mente.

Nicole desiste de nuestra misión cuando se encuentra con un grupo de chicas que aparentemente conoce. Me hace señas de que siga solo y me señala su teléfono.

–¡Envíame un texto si los encuentras! –exclama.

Sus amigas me observan y le dicen algo, riendo. Las saludo con la mano y esbozo una sonrisa forzada pero amable, con unas ganas nulas de quedarme a charlar pero sin ninguna intención de parecer desagradable.

Continúo recorriendo el pasillo por mi cuenta. La mayoría de las habitaciones están ocupadas y las puertas, cerradas. Llamo al teléfono de Sebastian pero no me contesta. Llamo a Ashley, tampoco me contesta.

El presentimiento es cada vez más fuerte.

Me fuerzo a ignorarlo.

No *puedo* tener razón.

No *puede* estar haciéndole eso a Becca.

Me detengo en seco cuando escucho un gemido demasiado alto proveniente del interior de una de las habitaciones.

Me quedo mirando a la puerta.

Atino a golpear.

Dudo por un segundo.

Puedo estar equivocado.

El gemido puede haber sido de otra mujer.

Estoy paranoico, inmerso en el deseo de que mi intuición esté jugándome una mala pasada…

Y en el deseo de estar en lo correcto.

Porque si así es, podría justificarme.

Lo que hice con Becca, lo que me pasa con ella… todo podría ser visto de otra manera.

Todo podría ser *válido*.

Sin más, toco la puerta con fuerza. Los gemidos se detienen de repente y puedo sentir hasta aquí la desesperación de quienes están adentro. Toco una vez más.

Entro.

Me encuentro con la misma escena que tenía en la cabeza.

Confirmo mis sospechas.

–Hijo de puta… –murmuro sin aliento.

Hijo. De. Puta.

Sebastian está desnudo.

De pie frente al borde de la cama.

Cogiéndose a Ashley.



21

RHETT

–HIJO DE PUTA…

Ashley se cubre la boca y se aleja de Sebastian de un salto, cubriéndose como puede con las sábanas desacomodadas.

–Mierda.

Decir eso y restregarse la cara es todo lo que él hace. Su tono suena indiferente. No hay ni una pizca de tensión en su cuerpo y parece que le importa una mierda que acabe de encontrarlo en esta situación.

Cogiéndose a nuestra amiga.

Engañando a Becca.

–¿Cómo puedes…? –las palabras se atoran en mi garganta.

No por el shock.

Sino por la *ira*.

Ashley se viste rápidamente y da pasos veloces en mi dirección. Me pasa por al lado con la vista gacha, ruborizada de la vergüenza. La tomo del brazo con delicadeza antes de que se largue.

Ella alza la vista. Sus ojos se encuentran con los míos y sus labios tiemblan.

–Sé que esto no es responsabilidad tuya –le digo–, pero sabías que estaba de novio.

Ashley traga saliva. Tiene los ojos cristalizados y lágrimas inundan sus mejillas. Baja la cabeza y asiente.

–Yo…

–No me expliques nada –le corto, seco–. El problema no es contigo. Vete y déjame con él.

Ashley afirma repetidas veces con la cabeza. Sale de la habitación en menos de cinco segundos.

Entonces, me volteo hacia Sebastian. Acaba de terminar de vestirse. Está abotonándose la camisa con una calma que me enerva. Sigue tranquilo, como si no hubiera hecho nada malo.

Siento que la ira me consume por dentro mientras lo observo.

–¿Y bueno? –suelto.

Sebastian levanta la vista hacia mí y se endereza.

–¿Y bueno qué? –repite, encogiéndose de hombros con indiferencia y esbozando una media sonrisa.

Contengo el impulso de borrársela a golpes.

–¿Cómo mierda puedes hacerle esto a Bec… a tu novia?

Sebastian se va acercando hacia mí con pasos decididos pero tambaleantes. Aún está jodidamente ebrio, siento el hedor a alcohol que sale de su boca a pesar de que estamos a varios metros de distancia.

–No es asunto tuyo, hermano –contesta y, finalmente, queda frente a mí–. Volvamos a la fiesta.

Señala la puerta con el mentón, instándome a salir de la habitación.

Mi puño se aprieta tanto que mis nudillos se vuelven blancos. La bronca me nubla la mente.

No puedo creer cómo mierda consigue estar así de tranquilo.

–¿Es una maldita broma? –espeto, tomándolo con fuerza del brazo para que no se le ocurra irse.

Mi amigo se suelta de mi agarre con firmeza.

–¿Qué carajos te pasa? –vocifera.

Trago saliva. Lucho por mantener el control.

–Estás poniéndole los cuernos a tu novia con tu jodida mejor amiga. –Mi voz es dura, llena de desprecio.

–Que. No. Es. Tu. Maldito. Asunto.

–¿Hace cuánto? –pregunto, ignorando su respuesta–. ¿Hace cuánto le haces esto a Becca?

Sebastian me lanza una mirada severa. Guarda silencio por un instante, pero sus ojos revelan arrogancia e indiferencia. Las ganas de golpearlo se vuelven más fuertes.

Menos controlables.

–Más tiempo del que llevamos juntos.

Me cubro la boca y me deslizo la mano por el mentón hasta llegar a mi cuello.

Hijo. De. Puta.

–¿Y por qué no solo lo dejas con Becca y ya? –suelto. Siento que puedo llegar a envenenarme a mí mismo si me muerdo la lengua–. ¿Por qué no le cortas así puedes cogerte a Ashley en paz?

Sebastian lanza una carcajada irónica.

–Mierda, hermano –dice, aún riendo–, no voy a dejarlo con Becca. Ashley no significa nada para mí. Está buena y es realmente increíble en la cama. Pero es una puta. Tú lo sabes, yo lo sé. Todo el mundo lo sabe. Becca es para algo serio y perfecta como imagen, pero apenas tiene tiempo para mí. Siempre está ocupada, y cuando estamos juntos está demasiado cansada como para darme lo que necesito.

Mi respiración se agita con incredulidad y furia. No puedo creer lo que estoy escuchando.

–Si no estuvieras tan ebrio, te daría tal golpiza que quedarías agonizando aquí mismo.

Esas palabras se escapan de mi boca como fuego.

Sebastian alza las cejas y abre la boca, fingiendo sorpresa.

No soy violento. Jamás, en mi puta vida, lo he sido.

Pero en este momento me desconozco. Me tiemblan los puños como si necesitaran impactar contra algo.

Concretamente, la cara de Sebastian.

–¿Ahora resulta que eres un santo moralista? –se burla, acomodándose el cabello rubio hacia atrás. Saca su teléfono del bolsillo del pantalón y comienza a arreglarse, como si nada hubiera pasado.

Mi pecho arde con una ira intensa. Mis manos están tan tensas que me duelen los nudillos.

Cada respiración que tomo es un esfuerzo para no lanzarme sobre él.

–Lárgate de aquí –digo finalmente con voz baja pero sólida–. Ahora.

Sebastian me mira con incredulidad por un momento. Luego, su rostro se endurece.

–Estás cruzando una línea, Rhett –dice fríamente.

–Cruzar la línea es lo que tú has estado haciendo todo este tiempo –respondo con voz ronca–. Vete antes de que olvide que eres mi amigo y te destroce a golpes.

Su teléfono suena, interrumpiendo el tenso silencio. Ambos miramos la pantalla que se ilumina con el nombre de Becca. Luego, nos miramos el uno al otro.

Becca.

El solo pensar en ella me hace recordar la noche en mi auto.

La culpa parecía devorarla después de que nos besáramos. La vi desmoronarse, llorar y maldecirse por haber seguido el beso. Estoy seguro de que se ha estado sintiendo como una mierda por haberle hecho eso a Sebastian.

Pero aquí está él, poniéndole los cuernos con Ashley sin ningún puto remordimiento.

Sonríe con suficiencia por la ironía de que su novia lo llame en este preciso momento. Mis dientes rechinan y aprieto la mandíbula hasta que el dolor se vuelve insoportable.

Él atina a acercarse a la puerta.

Lo fulmino con la mirada una vez más antes de empujarlo de nuevo adentro. Sebastian se tambalea y me aseguro de salir primero.

–Vete al carajo –le gruño, antes de cerrar la puerta de un golpe seco.

Me quedo unos segundos apoyado contra la puerta, mi pecho sube y baja con respiraciones entrecortadas. Mis manos aún

tiemblan, y sé que estoy a un paso de perder el control.

Con un último respiro, me aparto y me encamino al pasillo.

Cambio de planes.

Becca se encontrará conmigo.

No con el *maldito infiel* de Sebastian.



22

Becca

Le agradezco al Uber después de pagarle y bajo del vehículo bostezando. Tengo tanto sueño que mis ojos se cierran y pienso en cuánto me arrepiento de haber aceptado venir.

Me acomodo la falda del trabajo como puedo mientras camino hacia la entrada de la mansión del amigo de mi novio, y trato de que el *crop top* que tengo puesto no parezca que fue colocado a las apuradas en el baño del bar.

Vuelvo a bostezar. Me abrazo a mí misma para darme el mayor calor posible –no he traído ni un maldito suéter con el que cubrirme– y trato de esquivar a todas las personas que bailan y beben en el patio delantero de este lugar. Algunos me miran como si fuera un bicho raro. Es evidente que notan que no pertenezco aquí. No es difícil darse cuenta de que mis prendas son de segunda mano y que lucen hasta desaliñadas en comparación con los *outfits* de marcas carísimas que tienen todos.

Me esfuerzo por no sentirme intimidada y cruzo la puerta abierta de la casa de Liam. Chequeo mi teléfono impaciente, esperando ver

una respuesta de Sebastian a mi último mensaje. Bueno, mejor dicho, a mis últimos seis mensajes.

Yo
Ya estoy saliendo del bar
Tú ya estás en la fiesta?
Ya he tomado el uber
Me esperas afuera de la casa de Liam, verdad?
Hola?

Ni siquiera los ha visto y ya ha pasado como una hora. Estoy nerviosa. De repente me dan ganas de dar media vuelta, ir a mi apartamento y finalmente descansar después de un día demasiado agotador.

No sé dónde está Sebastian, no conozco a ninguna de las personas que están aquí y me siento como sapo de otro pozo. Trago saliva con dificultad, me adentro a la ruidosa sala y me pongo de puntitas para tratar de divisar a mi novio. Bufo cuando no consigo ver nada más que caras desconocidas.

Llamo a Sebastian. El teléfono suena y suena. No obtengo respuesta.

¿Dónde se metió? ¿Qué está haciendo? ¿Por qué no me contesta?

La única razón por la que vine aquí es para demostrarle que aún quiero que hagamos cosas juntos y que me interesa ser parte de su grupo de amigos.

Aunque también es porque siento que estoy en falta con él.

La culpa ha estado consumiéndome igual o más que antes.

Sobre todo, porque sabía que esta noche vería a Rhett.

A quien no he visto desde lo que pasó en su coche, y la causa por la que he estado tan inquieta esta semana. Y también lo estoy ahora. *Mucho*. Tanto que mi corazón late desbocado en mi pecho y mis manos sudan de tal manera que debo limpiarlas en mi falda.

Trato de hacer a un lado a la multitud y pasar entre medio. Recibo miradas de desagrado cuando los aparto delicadamente, pero finjo no percatarme solo para no empezar una discusión ridícula con alguien en esta fiesta.

Ya lo hice una vez en una discoteca con *cierto hombre* de ojos azules y todo resultó horriblemente mal.

Entonces, por fin, recibo una llamada de mi novio.

Atiendo enseguida, obligándome a mantener la compostura y no mandarlo a la mierda.

–¿Dónde estás? –pregunto sin ningún tacto.

Sebastian balbucea algo que no llego a oír.

–¿Qué? –suelto.

–Estoy… –vuelve a balbucear. Apenas puede pronunciar las palabras de forma entendible. Está ebrio. Muy ebrio–. En el primer piso.

Gruño, ya sin la paciencia que he estado intentando conservar, y mucho más cansada que antes. Estoy prácticamente durmiéndome de pie y Sebastian ni siquiera ha sido capaz de recibirme en la entrada para que no esté sola.

Me escabullo como puedo entre la gente, maldiciendo entre dientes por el calor que hace aquí y porque podría haberme ahorrado toda esta mierda si simplemente me negaba a venir.

Subo las escaleras, sintiendo todo el peso de mi cuerpo agotado sobre mis rodillas e insultando al aire en cada escalón que subo.

Cuando llego al pasillo del primer piso, sigo abriéndome paso entre más personas a medida que observo detenidamente a cada una, buscando a Sebastian. Me equivoco de rubio en un momento, creyendo que es mi novio. Pero no. Solo un pobre chico al que le toqué el hombro y debí pedirle disculpas por haberlo confundido con alguien más.

–¿Becca? –escucho que preguntan desde algún lugar.

Me giro hacia donde he oído que dijeron mi nombre. Me encuentro con la sonrisa enorme de Nicole.

–¡Becca, viniste! –repite, sonriente–. ¡Por Dios, estás bellísima!

Enseguida se acerca a mí y me abraza con fuerza. Respondo a su abrazo con el mayor intento de sonrisa que soy capaz de esbozar. Cuando deja de abrazarme, noto cuán hermoso es su *outfit* y lo preciosa que se ve a pesar de que son más de las dos de la madrugada.

De repente, me siento horrible con mis ojeras, mi maquillaje corrido y mi aspecto exhausto… aunque ella acabe de decirme que luzco bellísima.

–Ay, finalmente encuentro una cara conocida –digo, aún intentando sonreírle. Ella no tiene nada que ver con mi mal humor y no tiene por qué aguantarlo–. He estado buscando a Sebastian desde que llegué –continúo. Nicole sigue con sus manos en mis hombros. Creo que está un poquito ebria–. ¿Lo has visto?

Ella aprieta los labios y niega con la cabeza.

–Rhett y yo lo estábamos buscando. –Contesta–. A él y a Ashley. Pero luego yo me quedé aquí y Rhett siguió solo. Quizás los encontró. –Se encoge de hombros.

Cuando escucho el nombre *Ashley*, siento una fuerte punzada en el pecho. Maldigo a Sebastian con los dientes apretados y alzo la vista nuevamente para tratar de verlo.

Ahora sé que es más que probable que esté con Ashley.

No soy tonta. Hay algo en su relación que no me cierra, al menos de parte de ella. Tal vez porque ella en sí no me cierra. Vaya a saber alguien qué están haciendo, en dónde y por qué Sebastian no ha estado respondiendo a mis mensajes.

¿Debería preocuparme?

Sí.

¿Me preocupa?

No.

Y eso no es normal. No preocuparme por la posibilidad de que mi novio esté con otra mujer *no es normal*. Cualquiera estaría paranoica, pero yo no lo estoy.

Eso tiene que significar algo, ¿no?

O, en realidad, tiene que significar algo que tan solo oír el nombre de Rhett me haya provocado un sobresalto cardíaco al saber que está aquí, y no el hecho de que sea probable que mi novio esté con alguien más.

–Oh, okey –le digo a Nicole y esbozo una media sonrisa forzada–, supongo que seguiré buscándolo… este pasillo es inmenso.

Ella suelta una carcajada y me deja en claro que sí, efectivamente, está ebria. Lo que dije no es gracioso en lo absoluto y ella parece estar presenciando el mejor show de *stand up*.

Me cae bien.

–¿Quieres que te acompañe? –pregunta.

Voy a decirle que sí hasta que veo que el grupo de chicas de donde salió están viéndonos, aguardando a que su amiga regrese con ellas. Lucen agradables, pero es obvio que Nicole es el alma de la fiesta entre ellas, por lo que decido no quitárselas.

–No, descuida –le digo, sonriendo ligeramente–, no hay problema, iré yo. Gracias, de todas maneras.

Nicole asiente varias veces con la cabeza y sonríe.

–¡Okey! –exclama, dando un saltito–. Estaré por aquí por si no lo encuentras y no quieres estar sola. Puedes venir con mis amigas y conmigo. Prometo que son divertidas, te caerán bien.

Me rio.

–Gracias, Nicole –digo–, en serio, eres lo más.

Ella muestra una sonrisa e inclina la cabeza, como diciendo "de nada". Me despido de ella, pero antes de que vuelva con su grupo de amigas, noto una extraña expresión en su rostro que parece esforzarse por ocultar, mientras mira hacia el pasillo delante de nosotras. Después, se gira hacia mí otra vez y fuerza una sonrisa.

Asumo que piensa lo mismo que yo… o que sabe algo que yo no.

Sacudo la cabeza, dejando esa idea de lado y quedándome con la imagen que tengo de ella. Genuina, divertida y agradable.

Tomo mi teléfono y marco el número de Sebastian… otra vez. Espero su respuesta oyendo los *pip*, uno tras otro.

Al último, *por fin* atiende.

–Ya estoy aquí arriba –hablo fuerte para que la música no me cubra–, ¿dónde estás?

Oigo cómo Sebastian suelta un suspiro de hastío.

–En el final del pasillo –contesta. Su tono de voz me hace saber que *verme* parece ser lo último de lo que tiene ganas esta noche–.

Pero quédate en donde estás. Yo te busco.

Y una mierda.

Apenas puedo respirar aquí.

–No –respondo con firmeza–. Tú quédate en donde estás. Suenas borracho y estoy segura de que no puedes dar ni un paso en línea recta.

–Mierda, Becca –suelta, fastidiado–, estoy… diciéndote que te quedes ahí. Estoy yendo.

Camino en dirección al final del pasillo, esquivando personas –como he estado haciendo desde que puse un pie en esta casa– y recibiendo insultos por mi poca delicadeza al apartarlas.

A este punto, creo que por lo único que quiero encontrarlo es para gritarle en la cara, descargar mi enojo, y luego largarme para poder ir a dormir con la mente en paz.

Estoy abriéndome paso entre la multitud cuando, distraída, me choco con un pecho robusto y sólido que me hace retroceder de golpe. Me tambaleo hacia atrás. Mis tacones me fallan y casi me dejan caer al suelo.

Pero no lo logran.

Porque enseguida una mano –tan grande que prácticamente rodea toda mi cintura– se apoya en ella, sosteniéndome para que no me caiga.

La acción es rápida, como un reflejo.

Todo sucede en menos de un segundo.

Me mira.

Lo miro.

Mi corazón se acelera violentamente.

Un nudo de ansiedad se forma en mi estómago.

Mi respiración se vuelve errática.

–Rhett.

Apenas consigo articular su nombre.

Él me mira con sorpresa.

Sus ojos recorren mi rostro.

No habla.

No se mueve.

No hace nada más que mirarme.

Percibo sus ojos azules enrojecidos al igual que sus mejillas. Su cabello despeinado y su piel sudada. Su pecho sube y baja rápidamente.

Luce… nervioso.

Preocupado.

Enojado.

–Becca –murmura entonces.

Su voz ronca es apenas audible y su mano no se mueve de mi cintura, como si temiera que, al soltarme, todo este momento se desmoronara.

La forma en que dice mi nombre hace que cada centímetro de mi piel se estremezca y me recuerda por qué he estado evitándolo todas estas semanas.

Todo el esfuerzo que he hecho para olvidarme de lo que sucedió en su coche…

Fue en vano.

Porque ahora que está frente a mí, mirándome de esta manera, todavía con su mano en mi cintura y su cuerpo tan cerca del mío, siento lo mismo que sentí aquella noche mientras lo besaba sobre su regazo.

Nervios.

Excitación.

Miedo.

Preocupación.

Solo que ahora no estoy besándolo.

Ni estoy sobre su regazo.

Esta vez, el contacto es mínimo, pero la chispa entre nosotros parece intensificarse a cada segundo que pasa. Siento que otro roce, otra mirada, o tan solo una *palabra* más, podría desencadenar un incendio.

Un tornado.

Un huracán.

Un desastre.

Me siento atrapada en su mirada. Soy consciente de que el mundo sigue girando a nuestro alrededor pero, en este momento, parece haberse reducido a nosotros dos.

Parece haberse detenido.

Porque todo lo demás desaparece.

Finalmente, su mirada se desvía, y puedo ver cómo sus músculos se tensan aún más.

Gira la cabeza hacia el otro extremo del pasillo, buscando a alguien. Imito su acción, confundida, y recuerdo entonces que mi misión principal era encontrar a Sebastian. Él regresa sus ojos a mí enseguida, de manera fugaz, hasta que baja la vista y endurece la mandíbula.

Su mano se aprieta en mi cintura, como si quisiera decir algo más… y no se atreve.

Debería soltarme. Pero no lo hace.

–Y-yo… –balbuceo. El hecho de que siga sosteniéndome de la cintura solo logra marearme más–. Tengo que encontrar a Sebastian.

No entiendo por qué hago esto y tampoco sé a quién quiero engañar. Rhett nota cuán nerviosa estoy, nota todo lo que está generando este simple roce y cuánto desearía que nunca me soltara.

Soy pésima fingiendo. Soy demasiado transparente.

Como puedo, trato de dar un paso y pasarle por al lado. Para irme. Para ya no tener que luchar con estos sentimientos que ni siquiera yo comprendo.

–No, Becca, espera –dice, volteándose para tomarme de la mano e impedirme salir corriendo como la última vez–. No huyas –suelta. Sus ojos lucen tan claros que me es imposible no perderme en ellos. Con voz más suave, casi en un susurro, termina–: No esta vez.

Trago saliva. Estoy temblando.

–No estoy huyendo –replico, con la mayor firmeza que soy capaz de emplear–. Y no he huido en ningún momento.

Rhett me mira con los ojos apagados y cansados.

–Huiste la última vez que te vi.

No me percato de que sigue tomándome de la mano hasta que siento cómo su pulgar acaricia la parte inferior de la mía.

Una acción simple, pero que me genera un escalofrío que recorre todo mi cuerpo.

–No he huido –niego con dureza.

Aún soy incapaz de soltarme de su mano.

Porque no quiero. Porque el calor que me transmite su piel es demasiado regocijante.

–Saliste corriendo –afirma.

–Eso no es huir.

–¿Cómo le llamas tú?

–Irme porque ya no quería estar contigo.

Un dejo de tristeza cruza su mirada durante un instante, hasta que desaparece.

–¿Vas a seguir fingiendo que nada ocurrió? –pregunta con voz ronca, como si cada palabra le quemara la garganta.

Respiro con dificultad. Por instinto, alzo la cabeza y busco a Sebastian. *Ruego* que aparezca. Necesito escapar.

Rhett tiene razón.

Huyo.

Hui de él esa noche y quiero hacerlo de nuevo ahora.

Huyo de lo que no puedo controlar.

Huyo porque sé que no soy tan fuerte.

–No significó nada –miento–. Lo que sucedió no fue *nada*.

–¿Entonces por qué has estado evitándome desde que ocurrió?

Me quedo callada, recorriendo sus ojos con los míos y sintiendo que cada vez estoy más indefensa.

No contesto.

Rhett deja salir un suspiro suave y baja la vista. Observa su mano que aún sostiene la mía durante segundos que se hacen eternos.

En cualquier momento Sebastian podría aparecer. O Liam. O Nicole. O quien sea. Y nos verán en esta situación. Y ninguno tendrá respuestas.

Somos inconscientes.

Hemos estado siendo inconscientes desde que nos conocimos.

Entonces, alzando nuevamente la vista y clavando sus ojos en los míos, expresa:

–Si dices que no significó nada para ti, bien –hace una pausa. Noto el movimiento de su manzana de Adán cuando traga saliva, y continúa–: Pero sí significó algo para mí. –Mi corazón se acelera a un ritmo sobrehumano–. No he dejado de pensar en lo que ocurrió desde que saliste corriendo de mi auto, Becca. No he dejado de pensar *en ti*. No haberte visto estas semanas ha sido una maldita *tortura*, ¿lo entiendes? Así que, por favor, no huyas esta vez. *No te vayas*.

Mi corazón late con fuerza al escuchar sus palabras. Su mirada suplicante, casi desesperada, me deja sin aliento. No puedo evitar sentir un nudo en la garganta que dudo poder sostener por mucho más tiempo.

Repito: no soy tan fuerte.

Me corrijo: no soy fuerte en lo absoluto.

Con el poco aliento que conservo, pregunto:

–¿Qué buscas, Rhett?

Él se moja los labios y mira hacia el otro extremo del pasillo. Ambos sabemos cuán expuestos estamos aquí y lo fácil que sería para cualquiera vernos.

Esto está mal.

Y cada vez se vuelve peor.

–Necesito hablar contigo –contesta, y su mirada escanea el pasillo antes de volver a posarse en mí–. Pero no aquí.

Hay algo más en él, una especie de barrera que parece impedirle cualquier sentimiento de culpa. No sé qué sea, pero envidio cuán poco le importa que Sebastian sea su mejor amigo.

Ahora soy yo la que observa hacia el pasillo para asegurarme de que mi novio no esté cerca. Pienso en la horrible persona que soy y

en que merezco el premio a la peor novia del mundo.

Suelto un suspiro y siento la suavidad con que Rhett aprieta mi mano antes de alzar la mirada hacia él.

Nuestros ojos se encuentran una vez más.

Y, finalmente, respondo:

–Está bien. Te sigo.

Rhett tira de mí delicadamente y me instiga a seguirle el paso.

Él me guía hacia una habitación situada del lado contrario a donde se supone que está Sebastian. Solo me suelta cuando abre la puerta y la sostiene para que entre primero.

A pesar de que ya me ha soltado, todavía siento la calidez de su piel rugosa en mi mano. Ha dejado un cosquilleo que dudo que se desvanezca pronto.

Rhett cierra la puerta detrás de él y se apoya sobre una de sus manos en ella, de espaldas a mí.

Estoy de pie, inmóvil, con mis manos juntas sobre mi abdomen mientras mi corazón retumba con violencia en mis oídos.

Espero a que Rhett se aparte de la puerta, que se voltee, que hable.

Lo que sea, pero que haga *algo*.

Lo escucho tomar una gran bocanada de aire antes de, finalmente, girar su cabeza hacia mí.

Aprieto los labios entre sí, mirándolo, temblando, *gritando* por dentro.

Cada segundo que pasa se siente como una eternidad.

Cuando lo veo acercarse a mí, rompiendo con la distancia que nos separa, es justo el momento en que me quedo sin aire.

Rhett clava sus ojos en los míos. El calor de nuestros cuerpos parece apoderarse de toda la habitación y no me permite respirar.

La tensión, el deseo, la culpa.

Nada me permite respirar.

–Becca… –murmura.

Y entonces, queda frente a mí.

Está tan cerca que mis rodillas rozan las suyas y su respiración se mezcla con la mía.

Me aterra saber que, con un mínimo movimiento, nuestros labios podrían unirse otra vez.

–Sé que no podemos –continúa con voz ronca. Sus ojos siguen los míos. No dejan de mirarlos. No dejan de mirarme–. Sé que no está bien.

–Rhett…

–Pero estás… volviéndome loco.

Todo mi cuerpo se estremece ante sus palabras y temo que mis piernas pierdan fuerza.

–No he dejado de pensar en ti –sigue, su voz es tan suave como una caricia.

Desvío la vista, apartándola de sus ojos al agachar la cabeza.

Pero él me toma del mentón y la levanta con delicadeza para que vuelva a mirarlo.

Su tacto en mi rostro me eriza la piel y una corriente eléctrica recorre mi cuerpo. Entonces, sus dedos se deslizan por mi mejilla con una ternura que me *desarma*.

Y la acaricia.

Me acaricia.

Cada roce es un suspiro contenido que se escapa de mis labios y mi cuerpo reacciona con una urgencia que no puedo ignorar. Despierta algo en mí. Algo *intenso*. Algo incontrolable.

Algo que ha permanecido dormido durante mucho tiempo.

–No… –balbuceo con voz frágil–. No podemos.

Su mano se posa en mi mejilla, su contacto se extiende sutilmente por mi cuello. Su pulgar acaricia mi mandíbula, su pecho sube y baja en sincronía con el mío.

Y lo siento.

Siento su respiración agitada y la manera en que su cuerpo tiembla.

Y siento cuán excitado está.

Su erección hace presión en mi abdomen y apenas soy capaz de contener el fuego que arde dentro de mí al saber que el deseo es mutuo.

Sigue acariciándome, sus dedos dejan un rastro invisible en mi piel que borra cualquier resto de autocontrol que creí tener. Sus ojos se fijan en los míos, tan profundos que siento como si pudiera ver dentro de mí. Su mirada se desplaza lentamente, explorando cada facción de mi rostro, desde la curva de mis labios hasta el borde de mi cabello.

Cierra los ojos un momento, inhalando profundamente como si estuviera absorbiendo todo de este instante. Al abrirlos, vuelven a los míos con un fervor que hace que mi corazón se detenga.

Su pulgar acaricia mi mejilla, enviando una corriente de electricidad por mi espalda, y murmura:

–Eres tan hermosa.

Su declaración me corta el aliento.

Una ola de calor se desplaza por mi cuerpo y enciende cada nervio. La manera en que me mira, como si fuera la única persona en el mundo, hace que me sienta más viva y vulnerable que nunca.

La proximidad de su cuerpo, el contacto de su piel contra la mía, todo conspira para hacerme olvidar cualquier pensamiento racional.

–Rhett… –mi voz tiembla.

Trato de encontrar palabras, algo que ponga fin a esta locura, pero todo se desvanece cuando él me mira de esa manera.

Rhett desliza su mano por mi cuello y se detiene en la base de mi garganta. Sus dedos son firmes pero suaves. Se inclina un poco más cerca, y su aliento roza mi piel.

Cierro los ojos.

La razón, lo que sé que debo hacer, lucha contra el impulso de rendirme completamente.

Y está perdiendo la batalla.

–No puedes decir eso –continúo, apenas capaz de formar palabras coherentes–. No deberíamos…

–No me importa lo que deberíamos o no deberíamos hacer –me interrumpe con voz baja–. Lo único que me importa es lo que quiero. Y te quiero a ti, Becca. Me da condenadamente igual Sebastian. Me da completamente igual ser su mejor amigo y que tú seas su novia. Cuando estoy contigo, tú eres lo único que me importa. Ni Sebastian, ni mi lealtad hacia él... Nada se compara con la *necesidad* de estar contigo.

Su confesión es una chispa que enciende algo dentro de mí. La tensión entre nosotros se vuelve insoportable.

–No podemos hacerlo –susurro, incluso cuando mis dedos se aferran a su camisa, atrayéndolo más cerca.

–Dime que no quieres esto –susurra, sus labios están apenas a un suspiro de los míos–. Dime que no quieres lo mismo, y me detendré.

No puedo. No quiero. Todo mi ser anhela este momento a pesar de las consecuencias.

Las palabras se atascan en mi garganta, incapaces de salir.

No quiero que se detenga.

–No puedo… –mi voz tiembla, y mis ojos buscan los suyos–. No puedo.

Una chispa de triunfo brilla en su mirada.

–Lo sé –murmura, seguro, como si hubiera anticipado mi respuesta desde el principio.

Siento cómo su mano se desliza hacia mi cuello y sus dedos se enredan en mi cabello. Me jala suavemente hacia él. Su otro brazo envuelve mi cintura, presionando nuestros cuerpos juntos.

Entonces, desciende despacio por mi cuello, sus labios trazan un sendero de fuego sobre mi piel sensible.

Dejan besos, dejan piel ardiendo. Me aferro a él con fuerza, a su espalda, sintiendo cada músculo tenso bajo la tela de su camisa. Apenas sé qué estoy haciendo. No sé si estoy guiando este momento o dejándome llevar por completo. Sus labios sobre mi cuello no me permiten pensar con claridad, y su mano acariciando mi cintura y bajando lentamente hacia mi culo me nubla la vista.

Todo mi ser tiembla de excitación. Estoy en llamas.

Susurro su nombre sin darme cuenta, un gemido que se desliza entre mis labios.

–Pídeme que pare, Becca –susurra contra mi piel con voz rasposa por la excitación–. Por favor, pídeme que pare.

Mis manos buscan su rostro, mis dedos se aferran a él, pero mis labios no encuentran las palabras para detenerlo.

Él se aparta solo lo suficiente para mirarme a los ojos.

–No pares, Rhett –murmuro finalmente–. Dios, *no pares*.

Él gruñe bajo, un sonido que reverbera en mi pecho y que aviva mi excitación a un punto que jamás creí posible.

–Mierda, Becca…

Su boca captura la mía en un beso hambriento.

Repleto del deseo contenido durante semanas. Repleto del deseo de repetir lo que sucedió en su auto. Ese beso. Esas caricias. Ese *momento*.

Siento su ardor, su desesperación, y respondo con igual intensidad, dejando que el fuego que había estado reprimiendo se desate.

Lo beso como jamás he besado a nadie. Sus manos se aferran a mi cabello, a mi cintura, a mi culo, con una necesidad voraz. Están por todas partes. Impacientes, hambrientas, buscando una conexión más profunda. Nuestros labios se abren simultáneamente, permitiendo que nuestras lenguas se encuentren en una danza urgente. Por un instante creo que voy a quedar postrada en el suelo. No tengo fuerzas.

Estoy temblando como una hoja al viento y Rhett parece darse cuenta, porque me sostiene con firmeza, consciente de todo lo que está provocando en mí. Beso su cuello, paso mi lengua sobre su piel y creo dejar una marca rojiza que seguro tendrá que justificar mañana.

En un instante tan veloz que apenas lo percibo, él nos traslada a ambos y mi espalda impacta suavemente contra la pared.

Rhett deja de besarme un segundo y se aparta unos pocos centímetros solo para verme a los ojos, como si quisiera asegurarse de que estoy de acuerdo con esto, que no ha ido demasiado rápido.

Siento que estoy descubriendo una faceta suya que nunca había visto antes, un lado salvaje que creí imposible de imaginar en él.

La presión de su cuerpo contra el mío, el calor de su piel ardiente, todo me hace desear *más*.

Mi única manera de pedirle que siga es volviendo a unir nuestros labios. Me besa con más ferocidad y me sujeta con fuerza contra la pared. Siento el peso de su cuerpo y el calor que emana de su piel. Sus labios son demandantes. Dominan los míos con maestría, como si los conociera desde siempre.

Un gemido se ahoga en mi garganta cuando una de sus manos desciende hacia mis pechos y sus dedos expertos aprietan uno de mis pezones endurecidos. La otra mano está encima de mi culo, hundiéndose en mi carne y haciéndome jadear.

Siento su miembro presionando contra mi cuerpo, despertando una urgencia irresistible en mí por tocarlo. Por *sentirlo*. Pero mis manos tiemblan al descender por su abdomen en dirección a él.

Rhett deja de besarme.

Nuestros ojos se encuentran.

Percibe mi urgencia.

Sujeta mi muñeca.

Y apoya mi mano sobre su miembro él mismo.

Mis dedos se posan encima de él, y siento su calor a través de la tela.

Permanezco allí, observando mi mano sobre su erección, inmóvil, aún sin poder procesar lo que está pasando. Siento su carne bajo mi

piel, su miembro duro y prominente.

Alzo la vista. Él está igual de expectante que yo por lo que haré a continuación. Dirige sus ojos hacia mí, con la respiración tan entrecortada y agitada como la mía. Igual de excitado que yo. Igual de desesperado.

Entonces, empiezo a acariciarlo. A tocarlo. A recorrer su miembro con la palma de mi mano. A sentir la dureza de su excitación bajo mis dedos. Sus músculos se tensan y su cuerpo vibra junto al mío. Y jadea. Un gemido ronco se escapa de sus labios y siento su aliento cálido sobre los míos.

–Mierda… –suelta en un suspiro áspero–. Me pones tan jodidamente duro.

Gimo al escuchar sus palabras y vuelvo a unir nuestros labios mientras mi mano sigue tocándolo a través del pantalón. Él me besa con más urgencia, con un deseo que parece incontrolable y unas manos tan inquietas como ansiosas. Oír sus gemidos roncos contra mis labios es como música para mis oídos.

Rhett sigue acariciándome. Sigue tocándome. Sigue apretando mi culo. Sigue estimulando mis pezones hasta que están tan duros que sobresalen de mi blusa.

En ese instante, una de sus manos recorren mi abdomen hasta llegar a las tiras de mi *crop top*. Separo nuestros labios solo para poder verlo.

Para observar lo que sus manos hábiles harán conmigo.

Pero mi teléfono suena.

Y nos apartamos de golpe.

Y mi corazón bombea de ansiedad.

Ambos nos quedamos un momento solo mirándonos con los ojos abiertos. Él baja la mirada hacia mi bolso de mano cuando me muevo velozmente para tomar el teléfono.

Rhett se aleja de mí un poco, dándome espacio.

Extraigo el teléfono con manos torpes.

La pantalla está iluminándose con una llamada.

De Sebastian.

Empiezo a respirar aceleradamente por la boca. Miro el nombre de contacto de mi novio que me llama. Miro a Rhett. Su mejor amigo. Con quien acabo de serle infiel.

Por segunda vez.

Regreso la vista a la pantalla de mi teléfono.

Mis dedos temblorosos apenas son capaces de sostenerlo.

Cuelgo.

Chequeo los mensajes. Tengo unos cuantos suyos.

Dice que está esperándome cerca de la escalera.

Mi corazón se detiene.

El tiempo parece congelarse.

Está del otro lado de la puerta.

Sebastian está del otro lado de la puerta.

–Carajo, carajo, carajo –balbuceo entre dientes, cubriéndome la boca con una mano.

Rhett, quien ha estado observando mi ataque de nervios en primera fila, me contempla con los labios juntos en un silencio denso. Sus ojos viajan al teléfono, sabiendo que la llamada es de Sebastian. Después, levanta la vista. Nuestros ojos se encuentran.

–Tengo que… –titubeo, tomando el picaporte de la puerta–. Tengo que irme.

Estoy huyendo.

De nuevo.

–¿En serio vas a irte con él? –suelta entonces.

Su voz suena frágil, casi quebrada.

Me volteo otra vez en su dirección. Aún tengo la mano en el picaporte, tomándolo con torpeza por la manera en que mis dedos tiemblan.

Sus ojos están cristalizados. Su rostro, acalorado. Sus labios, hinchados y rojos. Y los míos deben estarlo también. Su cabello despeinado por mis propias manos y su cuello rasguñado por mis uñas. Y… mierda, creo que le he dejado un chupón.

Sé que yo también estoy hecha un desastre. Despeinada, acalorada y con mi falda más alzada de lo que debería estar. La bajo enseguida. Trago saliva con dificultad.

–Es mi… mi novio –contesto con voz débil.

Rhett parpadea varias veces, como si tratara de contener las lágrimas. Aprieta los labios y baja la vista, pensando en algo. Recordando algo.

Luego, vuelve a mirarme y dice con firmeza:

–Él no te merece.

Sus palabras resuenan en mi pecho como un golpe.

Pienso en lo que hemos hecho. No una vez, sino *dos*. La culpa no bastó para detenerme. Saber que engañé a mi novio una vez no me frenó, porque lo hice de nuevo. Una vez puede ser un error, pero dos veces... dos veces es ser una mierda.

Sebastián no es un buen novio, pero yo soy una peor novia.

Una peor persona.

Entonces, después de torturarme a mí misma con cada pensamiento que ha cruzado mi mente en estos segundos, las palabras se deslizan entre lágrimas contenidas y un nudo doloroso en la garganta:

–Pero él es justo lo que *yo* merezco.

Y, haciendo caso omiso al deseo profundo de quedarme con él…

Lo dejo solo en la habitación vacía.



23

RHETT

ME QUEDO MIRANDO LA PUERTA CERRADA POR DONDE BECCA ACABA DE IRSE.

Me quedo reviviendo estos últimos minutos en mi cabeza, una y otra y otra vez.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que soy capaz de reaccionar.

Aún me tiembla el cuerpo.

Aún no controlo la respiración.

Estoy realmente acalorado y tengo la vista borrosa.

Sigo duro, y sé que no dejaré de estarlo a menos que logre apartar de mi mente lo que acaba de suceder. Pero es imposible. No puedo dejar de revivir lo ocurrido hace apenas cinco minutos: sus labios contra los míos, el calor de su cuerpo, la urgencia de nuestros movimientos.

Me restriego el rostro, siento la piel ardiendo bajo la palma de mi mano y estoy seguro de que estoy rojo. Suelto un profundo suspiro.

¿Qué carajos he hecho?

Pienso en Becca, en su mirada antes de salir.

Pienso en cómo la he besado, en la suavidad de sus labios.

Pienso en lo que hicimos, en cómo se sentía su piel contra la mía.

Pienso en que se fue.

Otra vez.

–Mierda.

La sensación de vacío se expande en mi pecho.

Mi voz resuena en las paredes de la habitación como un suspiro lejano. Estoy solo, pero me siento aprisionado. Escucho las voces provenientes del pasillo y la música que se cuela por las paredes.

Me siento como un perro a quien acaban de abandonar.

Es como si una parte de mí se hubiera marchado junto con Becca.

Finalmente, me obligo a moverme. Cada paso hacia la puerta es un acto de voluntad. El corazón me late con fuerza.

Abro la puerta y la música de la fiesta me envuelve, un contraste brutal con el silencio de la habitación. Las luces parpadeantes y las risas me golpean como una ola. Me siento fuera de lugar, como si estuviera entrando en un escenario donde todos los actores conocen su papel menos yo.

Camino por el pasillo, tratando de recuperar el control. La música retumba a lo lejos, y el eco de risas y conversaciones flota en el aire. Diviso a Nicole. Ella también me ve y noto cómo atina a acercarse a mí, pero enseguida me dirijo al lado contrario.

Me alejo de ella. Me alejo de mi mejor amiga que me conoce demasiado bien. No puedo lidiar con nadie en este momento. Quiero irme. *Necesito* irme.

Bajo las escaleras de dos en dos. Las sienes me torturan con un dolor punzante y me siento mareado. Ni siquiera quiero alzar la vista por si llego a encontrarme con Sebastian y Becca juntos.

Él no la merece.

Lo he pensado desde el momento en que la conocí.

Y lo he confirmado después de lo que descubrí esta noche.

Sebastian ha estado poniéndole los cuernos.

Ha estado engañando a Becca con Ashley.

Intento apartar de mi mente esa escena que me llena de ira y me hace desear romperle la cara a Sebastian.

Suspiro. No puedo largarme de aquí. Es el cumpleaños de Liam y no puedo fallarle. Así que paso entre la multitud pidiendo permiso, aunque sin importarme del todo si me lo dan o no. Mantengo la vista en alto, buscando a los chicos pero suplicando en silencio que Sebastian no esté con ellos.

Y mucho menos Becca.

Sin embargo, la situación es aún peor.

Porque los veo a ambos.

Juntos.

En una esquina.

Sebastian está tan cerca de ella que casi se tocan los labios, mientras ella está acorralada contra la pared.

Y me ve.

Cruzamos miradas y noto cómo se le corta la respiración.

Entonces, me detengo en seco frente a la barra.

Ella no aparta la mirada.

Desvío bruscamente la vista hacia las bebidas.

Mi mandíbula se tensa.

Y, por primera, me sirvo un vaso de vodka.

Lo bebo de un solo trago.



24

RHETT

LA MAÑANA SIGUIENTE, DESPIERTO CON UNA JAQUECA INTENSA Y UNA resaca insoportable. Gruño y me restriego el rostro, sintiendo que las sienes me punzan y que mi garganta está seca.

Es la primera vez en mi vida que tengo resaca y es lo más cercano a una tortura que he experimentado. No sé cómo mis amigos son capaces de aguantar esto todas las mañanas después de una salida nocturna.

Es una mierda.

No he bebido ni una gota de alcohol en todos estos años y me siento como un adolescente en plena pubertad que salió de fiesta y descubrió lo que es emborracharse.

Si alguien me hubiera dicho que la primera vez que bebería alcohol sería para lidiar con los sentimientos que tengo hacia Becca Moore, probablemente me habría reído en su cara.

Qué. Maldito. Iluso.

Me quejo una vez más y me levanto de la cama como puedo. El cuerpo me pesa, sigo mareado y siento que voy a morir. *Arrastro* los

pies hacia el baño después de tomar mi teléfono de la mesa de noche y me lavo la cara con litros y litros de agua para despabilarme.

Me apoyo en el lavabo. Miro mi reflejo. Luzco terrible.

Muevo el cuello ligeramente cuando percibo una marca rojiza en él. Me acerco al espejo para verla mejor. Parece ser una mancha de labial.

Intento quitarlo con agua y varias restregadas, pero no sale.

–Mierda.

Mierda.

No es labial.

Es un maldito chupón.

–No puede ser.

Hablo solo frente al espejo sin dejar de mirar la sutil marca de succión que Becca dejó en mi cuello. Porque fue ella. Tuvo que ser ella. No he estado con ninguna otra mujer anoche.

Estoy totalmente seguro.

Recuerdo todo lo que sucedió, no estaba tan ebrio como para decir que estuve inconsciente en algún momento, así que estoy absolutamente seguro de que Becca fue la única mujer que pudo haberme hecho este moretón.

La novia de mi amigo me hizo un chupón.

Perfecto.

Dejo escapar un suspiro y entro a la bañera. Necesito una ducha que me aclare las ideas y me haga dejar de pensar en Becca y en lo que sucedió entre nosotros anoche.

No solo en la manera en que nos besamos.

También en cómo ella se fue luego.

Con Sebastian.

Me froto los ojos con fuerza y maldigo entre dientes mientras el agua caliente cae sobre mi rostro. Repito el momento en que me dejó solo en la habitación una y otra vez y me siento un imbécil.

La poca dignidad que conservaba la perdí anoche.

Lo peor de todo es que no estoy molesto con ella. Tampoco es que tenga razones. *Yo* he sido quien se le ha estado insinuando sin importarme una mierda que sea la novia de Sebastian.

El que ella me haya rechazado –por segunda vez– es mi condena por pasarme la lealtad por el culo y ser un amigo de mierda.

La temperatura de mi cuerpo se dispara cuando pienso en el asunto de Sebastian y Ashley. En un intento de autoconsolarme, me permito pensar que no soy tan despreciable como él.

¿Me gusta su novia? Sí.

¿He estado provocándola a pesar de que estuviera con él? También.

Pero Sebastian ha estado siéndole infiel desde el momento en que se pusieron de novios. Y, es cierto, yo no lo sabía hasta anoche, pero ahora que lo sé… consideraré lo que hice como su merecido castigo por traicionar a Becca.

Por ahora, eso tendrá que ser suficiente para calmar mi conciencia.

Termino la ducha y me seco lentamente. Intento aclarar mi cabeza, pero sé que no importa cuánto lo haga, Becca estará ahí, presente en cada uno de mis pensamientos.

Revivo sus gemidos suaves en mi mente, la manera en que su cuerpo respondía al mío, y siento cómo la excitación vuelve a surgir en mí. Mi entrepierna palpita mientras rememoro cómo mis manos

exploraron su espalda, descendieron por sus caderas, se deslizaron por sus curvas y la atrajeron hacia mí. Cómo mis manos se aferraron a su cintura y apretaron su culo. Cómo me apoyé contra su cuerpo para que sintiera lo duro que estaba por ella.

Y me está sucediendo lo mismo ahora. Me estoy endureciendo y solo estoy *recordando* lo que sucedió. Ya no estoy tocándola. Ya no estoy sintiéndola.

Mierda.

Becca se ha convertido en la persona que más deseo y la que más me tortura.

Y eso es algo con lo que tendré que lidiar, por mucho que me cueste.

Respiro hondo, parpadeo repetidamente y sacudo la cabeza para dejar esos sucios pensamientos de lado y calmar mi erección.

Me dirijo a mi habitación leyendo los mensajes que ignoré anoche, y me detengo en seco cuando me encuentro con varios de Ashley que me ha enviado hace menos de media hora.

Puta madre, lo que me faltaba.

Ash
Podemos vernos hoy?
Necesito hablar contigo sobre lo que sucedió
Por favor

–Mierda –murmuro entre dientes y tiro la cabeza hacia atrás.

Pienso una respuesta con la vista puesta en el techo y respiro hondo. Ashley es mi amiga y le tengo un gran cariño, pero lo que ha estado haciendo con Sebastian… está en serio mal.

No es su culpa. Después de todo, él es quien está en una relación, no ella. Pero, mierda, ella lo sabía. Y no le importó.

No puedo evitar pensar que ver a Ashley es como mirarme en un espejo.

Suspiro y me digo que, si voy a hablar con ella, al menos intentaré que la conversación sea productiva. No jugaré el papel de su confesor ni la absolveré de sus pecados, pero creo que al menos debe estar al tanto de lo que Sebastian piensa –y dice– acerca de ella.

Otra razón para molerlo a golpes.

Yo
Sí, bien
Dónde?

Ashley contesta de inmediato.

Ash
En el Starbucks del centro
A las 2 pm?

Chequeo la hora en mi teléfono. Son la 1:20.

Yo
Bien, te veo allá
Tienes cómo ir?

Ash
Sí, no te preocupes
Nos vemos

Dejo caer el teléfono encima de mi cama y me trueno el cuello.

Esta charla será una mierda.



Ashley da un sorbo a su café cortado y yo la observo mientras se prepara para hablar. Muerdo con ganas mi *croissant*. Estoy muerto de hambre y esto es como mi *desayuno-almuerzo-merienda*.

Ella se aclara la voz y, manteniendo la vista fija en su café, se acomoda un mechón rubio detrás de la oreja.

Finalmente, levanta la cabeza y me mira con expresión inquieta y avergonzada. Apenas parece poder sostenerme la mirada.

–Yo… –comienza, y aprieta los labios–. Lo que viste anoche, lo que sucedió… puedo explicarlo.

Alzo la mano, en señal de "adelante", y bebo un sorbo de mi capuchino.

Ashley suspira profundamente antes de confesar:

–He estado enamorada de Sebastian desde preparatoria.

Me quedo boquiabierto. Decir que esta confesión no me tomó desprevenido sería mentir.

–Él y yo hemos estado teniendo sexo desde el año pasado. Y lo seguimos haciendo hasta… bueno… –me mira en silencio por un instante, pero sé que la última palabra de esa oración es "anoche".

Asiento varias veces. No quiero interrumpirla hasta que termine de contarme todo.

–Creí que me diría para ser su novia –prosigue, y baja la vista. Es tan raro ver a Ashley así, insegura y dubitativa–, es decir,

prácticamente éramos como *novios* pero sin el título oficial. Pero entonces, él…

–Se puso de novio con Becca –concluyo su frase.

Ashley me mira de nuevo, respira hondo y asiente con la cabeza.

–¿Por eso ella te cae mal? –pregunto.

Mi amiga rueda los ojos sutilmente y bufa.

–No me cae mal –niega–, pero… es la novia de Sebastian, ¿cómo se supone que la trate? No quiero que esté ahí. No quiero que esté con él –*ya somos dos*– y mucho menos que venga a nuestras juntadas.

Suelto un suspiro.

No puedo decir que no entiendo a Ashley porque sí, lo hago. Y mierda que lo hago. Su situación es igual de complicada que la mía y comprendo perfectamente lo que está sintiendo.

Y es una mierda.

–Pero es su novia –digo entonces.

Ashley llena de aire sus mejillas y creo notar cómo sus ojos se cristalizan.

–Pero yo estuve con él primero –replica.

Me paso la mano por el rostro y apoyo los codos en la mesa.

Ashley parece tener a Sebastian en un pedestal. Es demasiado obvio que ha estado idealizándolo todo este tiempo porque está enamorada de él. Estoy seguro de que aún tiene una pequeña chispa de esperanza de que él la quiera para algo más…

Pero Sebastian es mi mejor amigo y lo conozco como a nadie.

Ya me había parecido extraño que se hubiera puesto de novio cuando supe de Becca y ahora confirmo que no sirve para las

relaciones. Sin embargo, Ashley está demasiado cegada por él para notarlo.

Ni mencionar todo lo que dijo de ella anoche, que apuesto a que ni se imagina.

–Escucha, Ash –digo, inclinando mi torso hacia adelante–, entiendo que estés enamorada de él y que él haya estado contigo antes que con ella. Pero eso es lo que Sebastian eligió, ¿entiendes? Eres mi amiga, te conozco y sé que has repudiado este tipo de situaciones desde siempre. Te mereces a alguien que *no te esconda* y que te respete, no alguien que te coja en una fiesta borracho sin importarle un carajo quién pueda llegar a mirar.

Ashley junta los labios y se queja. Finalmente, asiente.

–Él me dijo que va a cortar con ella –dice.

–¿Cuántas veces te lo ha dicho y en qué momento lo ha hecho?

Se queda callada. No tiene una respuesta porque, claramente, *esa es una maldita excusa de parte de Sebastian.*

–Sí, lo sé –enuncia con voz más suave y baja la vista–, tienes razón.

Exhalo profundamente e inclino la cabeza.

Entonces, se me ocurre hacerle otra pregunta.

–¿Nicole sabe sobre esto?

Nicole y Becca se llevan bien. Me ha dicho que le ha agradado desde el primer momento y que considera que podrían ser grandes amigas. Pero si ella estaba enterada de que Sebastian estaba engañándola con Ashley, eso la haría parecer bastante hipócrita.

Gracias a Dios, Ashley niega con la cabeza.

–Ella… sí cree que Sebastian está engañando a Becca –responde–, pero piensa que lo hace con mujeres *random*. No se imagina que yo

soy la otra... –Parece escucharse a sí misma, y repite–: Guau, soy *la otra*. Es la primera vez que lo digo en voz alta. Qué mierda.

Ambos lo somos.

Sacudo la cabeza para alejar esos pensamientos.

–Mira, Ash –hablo y respiro hondo–, como amigo, mi consejo es que lo dejes con Sebastian. Al menos hasta que él se decida a romper con Becca. No mereces ser la segunda opción de nadie.

Y mucho menos de alguien que te llama "puta" a tus espaldas.

Por un instante, considero ser honesto sobre lo que Sebastian dice de ella, pero cuando lo pienso bien, opto por mantener la boca cerrada. Por lo que Ashley ha dicho, él en serio le gusta, y descubrir que la llama "puta" solo va a hacer mierda sus sentimientos.

Y no tengo ninguna intención de herirla.

–Sí, bien –dice en un suspiro–, lo haré.

–Bien.

Ella esboza una sonrisa débil con los labios juntos y yo se la devuelvo. Me acomodo mejor en la banqueta y no es hasta que la veo cubrirse la boca que recuerdo la marca que tengo en el cuello.

–¡Ay, mierda! ¿Quién te hizo eso? –exclama, y percibo una sonrisa debajo de su mano.

Maldición, pensé que el buzo que me puse la ocultaría bien.

–¿Eh? –me hago el idiota y bajo la mirada hacia mi pecho, como si no entendiera de qué habla.

Puta. Madre.

Ashley inclina la cabeza hacia un costado y hace una mueca de "¿En serio crees que voy a comerme tu *acting* barato?".

–Veo que la pasaste bien anoche… –dice, sonriendo.

Le muestro el dedo medio y ella suelta una carcajada.

–Los mosquitos andan fuera de control en esta época –bromeo, sarcástico.

Mi amiga se ríe y niega repetidas veces con la cabeza.

–Ya, ya –suelta.

Sonrío y me muerdo el labio.

–Bueno, al menos ahora pareces estar de mejor humor.

Ashley sonríe con los labios apretados.

–Sí –afirma–. Gracias, Rhett, eres el mejor. No sé quién te haya hecho eso –señala con la cuchara mi cuello marcado–, pero es muy afortunada.

Sonrío lanzando aire por la nariz.

Si supieras, Ash.



Después de llevar a Ashley a su casa, paso por la mía, me visto con el uniforme de entrenamiento y agarro el bolso de juego.

Me dirijo al único lugar que sé que conseguirá calmar mi cabeza.

El club.

Es un sábado a las cinco de la tarde y está vacío. Nadie entrena a esta hora salvo los *gym rats* –que son tan fanáticos como yo y entrenan hasta los domingos– pero están en el gimnasio del primer piso, por lo que seguramente ni siquiera me los cruce.

Entro al club y saludo a los de la recepción, que a esta altura me ven más seguido que muchos de mis familiares, y me dirijo al que juraría que es mi hábitat natural.

La cancha de handball.

Antes, hago una parada en el buffet para comprar un sándwich y devorarlo en tres bocados. El café y el *croissant* que comí en la cafetería con Ashley no estuvieron ni cerca de llenarme. Además, necesito alcanzar las tres mil calorías que consumo a diario.

Lo bajo con unos cuantos sorbos de agua y prácticamente un golpe en el pecho.

Cuando estoy por sentarme en las gradas para vendar mi rodilla, diviso a Joseph hablando con un sujeto bastante mayor que he visto cientos de veces aquí antes.

Es un reclutador de la selección.

Termino de vendarme rápidamente y, nervioso hasta la médula, me acerco a ellos para saludar. Estoy sudando y ni siquiera he empezado a trotar.

En ese momento, mi entrenador me ve y deja de hablar con el reclutador. Ambos se callan y me saludan con la cabeza.

–Rhett –dice Joseph, y percibo una mínima sonrisa en su usual rostro serio cuando observa nuevamente al reclutador.

–Hola, ¿cómo va? –digo, y después de saludar a Joseph con un apretón informal, le estrecho la mano al reclutador–. Rhett Coleman –me presento–, gusto en conocerlo.

El reclutador toma mi mano e inclina la cabeza.

–Logan Price –comenta y le lanza una fugaz mirada a Joseph–, el gusto es mío, Rhett. Justo estábamos hablando sobre ti.

Abro la boca y alzo las cejas, mirando a mi entrenador. Él me sonríe cómplice. Sé que mi emoción está siendo demasiado evidente porque siento cómo mis mejillas me duelen por la manera en que estoy sonriendo.

–¿En serio? –consulto, mirándolos a ambos–. Espero que sea por algo bueno.

Logan y Joseph se ríen sutilmente.

–Bastante bueno, diría yo –habla mi entrenador y se cruza de brazos. Luego, se dirige a Logan–. ¿Lo ves? Te dije que este lunático entrena hasta los fines de semana.

Suelto una carcajada.

–Me gusta aprovechar el tiempo –digo, sonriendo.

–No sé si se montará un equipo imaginario en la cabeza y jugará con ellos… porque, como verás, la cancha está vacía. No hay ni un alma y este chico –Joseph me señala con el dedo– entrena como si debiera jugar la Final del Mundo al día siguiente.

Logan asiente con la cabeza mientras sonríe.

–Ey –me defiendo–, Messi no llegó a ser el mejor del mundo jugando Candy Crush todo el día.

Finalmente, el reclutador parece no aguantar la carcajada y se ríe con ganas.

Hice reír a un reclutador de la selección.

Punto para mí.

–Bien, bien –dice Logan–, me gusta ese espíritu.

Curvo los labios en una sonrisa leve y asiento. Se genera un silencio mientras mi entrenador y Logan comparten una mirada que me deja en claro que soy el único ajeno a lo que está sucediendo.

Después, ambos me miran y Joseph es quien habla:

–¿Cómo te ves en un entrenamiento de prueba con la selección?

El latido acelerado en mi pecho me indica que estaba listo para escuchar cualquier cosa, excepto eso.

–¿Qué? –suelto, casi sin aliento.

La sonrisa de oreja a oreja que tengo en el rostro habla por sí sola.

–Te hemos estado observando –toma la palabra Logan–, desde hace… bastante. El otro día, en el entrenamiento de muestra, demostraste claramente que mereces una oportunidad. Así que estamos dándotela. Siendo franco, hemos querido seleccionarte hace tiempo, pero…

–Te fracturaste –termina mi entrenador.

Abro la boca. La cierro enseguida y asiento varias veces.

La fractura-luxación de mi rodilla me jodió la oportunidad que tenía de entrar a la selección el año pasado.

Increíble.

–Sí –digo, y mi cabeza empieza a recordar el martirio que viví cuando no podía jugar… y cuando creí que no volvería a hacerlo nunca más–, fue un año duro. No pude pisar la cancha por más tiempo del que pude soportar.

Mi entrenador me regala una mirada medio de lástima.

–Eso es algo de lo que debemos hablar en la entrevista –prosigue Logan–, ah, porque tendrás una entrevista, olvidé decírtelo. Después Joseph te dará toda la información. –Mi entrenador dice "por supuesto"–. Aunque sé que has dado cientos de entrevistas a lo largo de estos años, así que no creo que sea un problema para ti.

–En lo absoluto –comento enseguida–. Estoy acostumbrado.

–Genial.

Entonces, Logan baja la vista hacia mi rodilla recién vendada. Trago saliva. No quiero que mi hueso y mis ligamentos de mierda vuelvan a joder mi sueño desde que agarré una pelota de handball por primera vez.

–¿Siempre debes vendártela? –pregunta entonces.

–Sí –afirmo–, el fisioterapeuta básicamente me sentenció a hacerlo. Pero ya está recuperada. Completamente.

Joseph y yo nos miramos de reojo. Carraspeo.

A ver, no estoy mintiendo. Mi rodilla ha mejorado enormemente y me permite hacer cualquier cosa, aunque siempre tenga que llevarla vendada.

Sin embargo, comprendo esa mirada de parte de mi entrenador.

Sé que está preocupado por las veces que debí salirme de los entrenamientos porque el dolor era insoportable. Incluso me sucedió en el entrenamiento de muestra a la selección, y estoy seguro de que a eso se debe la pregunta de Logan acerca de mi recuperación.

Pero ya estoy recuperado. Me he mentalizado que tendré que vivir con ese dolor constante y no hay nada que pueda hacer al respecto.

Prefiero eso a renunciar al handball para siempre.

–Bien, perfecto –dice Logan después de unos instantes en silencio–, entonces dejaré que Joseph te informe sobre todo lo que necesitas saber. Y, pues, nos estaremos viendo.

Sonrío y afirmo con la cabeza.

Logan se despide luego de saludarnos y, finalmente, puedo respirar hondo.

Aún no puedo creer lo que acaba de suceder.

–Mierda, me va a dar un maldito paro cardíaco –suelto, apoyando la mano sobre mi pecho.

Joseph lanza una carcajada.

–Felicitaciones, Rhett –dice, y me da una palmada en el hombro–. Te lo mereces.

Suelto un suspiro brusco y esbozo una sonrisa enorme.

Minutos más tarde, cumplo con el objetivo por el que vine aquí en primer lugar y me pongo a entrenar solo. No dejo de sonreír como un idiota durante toda la hora y media que paso aquí.

Por fin, dejo de pensar en Becca.

Por fin, dejo de pensar en Sebastian.

Por fin, *dejo de pensar*.

Y lo único en lo que puedo enfocarme es en el handball.



25

BECCA

ME MUERDO LA UÑA MIENTRAS ESPERO A QUE EL PROFESOR DIGA MI NOMBRE.

Entregué el informe de Psicología de la Salud hace dos semanas y, a pesar de que aprobé el examen, esta nota es mucho más importante.

Tanto, que tuve que venir a buscarla porque no la subieron al campus.

Estoy rezándole a todos los santos que conozco y siento que el corazón se me saldrá del pecho. *Por favor, por favor, por favor*, murmuro sin parar observando al profesor –que no suelta una sonrisa ni aunque se lo rueguen– que está entregando los informes uno por uno y dando devoluciones frente a toda la clase.

Ha sido muy rudo con algunos, pero estos se lo han tomado… bien, creo. No se han ido corriendo del aula llorando, por lo menos.

Pero sé que yo no podría tomarlo así de bien ni en broma, menos que nada sabiendo todo lo que he trabajado en ese informe y lo mucho que me he esforzado.

–Rebecca Moore.

Ay, mierda.

Me levanto casi de un salto de mi asiento y bajo las escaleras para encontrarme con el profesor a mitad de camino. Intercambiamos una mirada –sé que la mía revela *terror*– y me entrega el informe de más de veinticinco hojas por el que no he dormido por días.

–Increíble trabajo –dice entonces.

Bajo la vista hacia las hojas.

Veo la nota.

A.

Mi corazón se detiene.

Miro al profesor otra vez.

Él me regala una reverencia con la cabeza.

Miro de nuevo la nota boquiabierta.

Me quedo mirándola como una estúpida como si fuera a desaparecer.

No. Puede. Ser.

Tengo una A.

¡Tengo una A!

Me cubro la boca cuando creo que voy a gritar y mis ojos se llenan de lágrimas de alegría. *No lo puedo creer.*

El profesor nota mi emoción y *me parece* percibir una sonrisa leve en su habitual cara de perro.

–L-le… le agradezco mucho –titubeo aún sin saber cómo controlar mi felicidad.

Salgo del aula enseguida y, en el pasillo, finalmente me permito lanzar un grito agudo y saltar con el informe en la mano. Vuelvo a mi semblante de estudiante seria cuando me encuentro con otros profesores y los saludo con una inclinación de cabeza.

Sigo sonriendo desde que salgo de la universidad hasta que me subo al bus de camino a mi apartamento para tomar una merecida siesta. En el corto viaje, hablo con Jack y Harper y les cuento de la nota. Festejan conmigo y me *obligan* a que salgamos este fin de semana. Me rio sola en el bus y termino aceptando.

Los nervios por saber qué nota había obtenido en Psicología de la Salud han mantenido mi cabeza ocupada desde…

El fin de semana pasado.

Por lo que ahora, con mi mente en calma, todos los pensamientos que he estado conteniendo se liberan.

Observo por la ventana del bus y mi conciencia se toma unos cuantos minutos para divagar acerca de lo que sucedió en la fiesta de Liam.

He tratado de no pensar mucho en eso desde aquella noche con Rhett, cuando me fui de allí menos de veinte minutos después. No pude soportarlo. La culpa me consumía tanto que, en el momento en que vi a Sebastian, apenas pude quedarme con él.

Sobre todo, porque sé que Rhett nos vio.

Porque cruzamos miradas.

Porque lo vi beber un vaso de vodka casi puro después.

Desde entonces, no ha habido una sola noche en la que Rhett no se apodere de mis sueños. Lo he imaginado besándome de la misma manera de aquella noche, sus manos recorriendo cada centímetro de mi piel, acariciándome hasta hacerme perder la razón.

Y eso es aún peor. Me hace sentir una peor persona.

La culpa debería ser suficiente para terminar con esto de una maldita vez por todas, para hacerme entrar en razón y entender que lo que he estado haciendo, lo que *hemos* estado haciendo, está

completamente *mal*. Y juro que la siento. Cada vez que pienso en Rhett, me dan ganas de abofetearme a mí misma por no ser capaz de parar.

Por Dios.

Es el mejor amigo de mi novio.

Me he estado repitiendo esa frase una y otra vez durante todos estos días, y eso solo aumenta mi dolor de cabeza.

La buena nota que conseguí hoy ha mejorado muchísimo mi humor, pero aún está presente en mi cabeza esa vocecita que me grita que no sé qué estoy haciendo ni por qué he estado actuando de esta forma.

Estoy en una relación hace, ahora, nueve meses. Sebastian y yo hemos cumplido mes hace una semana y he estado sintiendo cosas por su amigo todo este tiempo.

Y me siento mal. Me siento *horriblemente* mal.

Aunque tampoco puedo evitar pensar que nuestra relación ha ido de mal en peor desde la noche en que conocí a su grupo de amigos.

Algo cambió ese día.

O, mejor dicho, algo cambió la noche anterior a ese día.

Cuando discutí con un extraño en una discoteca.

Un extraño tan irritante como atractivo que se mantuvo en mis pensamientos más tiempo del que me gustaría admitir.

Ese mismo extraño resultó ser el mejor amigo del hombre con el que estoy en una relación.

Y es el mismo hombre que está haciéndome querer terminar con ella.

Cada vez que recuerdo esa discusión en la discoteca, me doy cuenta de que fue el inicio de todo.

Su mirada desafiante, su sonrisa arrogante, su presencia imponente... Todo en él me sacaba de quicio y, al mismo tiempo, me atraía de una manera que no podía entender. Y ahora, cada vez que estoy cerca de Rhett, siento una chispa de electricidad recorrer mi cuerpo.

Es como si mi piel reconociera la suya, como si mis pensamientos se volvieran caóticos cada vez que él está cerca.

Mientras camino hacia mi apartamento, recuerdo sus ojos azules clavados en los míos, la forma en que me sostuvo cuando casi caí, su piel cálida y sus manos suaves sobre mí.

Cada detalle vuelve a mi mente: el calor de su cuerpo junto al mío, el leve roce de sus dedos recorriendo mi espalda, la intensidad de su mirada, y el magnetismo que parecía atraerme irresistiblemente hacia él.

Esos momentos se han quedado grabados en mi memoria, repitiéndose una y otra vez en mi mente.

Y cada repetición aumenta mi confusión, mi culpa, y mi deseo.

La buena nota en Psicología de la Salud debería haber sido un motivo de celebración, un *alivio*. Pero en lugar de eso, solo ha liberado más espacio en mi mente para pensar en Rhett.

Cada vez que pienso en él, mi corazón late más rápido, mis pensamientos se vuelven más turbulentos…

Y mi culpa se intensifica.

Y eso me asusta.

Me asusta porque, a pesar de todo, no puedo dejar de pensar en él.

Al llegar a casa, suelto mi bolso lleno de libros y cuadernos en el sofá como si fuera una carga pesada, y me encamino rápidamente

hacia mi habitación. Me estiro, me trueno el cuello y siento cómo la tensión acumulada en mis músculos y las pocas horas de sueño de los últimos días empiezan a cobrar su precio.

Con un suspiro, me dejo caer en la cama boca arriba. Estoy exhausta, estresada y tan aliviada como preocupada. Mi mente se agita mientras lucho por ignorar los ecos de mi conciencia.

Me viene a la mente lo que Freud dice acerca del subconsciente y la culpa, cómo las tensiones no resueltas se filtran en nuestra conciencia y crean un peso invisible que se hace sentir en los momentos de descanso… como este.

Me apasiona el psicoanálisis y considero las palabras de Freud casi *sagradas* para mí. He comprobado sus teorías más de una vez y creo que tienen sentido, al menos para entender mi propia mente.

Trato de dejar de pensar en Rhett, en Sebastian, en mi noviazgo, y centrarme en la paz que me da saber que he aprobado Psicología de la Salud.

Saber que cada vez estoy más cerca de convertirme en psicóloga como lo era mi padre me llena de orgullo, saber que todo el esfuerzo y la dedicación, las pocas horas de sueño, las noches interminables en el bar, están dando frutos…

Me hace desear que papá esté aquí, viendo lo que estoy logrando, viendo que estoy siguiendo sus pasos y que el amor que demostraba por su profesión ha provocado el mismo amor por esta carrera en mí.

Estoy muriendo de sueño, pero también estoy inspiradísima. Por eso, tomo la libreta que él me regaló y una pluma, y uso el señalador para dirigirme hasta la última página que he escrito.

Escribo mis pensamientos, mis emociones y lo que he estado sintiendo estos últimos minutos acerca de mi papá, de mi carrera y de la A en Psicología de la Salud. Confieso que alguna que otra lágrima se escapa de mis ojos cansados mientras escribo sobre él, como cada vez que pienso en él, en lo que hacíamos juntos, en las salidas a los parques o las horas y horas de juegos de mesa durante la noche.

Odio decir que ya casi no recuerdo su voz. Ha pasado más de una década desde su muerte y su manera de hablar se ha ido borrando de mi memoria lentamente.

Sin embargo, algo que recuerdo patente de él, de su voz, de su forma de hablar, y que –casi– me es suficiente para no extrañarlo tanto…

Es cómo me llamaba.

Becksie.

Nadie me decía así. Ni antes cuando aún seguía vivo, y mucho menos luego de su fallecimiento. Él era el único.

Yo odiaba ese apodo en ese entonces, cuando era una niña.

Hoy en día, desearía que todo el mundo me llamara así.

Pero no lo hacen, por supuesto. Porque, además de mi madre y algún familiar cercano, nadie más sabe que mi padre me decía así.

Dejo de escribir de golpe cuando recuerdo la dedicatoria de esta libreta.

Rápidamente me dirijo a la tapa y la leo.

Alzo la vista y mi mirada se clava en un punto en la pared, pero mi cabeza empieza a recordar la mañana en que me desperté en esta misma cama…

Junto a Rhett, que dormía a mi lado.

La noche anterior fue cuando leyó mi libreta.

Leyó el poema que le escribí…

Y eso significa que también leyó la dedicatoria.

Así que, me corrijo, *sí* existe alguien más que conoce el apodo con el que papá me llamaba.

Y es la misma persona que no ha salido de mi cabeza en todo este tiempo, a quien le he escrito más versos en estos últimos tres meses que a cualquiera en estos años…

Y quien me ha vuelto *loca* desde el momento en que lo conocí.

Tanto en el buen como en el mal sentido.

Suelto un suspiro, meneo la cabeza y borro esos pensamientos. Continúo escribiendo lo que se me ocurre, de forma espontánea como siempre y, cuando finalmente siento que he liberado una carga, tomo aire profundamente con los ojos cerrados y espiro con lentitud.

Luego, dejo el bolígrafo en la mesa de noche y leo lo que he escrito.

La última línea se la he dedicado específicamente a papá.

Y sabes que no soy fiel creyente de la vida después de la muerte, pero, si estás viéndome ahora, espero que te sientas tan orgulloso de mí como yo lo estoy.

Antes de guardar la libreta, escribo una última cosa:

Te ama,
Becksie.



Suelto una carcajada que podría haberse oído en todo el bar y tiro la cabeza hacia atrás. Harper también ríe y Jack se encoge de hombros.

Creo que mi amigo aún no comprende lo divertidas que son sus anécdotas, a pesar de que Harper y yo estemos prácticamente llorando de la risa desde que comenzó a contarnos todo el drama con su ligue que, y cito a Jack, "todo en él gritaba *igay, gay, gay!*, pero resultó ser más heterosexual que Becca".

A ver, soy heterosexual, pero tampoco es que no esté abierta a sentirme atraída por una mujer. El caso aquí es que Harper es completamente lesbiana, Jack, completamente gay, y yo… bueno, siempre he estado con hombres.

Por lo que, sí, técnicamente soy la heterosexual del grupo.

–Es que yo les juro –prosigue mi amigo– mi radar gay siempre funciona bien. No puedo creer que le haya errado esta vez.

–¿"Radar gay"? –repito, entre risas.

Jack asiente, totalmente seguro, como si fuera lo más serio del mundo.

–Como con Harper –dice, señalando a nuestra amiga que está sentada a su lado bebiendo una cerveza.

Ambos están del otro lado de la barra en donde estoy yo.

Ella se señala a ella misma y alza las cejas.

–¿Y yo qué tengo que ver? –replica, riendo.

–Que cuando nos hicimos amigos yo estaba segurísimo de que tú eras lesbiana –responde Jack, señalándola con el índice–. Lo huelo. No es broma.

–Ey –digo, aún riendo. Mi amigo me clava sus ojos avellana–, tu radar gay jamás me ayudó a mí. Nunca me olvidaré cuando en el

último año de preparatoria le confesé mi amor a Conall Hamilton y él *literalmente* me dijo "Ay, preciosa, tú y yo pateamos para el mismo arco".

Los dos rompen en carcajadas y yo me quedo mirándolos con un intento de expresión seria, pero también luchando por contener la risa.

Estoy a punto de continuar con mi reproche cuando veo que llegan más clientes y se sientan en la mesa siete.

–Solo te salvas esta vez porque tengo que hacer mi trabajo –lo amenazo a Jack, apuntándolo con el bolígrafo que usaré en un instante para anotar los pedidos de la pareja que acaba de llegar.

–Vaya nomás, *barwoman hot* –dice con tono alto Harper y yo rodeo la barra para dirigirme a la mesa siete. Les enseño el dedo medio a ambos cuando Jack le sigue el juego y me chifla como piropo.

En días de semana como hoy, Oasis está vacío –esa es la razón por la que mis amigos vinieron a verme– a excepción de algunas pocas personas que deciden venir a tomar un trago para cortar la semana y atravesarla como mejor se pueda. Casi siempre son los mismos clientes. Hombres y mujeres de negocios, oficinistas, y algún que otro estudiante que –juro que lo entiendo– necesita calmar el estrés de la universidad.

No había visto a esta pareja antes y, cuando los atiendo, noto un ligero acento sureño que me hace creer que están de paseo. Los Ángeles es uno de los lugares más turísticos de California y no son pocas las veces que me cruzo con personas de otros estados o incluso otros países.

Les tomo la orden después de recomendarles nuestro trago estrella, el Angeleno Luxe, y les digo que enseguida les traeré lo que pidieron. Voy hasta la barra y, mientras Harper y Jack ven algo en el teléfono de ella, preparo los tragos que la pareja de sureños simpáticos ordenó.

Estoy mucho más tranquila ahora que estoy con mis amigos. Pasar un buen rato con ellos me ha ayudado muchísimo a dejar de pensar en todo el asunto que me ha tenido inquieta desde el fin de semana.

–¿O no que es bellísima? –me pregunta Harper, girando su teléfono hacia mí para enseñarme la pantalla.

Termino de batir la coctelera, vierto el contenido en la copa y me inclino hacia adelante para ver lo que me está mostrando.

Es una foto de una chica de cabello ondulado y oscuro, unos ojos miel que resaltan por la luz de donde fue tomada la foto y una camiseta *oversized* de color azul.

–Guau, sí, es bellísima –coincido con Harper sin titubear–, ¿ella es la que entrena contigo?

Mi amiga asiente con una sonrisa.

–He guanteado con ella unas cuantas veces –dice orgullosa la boxeadora profesional–, y tengo que admitir que, como con nadie, sí me ha costado ganarle.

Me rio.

–Pues es la indicada, amiga –digo.

Jack me da la razón.

Termino de preparar los tragos y los llevo a la mesa siete. Se los entrego a la pareja y les aviso que sus hamburguesas ya están en camino. Me agradecen con una sonrisa. Aprovecho para limpiar la

mesa cinco y debajo de una de las copas me encuentro con mi propina.

Veinticinco dólares. Bastante bien.

Adoro los días de semana en Oasis. No hay mucha gente, no tengo que andar a las corridas y, lo mejor de todo, la mayoría de las propinas que recibo son buenas.

–¿Y qué hay de ti? –me pregunta Harper, señalándome con el mentón cuando vuelvo a posicionarme detrás de la barra.

Seco una copa y la guardo en el portacopas.

–¿Yo? –repito–. Aprobé Psicología de la Salud.

–Eso ya lo sabemos –dice Jack–, y ya te hemos dicho que saldremos este fin de semana para festejar. Y nosotros invitamos –se señala a él mismo y a Harper.

–Nos referimos a todo lo del idiot… Perdón –se corrige–. Lo de *Sebastian*.

Pongo los ojos en blanco y me apoyo sobre mis antebrazos en la barra para clavar mi mirada en ellos.

–Todo está… eh, bien.

–*Pf* –bufa Jack–, tan convincente.

–¿Algo de lo que no nos hayamos enterado…? –consulta Harper alzando las cejas repetidamente.

Se me viene a la cabeza la fiesta de Liam.

Rhett besándome.

Yo yéndome con Sebastian luego.

Sacudo la cabeza, necesito dejar de pensar en eso. No quiero que el dolor de cabeza regrese.

–¿Qué onda con el sujeto ese? –dice Jack–. El amigo del *susodicho* que está buenísimo. –Chasquea los dedos como si

intentara acordarse del nombre–. ¿Sett?

–Rhett –lo corrijo con la vista gacha.

–Ese –suelta Harper–. ¿Alguna novedad?

–¿Novedad? –repito, tan extrañada como nerviosa–. ¿Qué novedad podría haber con el mejor amigo de mi novio?

–¿No dijiste que Sebastian y tú ya no eran novios? –toma la palabra Jack.

–No –niego enseguida–. Dije que casi no hemos hablado en estos días –le dejo en claro–, pero técnicamente seguimos juntos.

–Para mí –comenta Harper– no hablar en más de dos días es una manera implícita de decir "cortamos y no quiero verte nunca más". Es decir, ¿a qué clase de chico no le interesa saber qué ha hecho su novia en el día? Al menos para saber cómo está…

–¡Ay, no! –exclama Jack y ambas lo miramos. No somos las únicas del bar que lo hacen–. No me digas que te ghosteó.

–¿Qué? No –aseguro–. En realidad… –suspiro–. En teoría, yo soy la que no ha estado hablándole. Pero, bueno, él tampoco se ha preocupado tanto. Honestamente –prosigo–, creo que le da totalmente igual.

Resoplo y me rio de mí misma.

Sí, sí, qué risa.

–¿Y por qué no le cortas si su relación *claramente* ya no da para más? –quiere saber Harper.

Mis amigos se callan, esperando una respuesta con impaciencia.

–Voy a cortar con él –contesto, comentándoles lo que he estado considerando hacer desde lo que sucedió con Rhett la primera vez, en su vehículo–, pero no lo haré por chat. No tenemos quince años. Somos adultos y tenemos que actuar como tales. El problema es

que, si no he hablado con él por chat, mucho menos he podido hacerlo cara a cara.

Mis mejores amigos se miran de reojo, cómplices. Me parece que estoy perdiéndome de algo.

–¿Qué? –pregunto.

Harper es la que decide hablar:

–¿Es por el tal Rhett?

Esa pregunta se siente similar a una bofetada en la cara.

–¿Eh?

–Desde lo que nos has contado esa tarde en el café –agrega Jack, refiriéndose a la tarde en que les conté que Rhett se había quedado conmigo toda la noche porque yo estaba ebria y sola–, lo que… *no sucedió* –remarca las dos últimas palabras– entre Rhett y tú, tu relación con Sebastian se ha ido jodiendo. Bueno, no es que no nos haya parecido que su relación ya estaba jodida desde incluso antes que te presentara a sus amigos, pero…

–No –niego rotundamente–. No –enfatizo–. No es por "el tal Rhett". Es decir, no. No es culpa de Rhett.

–¿"No es culpa de Rhett"? –repite Harper, sonriendo con picardía. Mi amigo se le une–. ¿Qué carajos ha estado pasando entre ustedes?

Por suerte, soy salvada por la campana. O sea, el pedido de la mesa siete ya está listo.

–Esta conversación no termina aquí –me amenaza Jack mientras me dirijo a la cocina para agarrar las hamburguesas y colocarlas en la bandeja.

–Sí, sí –digo con sarcasmo, haciendo un ademán de desinterés con la mano.

Dejo la bandeja en la barra y preparo una segunda ronda de tragos para la pareja sureña. Ignoro las miradas curiosas de mis amigos y, cuando finalmente termino de prepararlos, alzo la vista hacia ellos.

Sin embargo, mi mirada se detiene hacia detrás de ellos.

A la entrada de Oasis.

Por donde ingresan mi *todavía* novio.

Y el resto de su equipo de handball.

–Mierda –maldigo entre dientes.

Mis amigos se giran hacia donde estoy mirando y abren los ojos de par en par cuando vuelven a mirarme.

Yo no los miro.

No puedo.

Porque mis ojos están clavados en Rhett.

Quien me ha estado observando desde el instante que cruzó la puerta del bar.



26

BECCA

Los compañeros de equipo de mi novio se sientan en las banquetas frente a la barra, y es allí cuando finalmente reacciono.

Todos los presentes del bar giraron la cabeza para mirar a los siete simios que entraron gritando y saltando, bien vestidos y con la actitud de que se comen el mundo.

Me dirijo hacia Sebastian cuando se sienta a unos metros de donde yo estoy, pero él o no me ha visto, o bien no le interesa saludarme. Está demasiado ocupado riendo a carcajadas con el pivote del cual no recuerdo el nombre.

Observo a mis amigos, quienes lucen unas muecas de disgusto en el instante que uno de los jugadores se sitúa al lado de Jack, dejando una banqueta libre entre ellos, casi empujándolo por la euforia.

De repente, toda la barra está repleta de hombres con físicos atléticos y una emoción apenas contenida.

¿Qué pueden estar festejando… un martes?

Pongo todo de mí para no mirar a Rhett, quien aún no se ha sentado.

Entonces, Sebastian por fin parece notarme.

–Seb, hola –digo, medio titubeando.

Pero, en lugar de saludarme, sacude la mano y suelta:

–Tráenos tus mejores tragos –ni siquiera me mira cuando lo dice, solo sigue riéndose con quien creo que es el arquero.

Abro la boca con incredulidad. Les echo un vistazo a mis amigos, que están viendo la escena en la que claramente estoy siendo ignorada por completo. Ellos fulminan a Sebastian con la mirada –quien, está de más decir, ni siquiera los ha saludado– y yo aprieto los puños y la mandíbula.

Contrólate, Becca. No quieres perder tu trabajo.

Solo Liam y Connor me saludan con una sonrisa y un beso en la mejilla, y creo que notan la manera en que Sebastian acaba de hacer como si no me conociera frente a *todos sus amigos* porque su mirada revela cierto ápice de lástima.

Tomo una gran bocanada de aire, cuento mentalmente hasta diez y me obligo a tranquilizarme. No puedo hacer una escena aquí.

Así que, sintiéndome una criada atendiendo a la realeza, me doy la vuelta y tomo el medidor y la coctelera, además del ron, el vodka, licores de diferentes sabores y el whisky, y me dispongo a preparar los tragos con la boca cerrada.

Agarro las bebidas con más fuerza de la necesaria y mis nudillos se vuelven blancos cuando sirvo el alcohol.

Harper y Jack no dejan de observarme como si esperaran alguna reacción de mi parte. Me conocen perfectamente. Yo *reacciono*. Ante

situaciones como estas, no me tardaría ni un minuto en mandar a todos a la mierda.

Pero no lo hago, porque insultar a clientes que encima beberán los tragos más caros que ofrecemos sin duda me costará mi empleo.

No digo nada, pero mis ojos lo expresan todo cuando observo a mis amigos.

Mientras bato la coctelera con los dientes apretados, me percato de que la banqueta que está al lado de Jack sigue vacía.

Al menos hasta que Rhett atina a sentarse luego de haber estado de pie hablando con Connor.

Mierda, ¿en serio era necesario que se sentara al lado de mi amigo?

¿En serio tenía que colocarse tan cerca de donde yo estoy?

–Disculpa, ¿está ocupada? –le pregunta Rhett a Jack.

Mi amigo parece *hipnotizado* por él. Incluso percibo un hilo de baba que cae por la comisura de su labio.

Niega con la cabeza, sin poder hablar.

Rhett asiente y le regala una sonrisa simpática. Luego, me ve y me saluda con una inclinación de cabeza leve, aunque enseguida desvía la vista. Su actitud es mucho más tranquila que la del resto del equipo y no sé si se debe a que intenta contenerse, o que los demás están exagerando sobre… lo que sea por lo que estén festejando.

Jack me mira con los ojos abiertos como platos y la mandíbula por poco tocando la barra. Luego, vuelve a mirar a Rhett.

Él viste una camisa blanca lisa y un jean *oversized* oscuro con un cinturón de Louis Vuitton. Su cabello está ligeramente húmedo, como si acabara de salir de ducharse, y sus mechones negros

rebeldes caen desordenados sobre su frente, haciendo un contraste perfecto con sus ojos azules.

Por Dios.

¿Por qué se me ha cortado la respiración así de rápido?

Está *precioso*.

No, está *increíblemente* precioso.

Siento cómo mi corazón se acelera por tan solo verlo.

Creo que estoy en un lío mucho más gordo de lo que había pensado.

Mis ojos se clavan en los suyos y mi cuerpo reacciona inmediatamente, transportándome al fin de semana que tanto he querido quitarme de la cabeza.

Pero no pude entonces, y mucho menos ahora con Rhett frente a mí.

El recuerdo de esa noche se me viene a la mente al instante.

Las manos que me acariciaron con ternura ahora reposan sobre la barra. Recuerdo claramente sus brazos musculosos que me envolvieron con fuerza mientras nos besábamos, su calor reconfortante contra mi piel, y sus ojos azules que me miraron con una pasión que casi podía sentir palpitar en el aire esa noche.

Tomo grandes bocanadas de aire y parpadeo repetidamente. Estoy transpirada y acalorada, y el sudor se ha acumulado en mi nuca solamente por ver a Rhett.

Carraspeo. Ambos desviamos la vista. Él, la dirige hacia Connor, que está sentado a su lado y no tarda en hablarle como si necesitara que se uniera a la conversación. Yo vuelvo a mi trabajo de *barwoman* y continúo preparando los tragos.

Sin embargo, alzo la mirada disimuladamente, otra vez, cuando lo oigo hablar.

–Perdona si te empujaron –le dice Rhett a Jack, tocándole amistosamente el brazo con el codo–, somos demasiado malos controlando la euforia y, sí, a veces parecemos unos idiotas.

Jack parece estar viendo a un dios griego por lo mucho que brillan sus ojos. Y porque *no habla*. Harper lo nota y le da un empujón disimulado para que reaccione.

–Ah, *pf*, sí, no pasa nada –suelta él, restándole importancia, aunque juraría que solo es porque fue Rhett el que le pidió disculpas–. Hombres deportistas. Todo un espécimen de bárbaros.

Rhett ahoga una carcajada, Harper se ríe abiertamente y yo contengo una sonrisa.

–Me gustaría decir que no soy parte de ese "espécimen de bárbaros" –comenta Rhett con tono burlón–, pero lo he sido desde que tenía cinco años. Técnicamente soy el prototipo.

Jack suelta una risa y no tarda en presentarse.

–Jack Evans –dice, extendiéndole la mano, simulando una presentación formal.

Rhett sonríe y responde al apretón.

–Gusto en conocerte –responde.

–Y ella es Harper Scott –Jack señala a mi amiga y se mueve un poco para que Rhett pueda verla.

Ella lo saluda sacudiendo la mano y esboza una sonrisa leve.

–Rhett Coleman –se presenta.

Jack y Harper giran la cabeza inmediatamente hacia mí, boquiabiertos. Los insulto mentalmente porque no son *para nada* disimulados.

Leo en los labios de Harper un perfectamente articulado "Oh, por Dios, ¿él es Rhett?". Le clavo una mirada severa y me aclaro la voz bruscamente para que sepa que debe *detenerse*.

Es inútil porque, enseguida, Jack hace exactamente lo mismo, pero modulando un "¡Pero si está buenísimo!". Disimulo cuando me restriego el rostro mientras pienso en estrangular a mis amigos.

Rhett nota *todo* lo que está sucediendo entre nosotros tres, pero no dice nada. Solo percibo una sutil media sonrisa en sus labios cuando baja la cabeza, y niega.

Maldición.

No tardo en asesinar a mis amigos con la mirada.

Ellos aprietan los labios y se miran de reojo entre sí.

–¿Y qué festejan? –le pregunta Jack a Rhett, queriendo continuar con la conversación.

Arqueo las cejas y abro los ojos cuando lo oigo. La idea era que cero con la conversación, no que siguiera hablándole.

–¿Ganaron un campeonato? –quiere saber Harper, inclinándose hacia adelante de Jack para acercarse a Rhett.

Han hablado más con él en estos cinco minutos que con Sebastian en toda nuestra relación.

–Aún no –contesta Rhett, luego de decirle "espera" a Connor, que estaba hablándole. Se voltea hacia Jack y prosigue–: Pero estoy seguro de que así será. Aunque no es por eso que estamos festejando. En realidad, la mayoría de los *especímenes de bárbaros* que ves aquí –Jack ríe cuando Rhett usa su frase sarcástica de hace un rato– hemos sido seleccionados para tener un entrenamiento de prueba con USA Team Handball, la selección nacional.

Apenas lo escucho, dejo de batir la coctelera y lo miro de inmediato.

–¿Entraste a la selección? –esa pregunta sale de mi boca sin siquiera darme tiempo a detenerla.

Si Rhett está sorprendido por mi interés, no lo demuestra.

Gracias a Dios.

Sin embargo, mis amigos sí lucen sorprendidos por mi inesperada pregunta descarada.

Después de lo que Madeleine Coleman me dijo durante ese entrenamiento de muestra, que ser parte del equipo era el sueño de Rhett desde que empezó a jugar al handball, una parte de mí realmente ha querido que lo consiguiera.

Y, aparentemente, lo ha logrado.

Y creo que mi emoción por eso ha hecho que me olvidara, por un segundo, que debía mantener cierta distancia con él.

–No exactamente –contesta Rhett, mirándome a los ojos. Un brillo inesperado ilumina los suyos. Al percatarse de cuán expresivo está siendo, baja la vista y se aclara la voz–, es un entrenamiento con ellos y luego seleccionarán a los que consideren los mejores para unirse al equipo.

Entonces es básicamente un hecho que entrará.

Por suerte, solo *pienso* en esas palabras.

–Ah, entonces –digo–, felicitaciones.

–Gracias –contesta con voz ronca, y asiente.

Se produce un silencio –solo entre nosotros, en realidad, porque el resto de los chicos están prácticamente *gritando*– que ruego que alguien rompa.

Harper y Jack alternan la mirada entre ambos. Es casi imposible no sentir la tensión que hay en el aire y está claro que ellos lo han notado mejor que nadie.

–Sebastian también ha sido seleccionado para la práctica –continúa Rhett con voz medio forzada, como si las palabras le ardieran en la lengua–, deberías felicitarlo.

Lo que sigue es un silencio tenso, y unos ojos azules claros clavados en los míos.

–Lo haré –contesto.

Trago saliva con dificultad. Rhett toma aire por la nariz, afirma con la cabeza y se endereza, apoyando la espalda en el respaldo de la silla y cruzándose de brazos.

Qué. Incómodo.

Termino de preparar los tragos que Sebastian me pidió –sin siquiera decirme "hola" antes– y me dirijo hacia él. Mi novio sigue riéndose con sus amigos, pero no me es difícil notar que la mayoría de ellos están intentando pasar completamente de él para unirse a la conversación de la que está formando parte Rhett.

Es evidente que es el *favorito*, que todos lo quieren y desean hablar con él. Decir que no es carismático, encantador y que llamaría la atención de cualquiera sería mentir.

Sebastian también es carismático, sí, pero su humor se basa en ridiculizar a los demás y hacer chistes a costa de ellos. Y eso, siempre, se vuelve demasiado tedioso en algún momento.

No sé qué se me pasó por la cabeza cuando me enamoré de él.

–Siete de los tragos más caros de Oasis –le digo a mi novio, sosteniendo la bandeja con las copas frente a él.

Aguardo a que me diga para quién es cada uno, pero él me hace el vacío. De nuevo.

Aunque sí recibo miradas del pivote, del arquero y de Connor. Este último tiene una expresión de indignación apenas disimulada al ver cómo su amigo me está ignorando con todas las letras de la palabra.

Lo miro y, compartiendo su incredulidad, ruedo los ojos. Él hace lo mismo.

Me agrada.

Me aclaro la voz con fuerza para que Sebastian note que estoy ahí parada… y muy molesta.

Entonces, finalmente, se gira bruscamente hacia la barra…

Y su codo impacta contra la bandeja que estoy sosteniendo.

Todo sucede en un instante: los tragos vuelan por el aire, el líquido frío me empapa desde la cabeza hasta los pies, y las copas caen al suelo, rompiéndose en mil pedazos.

–¡Mierda! –espeto, *tirando* la bandeja sobre la barra y dando un paso rápido hacia atrás para no pisar los cristales rotos.

De repente, todas las miradas del bar están sobre mí.

Sebastian se cubre la boca con los ojos abiertos como platos para ahogar la carcajada que se escapa de su garganta. Sus compañeros de equipo me observan, algunos con expresión de que están conteniendo la risa y otros con preocupación.

Mis mejores amigos no tardan en preguntarme si estoy bien e insultar a Sebastian en voz alta.

Sin embargo, el único que se levanta inmediatamente de su banqueta…

Es Rhett.

Sin perder un segundo, se mueve rápidamente hacia atrás de la barra y, luego de esquivar los fragmentos de vidrios en el suelo, llega a mi lado en un abrir y cerrar de ojos.

Ignoro todas las miradas sorprendidas y curiosas que tenemos sobre nosotros ahora mismo.

–¿Estás bien? –pregunta, a la vez que recorre mi cuerpo empapado para asegurarse de que no me he lastimado.

Veo hacia detrás de él.

Sebastian, cuya sonrisa se borró de su rostro en una milésima de segundo, nos mira fijamente. *Lo* mira fijamente. A él. A su amigo que vino corriendo a ayudarme después de que él provocara todo este desastre.

Desvío la mirada de sus ojos intimidantes, no antes de *asesinarlo* con los míos, y la regreso a Rhett.

–Sí –respondo, sacudiendo las manos hacia abajo para quitarme el líquido que aún cae por mi cuello y mis brazos–, maldita sea.

Tienen que pagar por todos estos tragos. En esa bandeja había más de tres mil dólares y todo terminó derramado sobre mí.

Ay, mierda, cuando mi jefe se entere de esto…

Enseguida, Harper y Jack rodean la barra y se acercan a mí. Rhett toma cierta distancia, dejando que mis amigos me ayuden.

–Ay, Dios, voy a *matarlo* –exclama Harper, con su mirada de acero sobre Sebastian. Luego, vuelve a mí–. ¿Tú estás bien?

–Sí, sí.

–¿No te cortaste? –consulta Jack, preocupado, alejándose de los vidrios e instándonos a Harper y a mí a hacerlo también.

–No, descuiden –aseguro–, estoy bien, solo empapada hasta las medias… y furiosa.

Sin más, esquivando las copas rotas, me aproximo a Sebastian.

–Vas a pagar por todos estos tragos –le hago saber.

Él sonríe y me mira de arriba a abajo. Entonces, saca su billetera y extrae unos cuantos billetes.

–Puedo darte el doble del total, si quieres –dice con superioridad, dejándolos en la barra de un golpe seco–. Ambos sabemos que te hacen falta.

Es como si me hubieran dado un golpe en la boca del estómago.

Me quedo boquiabierta y suelto aire, incrédula.

¿Qué ocurre con él?

¿Qué mierda acaba de decir?

¿Yo escuché bien?

Ignorando la horrible presión en el pecho que me generaron sus palabras despectivas, tomo una gran bocanada de aire y me digo a mí misma que, primero, debo tranquilizarme. Segundo, que su manera de actuar en este momento es solo porque… ¿cree que denigrando a su propia novia quedará como un *master* frente a sus amigos? Y tercero…

Que le cortaré. Aquí. Ahora.

Pero no antes de hacer que cierre la puta boca.

–Me das *lástima* –digo, mirándolo directamente a los ojos y apretando los dientes–. ¿Qué piensas? ¿Que rebajarme te hará más hombre? –Sebastian se muerde el labio con ironía y niega con la cabeza–. ¿O es que piensas que actuando como un idiota, tu *diminuto pene* finalmente crecerá?

La expresión arrogante en su rostro se desvanece de inmediato.

Sus compañeros de equipo se cubren la boca con la mano y lo miran con los ojos abiertos de par en par. Connor y Liam ahogan una

carcajada y, a mis espaldas, Harper y Jack sueltan un "uuuhh", como hacen los niños cuando discuten y uno dice algo que deja al otro sin palabras.

Rhett no está en mi campo de visión, pero cuando los ojos de Sebastian se desvían hacia mi costado, sé que está viéndolo a él. Giro la cabeza ligeramente en su dirección.

Se le nota a kilómetros que está conteniendo una sonrisa.

Mi novio vuelve a mirarme. Tiene la mandíbula apretada y sus ojos asesinos puestos en los míos.

Sí, yo soy la que está empapada de alcohol.

Pero él es quien ha sido humillado.

–¿Quién mierda te crees que eres? –espeta.

–Una mujer que te ha cerrado la boca –respondo, decidida–. Ah –continúo, ya atinando a darme la vuelta para dirigirme al baño y quitarme de encima todo este líquido–, y por si no aún no te has dado cuenta… Terminamos.

Camino hacia el baño simulando no oír los insultos que salen de la boca de Sebastian, y luego el impacto de la banqueta contra el suelo cuando se levanta. Una de mis compañeras de trabajo nota mi situación, y le pido por favor que me cubra durante un instante atendiendo a la pareja de sureños y llevándoles su pedido.

Mis amigos me acompañan y Harper entra conmigo al baño. Me trueno el cuello apenas me apoyo en el lavabo y dejo escapar un suspiro.

Mi amiga me mira y asiente, sonriendo con orgullo.

–Esa es mi chica.



27

BECCA

CUANDO REGRESO A LA BARRA, MIS COMPAÑEROS DE TRABAJO YA HAN juntado los vidrios del suelo y limpiado el alcohol derramado. Les agradezco y les prometo devolverles el favor. En teoría, la barra es mi espacio. Ellos, que solo se dedican a servir las mesas, no tendrían por qué limpiar el desastre en mi área de trabajo.

Pero son seres de luz, y me ayudaron.

Harper me prestó su buzo para que me quitara la camisa blanca empapada, por lo que ahora estoy casi desnuda debajo de este abrigo, solo con un sujetador, y he guardado la ropa mojada en mi bolso tan rápido como pude.

Por la ansiedad, algunas de las cosas que tenía adentro se me cayeron. Me tomó tiempo recoger todo y ruego no haber perdido nada.

Mi falda sigue húmeda. Secarla con el secamanos del baño ha sido bastante efectivo, pero no tenía el tiempo suficiente como para quedarme debajo del aire caliente y que se secara totalmente.

Además, tengo un hedor nauseabundo a varios tipos de alcoholes mezclados, y ni mencionar que mi cabello está tieso. Cualquiera que entrara al bar ahora, sin tener idea de lo que ha pasado hace diez minutos, creería que no me baño hace días.

Maldición.

Qué noche de mierda.

Lo único bueno es que, cuando vuelvo a mi puesto de bartender, la banqueta en donde estaba Sebastian está vacía.

Suspiro aliviada, al menos ese problema se ha resuelto por ahora.

Sé que no era el momento ni el lugar para terminar con él, pero lo que dijo… es realmente imperdonable.

Jamás en mi vida he permitido que nadie me denigrara de ninguna manera.

Y desde luego no permitiría que él lo hiciera ahora.

El dinero que había dejado Sebastian en la barra ya no está. Maldigo entre dientes. *Maldito imbécil*. Lo único que debía hacer era pagar por los tragos que él tiró sobre mí. Y no lo hizo.

Sin embargo, el resto del equipo, aparentemente, ha juntado el dinero y se lo ha entregado a Emily, una de mis compañeras, para pagar por los tragos y las copas dañadas. Les agradecí por todo. Me han salvado de una enorme.

Los amigos de mi exnovio están sentados frente a la barra como si nada hubiera ocurrido. Estoy segura de que Sebastian se largó del bar insultando a diestra y siniestra, pero nadie le siguió el juego a su berrinche.

Y, ahora, todos pueden aprovechar para hablar con Rhett sin que haya una mosquita molestando.

–¡Ey, ya estás seca! –intenta animarme Jack, quien ha vuelto a sentarse en donde estaba anteriormente.

Bufo, aunque una media sonrisa tira de mis labios. Hay que reírse de las desgracias propias, ¿verdad?

–Huelo a licor de durazno –digo, lanzándole una mirada severa.

Mi mejor amigo ahoga una carcajada, apretando los labios.

–Es un perfume muy caro –bromea.

Le enseño el dedo medio y él sonríe. Harper se coloca a su lado, de nuevo, y suelta aire por la boca ya un poco más calmada. Estaba furiosa hasta hace unos instantes. Literalmente quiso salir a buscar a Sebastian y usarlo como bolsa de boxeo.

Le dije que no valía la pena y, a regañadientes, me hizo caso.

–Puedo ofrecerles una mesa si prefieren, o si van a querer algo más además de los tragos –le digo al equipo de Los Ángeles Club.

Los (ahora) seis jugadores de handball me han estado mirando desde que regresé. Creo que me tienen lástima. O respeto. Honestamente, no descifro cuál de las dos.

Mis ojos se desvían hacia Rhett de manera involuntaria. Él me está mirando de una manera mucho más intensa que los otros cinco.

–Mmm… –piensa Liam, mirando a los demás como si buscara su aprobación.

–Podría ser, ¿no? –agrega Harry.

–Las chicas vendrán en un rato –dice Connor–, quizás sí necesitaríamos una mesa.

–Sebastian no volverá, ¿cierto? –pregunta el pivote. Todos dirigen la vista hacia él.

–Después de lo que le dijo… –comenta el arquero, señalándome sutilmente con la cabeza–... La verdad, no lo creo.

Sonrío con la vista gacha.

–Estoy enfrente de ustedes –les aviso lo obvio–, es inútil que disimulen.

Los cinco que están hablando se callan y me observan.

–Sí, cierto –prosigue el arquero. Tengo que averiguar su nombre, no puedo llamarlo "el arquero" todo el tiempo–, pues, eh… una mesa estaría bien, ¿verdad? –le consulta a sus amigos.

Rhett está viéndolos hablar sin comentar nada. Espera a que deliberen entre todos. Pero, finalmente, lo miran a él, aguardando por su opinión.

–Sí, obvio –dice, encogiéndose de hombros–, para hablar con Tyler debo gritar prácticamente, así que…

Sus amigos ríen y el arquero, cuyo nombre ahora sé que es Tyler, le da toda la razón.

–Okey, entonces… –les hago señas de que se levanten de las banquetas y los guío hacia una mesa de seis.

–Ah, en realidad –habla Connor, y me detengo para mirarlo–, necesitaremos una de… ¿diez? –le pregunta al resto del equipo.

Mejor dicho, a Rhett.

–Sí –contesta este–, las chicas me avisaron que ya están viniendo.

Las chicas.

¿Quiénes serán "las chicas"?

Me doy cuenta de que no le he quitado la vista de encima cuando cruzamos miradas. La bajo enseguida.

Carraspeo.

–Oh, bueno… –digo, examinando las mesas con sofás circulares destinadas para grupos grandes. Encuentro una vacía y les indico con la cabeza que me sigan–. Pueden sentarse aquí.

Intento sonreírles mientras alzo el brazo, señalando los sofás. Me agradecen y se distribuyen por los asientos disponibles. Connor y Harry se sientan juntos, Liam en un lado, el pivote –que, según escuché, se llama Sean– enfrente junto a Tyler, y Rhett… en el centro del sofá, rodeado por todos.

Está relajado, con el cuerpo desparramado y la camisa medio abierta. Esa imagen me distrae por un momento y tengo que sacudir la cabeza para concentrarme en mi trabajo.

Esta área no es de mi responsabilidad, así que Ethan, uno de mis colegas, se encargará de atenderlos y tomarles el pedido. Yo debo regresar a la barra y continuar preparando tragos.

–Ethan los atenderá en un seg…

–¡Buenas nocheees! –una voz femenina me sorprende desde atrás y me sobresalto.

Me doy la vuelta y me encuentro con tres chicas preciosas y vestidas con ropa de una marca que amo, pero en donde jamás he podido comprar ni una media por los precios ridículamente altos que tienen.

Una de ellas es la pelirroja de la discoteca, la que estaba… besándose con Rhett esa noche.

Tan solo recordar esa imagen me genera un nudo en el estómago.

Las otras dos son chicas que creo haber visto en el club alguna vez. Una morena y otra rubia. Una más hermosa que la otra y con un cuerpo que podría ser la envidia de cualquiera.

Las tres me hacen acordar a las Chicas Superpoderosas.

–Cómo va –dicen Liam y Tyler al unísono.

–Buenas nocheeees –responden con el mismo saludo que ellas Connor, Harry y Sean.

–Qué onda –saluda Rhett, inclinando la cabeza informalmente.

Se levantan de los sofás y yo me muevo incómodamente. Me siento como una intrusa en medio de su grupo. Me quedo un poco apartada con las manos juntas sobre el abdomen.

Al primero que saluda la pelirroja es a Rhett. Ella le da un beso en la mejilla…

No, le *succiona* la mejilla, y lo abraza luego. Las manos me duelen y solo entonces me percato de que estoy apretándolas con fuerza.

Las relajo, maldiciéndome a mí misma y desviando la vista de esa… escena.

–¡Felicitaciones! –le dice con emoción la pelirroja a Rhett–. Te lo mereces, *precioso*. Bueno, todos, en realidad, pero tú más que nada.

Precioso*.*

Precioso*.*

Precioso.

Rhett le sonríe radiantemente.

–Gracias, Cat –responde, *todavía abrazándola*–. Aún no puedo creerlo, mierda.

¿Por qué ese abrazo parece interminable?

¿Y por qué "Cat" sigue acariciándole el cuello?

Toso ligeramente y dejo de observarlos. Intimidada hasta la médula por las tres *modelos* que acaban de llegar, me acerco a ellos y digo:

–Bueno, yo… –titubeo y me miran, pero yo tengo la vista puesta en Rhett y Cat, que no parecen tener intención alguna de separarse. Él también me mira, aguardando a lo que sea que vaya a decir… *¿Qué carajos iba a decir?*–. Los dejo con Ethan –termino al fin–, él los atenderá en un momento. Que… que lo pasen bien.

Gruño por lo idiota que acabo de sonar y me largo antes de decir alguna otra estupidez. *Maldición, maldición, maldición.*

Me coloco detrás de la barra de nuevo, dispuesta a atender a los nuevos clientes que se han sentado cerca de mis amigos.

Por fin, ya soy capaz de respirar con normalidad.

Si Harper y Jack notan cuán inquieta estoy, no dicen nada. Pero sé que luzco tan nerviosa como me siento después de la aparición de esas tres chicas.

Mi vista se desvía hacia allá más veces de las que puedo contar. Una, y otra, y otra vez. Cientos de veces por minuto.

Observando a Rhett y a Cat.

Observando cómo ella está abrazada a él, apoyada en su pecho.

Y él se está riendo de lo que sea que ella esté diciendo.

Y yo siento que me estrujan el pecho cada vez con más fuerza.

No puede ser.

Estoy celosa.

Me molesta ver a Rhett abrazado a esa chica y riendo junto a ella.

–Mierda –murmuro, apartando la vista y suspirando.

La verdad me golpea como un mazazo.

No puedo soportar ver a Rhett con otra.

Incluso cuando yo he estado con otro todo este tiempo.



Me despido de mis amigos antes de cerrar el bar.

Es la una y cincuenta de la madrugada, estoy agotada, tengo sueño y lo único que quiero es llegar a casa para ducharme,

quitarme de encima este hedor horrible a alcohol, comer algo y dormir mil años.

Hoy –que ya es "mañana", en realidad– no tengo clases. Gracias a Dios. Los miércoles son mis días libres y los espero con ansias para dormir las horas que no puedo permitirme el resto de la semana.

Creí que hoy podría cerrar el bar antes, teniendo en cuenta que los días que no son fines de semana los clientes suelen irse temprano porque deben trabajar o estudiar al día siguiente.

Sin embargo, sí, la mayoría se ha ido, pero aún están aquí los jugadores de handball de Los Ángeles Club, que están festejando junto a esas tres chicas que parecen salidas de una agencia de modelos.

He pasado todas estas horas forzándome a mí misma a no mirar mucho en su dirección para no encontrarme con esa "situación" que tanto me ha molestado.

Rhett y Cat.

Seguían juntos hasta hace un rato, charlando y riendo como cuando ella apenas llegó. Desde mi puesto detrás de la barra, he observado cómo ella se inclina hacia él, cómo ríe a carcajadas por cosas que él dice y cómo lo mira, como si fuera a devorarlo.

¿Son amigos?

¿Hay algo más entre ellos?

¿Durmieron juntos alguna vez?

Esas preguntas se repiten en mi cabeza y solo logran que la presión que siento en el pecho se vuelva más agobiante. Quiero irme. O mejor dicho, quiero que se *vayan*.

El universo parece escuchar mis plegarias y, finalmente, el grupo de jugadores de handball se levanta de la mesa después de pagar la

cuenta. Finjo haber estado contando el dinero de las propinas que obtuve esta noche y, cuando quiero darme cuenta, los chicos se acercan a mí para saludarme.

Connor y Liam me dan un beso en la mejilla. Harry, Sean y Tyler me saludan sacudiendo la mano y Cat y las otras chicas me sonríen, aunque creo que se debe a que están un poco ebrias, ya que técnicamente no me conocen.

En el instante que Rhett atina a saludarme también, noto que les dice algo que no llego a escuchar y luego les hace un gesto con la mano para que se adelanten. Cat lo saluda con un abrazo y un beso en la mejilla que me hace tensar la mandíbula, y se va.

Gracias, Señor.

Trago saliva. Él se acerca a mí a pasos tranquilos y se apoya sobre la barra. Se queda allí, solo mirándome, con esos ojos azules claros que hasta recién habían estado sobre la pelirroja de la discoteca.

Tengo que cerrar en, exactamente, cinco minutos.

¿Qué quiere?

–Tengo que cerrar…

–¿Sales a las dos, como la otra vez? –me interrumpe.

Junto los labios. Guardo las propinas en mi bolso, lo cierro y me giro para verlo de frente. Intento no prestarle atención a sus bíceps marcados que se tensan bajo la tela de la camisa mientras sus antebrazos están sobre la barra.

–Sí –respondo.

Rhett se endereza un poco y no dice nada por un segundo.

–¿Te vas en Uber? –pregunta.

–Ajá.

Dios, estoy siendo cortante y es demasiado obvio que algo me sucede. Y sí, así es. Estoy molesta. ¿Molesta por verlo con Cat? Sí.

Y es una estupidez, porque ni siquiera tengo una razón.

Y eso me molesta aún más, maldición*.*

–¿Ya lo has pedido? –vuelve a preguntar.

–Aún no.

Ethan, Emily y otros de mis compañeros se acercan a mí para saludarme y desearme una buena noche. Todos miran a Rhett con el ceño fruncido, como diciendo "¿y este qué hace aquí todavía?". Acto seguido, se van.

–Te llevo –dice Rhett con tono suave pero seguro.

Niego con la cabeza y me desato el delantal con el nombre de Oasis bordado en el pecho y la etiqueta con mi nombre debajo. Lo dejo sobre la barra y tomo mi bolso.

–No hace falta –contesto, rodeando la barra para poder irme.

Él me sigue con los ojos hasta que quedo de su lado y camina junto a mí hacia la puerta. Me esfuerzo por parecer más tranquila de lo que me siento.

Cuando salgo, me cuelgo el bolso como mejor puedo y cierro Oasis con Rhett detrás de mí. Aunque no pueda verlo, siento el peso de su mirada en la nuca. Mi corazón se acelera aún más y un calor intenso me sube por el pecho hasta el rostro.

Por Dios, Rhett, ya lárgate.

Me volteo, tomo mi teléfono y entro a la app de Uber. Rhett se aproxima a mí de inmediato y su cuerpo imponente me hace desviar la vista de la pantalla.

Alzo la mirada. Me encuentro con la suya.

–Por favor, Becca –dice–, no podré estar tranquilo si sé que te vas sola en Uber a esta hora.

Respiro hondo para que mi corazón deje de latir con tanta fuerza y regreso la vista a la pantalla. Bingo, un Uber está a dos calles.

–¡¿Treinta dólares?! –vocifero inconscientemente al ver el precio.

No puede ser, esto es un robo.

Gruño, bajo el teléfono con brusquedad y miro a Rhett otra vez con una expresión asesina en la cara. Él disimula una sonrisa, sabiendo que su opción es mucho más barata.

–Okey, sí, bueno –digo a regañadientes.

Mierda, lo que menos quería esta noche era estar cerca de él.

Me parece que le hace gracia verme irritada, porque percibo cómo se esfuerza por no sonreír. Es que, a ver, ni siquiera estoy irritada. Solo estoy muy nerviosa por estar con él. Y, bueno, quizás sí un poco molesta por haberlo visto coquetear con Cat toda la noche.

Pero eso es algo que guardaré para mí misma.

Me dejo caer en el asiento del acompañante con un suspiro agotado. Apoyo la cabeza en el respaldo y tomo aire profundamente con los ojos cerrados. Si bien no ha sido una noche de trabajo tan intensa, sí ha sido una noche intensa. Por lo de Sebastian, por los tragos que terminaron sobre mí y por lo de… Rhett con esa chica.

Bufo, acomodo el bolso en mi regazo y él entra al vehículo. Necesito llegar a mi apartamento y ducharme. No puedo soportar el olor a alcohol que tiene mi cabello ni un segundo más.

Tomo la liga que tengo en la muñeca y me ato el cabello húmedo. Hago una mueca de asco cuando lo toco y lo percibo pegajoso.

Siento la mirada de Rhett en mí cuando pone el coche en marcha. Finjo no percatarme.

–Se quita enseguida –dice, hablando del alcohol en mi pelo. Lo miro–, créeme, te lo digo por experiencia.

–¿Por experien…?

Me callo cuando entiendo que se refiere a la noche en la discoteca, cuando nos conocimos, discutimos y yo le tiré el vodka que tenía en mi vaso.

Admito que ahogo una risa leve, me muerdo el labio y niego con la cabeza.

–Una lunática me tiró alcohol encima una noche –bromea.

–Ay, ¿en serio? –respondo, medio sonriendo, y veo que él también lo está haciendo–. Pues una vez yo le arrojé vodka a un imbécil. Si quieres saber… Sí, se lo merecía.

Él se ríe. Sus ojos azules se achinan, sus hoyuelos aparecen y yo me siento como una idiota por quedar embobada viéndolo. El relieve en el puente de su nariz –que tanto me encanta– se frunce y por primera vez me pregunto si lo ha tenido así desde siempre, o si se la ha fracturado y le ha quedado de esa manera.

Espero, alguna vez, poder preguntárselo.

–Qué coincidencia, ¿no? –dice con tono burlón–. Las personas están malditamente locas.

Contengo la risa y asiento muchas veces.

–Completamente.

Él me lanza una última mirada antes de poner primera y emprender rumbo hacia mi casa. No hablamos mucho más después, pero sí confieso haber estado echándole vistazos aislados, tratando de ser lo más disimulada posible.

Rhett maneja con una mano sobre el volante y la otra apoyada en el borde de la ventanilla, que está abierta de par en par. Hasta algo

tan común como conducir lo hace parecer sexy.

Desvío la vista de inmediato y sacudo la cabeza, insultándome en todos los idiomas existentes.

¿Qué ocurre conmigo?

Acabo de terminar con Sebastian. No han pasado ni cinco horas desde que corté con él y ahora estoy viendo a su mejor amigo como jamás he visto a nadie. Lo que sucedió con Rhett en su vehículo la otra vez y lo de la fiesta de Liam el fin de semana pasado… Fue un error.

Porque yo estaba con Sebastian.

Pero lo sigue siendo. Sigue siendo un error a pesar de que ya le he cortado.

Rhett es su amigo. No me he puesto a pensar en qué pasaría si sucediera algo entre nosotros. Algo serio. Algo real, más que un beso o un momento de lujuria. ¿Estaría con él? ¿Estaría con el mejor amigo de mi exnovio? ¿Qué tan correcto es eso? Cero por ciento, ¿verdad?

Mierda.

Tengo que quitarme esa idea loca de la cabeza ya mismo.

Además, ¿y si Rhett está empezando algo con Cat? ¿Y si ella le gusta en serio?

¿Y si toda la confusión que sentí desde que lo conocí ha sido por nada?

Me encuentro suspirando con la cabeza a mil y la vista puesta en la ventana, viendo pasar las luces de las discotecas de Los Ángeles cuando cruzamos la avenida. Ignoro la tensión que se siente dentro de este auto y simulo estar en calma.

Pero, cuando Rhett habla, me anula por completo la razón.

–Cat dijo que te recuerda –dice, girando la cabeza hacia mí. Yo hago lo mismo hacia él. Me parece que a él tampoco le agrada este silencio incómodo–, de la discoteca –explica–. Me dijo que te pida disculpas de su parte "por haber sido una perra contigo". O algo así.

Sonrío sutilmente por la nariz, aunque oír el nombre de Cat saliendo de sus labios me genera un malestar en el estómago.

–No fue una perra conmigo –afirmo–, solo me miró mal… pero nada más.

Rhett asiente varias veces con la cabeza, esbozando una media sonrisa.

–Si se conocieran, estoy seguro de que se caerían bien –comenta.

Desvío la mirada para que no vea cómo ruedo los ojos.

–Sí, tal vez –contesto, volviendo a mirarlo–, pero no me parece que sea necesario.

–¿Por qué no?

–Es que –respondo–, no soy tu amiga, ¿no? No importa si me llevo bien o no con *tu novia*.

Mierda, hablé de más.

Y Rhett se dio cuenta.

Se hace un silencio que perdura unos instantes en los que me observa sin decir nada. Luego, una leve sonrisa aparece en sus labios.

–"Tu novia"… –repite, como si estuviera pensando en lo que acabo de decir, y niega con la cabeza mientras sonríe–. Cat no es mi novia.

El semáforo se pone en rojo y Rhett detiene el vehículo. Suelta el volante y, otra vez, silencio incómodo.

–Bueno, sea lo que sea –digo, sabiendo que estoy metiéndome en terreno peligroso y que cualquiera notaría cuán *celosa* estoy–, amiga

con derechos, ligue de fiestas, *touch and go*… Lo que sea.

Rhett reprime una risa. Yo arqueo las cejas.

–¿Qué? –suelto.

–Nada –contesta, encogiéndose de hombros.

–En serio, ¿qué? –repito.

–Que estás nerviosa.

Se me detiene el corazón.

–No estoy nerviosa. –Mi tono traiciona el intento de convencerme a mí misma tanto como a él.

Es prácticamente un hecho que lo estoy.

Rhett se queda callado por un instante, el semáforo se pone en verde y vuelve a acelerar.

Espero su respuesta impaciente, dando golpecitos en mi muslo, inquieta.

Él me mira otra vez a través de esos ojos expresivos y profundos. Sé que no me cree. Sé que soy obvia.

Sé que nota todo lo que provoca en mí.

–Pues eres preciosa cuando *no* estás nerviosa.

Quedo con la boca medio abierta y los ojos clavados en él. Parpadeo varias veces, tratando de deducir si esas palabras en serio salieron de su boca o si solo fue mi imaginación.

Rhett vuelve a mirar hacia la carretera y yo hago lo mismo. El corazón se me quiere salir del pecho y respiro hondo para mantener la calma.

–Cat no es mi novia, Becca –continúa entonces. Volvemos a mirarnos, pero esta vez detiene sus ojos en mis labios temblorosos–, ni amiga con derechos, ni *touch and go*… Ni nada de eso. –Hace una

breve pausa, sigue mirándome, y termina–: Solo por si querías saber.

Asiento muchas veces rápidamente. *Parezco. Una. Idiota.*

Gracias al cielo, a Dios, a todos los ángeles juntos… Finalmente, Rhett aparca el coche frente al edificio en donde vivo. Suelto un largo suspiro de alivio y mantengo la vista en mi bolso para evitar sus ojos.

–Gracias por traerme… Otra vez –digo, mientras mis manos torpes buscan la llave en el bolso.

–No fue nada.

Revuelvo mi bolso, quito algunas cosas que no me permiten encontrar la llave y termino con la ropa mojada que me saqué hace un rato encima de mi regazo para poder buscar mejor. Hago a un lado mi libreta, mi bolso de maquillaje y mi billetera.

Empiezo a desesperarme cuando no la encuentro.

Y sentir la mirada de Rhett sobre mí solo aumenta mi ansiedad.

–Mierda –murmuro para mí misma.

No está.

La llave no está.

–¿Sucede algo? –consulta Rhett.

Suelto un suspiro frustrado y dejo el bolso sobre mi regazo de un movimiento brusco. Tiro la cabeza hacia atrás para apoyarla en el respaldo.

Esto no me puede estar pasando.

–No tengo la llave de mi apartamento –digo al fin.

Rhett abre la boca por un segundo. Luego, la cierra y asiente con los labios apretados.

Me olvidé la llave en el baño de Oasis. Estoy segura. Después de que se me cayera la mayoría de las cosas que tenía dentro del bolso, las guardé a las apuradas y quizás la llave quedó allí.

No puede ser.

–Está en el bar –le digo a Rhett, que parece algo preocupado.

–No tengo problema en ir a buscarla.

Niego con la cabeza y coloco mi labio inferior entre los dientes.

–Mi jefe me matará si abro el bar a esta hora.

Rhett asiente con los ojos puestos en mí, aunque da la impresión de estar pensando en otra cosa.

Mierda, ¿qué voy a hacer? Necesito entrar de alguna manera. Quizás podría avisarle al portero, que me conoce desde hace años, que me olvidé la llave y preguntarle si tiene alguna copia…

O podría llamar a Jack, o a Harper, y pedirles de quedarme con alguno de ellos esta noche. Después de todo, Oasis abre al mediodía y podría ir a buscarla a primera hora…

–Puedes quedarte en mi casa.

Detengo mi frenesí nervioso para girar la cabeza hacia Rhett en cuanto escucho sus palabras.

–Es decir –prosigue, desviando la vista de mis ojos, y sacude la cabeza–, si quieres, por supuesto.

Abro la boca y la cierro una y otra vez, incapaz de articular una respuesta coherente.

–Yo no… no lo sé –contesto, y dejo de mirarlo–. No es necesario, en realidad. –Me corrijo, maldiciéndome a mí misma siquiera por considerarlo–. Puedo preguntarle al portero si tiene una copia de mi llave… Y si no tiene una, les preguntaré a mis amigos si puedo quedarme con ellos…

–Becca –interrumpe con voz suave. Me callo–, en serio, insisto. Sé que debes estar muerta de sueño y demasiado cansada como para hacer todo ese lío. No tengo problema en que pases la noche en mi casa.

–Es que… debo ducharme, y cambiarme, y poner esta ropa mojada –señalo la ropa– a lavar, y comer algo…

–Tengo una ducha, ropa para prestarte, un lavarropas y cocinar no se me da tan mal –dice, acelerando mi corazón a tal punto que ya no sé cómo tranquilizarlo.

Un escalofrío recorre mi espalda mientras me quedo observándolo en silencio. Él espera una respuesta de mi parte que no estoy segura de poder pronunciar.

Dios.

Pasar la noche en su casa es una locura.

¿Lo habrá dicho con doble sentido?

¿Es una indirecta y yo estoy siendo demasiado ingenua al creer que lo hace por pura cortesía?

No creo… ¿no?

Parece sincero y amable, no con la intención de obtener algo a cambio. Ni siquiera se lo ve preocupado, como si no se le pasara por la cabeza que esto podría malinterpretarse…

Me temo que siempre he salido con idiotas y me he acostumbrado a ese tipo de actitudes.

Respiro hondo, vuelvo la cabeza hacia Rhett y, luchando contra el temblor en mi voz, finalmente digo:

–De acuerdo, sí. Vamos.



28

BECCA

CON EL CORAZÓN LATIENDO EN LA GARGANTA, ENTRO A LA CASA DE Rhett después de que él me deja pasar primero.

Enciende las luces y deja la llave del coche sobre uno de los muebles. Yo no me muevo. Estoy de pie a su lado, quieta, esperando… algo, no lo sé. ¿Quizás que me dé permiso de caminar por su casa?

Qué absurdo.

Me pregunto si no se siente solo, tal vez, en una casa así de grande solamente para él.

–Ven –dice, señalando hacia adelante con la cabeza.

Lo sigo y ambos subimos las escaleras hasta llegar a la puerta de su habitación. Toso ligeramente y, de nuevo, mis manos empiezan a temblar mientras sostengo mi bolso.

–¿Una camiseta y un pantalón corto está bien? –me pregunta.

Estoy como en modo avión. Apenas sí he comprendido su pregunta.

Ah, sí, la ropa que va a prestarme.

–Sí, sí –afirmo enseguida y bajo la cabeza. Dios, nunca he estado tan nerviosa–, lo que sea está bien.

Rhett sonríe con los labios juntos, entra a su cuarto y yo me permito respirar al fin. Aguardo unos segundos en el pasillo con el bolso entre mis manos y las rodillas inquietas. Él sale un instante después con una camiseta blanca y un short deportivo negro, que a mí me llegará hasta las rodillas o más, y de su hombro cuelga una toalla grande y una más pequeña.

Me pide la ropa mojada que tengo en el bolso para lavarla, se la doy y él me entrega las cosas. Yo tardo en tomarlas… solo por estar demasiado distraída.

–Aquí tienes –dice, y yo agarro lo que me está dando con torpeza. Lo sigo en silencio cuando se dirige al baño y abre la puerta–. Tienes champú y acondicionador en la repisa –señala una repisa de mármol que debe costar más que todo mi baño–, más toallas limpias en el cajón por si las precisas –señala el cajón debajo del lavabo–, y –presiona un botón que se encuentra debajo de la tecla de la luz– ya está encendido el calefactor eléctrico. Hace un frío de la mierda.

Esa última frase consigue sacarme una sonrisa que casi no se nota.

–Gracias, Rhett –contesto, alzando la vista hacia él–. En serio, te lo agradezco mucho.

Él inclina la cabeza.

–No es nada –responde, sonriendo con sutileza–. Si necesitas algo más, me avisas.

Afirmo con la cabeza, sonriendo forzosamente con los labios apretados. Antes de que mi corazón estalle, entro al baño con la vista gacha y cierro la puerta.

–Uf –bufo para mí misma.

Uf.

Mi pecho sube y baja con rapidez. Estoy apoyada en la puerta, respirando hondo. No puedo tranquilizarme por mucho que lo intente. Estoy tan nerviosa que todo mi cuerpo arde de calor y el sudor se ha acumulado entre mis pechos y en mi abdomen.

–Cálmate, Rebecca –me obligo.

Sin darme mucho más tiempo, me quito el buzo de Harper y la falda mojada de alcohol. Luego, el sujetador, las medias húmedas y las converse. Me cubro con la toalla y abro el agua caliente. Espero a que se ponga tibia y aprovecho para tomar el acondicionador y el champú de la repisa que Rhett señaló.

Mierda, esta marca de productos es carísima.

Me miro al espejo, esperando a que el agua se caliente para poder meterme en la ducha. *Ay, por Dios. Estoy hecha un desastre.* Tengo el flequillo adherido a la frente, la cola de caballo completamente despeinada y la máscara corrida por encima de las ojeras. Porque, sí, además tengo ojeras.

Me quedo allí, viéndome al espejo, observando mi cuerpo desnudo. En un instante de distracción, me doy cuenta de que estoy imaginando cuál sería la reacción de Rhett si me viera así.

Si saliera en este preciso momento del baño, con la toalla atada por encima de mis pechos sin nada más que me cubriera. Trato de quitar ese repentino pensamiento de la cabeza, pero no puedo.

Imagino en qué haría, qué diría, cómo me miraría. ¿Y si me quitara la toalla enfrente de él? ¿Y si lo besara luego? ¿Seguiría el beso como yo he seguido los que él me ha dado?

Un calor se apodera de mi cuerpo y se propaga hasta mi entrepierna. De un momento a otro, viendo mi reflejo, me encuentro con mis pupilas dilatadas, mi respiración agitada y mis pezones duros. Mi clítoris palpita, advirtiéndome que estoy excitada y más despierta que nunca.

Solo por mi imaginación.

Solo por *pensar* en qué sucedería si yo hiciera algo que sé que jamás voy a animarme a hacer.

Maldición, media hora atrás estaba esperando que esta actitud de Rhett no tuviera segundas intenciones.

Y ahora soy yo la que quiere que suceda algo esta noche.

Agito la cabeza, borro como puedo esas fantasías de mi mente y, cuando el agua ya empieza a hacer vapor, me meto en la ducha caliente. Aunque creo que necesitaré litros de agua helada para bajar la temperatura de mi cuerpo después de excitarme de esta manera.

Me tomo mi tiempo en ducharme y quitarme de encima el olor a alcohol. Lavo mi cabello sin usar mucho de los productos que Rhett me dio –porque, siendo franca, siento que estoy malgastando dinero– y me quedo bajo la lluvia un minuto más después de terminar. Respiro hondo, me pongo de espaldas a la lluvia y dejo que caiga en mi nuca.

Cuando termino, cierro la ducha, me seco el cabello con la toalla pequeña y el cuerpo con la grande. La ato para que me rodee por completo y aprovecho a quitarme el exceso de maquillaje.

Finalmente, me visto con las prendas que Rhett me prestó. No había notado que la camiseta tiene el número 6 en el centro y un "Coleman" escrito en letras grandes.

Qué egocéntrico, pienso sonriendo.

Ay, por Dios. *También tiene su colonia*. Me pierdo en su aroma por unos segundos hasta que reacciono.

Frunzo la nariz por lo cursi que he sonado.

Agh.

Después de cepillar mi cabello con un peine que tenía en el bolso, me acomodo el flequillo y dejo las toallas en un cesto de ropa sucia que encontré en el baño. Le preguntaré a Rhett si puedo ponerlas a lavar o algo, no me gusta esto de ser una holgazana en casa ajena.

Cuando salgo del baño hacia el pasillo, un aroma riquísimo me invade. Viene desde la planta baja y parece llegar desde la cocina hasta aquí.

No puede ser, ¿Rhett está cocinando?

Desciendo las escaleras con el cabello goteando, empapando la camiseta de Rhett, y tratando de no resbalarme con las Nike Slides que me prestó, que me quedan gigantes.

Y cuando cruzo el living, sí, justo como creí, me encuentro con Rhett cocinando algo. Y huele riquísimo.

Ha puesto música. Nirvana, específicamente, y está bailando al ritmo de *Aneurysm* mientras revuelve algo en una sartén. No me ha oído entrar y agradezco eso, porque me permite verlo bailar un rato más.

Una sonrisa tira de mis labios y no es hasta entonces que me doy cuenta de que él también se ha cambiado. Tiene puesta una camiseta negra musculosa –*benditas sean* esas camisetas– y un jogging gris oscuro.

Hago un esfuerzo por tragar saliva y, finalmente, me acerco a él.

Rhett deja de bailar ni bien me ve y se aclara la garganta, simulando que ha estado cocinando quieto todo este tiempo. No puedo creer que en verdad esté preparando algo a esta hora.

Observo el reloj que encuentro en la pared.

Son más de las tres de la madrugada.

–Jamás imaginé que alguien pudiera bailar con una canción de Nirvana –bromeo.

Él cierra los ojos con dureza, como si estuviera insultándose a sí mismo porque lo he descubierto, y al abrirlos, sonríe con los labios apretados.

–Que nadie te diga con qué puedes bailar y con qué no –dice, orgulloso.

Ahogo una risa.

–Amén.

Parece notar de repente que llevo puesta la ropa que me prestó y se queda unos segundos viéndome. Sus ojos se posan sobre las prendas adaptadas a mi figura y su expresión se vuelve contemplativa por un instante. Sacude la cabeza, como si tratara de despejar sus pensamientos, y vuelve a prestarle atención a lo que sea que esté cocinando.

Dejo escapar aire que ni siquiera sabía que estaba reteniendo y también desvío la vista. Imito su acción y miro con curiosidad la sartén con diferentes tipos de verduras. Espinacas, tomates cherry, pimientos, champiñones… y otras que no logro distinguir.

–Espero que te guste la *frittata* de vegetales –dice entonces.

Levanto la vista para mirarlo con el ceño fruncido.

–Ni siquiera sé qué es eso –confieso–. Vivo a base de comida rápida. No recuerdo la última vez que comí comida de verdad.

Él sonríe.

–Pues lo harás esta noche.

Sonrío involuntariamente, tan embelesada como me siento.

–No era necesario que cocinaras.

Él chasquea la lengua.

–No me costaba nada –asegura, restándole importancia–. Además, esto se hace rapidísimo. Por favor, si sabe horrible, no me lo hagas saber, ¿sí?

Me rio.

–Entendido.

Él sonríe junto a mí y minutos después ya está sirviendo esa… ¿*frittata*, dijo que se llamaba? En un plato. Aparentemente, voy a ser la única de los dos que comerá.

–No me dejes sola comiendo –le digo, ya sentada en una silla frente a la mesa de vidrio. Él está en diagonal a mí, esperando a que pruebe lo que cocinó–, por favor, es muy incómodo.

Rhett ríe por la nariz.

–Estoy lleno aún –comenta, inclinándose hacia adelante y apoyándose sobre sus codos. Las palmas de sus manos sostienen su cabeza y sus ojos azules, ya notoriamente cansados, me miran–, la hamburguesa que pedí era enorme. Ahora, por favor –dice, alzando la mano en señal de que coma.

Ruedo los ojos, agarro con la cuchara una buena cantidad de fritatta –que, dicho en simples palabras, es una tortilla– y la meto en mi boca. El sabor a todos los vegetales, la albahaca y el queso se apodera de todos mis sentidos.

Guau, esto está riquísimo, ¿quién le enseñó a cocinar así?

–Ay, por Dios –digo con la boca llena, cubriéndome con la mano–. Está delicioso. –Prosigo mientras mastico. Rhett sonríe, victorioso–. ¿Ahora resulta que también eres chef?

Sonríe negando con la cabeza.

–Tener una dieta balanceada me ha ayudado bastante –comenta, encogiéndose de hombros–. He tenido que aprender a cocinar a la fuerza.

Meto otra porción de vegetales en mi boca. Muero de hambre y esto… *esto*, maldición, está *buenísimo*.

–Pues bendita sea esa dieta balanceada.

Rhett ríe y baja la cabeza.

–También tengo barras de cereal de postre, si quieres –dice.

Trago los vegetales y preparo otra cucharada de *frittata*.

–¿Siempre comes así? –le pregunto–. Vegetales, barras de cereal…

–La mayoría de las veces, sí –contesta–, pero de vez en cuando me gusta comer lo más chatarra que exista. El famoso *cheat day*.

–Creo que mis *cheat day* son todos los días –digo, después de tragar otro bocado.

Rhett suelta una risa leve y continúa viéndome.

Debería ser incómodo que alguien te vea comer –sobre todo cuando estás comiendo como si hubieras hecho ayuno durante toda una semana– pero, con él, no lo es en lo absoluto. Creo que Rhett está contento de que me haya gustado lo que preparó.

–Es que, a ver –sigo hablando–, no es que no quiera comer sano. Juro que lo intento, en serio. Pero, uno, todo lo que venden en las tiendas saludables es carísimo; y dos, me llevaría mucho tiempo cocinar algo muy elaborado. Y, bueno, claramente tiempo es lo que no tengo.

–En eso no te equivocas –me da la razón. Aprovecho para comer otro bocado–. Yo porque tengo tiempo. Bueno, no es que tenga tiempo, no debería tenerlo en realidad, pero lo uso para lo que me da la gana.

–¿Qué significa eso?

Rhett se aclara la voz y se acomoda mejor en la silla. Apoya la espalda en el respaldo y se cruza de brazos, dándome una vista perfecta de sus bíceps marcados. Bajo la mirada hacia la *frittata* de inmediato.

–En teoría –empieza–, el "tiempo libre" que tengo se debe solo a que debería estudiar y no lo hago. –Trago. Asiento varias veces en silencio, esperando a que continúe–. Ya te he dicho que estudio Administración de Empresas –aguarda a que afirme. Digo que sí con la cabeza–, bueno, prácticamente solo estoy inscripto, porque no he tocado ni un apunte desde que ha comenzado el semestre.

Bebo un sorbo de agua y dejo nuevamente el vaso sobre el posavasos.

–¿Y… los exámenes? –consulto.

–He reprobado la mayoría.

–Ah.

Aprieto los labios y se produce un gran silencio. No sé qué responder, pero, por suerte, él decide continuar hablando.

–No me gusta esa carrera –admite, y vuelvo a mirarlo–, ni ninguna otra, en realidad. –Lanza una carcajada amarga–. Estudio porque *tengo* que hacerlo. Por mis padres y… Coleman Motors.

–Ah, sí –digo, dejando la cuchara encima de la mesa. Ya estoy por acabarme el plato, ni siquiera me había dado cuenta–, cuando hablé con Madeleine esa vez… Ella mencionó la empresa y, eh…

–Mi poco entusiasmo por liderarla –termina mi frase–. Sí, lo sé. –Suelta un suspiro pesado y tira la cabeza hacia atrás, mirando al techo–. Ella y mi padre creen que me va increíblemente bien en la universidad. Soy demasiado cobarde como para decirles la verdad, que no me gusta la carrera, que no me interesa la empresa y que no es para nada lo que quiero hacer de mi vida.

–Sí, entiendo –digo con voz tranquila–. Okey, no –me contradigo–, realmente no entiendo, porque no me ha pasado nada parecido y sé que jamás me va a pasar. –Trato de sonreír para que él lo haga también. Lo hace, pero esa sonrisa es todo, menos sincera–. Pero si no quieres hacer eso de tu vida… Deberías decírselo. Quizás lo comprendan.

Rhett se queda callado unos instantes, repasando lo que acabo de decir.

–Mi mamá tal vez sí, pero mi padre…

La última palabra flota en el aire. No hace falta que concluya la oración.

–Entiendo.

–Creí que si entraba a la selección ellos *finalmente* me dejarían en paz con todo esto –comenta con cierta fragilidad en su voz–, y sí, ambos estuvieron felices por mí, pero no ven el handball como un trabajo. A veces creo que ni siquiera lo ven como un deporte, sino como un pasatiempo. Y, obviamente, cómo puede su hijo vivir de un pasatiempo?

Esbozo una sonrisa apagada y nuestros ojos se encuentran. Ver lo cristalizados que están los suyos me provoca un nudo en la garganta.

–¿Te ha pasado? –pregunta entonces, aún mirándome.

Niego con la cabeza.

–Siempre he hecho lo que me gusta –contesto, y respiro hondo–, y sigo haciéndolo ahora. Aunque parezca difícil de creer, lo que me gusta es estudiar. Y sí, no diré que no es complicado y muy agotador tener clases por la mañana, estudiar por la tarde y luego trabajar por la noche, pero vale la pena.

Rhett sonríe y sus hoyuelos vuelven a aparecer. Esta vez, parece una sonrisa mucho más genuina.

–No sé cómo lo haces –dice–, yo abandonaría a los dos días.

Rio.

–Es lo que me tocó –digo, encogiéndome de hombros–, no he tenido mucha opción. Además, mis papás han hecho exactamente lo mismo y, aún peor, ya me tenían a mí.

–Uf –exclama Rhett.

–Sí, "uf" –repito, y ambos sonreímos–. Por eso, no es tan malo después de todo. Bueno, también se debe a que mi padre me ha pegado eso de "ser optimista siempre", así que tendría que agradecerle.

–Me gustaría conocerlos –dice, y se inclina hacia la mesa otra vez.

Esas tres palabras me generan sentimientos mezclados. Uno, Rhett ha dicho que quiere conocer a mis padres, y eso es *muchísimo*.

Y dos, jamás podrá hacerlo porque mi madre está en Argentina y mi padre… Bueno.

–Dudo que puedas –digo, tratando de que mi tono suene burlón para deshacer el nudo que siento en la garganta.

Él arquea las cejas, creyendo que esta es otra de nuestras discusiones sin sentido.

–¿Por qué no? –pregunta, sonriendo–. Me creas o no, suelo caerle muy bien a los padres.

Sonrío y respiro hondo para contener las lágrimas rebeldes.

–Te creo –digo–, es solo que mi mamá vive en Argentina con su nuevo novio, y papá… eh… –tomo aire–. Él murió cuando yo tenía siete años.

La sonrisa en el rostro de Rhett se borra de golpe.

Sus ojos se agrandan con sorpresa y percibo enseguida el destello de arrepentimiento inmenso que aparece en ellos.

–Ay, mierda, Becca, yo... no tenía idea –dice con voz suave, casi en un susurro–. Lo siento muchísimo.

Por un momento, parece no saber qué hacer.

–No, no –digo enseguida y sacudo las manos en señal de negación al mismo tiempo–, está bien, no te preocupes. Fue hace mucho, ya es un tema superado.

No luce para nada convencido a pesar de que lo que estoy diciendo sea cierto. Por supuesto la muerte de papá me dolió, pero ha pasado más de una década y he conseguido seguir adelante hace tiempo.

–¿Qué fue? –pregunta con delicadeza.

–Cáncer.

Toma aire profundamente y asiente con la cabeza.

–Lo lamento mucho –vuelve a decir–. En serio. Mierda –gruñe, y se endereza–, y yo quejándome por estupideces.

–No son estupideces –afirmo–, todos los problemas tienen su importancia, y cada uno los siente a su manera.

Rhett permanece un instante callado. Veo sus pupilas dilatadas que se mueven de un extremo al otro cuando me mira a los ojos.

–Eres asombrosa –dice sin más.

Siento una oleada de calor en mis mejillas y mi corazón late con fuerza. Intento disimular mis nervios con una sonrisa y bajo la cabeza, rompiendo el contacto visual. Rhett carraspea, y sigue mi ejemplo, desviando su mirada hacia la mesa.

–Bueno, eh… –habla, medio titubeando, y se levanta de la silla.

–Sí.

–Espero que te haya gustado la comida –señala el plato vacío.

–Sí, mucho –digo rápidamente y yo también me levanto de la silla, casi por instinto. El corazón me late en la garganta–, gracias.

–No fue nada –contesta sin mirarme–, puedes ir a dormir, si quieres. Yo me encargo de lavar.

–No, no, no –niego enseguida y agarro el plato antes de que él lo haga–, yo limpio. Es lo mínimo que puedo hacer.

–Eres la invitada.

–Más bien la huésped.

–Cierto –dice, apuntándome con el índice–, pero estás cansada y tienes que dormir. Así que, ahora retírate de mi cocina y espérame en el living. Enseguida voy.

Pongo los ojos en blanco y él me mira con diversión.

–Qué *terco* –suelto, mientras le entrego el plato de mala gana y luego me largo de la cocina.

Escucho su carcajada a mis espaldas.

–Mira quién habla.

Le enseño el dedo medio y giro levemente la cabeza para mirarlo una última vez antes de perderlo de vista. Me encuentro con una sonrisa sutil en su rostro y sus ojos clavados en mí.

Me siento en el sofá, en el mismo que me senté la primera vez que estuve aquí.

La noche de la reunión con los amigos de Sebastian.

La noche en que conocí a Rhett.

No, me corrijo: la noche en que supe quién era el chico misterioso e insoportablemente atractivo de la discoteca.

Parece que ha pasado una eternidad desde esa noche, pero solo han sido tres meses.

Mierda que muchas cosas han cambiado en estos tres meses. Ya con decir que estoy en la casa de Rhett, a solas con él… Lo digo todo.

Bostezo y me froto los párpados. Una parte de mí muere de sueño, pero otra… aún espera *algo*. No sé bien qué y tampoco quiero averiguarlo. Pero me mantiene alerta, ansiosa.

Sin embargo, cuando Rhett viene al living, la ilusión se rompe porque enseguida dice:

–Bien, dormirás en mi habitación, así que… –me señala las escaleras para que suba.

–¿Qué? No –niego al instante–. No tengo problema en dormir aquí. –Le doy palmadas al sofá que, de hecho, es bastante cómodo.

–¿Siempre cuestionas todo lo que te dicen? –pregunta y se muerde el labio inferior.

–Sí, a veces.

–Debe ser el paraíso convivir contigo.

Se me escapa una carcajada y me cubro la boca. Rhett sonríe y rueda los ojos.

–No la hagas complicada, Becca –dice–, y sube ya.

Bufo y me levanto del sofá con la peor de las ondas. Estaría un rato más jugando a este juego, pero honestamente estoy exhausta, así que hago lo que Rhett me dice y subo las escaleras junto a él.

Me guía hacia su cuarto y abre la puerta. El pasillo está prácticamente a oscuras y solo puedo pensar en lo hermoso que se ve con la luz cálida iluminando su rostro, resaltando cada una de sus facciones y destacando sus iris azules que más de una vez me han hecho suspirar.

Ninguno dice nada, pero ni siquiera es necesario. Creo que ambos sentimos… esto. Esta tensión, este calor… Pero no lo decimos.

Yo porque jamás he sido de las que se lanzan primero.

Él, probablemente, porque siempre que intenta algo… yo termino yéndome.

Por Dios, qué estúpida soy a veces.

–Okey… –dice Rhett, rompiendo el silencio, y se rasca la nuca–. Ya, eh, puedes pasar. Las sábanas están limpias. Lo prometo.

Aprieto los labios, tratando de esbozar una sonrisa que se me da fatal, y asiento.

–Bien, gracias.

Inclina la cabeza y sonríe casi imperceptiblemente.

–Si necesitas algo, estaré abajo –me avisa.

–De acuerdo, gracias. De nuevo.

–De nada.

–Pues, mh… –titubeo–. Te veo mañana.

Rhett afirma con la cabeza.

–Descansa, Becca.

–Descansa, Rhett.

Él inspira hondo y, luego de lanzarme una última mirada, se da media vuelta y camina por el pasillo hacia la escalera.

Estoy allí, de pie, viéndolo alejarse bajo las luces tenues. Con el corazón latiendo abruptamente en el pecho, las piernas temblorosas y la piel ardiendo.

No quiero que se vaya.

Maldición.

¿Qué hago?

Muerdo mi labio inferior, nerviosa.

¿Qué sucederá si cruzamos esa línea?

El silencio del pasillo solo se rompe por mi respiración entrecortada. Esta es probablemente la única oportunidad que tendremos de estar así de juntos y así de solos. Porque quizás no volveré a verlo. Porque lo único que nos unía era su amistad con Sebastian.

Ay, mierda.

No volveré a verlo.

No lo había pensado de esa manera.

Sebastian era lo único que me mantenía cerca de Rhett.

–Mierda, mierda, mierda –murmuro para mí misma, moviéndome inquieta.

Rhett está a punto de bajar las escaleras.

No puedo dejarlo ir. No con todo lo que provoca en mí.

–Rhett.

Hablé. He dicho su nombre. Lo he llamado.

Rhett se voltea con tranquilidad y me clava la mirada. Se me corta el aliento.

Esto puede ser un grave error.

–¿Sí, Becca? –pregunta, acercándose a mí con calma.

¿Y si no quiere quedarse?

¿Y si me rechaza como yo lo he estado haciendo desde la primera vez que nos besamos?

No puedo respirar. Mi cuerpo tiembla incontrolablemente. Estoy ardiendo de excitación. Apenas puedo mantenerme de pie.

Sus ojos brillan con intensidad. Su pecho se agita al ritmo frenético del mío y sus músculos están tensos bajo la camiseta que lleva puesta.

Avanza hacia mí, esta vez con más firmeza. Sus pasos retumban en las paredes y su respiración irregular llena el espacio entre nosotros.

Por Dios, Becca.

Hazlo.

Ahora.

–¿Quieres entrar conmigo?

Rhett exhala bruscamente.

Su mirada se oscurece.

–Mierda, esperaba tanto que dijeras eso.

Y me sujeta del cuello para reclamar mis labios y unirlos con los suyos.



29

RHETT

NUESTROS LABIOS CHOCAN CON DESESPERACIÓN, NUESTRAS LENGUAS SE encuentran, sus manos viajan hasta mi cuello y me mantienen contra ella, contra su cuerpo, contra el ardor de su piel.

Todo el autocontrol que he intentado mantener durante tanto tiempo se desvanece en este momento.

Estoy excitado. Demasiado. Mi mente se nubla y todo lo que deseo es llevarla a la cama y no soltarla en toda la noche.

Recorro su piel por debajo de la camiseta que le presté. Siento el calor que emana de ella y la manera en que todo su cuerpo tiembla bajo mis dedos.

La levanto en mis brazos y ella jadea contra mis labios. Sus piernas rodean mi cintura mientras empujo la puerta de mi habitación y entro con ella aferrada a mi cadera.

Estoy tan duro que el jogging comienza a molestarme.

–Becca… –murmuro, incapaz de contener su nombre por más tiempo. Ella gime, continúa besándome y sus uñas se clavan en mi nuca, haciendo que arda y dejando marcas.

La acorralo contra la pared, aún con sus piernas rodeando mi cintura. Estoy tan caliente que ni siquiera se me ocurrió preguntarle si esto está bien o si estoy siendo demasiado brusco.

No soy suave. No soy tierno en el sexo.

Pero si ella quiere que lo sea, lo seré sin hacer ni una maldita objeción.

–¿Cómo te gusta? –pregunto con voz ronca, rozando sus labios y respirando tan agitado como ella.

–¿Qué? –suelta en un jadeo, su aliento cálido se mezcla con el mío.

La agarro del culo y lo aprieto, hundiéndome en su carne firme y suave, y sacándole un gemido apenas contenido. Beso su cuello y la tomo del cabello para que me deje seguir.

–El sexo, Becca –murmuro contra su piel y me aferro a su cabello con más fuerza–. ¿Cómo quieres que te lo haga? –vuelvo a preguntar y devoro su cuello con otro beso–. ¿Cómo quieres que te coja?

Se le escapa un gemido al oírme.

–F-fuerte –responde de inmediato, sin aliento–. M-muy fuerte.

Su respuesta me endurece aún más y no tardo ni un segundo en volver a besarla. Esta vez, con más fuerza. Más rudeza.

Esta noche, será la primera vez que sea duro con ella.

Solo vuelvo a dejarla en el suelo para quitarle la ropa que se siente tan innecesaria en este momento. Mi camiseta le queda preciosa y me he quedado embobado viéndola en la cocina apenas entró, pero ahora no quiero que *nada* se interponga entre su piel y yo.

Me acuclillo en una rodilla para quitarle el pantalón corto que le presté y, al rozar sus piernas, el temblor en ellas me enloquece. *Ella* me enloquece. Becca me tiene, literalmente, postrado ante ella y es lo más devoto que he sido a alguien o a algo en toda mi vida.

–Estás temblando –murmuro mientras le quito el pantalón con rapidez.

–S-sí, lo siento.

Dejo besos en sus piernas, empezando desde sus tobillos hasta terminar en sus muslos. Me aferro a su carne y la atraigo más hacia mí.

–¿Por qué me pides perdón? –pregunto, dejando un último beso en su piel y finalmente volviendo a ponerme de pie para mirarla a los ojos–. Me encanta.

Ella parece tener la intención de responder, hasta que dirijo una de mis manos por debajo de la camiseta que le queda enorme y toco la piel cálida de su espalda y abdomen. Lo que sea que fuera a decir, queda atorado en su garganta y lo reemplaza por un suspiro tirando la cabeza hacia atrás.

Me tomo unos segundos para admirar sus piernas descubiertas y la ropa interior de encaje negro que lleva puesta.

Por un instante creo que voy a perder la cabeza solo por verla así.

–Eres tan hermosa –digo contra sus labios.

Becca vuelve a besarme enseguida con más intensidad, con más *necesidad*. Tira de mi cabello y gruño, incapaz de creer todo lo que está haciendo conmigo sin siquiera haberla desnudado por completo aún.

–Me tienes tan caliente –susurro contra sus labios otra vez. La tomo de la nuca para que la arquee hacia atrás y poder seguir

besando su cuello–. Cada centímetro de tu piel me está volviendo loco.

Mis manos viajan por su cuerpo, deteniéndose en cada curva que me hace perder la maldita cordura. Mis manos se cierran alrededor de su cintura, apretándola contra mí mientras mi boca busca la suya con desesperación, con un hambre que no puedo saciar. Siento sus pezones endurecidos contra la tela de la camiseta y no puedo evitar gemir al pensar en chuparlos, morderlos, hacerlos míos.

–Rhett… –jadea mi nombre y eso me hace perder aún más el control.

De un tirón, le quito la camiseta y la dejo completamente desnuda ante mí. Sus pezones duros me invitan, pero primero bajo la mirada hasta su ropa interior empapada.

–¿Estás mojada para mí, Becca? –pregunto para provocarla, deslizando un dedo por encima de la tela, sintiendo la humedad que no puede ocultar.

Ella gime de nuevo, arqueando la espalda y presionándose contra mi mano.

–S-sí –dice como puede–, demasiado. Estoy… demasiado mojada para ti.

Mis manos se deslizan por su espalda, bajando hasta su culo del que ya me he vuelto dueño. La agarro con fuerza, deleitándome en la manera en que sus curvas se amoldan a mis manos. La acerco aún más a mi erección, dejándole sentir lo que provoca en mí.

Deslizo mi dedo debajo de la tela y encuentro su centro húmedo y caliente. Suelto un gruñido contra su cuello cuando siento cuán excitada está. Mis dedos juegan con su entrada, deslizándose hacia

arriba y hacia abajo, recogiendo su humedad y llevándola hasta su clítoris para frotarlo lentamente.

Becca gime otra vez y mueve sus caderas contra mi mano, buscando más fricción. Está tan mojada que toda mi mano queda empapada.

–Mierda, *necesito* probarte –ruego, todavía tocándola.

–S-sí, sí. Por favor…

Su consentimiento era lo único que necesitaba para arrodillarme nuevamente y hundir mi rostro entre sus piernas. Agarro una de las suyas y coloco su pie encima de mi hombro para tener su entrada más a mi disposición, más abierta para mí.

Becca suelta un gemido alto que retumba en las paredes.

Rasgo la delgada tela de su ropa interior con un movimiento brusco. Su aroma me golpea, intoxicante y embriagador. Mis labios encuentran su centro y lamo con avidez, saboreando cada gota de su excitación.

–¡Oh, Dios, Rhett! –grita. Sus manos se enredan en mi cabello y tiran de él, mientras mis labios y lengua exploran la concha más hermosa que he chupado en toda mi vida.

Cada gemido y suspiro que escapa de sus labios es como una droga. Mis labios se cierran alrededor de su clítoris, succionando y lamiendo con precisión. Mi lengua se mueve con firmeza, explorando cada pliegue, cada rincón de su sexo.

–Estás tan deliciosa, justo como lo imaginaba –murmuro contra su piel, mis palabras apenas se oyen entre cada lamida–. Mierda, no puedo dejar de saborearte.

Mis dedos se deslizan dentro de ella con facilidad. La penetro con ellos, una y otra vez, y mi lengua continúa saboreando su clítoris con

insistencia. Su cuerpo tiembla bajo mi toque y sus piernas comienzan a debilitarse.

–Rhett, no pares… Por favor, no pares… –gime, sus caderas se mueven al ritmo de mis caricias, buscando más y más placer.

Siento cómo sus músculos comienzan a tensarse, sus gemidos se vuelven más urgentes. Mis dedos aumentan su ritmo, entrando y saliendo de ella mientras mi lengua sigue jugando con su clítoris, alternando entre succionar y lamer con fuerza.

–Rhett, voy a… voy a… –jadea, su cuerpo tiembla y aprieta sus piernas alrededor de mi cabeza.

No quiero que esto termine, pero quiero verla venirse, quiero sentir cómo se *deshace* por mí.

–Córrete para mí, Becca. Quiero sentir cómo te deshaces en mi boca –murmuro antes de redoblar mis esfuerzos, mi lengua y mis dedos trabajan en perfecta armonía para llevarla al éxtasis.

Con un grito final, ella se derrama, su cuerpo tiembla violentamente mientras el orgasmo la arrasa. Siento su calor, su humedad, y bebo de ella como si fuera la única fuente de vida. Mis labios y lengua no se detienen hasta que su cuerpo deja de temblar, hasta que sus gemidos se suavizan.

Me levanto, dejando que mi lengua haga un camino de vuelta a su boca, permitiéndole saborear sus propios jugos en mis labios. La beso con fuerza, con desesperación, y me libero del jogging que se siente como una prisión. Mi miembro duro como roca se presiona contra su abdomen y ella lo siente, gimiendo en mi boca.

–Voy a cogerte tan *fuerte* que olvidarás que existe alguien más en el mundo –prometo con voz ronca.

Sin soltarla, busco un condón en uno de los cajones. Lo abro con los dientes y me separo apenas para ponérmelo.

La tomo de la cintura y la levanto en mis brazos de nuevo. La presiono contra la pared mientras guío mi verga cubierta por el látex hasta su entrada. Está tan condenadamente mojada que siento el calor a través del condón.

Me detengo solo un segundo para mirarla a los ojos y asegurarme de que desea esto tanto como yo.

–Hazlo, Rhett. Por Dios, hazlo ya –suplica.

Eso es todo lo que necesito escuchar para hundirme dentro de ella de un solo empujón.

Su calor me envuelve, su humedad me consume, y por un momento, creo que voy a explotar solo con estar dentro de ella.

Becca grita de placer.

–Estás tan apretada –gimo, comenzando a moverme, a embestirla con fuerza, con una necesidad primitiva que nunca antes había sentido.

Cada empujón me lleva más cerca de la locura. Siento cómo sus uñas se clavan en mi espalda, cómo sus gemidos se vuelven más intensos con cada movimiento. La tomo de las caderas, manteniéndola firmemente contra la pared mientras la penetro una y otra vez.

–¡Rhett, *Dios*! No pares, por favor, no pares –repite, y cada vez que lo hace, siento cómo mi control se desmorona un poco más.

Becca gime mi nombre, sus palabras se entremezclan con gemidos y jadeos. Sus piernas tiemblan, sus caderas se mueven al ritmo de mis embestidas, buscando más, queriendo más.

–Eso es. Grita –gruño entre dientes–. Quiero oír cómo suplicas por más mientras te hago mía una y otra vez.

Ella responde con un gemido, sus labios se abren bajo los míos, permitiéndome explorar su boca con mi lengua. Siento cómo su cuerpo reacciona a cada uno de mis movimientos, sus músculos se tensan y se vuelve más estrecha para mí.

Mis manos viajan por su cuerpo, apretando y acariciando cada centímetro de su piel. Siento cómo sus pezones se endurecen bajo mis dedos, cómo su cuerpo reacciona a cada caricia. Mi boca busca la suya, devorando sus labios con un beso hambriento, desesperado.

Quiero consumirla por completo, hacerla mía en todos los sentidos.

–Rhett, voy a… oh, Dios, voy a… –jadea con voz débil.

–Vente otra vez, Becca –gruño entre embestidas, mis palabras entrecortadas por el placer y el esfuerzo–. Quiero sentir cómo te contraes alrededor de mi verga mientras te vienes.

Becca grita cuando se corre una vez más, aferrándose a mi espalda con fuerza y haciéndome gruñir por la forma en que sus uñas se clavan en mi cuello. Me mantiene dentro de ella, su espalda se arquea y todo su cuerpo se sacude con violencia por el orgasmo.

Sus músculos se aprietan alrededor de mi miembro, intensificando cada sensación, llevándome al límite también.

Su placer es mi placer, y no puedo aguantar mucho más.

–Mierda, Becca… estoy tan cerca… –gruño, mis movimientos se vuelven erráticos.

–Quiero sentirte… dentro de mí –ruega, y esas palabras son mi perdición.

Con un último empujón, me hundo hasta el fondo y me derramo en el condón dentro de ella. Mi cuerpo tiembla con la fuerza de mi propio orgasmo. Siento cómo cada ola de placer me atraviesa, cómo cada contracción me vacía por completo.

Nos quedamos así, pegados a la pared, respirando con dificultad. Nuestros cuerpos todavía tiemblan por el orgasmo, nuestros corazones laten al unísono a un ritmo frenético que poco a poco empieza a calmarse.

La beso con ternura, una contradicción a la brutalidad con la que la he cogido, y ella sonríe, satisfecha y exhausta.

La sostengo firmemente.

No quiero dejarla ir. No quiero que este momento termine.

–Eres… perfecta –murmuro con voz suave, con mi rostro escondido en el hueco de su cuello.

Ella sonríe, sus labios están hinchados por los besos.

–Y tú estás buenísimo –contesta, sacándome una sonrisa.

Le doy un último beso y finalmente la llevo a la cama, susurrándole palabras dulces –muy contradictorias a todo lo que mi boca sucia acaba de decirle– mientras nos acomodamos entre las sábanas.

La acuesto con cuidado en la cama y me deshago del condón sin pensarlo demasiado, antes de recostarme a su lado.

Me quedo mirándola, maravillado por la manera en que la luz de la luna se filtra por la ventana e ilumina su piel desnuda. Mis dedos recorren suavemente su cuerpo, intentando memorizar cada curva.

Quiero grabar este momento en mi mente para siempre.

–No sabes cuánto he deseado esto –confieso al fin, mis palabras son un susurro en la oscuridad de mi habitación.

Becca esboza una sonrisa radiante.

–También yo –dice, y deja un suave beso en mis labios–. Mierda, ya no podía aguantar más.

Le sonrío, totalmente perdido en el verde claro de sus ojos. Acaricio su mejilla y pienso en lo que acabo de hacerle, en cómo acabo de tratarla.

Es la primera vez que tenemos sexo y he sido un animal.

–No… –hablo–, no fue mucho, ¿no?

–¿Mucho? –repite, confundida.

–Cómo fui contigo –respondo, apretando los labios en una sonrisa leve–. De… duro, me refiero.

Becca suelta una carcajada sutil y niega con la cabeza.

–¿Qué? Dios, no –dice, restándole importancia–. Me encantó, de verdad. Ha sido increíble.

Suspiro de alivio y sonrío. Le doy un beso en los labios y, cuando nos separamos, ella deja un beso en mi mejilla.

Pero luego, su expresión se vuelve más seria y baja la vista con los labios apretados.

–Rhett, yo… –dice, y la tomo del mentón con suavidad para que vuelva a mirarme–. No quiero que esto termine –admite al fin–. Sé que no estamos en las mejores circunstancias y no tienes idea de cuánto desearía que… esto, *nosotros*… –suspira–. Que todo hubiera sido de otra manera, que Sebastian jamás hubiera sido tu amigo y…

–No me importa Sebastian –le interrumpo, y acaricio su rostro para que se tranquilice–, no hablemos de él, ¿sí? Este momento es nuestro. Solo nuestro. –Ella asiente y esboza una sonrisa leve–. Y, en cuanto a lo que dijiste… No terminará. Te lo prometo.

Sonríe y suspira. La observo durante un tiempo, *hipnotizado* por ella.

–¿Y qué sucederá ahora? –pregunta en voz baja y sus ojos buscan los míos.

La acaricio suavemente, mi mano se desliza por su brazo.

–Seremos lo suficientemente cuidadosos.

Ella asiente y esboza una sonrisa sutil. Su expresión se relaja un poco y se acurruca más cerca de mí, apoyándose sobre mi pecho.

Finalmente, cierro los ojos. Me permito caer en un sueño profundo, sabiendo que cuando despierte, ella estará a mi lado.

Una última imagen se queda grabada en mi mente: Becca, en mis brazos, su respiración suave y constante, su cuerpo cálido contra el mío.

Y en ese momento, sé que he encontrado algo verdaderamente especial.

Algo que nunca dejaré ir.

Nos acurrucamos más cerca, y la sensación de tenerla así, desnuda y abrazada a mí, me llena de una tranquilidad que no había sentido en mucho tiempo.

Esta noche es nuestra.

Solo nuestra.

No hay espacio para dudas ni arrepentimientos.

No hay lugar para pensamientos sobre Sebastian, sobre las consecuencias de lo que acabamos de hacer.

Esta noche es de Becca y mía. Solo de nosotros. No pienso en nada más que en ella, en el calor de su cuerpo contra el mío, en la manera en que su respiración se ralentiza y se sincroniza con la mía.

Todo lo demás se desvanece y, por fin, me siento completo.

Miro su rostro, relajado y sereno mientras se va quedando dormida en mis brazos. No puedo evitar sonreír al ver la tranquilidad en sus rasgos.

Es en este momento, mientras la observo, que me doy cuenta de cuánto la necesito.

De cuánto la quiero.

Sonrío y beso su frente.

–Descansa, Becca.

Ella sonríe por la nariz.

–Descansa, Rhett.



30

BECCA

LO PRIMERO QUE VEO AL DESPERTAR ES UNA FIGURA ENORME completamente desnuda con músculos marcados.

Rhett duerme junto a mí, boca abajo, con la cabeza apoyada en la almohada y los brazos debajo, haciendo que sus bíceps se tensen y distrayéndome por un segundo.

Sonrío inconscientemente y me coloco de lado para verlo de frente.

Este momento se siente tan irreal que de repente considero pellizcarme para asegurarme de que no estoy soñando. Lo que sucedió anoche aún se repite en mi cabeza una y otra vez, y dudo que vaya a dejar de hacerlo en un buen tiempo.

Admito que la culpa se ha apoderado de mis sueños, y Sebastian y su relación conmigo y con Rhett ha sido la trama principal. No quiero siquiera pensar qué ocurrirá ahora, después de… esto. De Rhett y de mí. De lo que hicimos y de lo que, al menos yo, no quiero que acabe.

Rhett gruñe y me quita de mis pensamientos. Vuelvo a mirarlo y a sonreír cuando lo oigo, y no puedo evitar detenerme en su cuerpo desnudo y echar algún que otro vistazo a los detalles.

La luz de la mañana se filtra por la ventana y su cuerpo se trasluce bajo las sábanas blancas. Luce impresionante, más hermoso que nunca. Los músculos de su espalda y brazos se definen perfectamente con la luz, y su culo se ve firme y perfectamente esculpido. Debo confesar que le tengo un poco de envidia, pero bueno, él ha pasado toda su vida haciendo sentadillas y yo apenas si salgo a caminar.

Sonrío una vez más, totalmente embobada, y decido por fin levantarme para dirigirme al baño. Me destapo con cuidado para no despertarlo y busco con la mirada la camiseta que me prestó anoche.

Las prendas están esparcidas por todos lados y se me hace imposible encontrarlas. Creo que deberé levantarme y buscar en cada rincón de la habitación. No quiero ir desnuda por la casa de Rhett como si nada… no importa que me haya visto hasta el alma anoche.

Bajo de la cama, aún tratando de hacer el menor ruido posible, y mis pies tocan el suelo frío. Maldigo para mis adentros e intento darme calor con las manos, frotándolas contra mis brazos.

Sin embargo, soy obligada a volver al calor de las sábanas cuando el hombre a mi lado se despierta y me toma del brazo con suavidad.

–¿Pensabas irte sin antes darme los "buenos días"? –pregunta Rhett con voz ronca.

Ahogo una carcajada y, de un momento a otro, estoy sentada a horcajadas sobre él.

Tiene los ojos achinados, prácticamente cerrados, y el cabello despeinado. Pero luce sexy, maldición, *¿cómo es eso posible?* Yo no me he visto al espejo aún, pero estoy más que segura de que me veo *terrible*.

–Solo quería ir al baño –contesto, rodando los ojos. Rhett sonríe y sus ojos se achinan aún más–. No voy a ir a ningún lado.

–¿Ya no vas a huir?

–Ya no voy a huir.

Se endereza solo para dejar un cálido beso en mis labios y se aferra a mi cadera con suavidad. No ha dicho nada, pero ese beso significa tantas cosas que ni siquiera es necesario.

En ese momento, recién parece percatarse de que sigo desnuda. Sus ojos recorren mis curvas haciendo un camino imaginario que sus manos no tardan en volver realidad.

Me asombra la delicadeza con la que me está acariciando ahora, especialmente al pensar en lo brusco que fue anoche. La diferencia entre su actitud dura y dominante en el sexo y esta ternura casi exagerada es realmente impactante.

Y me encanta.

Continúa acariciándome y yo siento cómo mi cuerpo comienza a responder. La desesperación y el deseo urgentes de anoche, la necesidad voraz de tomarnos el uno al otro, se han desvanecido. Y ahora podemos disfrutar de la calma, hacer todo sin prisa.

Con la claridad de la mañana, mis pequeñas imperfecciones se hacen evidentes: mi depilación irregular y las estrías en mis muslos están a la vista. Pero Rhett no se inmuta en lo absoluto. No le importó anoche y tampoco parece importarle ahora.

Cuando sus manos cálidas y ásperas se posan en el espacio debajo de mis pechos, ahogo un suspiro. Gimo cuando los cubren por completo y los aprietan.

Rhett se muerde el labio inferior y gruñe.

–Mierda, tienes unas tetas hermosas –suelta.

Sonrío, excitada y temblorosa.

–Deja de mentir –le advierto. Él arquea las cejas–. Ya he aceptado que tengo las tetas pequeñas, ¿okey?

Rhett sonríe enseñando los dientes y se endereza, me acomoda mejor encima de él y mis piernas rodean su cintura. Sentir su erección apretando mi centro húmedo está empezando a nublar mis pensamientos.

–Y una mierda –dice con firmeza. Sus manos aprietan mis pechos, sacándome un gemido–. Son preciosas.

Dirige su boca hacia ellas y succiona con fuerza uno de mis pezones, envolviéndome con su calor y su humedad. Reprimo un gemido y tiro la cabeza hacia atrás, dejándome llevar por la sensación de su lengua moviéndose y estimulando mi zona erógena.

–Dios –murmuro inconscientemente.

Gimo con más fuerza cuando se dirige hacia mi otro pezón y, después de humedecerlo, deja una mordida que me hace estremecer.

Vuelve a mirarme, orgulloso por *sentir* todo lo que ha provocado en mí con tan solo recorrer mis pechos con su lengua, y sonríe con los labios juntos.

–No me importan las medidas –dice con seguridad, y desliza su mano por mi cuerpo–. Son perfectas. Perfectas para que las chupe, las devore y las haga mías.

Por Dios.

Esa. Boca. Sucia.

–¿Qué hora es? –pregunto casi sin aliento.

Rhett toma su teléfono de la mesa de noche y lo desbloquea.

–Las ocho treinta –responde, y lo deja en donde estaba para volver a tocarme.

–¿Tienes planes para esta mañana?

–Ninguno.

–Entonces… –digo, levantando mis caderas ligeramente, y bajo mi mano hacia su miembro duro y ya mojado de líquido preseminal. Lo guío hacia mi centro palpitante, su grosor y calor contrasta con mi piel. Lo miro a los ojos y, con voz temblorosa, suplico–: Por favor.

–Mierda, Becca.

Me besa con igual desesperación que anoche y, rápidamente, busca un condón y se lo pone. Me muerdo el labio inconscientemente al ver su miembro grueso y duro por mí.

Regresa conmigo un segundo después. Vuelve a colocarme encima de él.

Entonces, sin decir nada, me penetra de un brutal empujón.

Grito cuando lo siento entrar, grito por la profundidad a la que ha llegado su miembro dentro de mí y mi vista se nubla por su tamaño. *Siento* cómo se adentra en mí e invade cada rincón de mi interior.

La presión es abrumadora; su grosor y dureza me llenan completamente y me estiran hasta un punto que jamás creí posible. Su tamaño es tan imponente que mi cuerpo se tensa, pero el placer que sigue es *indescriptible*.

El empuje es tan profundo que me hace arquear la espalda, el calor en mi abdomen se intensifica. Estoy sudando y apenas puedo

sostenerme de él por mi juicio nublado. Me tiemblan las piernas y mi cuerpo se arquea involuntariamente, tratando de acomodarse a su grosor.

Su miembro se mueve dentro de mí y el calor se multiplica, el ardor de su tamaño provoca una sensación de placer que me hace perder el aliento.

–No puedo creer lo bien que me tomas –gruñe con voz ronca.

Sus palabras susurradas en mi oído, su miembro dentro de mí, embistiéndome, sus manos aferrándose firmemente a mi cadera, *todo* me vuelve loca.

–Sí, Dios, *sí* –gimo con voz entrecortada–. No pares.

Rhett responde a mi súplica aumentando la intensidad.

Sus embestidas se vuelven más agresivas y rápidas, cada empuje es una caricia ardiente que llena cada rincón de mi cuerpo.

El roce constante contra mi clítoris es una tortura excitante, el ritmo frenético de su miembro me arrastra más allá de mis límites. La forma en que su carne golpea mi punto más sensible con cada embestida me hace temblar.

La presión en mi abdomen es casi insoportable, el calor se acumula en oleadas que parecen estallar en mi interior.

Rhett maldice entre dientes mientras sigue embistiéndome, cada vez con más brutalidad, más rapidez.

–Mierda, me encantas así –gruñe en un gemido–, tan desesperada por mi verga.

En un impulso desesperado, decido tomar el control. Me muero por sentir cada centímetro de él rozando mis paredes internas, por la sensación de dominarlo y dejarlo completamente *loco*.

Me levanto ligeramente, apoyando las manos en sus hombros, y comienzo a moverme sobre él.

–*Dios*, Becca.

Mis caderas se arquean y bajan con un ritmo insistente, montándolo con una necesidad insaciable y provocando un sonido húmedo y resbaladizo cada vez que me deslizo hacia abajo.

Los empujes se sienten más profundos y más intensos, su tamaño es abrumador y, al mismo tiempo, adictivo. La manera en que me mira, con esos ojos intensos, me dice que lo estoy haciendo increíblemente bien. Cada descenso me hace sentir su tamaño aún más, el grosor de su miembro me estira y el placer me recorre entera. La sensación de poder y el modo en que puedo sentir su miembro rozando cada rincón de mi interior me encanta.

Mis caderas suben y bajan con urgencia. El placer es tan intenso que estoy a punto de estallar.

Lo que estoy sintiendo es simplemente increíble.

Rhett no aparta la vista de mi cuerpo, observando cómo me muevo encima de él y cómo mis tetas rebotan con cada embestida. Jadea, gime y las chupa, incapaz de tener suficiente con solo mirarlas. Sus manos se clavan en mis caderas, haciendo que suba y baje en su miembro, una y otra vez, marcando el ritmo salvaje que él desee.

–Dios, cómo me *excita* verte montándome así –dice con voz rasposa, apretando mi culo y arrastrándome contra su verga con más fuerza–. Tu concha ajustada y húmeda está haciéndome perder la puta cabeza.

Cada palabra sucia que sale de su boca solo aumenta mi excitación. Me muevo con más fuerza, dándole todo lo que tengo,

sabiendo que mis movimientos lo harán llegar al orgasmo.

De repente, Rhett agarra mis caderas con más fuerza y vuelve a tomar el control. Sus embestidas se vuelven más agresivas. Cada golpe es más profundo.

El estiramiento se vuelve más intenso, pero el placer es tan fuerte que no puedo resistirme. Mi cuerpo tiembla con cada empuje y grito su nombre una y otra vez entre gemidos ahogados.

Me aferro a él, mis gemidos se vuelven más fuertes. La sensación de ser completamente dominada por su miembro es abrumadora. Cada estocada me lleva más cerca del orgasmo, mi cuerpo tiembla, mi piel suda.

–¡Rhett, Dios! Estoy… estoy cerca –murmuro con voz errática.

No puedo evitarlo; me muevo en busca de más, de algo que solo él puede darme.

Él me mira con una intensidad que me derrite, sus ojos arden de deseo. Con un gruñido bajo, su expresión se vuelve aún más salvaje. Sabe que estoy a punto de venirme, y eso solo parece excitarlo más.

Me empuja más fuerte y más rápido, como si intentara sacar todo lo que pueda de mí. El placer se acumula a niveles que casi no puedo manejar, cada golpe hace que mi cuerpo se sacuda.

Mis gemidos se convierten en gritos mientras mi piel se pone aún más caliente y el sudor corre por todo mi cuerpo.

El primer temblor de mi orgasmo me golpea tan fuerte que siento como si fuera a colapsar.

Me sacudo y tiemblo como una hoja en el viento, y un grito gutural se escapa de mi garganta. Percibo cómo mi vagina se agarra de su miembro, cómo se aprieta con necesidad. Cada contracción

me hace sentirlo aún más grande dentro de mí, estirándome y dándome un placer que me quema desde dentro.

–¡Rhett, *Dios*!

Mis respiraciones son un desastre, jadeos entrecortados que salen sin control. Me inclino hacia adelante, empujando mi vagina contra su miembro con más fuerza para sentirlo por completo mientras me vengo encima de él.

Rhett se aferra a mi cabello, obligándome a besarlo. Sus gemidos se vuelven más oscuros. Cada embestida es más brusca, más dura y profunda, como si intentara entrar hasta el fondo de mí.

Me agarro a su espalda, buscando estabilidad mientras mi cuerpo se sacude y mis piernas tiemblan por la intensidad del orgasmo.

–¿Quieres que acabe para ti, Becca? –me provoca, y por la manera en que respira y su cuerpo se sacude, sé que está por acabar.

–S-sí –contesto como puedo, aún con el orgasmo arrasándome–, sí. P-por favor.

Rhett comienza a gemir más fuerte y su ritmo se descontrola. Con un último empujón brutal, se viene dentro del condón con un gruñido ronco, y lo siento. Lo siento palpitar, hincharse, vaciarse dentro de mí.

El calor atraviesa el látex, igual de intenso, igual de salvaje.

Mi cuerpo sigue temblando y mi respiración es irregular. Sus embestidas se vuelven más lentas pero aún intensas y duras, como si intentara prolongar el placer.

Apenas puedo controlar mi respiración cuando escondo mi rostro en su cuello, exhausta. Él continúa respirando por la boca, tratando de llenar de aire sus pulmones y recuperar el aliento.

Me besa con cuidado, con lentitud y ternura, saboreando mis labios y el sudor salado en ellos. Parece ser su ritual, besar con tanta delicadeza después de darme el sexo más intenso y duro que me han dado jamás.

Sonríe con picardía y suspira, apartando un mechón de mi flequillo sudado de la frente.

–Puede que me esté volviendo adicto a hacerte venir –dice, sonriendo sutilmente.

Sonrío por la nariz y me aferro a su cuello, rodeándolo con mis brazos.

–Y yo a que tú me hagas venir –respondo y acaricio su mejilla.

Sus labios se curvan en una sonrisa satisfecha. Me abraza más fuerte. Deja que nuestro peso nos arrastre hacia atrás, tumbándonos en la cama, con mi cuerpo sobre el suyo.

Su pecho se eleva y cae lentamente con cada respiración. El ritmo calmado contrasta con la energía desbordante que acabamos de experimentar.

Mi piel está pegada a la suya, y siento el calor reconfortante de su cuerpo bajo el mío, la firmeza de sus músculos que ahora están relajados y rendidos. Su miembro aún palpita levemente dentro de mí, el roce ocasional produce una sensación dolorosamente placentera.

Mis músculos están tan relajados que siento que no tengo fuerzas para moverme.

Rhett desliza una mano por mi espalda, su toque es suave pero firme, como si quisiera asegurarse de que me sienta completamente a gusto en sus brazos. Y lo está logrando. Demasiado.

Finalmente, rompe el silencio con un tono tranquilo:

–¿Qué te parece si, después de todo esto, te preparo un café?

Sus palabras me hacen sonreír. La idea de un café en la mañana después de lo que acabamos de hacer suena *perfecta*.

Alzo la cabeza para encontrarme con sus ojos azules.

–Suena bien –digo, sonriendo.

Él me devuelve la sonrisa. Lanzo una carcajada cuando dice:

–Te prometo que será tan bueno como los polvos que nos hemos echado.



31

BECCA

RHETT AGUARDA POR UNA RESPUESTA DE MI PARTE, APOYADO EN LA MESADA de la cocina con la taza de café en la mano.

Me acomodo sobre el taburete para verlo de frente, a punto de morder la tostada con mermelada que me preparó para acompañar el café.

–¿Es en serio? –pregunto, arqueando las cejas con ironía.

–Sí –contesta como si fuera lo más normal del mundo–, es demasiado raro que te haya cogido dos veces en menos de cinco horas y aún no sepa cuál es tu color favorito.

Reprimo una risa y él alza la mano, apresurándome.

–El amarillo –respondo y bebo un sorbo de café–, ¿feliz?

–Aún no –niega y se aproxima a mí–. ¿Tu cumpleaños?

–Siete de marzo.

–¿Signo?

–Haz la cuenta.

Rhett sonríe y se queja, mirando hacia el techo.

–No sé mucho sobre signos –confiesa y le da un mordisco a la tostada con queso untable que se ha hecho para él–, Nicole me ha hecho la carta astral una vez, pero no entendí una mierda.

–Piscis –digo al fin–, soy de Piscis. –Bebo más café y lo señalo con el mentón–. ¿Y tú? ¿Color favorito, cumpleaños, signo?

–Azul, diecinueve de noviembre y… eh…

–Escorpio –termino por él.

–Sí, exacto.

–Eso explica… muchas cosas.

Alza las cejas y una sutil sonrisa se dibuja en sus labios.

–¿Qué significa eso? –consulta, curioso, y se apoya sobre sus antebrazos sobre la mesada.

Luego, se inclina hacia adelante para quedar a pocos centímetros de distancia de mí. Su cercanía aún me pone nerviosa, me da igual lo que hayamos hecho anoche y esta mañana.

Esto se siente mucho más íntimo.

–Los de Escorpio siempre están buscando mantener el control y ser los mejores en todo lo que hacen –explico–. Ni hablar del ego *gigante* que tienen y lo seguros que son de sí mismos.

Se cruza de brazos y abre la boca con fingida sorpresa.

–¿Crees que tengo un ego gigante? –pregunta con tono burlón.

–¿De verdad me lo estás preguntando?

–*Auch* –se queja, colocándose la mano encima del pecho. Me rio–. Es decir, tienes razón, pero *auch*.

Dejo de reprimir la risa y suelto una carcajada fuerte.

Dios, no sé cómo pude estar todo este tiempo fingiendo que su carisma no me encanta.

–Bueno, mi turno –digo, enderezándome y apoyándome sobre mis codos en la mesada. Coloco mi cabeza entre las palmas de mis manos y lo miro–. Una pregunta un poco más personal.

–No me la he medido nunca –intercepta, negando rotundamente–, así que no sé de cuántos centímetros estamos hablando.

–Eres un asco.

Él se ríe y yo me muerdo el labio inferior, sacudiendo la cabeza.

–Tu nariz –le digo, señalando el relieve que me fascina tanto.

–¿Mi nariz? –se la toca, sin entender bien de qué estoy hablando.

–Ese relieve que tienes en el puente –continúo, haciendo la forma de un relieve con mi índice.

–Ah, sí.

–¿Te sucedió algo? –pregunto con curiosidad–. ¿Te fracturaste el tabique, o vienes así de fábrica?

Sonríe con los labios juntos y rueda los ojos.

–Me la fracturaron –me corrige, y esta vez, se inclina más en la mesada para quedar a tan solo centímetros de mi rostro. Aprovecho para mirar su, ahora sé, tabique fracturado–. En un partido, hace como… ¿cuatro años? Más o menos.

–¿Cómo haces para fracturarte la nariz jugando handball? –consulto, divertida.

–Me pegaron un rodillazo.

–¿Qué? ¿En serio? –me rio, incrédula. Él está sonriendo–. Pero ¿qué te pasó? ¿Te equivocaste de cancha y entraste a la de rugby?

–*Ja, ja, ja* –se ríe con sarcasmo–, qué graciosa. No, cariño –niega. El "cariño" me da un pequeño vuelco en el pecho–, esto es lo que sucedió: me tiré al suelo para alcanzar la pelota que se había escapado –empieza a actuar exageradamente lo que me está

contando, como si fuera una gran escena de una película de acción. Me rio–, no me dio tiempo de levantarme y pasársela a alguien del equipo, así que la lancé desde ahí mismo… y, de repente, un imbécil del otro equipo intentó marcarme y, en lugar de eso, me metió un rodillazo en la nariz.

Me cubro la boca mientras digo "uhh", y él sonríe, encogiéndose de hombros.

–Meh, no fue para tanto –prosigue–, pero me sangró como la mierda y mi tabique quedó así. –Señala el puente de su nariz–. Debería ir al cirujano y operarme, lo sé.

–¿Qué? No –niego enseguida–. ¿Por qué? ¿No puedes respirar bien, o algo?

–No es eso. Mi nariz anda bien, sería solo por pura estética.

–Pero ese relieve es supersexy –le hago saber, y él arquea las cejas.

–¿Eso crees?

–Muchísimo.

–No lo sé, me da igual como se vea –dice, frunciendo la nariz–. Me alegra que te guste. –Sonríe y me pellizca la mejilla–. Pero debiste haberla visto antes, cuando estaba normal. Era la puta envidia de todas las narices de mi equipo.

Suelto una carcajada con ganas.

–¿Sí? –pregunto, entre risas.

–Totalmente. –Se estira sobre la mesada para tomar su teléfono, lo desbloquea y luego me enseña una foto en la pantalla. Es una selfie suya, de hace algunos años, cuando su nariz aún no estaba rota–. ¿Lo ves? *Perfecta*.

Me duele la mandíbula de tanto reírme.

–Mmm, la prefiero como está ahora –digo, y toco su nariz con el dedo índice. Él sonríe y vuelve a bloquear el celular para dejarlo sobre la mesada–, creo que le da personalidad.

–¿Personalidad? –repite, riendo con sarcasmo.

–Ajá.

–Una nariz con personalidad… –repasa–. Mierda, eres muy *rara*. ¿Me recuerdas por qué dormí contigo?

Lo empujo jugando y él se echa a reír, tambaleándose hacia atrás hasta que recupera el equilibrio, cosa que hace ni bien lo aparto.

–¿Sabes? Pienso lo mismo –replico sonriendo, pero tratando de simular que estoy seria–. Ni siquiera me ha gustado. Creo que te sobreestimé.

–¿Ah, sí? –pregunta, acercándose peligrosamente.

Se posiciona frente a mí, y separa mis piernas para colocarse entre ellas y verme directamente a los ojos.

–Sí –contesto con seguridad–, jamás he sido de las que fingen… pero, bueno, contigo no tuve opción.

Rhett sonríe y se muerde el labio inferior. Los míos también esbozan una sonrisa y mis ojos están clavados en los suyos. Este extraño juego de coqueteo está divirtiéndome.

Ambos sabemos que lo que estoy diciendo es la mentira más grande que he dicho nunca.

–Pues debería redimirme, ¿no lo crees? –murmura con voz suave, su aliento cálido roza mis labios y sus manos acarician mis piernas desnudas.

Admito que, si fuera por mí, no lo detendría. En ningún momento. Pero Oasis ya está por abrir y tengo que prepararme para ir a buscar la llave de mi apartamento.

Además, Rhett me dijo que hoy debe cuidar a Chloe, así que tengo que irme antes de la una de la tarde.

–Ya has tenido la oportunidad –digo, palmeándole el pecho. Él rueda los ojos, sonriendo. Luego, me pongo un poco más seria para ya dejar de jugar, y digo–: Me encantaría, no sabes cuánto. Pero tengo que ir a buscar mi llave y tú debes cuidar a Chloe.

Él sonríe, asiente y deposita un beso en mi frente.

–Te llevo a Oasis y luego a tu casa, ¿quieres?

–Ya has sido mi Uber personal anoche, no es necesario que lo hagas hoy otra vez.

–Seré tu Uber personal las veces que quieras.

Sonrío.

–Bien, de acuerdo.

–¿Tienes que estudiar durante la tarde? –pregunta entonces.

–Mm, debería, pero no tengo tanto apuro. ¿Por qué?

Rhett acaricia mis muslos con delicadeza y después toma mis manos para dejar un beso en la parte superior.

–¿Quieres estar aquí para cuando Chloe venga?

Abro la boca, bastante sorprendida.

–Le encantará verte –continúa, aún con sus labios rozando la piel de mi mano–, y, bueno... a mí me encantará que estés aquí un rato más.

–Rhett… –susurro y sonrío conmovida.

–Solo si quieres –dice, dejando nuevamente mis manos sobre mis muslos–, si necesitas estudiar, lo dejamos para otro momento. No hay problema.

Su manera de hablar, sus caricias, sus besos… él. *Él*. Me tiene cautivada. Me tiene completamente hipnotizada.

Estar con él y con Chloe este día suena increíblemente bien.

–Me encantaría ver a Chloe –contesto, y lo tomo de la camiseta para acercarlo a mí. Él sonríe contra mis labios–, y me encantaría pasar el resto del día contigo.



Pasamos por mi apartamento después de buscar la llave en Oasis, así yo puedo cambiarme y maquillarme.

Le envié un mensaje a Audrey, una de las chicas que trabaja en el bar durante la tarde, preguntándole si podía hacerme un favor enorme y fijarse si había una llave en el baño. Ella, por suerte, la encontró y me la guardó.

Le agradecí de todas las maneras posibles, volví a mi apartamento, me cambié –me he duchado en la casa de Rhett antes de salir–, me maquillé y, ahora mismo, estamos en su casa otra vez.

Chloe vendrá en un rato y Rhett está ordenando. Me ofrecí a ayudarlo, pero se negó rotundamente diciendo que no me preocupara y que me enfoque en mis cosas. He traído algunos apuntes de Neurociencia Cognitiva y estoy resumiéndolos sentada en el sofá del living hasta que Chloe llegue.

He dicho que me tomaría este día libre de estudio, pero no pude con la ansiedad de pensar que, si no consigo resumir al menos un cuarto de estos textos, no llegaré a tiempo a estudiar para el examen. Es en dos semanas, pero esta asignatura es una de las más complicadas de la carrera. Suelto un suspiro y me trueno el cuello. Me quito los anteojos por un momento, bostezo y me froto los párpados. Estoy cansada y no llevo ni una hora leyendo. Debería

dormir un rato apenas pueda. Mi cuerpo no soportará toda la noche en el bar con todo este cansancio acumulado.

–¿Estás segura de que no quieres que te lleve a tu apartamento? –escucho que Rhett pregunta.

Abro los ojos y bajo la cabeza para mirarlo. Está terminando de preparar la ensalada de pollo que almorzaremos y el *mac and cheese* que comerá Chloe.

Hace *meses* que como dos comidas saludables seguidas.

–Sí, descuida –contesto y me estiro en el sofá–, quiero quedarme. Tengo ganas de ver a Chloe.

Rhett guarda la ensalada en la heladera, apaga la hornalla donde estaba cocinándose el *mac and cheese* y se acerca a mí. Se coloca a mi lado en el sofá y le echa un vistazo a mis apuntes.

–"Neurociencia Cognitiva" –lee uno de los apuntes, sosteniéndolo entre las manos, y arquea las cejas–. Te gusta mucho el cerebro humano, ¿eh?

Sonrío y revoleo los ojos. Le quito el apunte y lo dejo en mi regazo.

–Muchísimo –confirmo, segura–, es muy interesante. Es más, ¿sabías que es plástico?

–No tenía idea –responde, y se acomoda mejor en el sofá. Alza la mano con la palma hacia arriba–, explícame.

Mejoro mi postura y pongo en práctica todo lo que he estado leyendo hasta ahora.

–Significa que tiene la capacidad para adaptarse y cambiar a lo largo de nuestra vida –comienzo a contar como toda una *nerd* de la psicología–. Por ejemplo, cuando aprendemos algo nuevo, nuestras neuronas forman nuevas conexiones. Se llama *neuroplasticidad*. Es

como si el cerebro estuviera remodelando su propio circuito para adaptarse a nuevas habilidades o experiencias.

–Mierda… –dice, sorprendido.

–Y eso es fundamental para la recuperación de lesiones cerebrales –prosigo, emocionada–, y también para el aprendizaje continuo. Es como si nuestro cerebro tuviera un modo de actualización constante. Por eso es que siempre estamos en capacidad de aprender y cambiar, no importa cuántos años tengamos.

Rhett me mira a los ojos, asintiendo con una leve sonrisa en el rostro mientras me escucha.

–Ay, lo siento –digo, sacudiendo la cabeza–, creo que me emocioné hablando. Sé que debe resultarte aburrido…

–¿Qué? No –suelta enseguida, negando con la cabeza–. Continúa, por favor. Me gusta escucharte.

Mi corazón se detiene por un instante y mis labios se curvan en una sonrisa sutil.

No puedo evitar pensar en Sebastian en este momento.

Bueno, no en él en sí, sino en la cantidad de veces que he intentado hablarle sobre mi carrera y lo poco que le ha interesado oírme cada vez.

No estoy tan segura de qué tan bien está haber dormido con otro hombre luego de tan solo *horas* de cortar una relación.

Sobre todo, si este hombre es el mejor amigo de tu ex.

Sin embargo, en este instante, lo único que me importa es lo *cómoda* que me siento junto a Rhett y lo mucho que valoro su interés en mi carrera y en temas que, estoy segura, no se dedicaría a explorar por sí mismo.

En otro momento tendré tiempo de pensar en que quizás soy una mala persona, una zorra, o cualquier adjetivo calificativo negativo que se me ocurra.

Pero no ahora.

–Gracias por fingir interés para no hacerme sentir mal –bromeo, sonriendo.

–No estoy fingiendo –afirma, y me da un delicado empujón en el brazo que me hace sonreír–, en verdad es interesante. No entiendo ni la mitad de las palabras que estás diciendo, pero es interesante. Y me gusta cómo lo explicas.

Me rio y pongo los ojos en blanco. Él tiene una sonrisa en los labios que no se ha quitado desde que comencé a hablar.

–Gracias –digo, con voz un poco más suave–, tengo examen en dos semanas y quiero asegurarme de tener todo claro.

–Te irá malditamente bien, créeme.

–Dios te oiga.

–Si no me ha oído, lo *amenazaré* para que lo haga.

Lanzo una carcajada y me muerdo el labio inferior. Apoyo mi mano en su pierna y el pantalón corto que está vistiendo se alza ligeramente.

Mierda, sus cuádriceps son *enormes* y juraría que no tienen ni un gramo de grasa.

Sin embargo, la cicatriz que encuentro en su rodilla derecha llama mucho más mi atención que sus músculos marcados. Rhett sigue con los ojos el recorrido que están haciendo mis dedos sobre la cicatriz y carraspea.

–¿Qué te…?

No concluyo la pregunta porque, al levantar la vista hacia sus ojos, me percato de que quizás no sea algo de lo que quiera hablar. Junto los labios de golpe. Trago saliva.

–Otra fractura –dice entonces, respondiendo a mi pregunta sin terminar–, mucho más… complicada que la de la nariz.

–Oh –digo, y vuelvo a mirar la cicatriz–, ¿qué fue lo que… te pasó? Si quieres contarme, por supuesto.

Rhett esboza una sonrisa débil con los labios apretados y coloca su mano sobre la mía, que aún toca su cicatriz. La sensación de su piel cálida sobre la mía es reconfortante.

Si no me equivoco, esta es la misma rodilla que lo vi vendarse durante el entrenamiento de muestra a los reclutadores, cuando salió de la cancha medio cojeando y con una mueca de dolor que intentó disimular.

–Fue en un partido de la temporada pasada –empieza, como si le doliera pronunciar cada palabra–. Una jugada dura y un golpe inesperado. No fue solo una fractura, fue una luxación *completa* de la rodilla. Los ligamentos se rompieron y el cartílago quedó destrozado.

–Ay, Rhett… –murmuro, incapaz de decir algo más.

–Estuve a punto de quedar en silla de ruedas –continúa, con un tono que hace que mi corazón se acelere–. La operación... Carajo, fue muy complicada y peligrosa. –Su voz se quiebra, respira hondo para seguir hablando–. Los médicos dijeron que quizás nunca podría volver a jugar.

Abro la boca, sorprendida, y me cubro con la mano.

–Fue como si todo lo que conocía se viniera abajo de golpe –prosigue después de esbozar una sonrisa de lástima–. Sentí que

todo lo que había construido, cada gota de sudor y sacrificio en el handball, se desmoronaba en un instante. Era como ver mi carrera y mi sueño irse al carajo en un abrir y cerrar de ojos.

Hace una pausa, claramente afectado por los recuerdos. Yo acaricio su rodilla y la cicatriz que marca su piel.

–Y luego… –digo, buscando sus ojos con los míos–. Supongo que tuviste que hacer rehabilitación, ¿no?

–Sí. Y fue una *mierda* –contesta, enfatizando la última palabra–. Lo peor era que no solo lidiaba con el dolor físico, sino también con el miedo de perder algo que amaba *tanto*. Era como si estuviera perdiendo una parte de mí mismo.

–Eso suena horrible.

–Lo fue –suelta, con una risa amarga–, mierda, sí que lo fue –se aclara la voz–. Estuve un año sin jugar y hace tres meses se ha cumplido un año desde que regresé a la cancha. Siento que cada entrenamiento es como una victoria, ¿sabes? A veces hasta me cuesta creer que lo logré.

Sonríe débilmente y yo le devuelvo la sonrisa de la misma manera.

Me doy cuenta de todo el sacrificio que ha hecho. No es solo el dolor de la lesión, sino también el peso emocional de casi perder su carrera.

–Admito que, a veces, todavía me duele –confiesa después de suspirar–. Me he tenido que acostumbrar a vivir con ese jodido dolor y a llevarla vendada cada vez que entreno o juego. Incluso cuando hago algo mínimo, como salir a correr. Es una carga constante, y es una mierda, pero es lo que hay.

Me sorprende cómo ha aguantado todo esto. Es una locura pensar en todo el dolor y la frustración que ha tenido que soportar solo para

volver a hacer lo que ama.

–Es muy admirable –digo, mirándolo a los ojos–. En serio.

–Sí, todos me lo dicen –comenta, encogiéndose de hombros–. Pero no imaginaba mi vida sin el handball. No es tanto una cuestión de admiración; es que el handball es todo lo que conozco y todo lo que me importa. Sin él, simplemente no sería yo.

Sonrío débilmente.

–Y, debo decir, eres *increíble* en la cancha –agrego y él sonríe. Sonrío junto a él al notarlo un poco más animado–. No entiendo todos los movimientos y estrategias, pero es obvio que eres el mejor.

Él sonríe más ampliamente y sus ojos brillan mientras me mira.

–Gracias –dice–, espero que los reclutadores de la selección piensen lo mismo.

–Estoy *segura* de que lo harán –enfatizo y le doy un golpe suave en el muslo–, ¿cuándo es el entrenamiento por el que estaban tan emocionados ayer?

–Pasado mañana. Hoy hablaremos con Joseph, el entrenador –aclara, por si no lo conozco–, en el entrenamiento y nos explicará algunas cosas que debemos saber. Los reclutadores son conocidos suyos y son realmente exigentes.

–Lo imagino.

–Me gustaría que estuvieras ahí –dice con voz suave–. En el entrenamiento de prueba, me refiero. Pero, bueno, no podemos darnos ese lujo.

Trago saliva, asintiendo con los labios apretados.

–¿Sebastian…?

–Sí, lo citaron –afirma de inmediato–. Todos los que viste anoche fueron citados. De nosotros, solo seleccionarán a tres, como mucho.

–Pues –digo, y me apoyo en su hombro. Él sonríe y alzo la mirada para verlo a los ojos–, quizás no pueda ir a verte, pero cuando termines podrías ir a mi apartamento y contarme cómo te ha ido.

Rhett sonríe de nuevo, su expresión se suaviza.

–Me encantaría.

Me besa, tomándome de la mandíbula con delicadeza, y yo acaricio su pecho tonificado.

Está a punto de subirme a horcajadas sobre él cuando oímos el timbre. Nos separamos y noto la diversión en sus ojos. Esboza una sonrisa burlona y aprieta los labios, ligeramente frustrado por la repentina interrupción. Me rio.

–Es Chloe –dice, y aparta un mechón de cabello de mi rostro.

Asiento y, después de darme otro beso, se levanta del sofá y se dirige a la puerta para recibir a Chloe. Lo observo con una media sonrisa en los labios y voy a la cocina para esperarlos allí.

Rhett abre la puerta y escucho a Chloe gritar emocionada al verlo. Él le responde con el mismo entusiasmo y juraría que la ha levantado en sus brazos para abrazarla. Se despide de su tía, que ha traído a la niña, y luego oigo los pasitos rápidos de Chloe que entra saltando a la sala.

Su vocecita se oye desde la cocina y sonrío inconscientemente, ya sintiendo ese *calorcito* en el pecho que aparece cada vez que la veo.

Estoy terminando de servir la ensalada de pollo que Rhett ha preparado para nosotros y el *mac and cheese* que ha preparado para su prima, cuando el sonido de los pasos de ambos se va haciendo más fuerte.

–¿Una sorpresa? –escucho a Chloe preguntar emocionada, con su vocecita suave y tierna–. ¿Qué sorpre…?

Su boca se queda entreabierta cuando me ve. Sus ojitos verdes se iluminan con sorpresa y no tarda en esbozar una sonrisa de oreja a oreja.

Rhett sonríe radiantemente.

–¡Becca! –grita la niña, y se echa a correr hacia mí con los bracitos abiertos.

–¡Hola, preciosa! –contesto y, cuando quiero darme cuenta, ya la tengo colgada sobre mí.

Chloe me abraza con todas sus fuerzas y su risa es tan contagiosa que no puedo evitar reír con ella. Sus ojitos azules están llenos de alegría.

–¡Es la mejor sorpresa del *mundo*! –exclama.

Suelto una risa y la abrazo con la misma intensidad que ella lo está haciendo.

–Sabía que te gustaría –dice Rhett, mirándonos con ternura.

Su sonrisa sigue ahí, pero ahora parece aún más cálida y llena de cariño. Cuando nuestras miradas se encuentran, él me guiña el ojo, y mi corazón da un brinco.

Es obvio que ver a Chloe tan feliz lo tiene encantado.

–¿Cómo estás, mini Rapunzel? –le pregunto a la niña y le pellizco la mejilla.

Ella ríe, sus ojitos siguen brillando como estrellas, y su sonrisa es tan grande que parece que podría iluminar toda la cocina.

–¡Bien! ¡Bien, bien, bien! –dice con entusiasmo, dando saltitos entre mis brazos.

Me rio y Rhett se acerca a nosotras, sonriendo ligeramente. Sigue mirándonos de esa manera, tan cálida, tan expresiva, que por un momento me pierdo en sus ojos.

Luego, regreso la mirada a Chloe.

–¿Lista para jugar a las muñecas *toda* la tarde? –le pregunto con una sonrisa, aunque ya sé la respuesta.

–¡Sí! –responde, entusiasmada–. *Uf*, qué bueno que traje una Barbie de más –dice aliviada, como si hubiera evitado una crisis.

Rhett se coloca a espaldas de su prima y le da un beso en el cabello.

–Sí, sí, sí, pueden jugar a las muñecas toda la tarde –dice él, sonriendo con ternura. Chloe gira la cabeza para mirarlo–. Pero antes, vamos a comer.

Chloe hace un mohín y Rhett finge seriedad, aunque no puede mantenerla por mucho tiempo. Ella lo mira con esa sonrisa que siempre lo conquista, y él se derrite instantáneamente.

De todos modos, logran llegar a un acuerdo –que incluye que Rhett le compre un helado de chocolate a Chloe– y ella acepta almorzar antes de jugar a las muñecas.

Su primita se sienta a mi lado y empieza a contarme cómo le ha ido en el jardín de niños esta mañana. Supe que acababa de salir de la escuela cuando vi que vestía el uniforme de uno de los institutos más caros de Los Ángeles.

Ayudo a Rhett a preparar el jugo en la jarra mientras él termina de condimentar la ensalada de pollo. Me coloco a su lado en la mesada y él me sonríe, mirándome a los ojos.

–No sabes cuánto le encantas –me dice con voz baja, echándole un ligero vistazo a Chloe, que está sentada esperando su *mac and cheese* moviendo sus piecitos en el aire–. Estoy un poco celoso. Antes yo solía ser su favorito.

Suelto una carcajada leve y lo empujo, bromeando.

–No seas idiota –le digo, sonriendo–. ¿No te das cuenta lo mucho que te adora? Te mira como si fueras su mundo. De verdad.

–Pues ella es el mío, así que...

Sus palabras me sacan una sonrisa y despiertan un cosquilleo en mi estómago. No puedo dejar de mirarlo, igual de fascinada que la primera vez que lo vi con Chloe y noté lo tierno que era con ella.

Nos giramos hacia la mesa, sonriendo y mirándonos, pero nos detenemos en seco cuando notamos a su prima observándonos con curiosidad y una enorme sonrisa en los labios.

–¡Ustedes son novios! –exclama entonces, desbordante de alegría.

El corazón se me detiene.

Abro la boca y la cierro varias veces. Miro a Rhett, que prácticamente está imitando mi gesto.

–¿Qué? –suelto, con una voz aguda y frunciendo el ceño, mientras me acerco a Chloe con una sonrisa nerviosa–. No, pff. ¿Por qué lo dices, preciosa?

Volteo la cabeza hacia Rhett en busca de ayuda, pero lo único que encuentro es su intento por reprimir una risa. Arqueo las cejas, como diciendo "¿en serio?".

–¡Porque a Rhett le gustas! –dice Chloe, señalando a su primo.

Ahora, Rhett está rojo y la que reprime una risa soy yo.

–¿Ah, sí? –pregunto, mirándolo con curiosidad.

–¡Sí! –responde Chloe por él–. ¡Me lo dijo!

–Con que te lo dijo…

–Guau, qué *suerte* que hayas prometido guardar el secreto –le dice Rhett a su prima con ironía, mientras se acerca a ella sonriendo.

Empieza a hacerle cosquillas y Chloe estalla en risas.

–¡Es que Becca debía saberlo! –dice ella, riendo a carcajadas, tratando de quitar de su barriguita las manos de Rhett.

–¿Qué hablamos sobre que podía dejarme en la *friendzone*? –pregunta él, todavía sonriendo y sin dejar de hacerle cosquillas.

Chloe no deja de reírse y, finalmente, él se detiene. Su primita suspira, aliviada, y Rhett le da un último beso en la frente. Le acerca el plato de *mac and cheese* y se sienta a su lado.

Yo no puedo dejar de sonreír. Mi corazón late un poco más rápido y siento que mis mejillas arden por lo que la niña acaba de confesar.

¿Rhett le ha dicho antes que yo… le gustaba?

¿Cuándo? ¿En qué momento? ¿Hace cuánto?

Supongo que se lo preguntaré luego. Y no lo dejaré en paz hasta que me cuente *todo*.

Rhett me lanza una mirada, baja la vista y esboza una media sonrisa, negando con la cabeza.

Le devuelvo la sonrisa, sintiendo que el cosquilleo en mi estómago es cada vez más fuerte.



32

RHETT

BECCA ESTÁ DE BRAZOS CRUZADOS, CON LA LENGUA HACIENDO PRESIÓN EN su mejilla interna y mirándome fijamente a los ojos, apresurándome.

Suspiro, me muerdo el labio inferior y me echo hacia atrás, mezclando una queja con una sonrisa.

–¿No vas a responderme? –pregunta, sarcástica, y una leve sonrisa aparece en sus labios.

Me inclino hacia adelante, con mis antebrazos apoyados en la barra del bar, y entrecierro los ojos. Ella se inclina hacia mí también, haciéndome frente y desafiándome mientras seca una de las copas que un cliente ha dejado a mi lado en la barra hace unos minutos.

La presión de su mirada me vence, y no tengo más remedio que confesar.

–La vez que la conociste –admito finalmente–, cuando viniste esa tarde con Sebastian y yo estaba cuidando de ella.

Becca abre la boca con sorpresa, deja la copa a un lado y se apoya en la barra.

–¿Te gusto desde ese momento? –pregunta, más divertida que extrañada.

Mierda, sabía que me esperaba un largo interrogatorio después de lo que Chloe dijo en el almuerzo.

Pequeño diablillo, prometió no decir nada.

–No "me gustas" desde ese momento –la corrijo–, solo me pareció increíble lo bien que te llevaste con ella desde esa vez. Conectó de inmediato contigo y eso no le suele pasar con muchas personas. Y, bueno, está de más decir que ya me parecías preciosa.

Becca sonríe y sus mejillas se colorean de un tono rojizo.

Sonrío al verla.

Es tan linda cuando se pone nerviosa.

–¿Y por qué Chloe *dijo* que le *dijiste* que yo *te gustaba*? –vuelve a preguntar, haciendo énfasis en las últimas dos palabras.

Me arremango el buzo de entrenamiento que llevo puesto y bufo, sabiendo que me ha pillado y no tengo escapatoria.

–Porque me lo ha preguntado y yo se lo confesé.

Becca cierra la boca de inmediato. Luego, forma una "o" con los labios.

–Porque cada vez que ella te mencionaba y yo veía cuán fascinada estaba contigo –continúo, acercando mis labios a los suyos–, me daba cuenta de que yo sentía lo mismo o incluso *más* por ti. Chloe es una pequeña inteligente y muy, muy directa. Así que me lo preguntó sin más. "Ey, Rhett, a ti te gusta Becca, ¿no? Porque es linda, y juega conmigo a las muñecas, y además tiene flequillo, ¡amo su flequillo!" –imito la voz de Chloe, sonriendo con nostalgia y negando con la cabeza, incrédulo.

A veces me sorprende cómo Chloe, con tan solo cinco años, logró ver algo que yo aún no había querido admitir.

Becca suelta una carcajada por lo que acabo de decir. Sus ojos verdes brillan y todo el resto del bar parece desaparecer. Ella es todo en lo que puedo enfocarme.

Me inclino más cerca, atrapado en ese instante. Mientras ella esté aquí, el resto del mundo puede esperar.

–Me alegra que sea así, entonces –dice con voz suave, viéndome a los ojos con los suyos achinados por estar sonriendo.

–¿Encantarle a Chloe o a mí?

–A ambos.

Sonrío por la nariz. Nos quedamos en silencio unos instantes, solo viéndonos, hasta que nuevos clientes ingresan al bar y Becca debe acercarse a la mesa donde se han sentado para tomarles la orden.

Por la manera en que suspira, es evidente que lo que menos queremos ambos en este momento es separarnos.

Ella les toma el pedido, limpia algunas otras mesas y yo le pido un mocktail mojito sin alcohol, el mismo que me hizo la primera vez que estuve aquí. Acabo de salir del entrenamiento, todavía estoy empapado de sudor y cansado, pero lo único que quería, incluso antes de ducharme, era ver a Becca y beber ese trago.

Estaba *delicioso* cuando lo probé esa vez.

Aunque, sí, también ayudó que la *barwoman* que me lo preparó estaba buenísima.

Becca se mueve por la barra, prepara mi trago y luego el de otro sujeto que se ha sentado a unas banquetas de distancia. Mientras le toma los pedidos a los nuevos clientes que llegan, yo me tomo mi tiempo para observarla.

Esta vez, no tengo que preocuparme por que me vea mirándola. Todo este tiempo debí ser disimulado, verla de lejos y tratar de ocultar lo fascinado que estaba por ella.

Ahora, puedo admirarla sin tener que disimular, como he querido hacer hace *tanto*.

Ya no debo esconder nada.

Ya no debo ocultar que me ha volado la cabeza desde el momento en que la conocí.

Decido no distraerla y solo hablamos cuando ella es la que comienza la conversación, cuando no debe atender a nuevos clientes o preparar más tragos. Mientras tanto, bebo mi mocktail mojito y likeo algunos *posts* que ha subido la cuenta de USA Team Handball en Instagram.

Suspiro, sintiendo los nervios reaparecer al pensar en que, en dos días, estaré entrenando con ellos, demostrando lo que sé hacer y esperando ser suficiente para ser parte de su equipo.

No hay nada que haya deseado más en mi vida que jugar con la selección.

–Estoy demasiado nervioso –le digo a Becca cuando se acerca a mí, haciéndome saber que puede tomarse un momento antes de continuar con el trabajo.

Ella observa la pantalla de mi teléfono y se da cuenta de que estoy viendo un video de la selección.

–Ay, por favor –suelta, tirando la mano hacia atrás–, te irá condenadamente *bien*, Rhett. Te seleccionarán. Estoy segura.

–Dios te oiga.

–Si no lo hizo, entonces lo *amenazaré* para que lo haga, dijo un sabio.

Me rio cuando repite la misma frase que yo le dije esta tarde, cuando hablábamos sobre el examen que tendrá en dos semanas.

No dejo de mirarla, aún sonriendo como idiota.

La conversación se corta cuando un nuevo cliente se sienta a dos banquetas de distancia de mí, y Becca se aproxima a él para entregarle el menú.

–Hola –lo saluda con una sonrisa amable.

Yo sigo viendo el video del golazo que ha hecho Graham, uno de los jugadores de la selección nacional.

–Descuida, no es necesario –oigo que dice la mujer que acaba de sentarse frente a la barra, y le devuelve el menú a Becca–. Quiero un Gin Tonic de frutos rojos.

Frunzo el ceño, tratando de entender por qué esa voz me resulta tan familiar. Levanto la vista y, disimuladamente, giro la cabeza en su dirección.

Me mira.

La miro.

–¿Rhett?

No.

No.

Mierda.

No puede ser.

–¿Hannah?

Un latido abrupto retumba en mi pecho.

Me quedo en blanco por un momento.

–¡Rhett, hola! –exclama mi… ¿exligue? ¿exnovia? ¿ex "casi algo" que se cogió a mi mejor amigo?

Parpadeo repetidas veces y luego sacudo la cabeza para reaccionar.

–Ey, Hannah –saludo, aún medio desconcertado–. Hola. ¿Qué…?

¿Qué carajos haces aquí?

Hannah no tarda en levantarse de la banqueta y darme un fuerte abrazo. Me quedo momentáneamente inmóvil hasta que decido devolverle el abrazo, sin estar *para nada* convencido.

Miro a Becca y me encuentro con sus ojos verdes clavados en mí. En Hannah. En mí con Hannah.

Carraspea, desvía la vista y se acomoda un mechón de cabello detrás de la oreja.

Mierda.

–Estoy de visita –contesta Hannah con una sonrisa en el rostro, y deja de abrazarme–, por el cumpleaños de Nicole.

–Ah –digo, asintiendo–, no sabía que seguían siendo amigas. Qué… qué bueno que estés aquí.

–Sí –dice ella, todavía sonriendo, y vuelve a acomodarse, esta vez, en la banqueta a mi lado–, hemos hablado unas veces luego de que me fuera a Nueva York. Y estos últimos meses nos hemos vuelto mucho más cercanas.

–Pues me alegra –digo, asintiendo y sonriendo ligeramente con los labios juntos.

Vuelvo a mirar al frente, pero siento los ojos avellana de Hannah clavados en mí.

Puta. Madre.

Becca termina de preparar el Gin Tonic y se lo entrega a Hannah con una sonrisa un tanto incómoda. Me echa un rápido vistazo.

Desvía la mirada de inmediato y se da media vuelta para lavar el medidor y la coctelera.

No quiero que piense cualquier cosa, maldición.

–Becca –la llamo entonces.

Ella vuelve a voltearse.

–¿Sí? –pregunta, y sus ojos se desvían casi por impulso hacia la morena de ojos avellana que está sentada a mi lado. Luego, vuelve a mirarme y fuerza una sonrisa.

Hannah nos mira a ambos, intercalando sus ojos entre nosotros.

–Ella es Hannah –le presento a mi *ex… lo que sea* como un puto imbécil. Me insulto a mí mismo ni bien me percato de la estupidez que acabo de hacer.

Becca abre la boca levemente, asintiendo, confundida.

–Hannah, ella es Becca –le digo a Hannah, alzando la mano hacia la mujer de ojos verdes que parece querer salir corriendo–, es… eh…

–Una amiga –termina Becca por mí.

Amiga.

Sí, bueno, técnicamente no tenemos ni puta idea de qué somos.

Si es que somos algo.

Lo único que sé, es que quiero que Becca sea todo menos mi amiga.

–Oh, hola –dice Hannah, tan confundida como Becca. Ambas parecen estar juzgándome en silencio. *Perfecto*–. Gusto en conocerte.

–Sí, yo igual –responde Becca, esbozando una media sonrisa tensa.

Soy. Un. Imbécil.

–Hannah es… –empiezo a decir y las dos me clavan la mirada.

Trago saliva. *¿Qué mierda digo? ¿Cómo mierda la presento?*

Si digo que es mi ex casi algo tendré que contar toda la historia, y eso podría terminar bastante mal. *Mierda*. No puedo decir que es la mujer por la que solía estar interesado hace dos años, con la que tenía *algo* que aún no sé qué carajos era, y que ese *algo* se jodió porque se cogió a Sebastian.

Becca podría pensar cualquier cosa.

Podría pensar lo que cualquiera pensaría si supiera que estoy durmiendo con la novia de mi mejor amigo después de que él me hiciera lo mismo años atrás.

Exnovia, me dice mi subconsciente.

Sí, sigue estando igual de mal.

–... Hannah es la exnovia de Sebastian.

Puta madre, Rhett, ¿es en serio?

Becca suelta un "Ah, entiendo" y le regala una sonrisa a Hannah que parece esforzarse por que no luzca falsa.

Hannah me mira a los ojos, con las cejas ligeramente levantadas y la boca entreabierta. Su mirada se vuelve inquisitiva, curiosa. Se da cuenta de que hay una razón por la que he omitido el hecho de que, técnicamente, también es mi ex.

Luego, asiente repetidas veces y se aclara la garganta. Gira la cabeza hacia Becca, y dice:

–Sí, exacto –dice Hannah, echándome una mirada de reojo antes de volver a enfocarse en Becca–, soy… la ex de Sebastian.

Me maldigo entre dientes y me muerdo el labio inferior con nerviosismo.

Mierda.

Le he mentido a Becca.

–Ah, pues –responde ella, más relajada–, yo también lo soy –se encoge de hombros, sonriendo sutilmente.

Hannah separa los labios y abre más los ojos.

Se voltea hacia mí, entrecierra los ojos y lanza aire por la boca. Niega con la cabeza disimuladamente. Se ha percatado de lo que está sucediendo. Se ha percatado de por qué no quiero decir *toda* la verdad, y seguramente piensa que soy un idiota.

Y no está *para nada* equivocada.

–Los hombres no nos merecen –le dice ella a Becca entonces, *claramente* no solo refiriéndose a Sebastian.

Becca sonríe genuinamente.

–*Pf*, ¿había alguna duda sobre eso? –dice con sarcasmo, sacándole una sonrisa a Hannah.

La culpa me consume por dentro.

Soy. Un. Puto. Idiota.



33

RHETT

HAN SUBIDO AL CAMPUS VIRTUAL LAS NOTAS DE UN EXAMEN QUE RENDÍ hace dos semanas. Estoy buscando mi nombre en la lista para saber cómo me ha ido, *rogando* haber aprobado aunque sea con la nota más baja.

Si repruebo este examen, no podré dar el recuperatorio y tendré que recursar la asignatura.

No estudié tanto como debí haberlo hecho, pero creo que mis conocimientos eran suficientes como para, al menos, aprobar.

Coleman, Coleman…

Coleman.

F.

Puta madre.

–Mierda.

Bajo la pantalla de la MacBook y me restriego el rostro, tirándome hacia atrás en el sofá.

Recurso.

Recurso esta clase de mierda.

Me quedo unos minutos con los ojos cerrados y las manos encima del rostro, maldiciéndome a mí mismo y tratando de asimilar que he fallado. De nuevo.

Me he fallado a mí pero, sobre todo, a mis padres.

No puedo decirles aún cuán mal me ha ido este cuatrimestre y cuán complicado estoy para recibirme este año como ellos quieren. Porque *no puedo*. Porque no soy inteligente. La mente jamás ha sido mi fuerte y solo *sirvo* por mi talento deportivo.

A veces pienso que no sería nada sin el handball.

¿Qué hubiera sucedido si no volvía a jugar nunca más? ¿Si la fractura-luxación jodía toda mi carrera deportiva?

¿Qué hubiera hecho de mi vida?

¿Cómo habría hecho para no sentirme un inútil?

Suelto un suspiro profundo, me levanto del sofá y dejo la Mac nuevamente en la mesada. Me rasco la nuca y me trueno el cuello, sintiendo la presión no ceder y la angustia acumulada en la garganta.

He quedado con Becca en media hora y lo último que quiero es que me vea así. *Porque no parezco yo*. Porque ella no tiene por qué aguantar mi puto drama académico por ser un estudiante mediocre.

Parece que la invoco cuando la pienso, porque me llega un mensaje suyo.

Becca
Ya quiero verte
He comprado cookies!
Y galletas de la fortuna, solo para contagiarte mi obsesión
;)

Sonrío como un imbécil al teléfono. Me siento un adolescente en preparatoria, emocionado por recibir un mensaje de la chica que lo vuelve loco.

Becca me ha contado que le encanta leer los mensajes de las galletas de la fortuna –por eso guarda esos papelitos en esa pequeña caja de madera que he visto en su habitación– y que compraría algunas para enseñarme "por qué son señales del universo". O así lo dijo ella.

No puedo cancelarle.

No quiero cancelarle.

Verla es todo lo que quiero en este momento. Intentaré mejorar mi ánimo de alguna manera, escuchando música de camino a su apartamento o pensando en mañana.

El entrenamiento con la selección.

Mañana es el entrenamiento con la selección.

Y estoy nervioso y emocionado en partes iguales.

No quiero fallar en eso también.

No *me permitiré* fallar en eso también.



Becca le da un mordisco a su *cookie* de chocolate y chips mientras lee el mensaje de la galleta de la fortuna que le ha tocado.

–"Las mejores cosas en la vida son inesperadas. Mantén los ojos abiertos" –dice con la boca llena, y traga–. Uf, supermisterioso –suelta y sonrío. Ella alza la vista hacia mí y señala mi galleta de la fortuna con el mentón–. ¿Qué dice la tuya?

Se inclina hacia mí para leer.

–"La vida es una serie de momentos. Asegúrate de disfrutar cada uno". –Leo en voz alta. Miro a Becca a los ojos y ella hace lo mismo–. No sé si es o no una señal del universo, pero estoy *seguro* de que estoy disfrutando muchísimo este momento.

Ella sonríe y sus mejillas se tornan rojas. Me da un beso en los labios y vuelve a acomodarse en el sofá.

Estamos sentados al lado, prácticamente pegados, bebiendo café, comiendo las *cookies* realmente *deliciosas* que compró en una cafetería que está a mitad de calle –a la que, según ella, va seguido, y la chica que la atiende la conoce como "la estudiante desaliñada"– y leyendo los mensajes que vienen en las galletas de la fortuna, que compró en ese mismo lugar.

–Elijo creer que son señales del universo –dice ella, y coloca ambas piernas encima del sofá, cruzándolas una con la otra–, me han ayudado a tomar decisiones varias veces en mi vida.

–¿Dejaste tu futuro en manos de una galleta de la fortuna? –pregunto, entre risas.

Ella me empuja y ríe conmigo.

–No tan así, idiota –dice, riendo–, pero me gusta tener algo en qué creer. Como hay gente que cree en el horóscopo, yo creo en las galletas de la fortuna. Bueno, quizás también un poco en el horóscopo. Creo en muchas cosas, en realidad.

Sonrío y niego con la cabeza.

–¿Y si te digo que yo solo creo en mí mismo?

–Te diría que eres un egocéntrico arrogante.

Lanzo una carcajada y revoleo los ojos.

Le doy otro mordisco a la *cookie* de *red velvet* y Becca pone otra canción en Spotify. Taylor Swift suena por el parlante y ella comienza a contarme de la vez que fue a ver un concierto suyo.

Me cuenta toda la historia sobre los exnovios de Taylor y para cuál es cada álbum. Incluso menciona que ha salido con Tom Hiddleston una vez, justo después de que le dijera que he visto *Loki* al menos cinco veces.

Me encanta escucharla hablar. Verla. Estar con ella.

La luz de la tarde resalta sus ojos verdes de una manera que me hace perder la cabeza. Está vestida de entrecasa, pero saber lo que se esconde debajo de esa ropa holgada me pone loco. Su cabello suelto y enredado le da un aire tan irresistible que no puedo evitar mirarla.

Estoy completamente perdido en ella. *Hipnotizado* por ella. Por su manera relajada de moverse, de sonreír, de hacerme sentir cómodo. Es increíble cómo ha cambiado mi humor apenas la vi y me besó como si no me hubiera visto en años.

Y eso solo aumenta la culpa que siento por no haberle contado todo acerca de Hannah. Verla así, tan genuina, tan relajada a mi lado, como si confiara en mí… Me hace sentir una mierda.

Creo que mi frustración por recursar y mi inquietud por saber que le he mentido, es lo suficientemente evidente como para que Becca lo note.

De un instante a otro, se calla y me mira.

–¿Estás bien? –pregunta enseguida, inclinando la cabeza hacia un costado.

Trago saliva y me aclaro la voz, intentando ocultar que *no lo estoy*.

Fuerzo una sonrisa con los labios juntos y chasqueo la lengua.

–Sí, preciosa –miento–, ¿por qué lo preguntas?

Becca entrecierra los ojos, coloca las manos bajo su mentón y los índices encima de sus labios, analizándome.

Sonrío más genuinamente.

–¿Intentas psicoanalizarme? –pregunto, cruzándome de brazos.

–Algo así.

–¿Vas a leer mi mente?

Becca abre la boca, ofendida, y coloca una mano sobre su pecho.

–Soy psicóloga, cariño, no telépata –responde sarcásticamente, indignada.

Eso me saca una carcajada que consigue que ella sonría también, y que sus hermosos ojos verdes expresen algo que quizás no está acostumbrada a decir con palabras.

Por Dios.

¿Cómo puede ser tan hermosa?

–Bien, ahora que estás un poco más relajado… –se aproxima a mí y coloca su cabeza en mi hombro, con la vista en mis ojos–. Debes saber que soy *muy* buena leyendo a las personas. Y estoy segura de que algo te sucede. ¿Quieres contarme?

Inspiro profundamente y esbozo una sonrisa débil.

Quizás sí me haría bien hablar con alguien sobre esto.

–He reprobado el segundo examen de Gestión de Operaciones –admito, Becca me escucha en silencio. Coloco mi mano sobre su muslo descubierto y lo acaricio–. Tenía que aprobarlo si quería dar el recuperatorio del primero, y no pude. Así que debo recursarla. Y, por como vengo, creo que no será la única.

–Rhett…

Se endereza para verme a los ojos, pero no dice nada. Espera a que continúe.

–Sé que debí haber estudiado más –prosigo y respiro hondo–, pero no lo hice. He estado entrenando el doble de horas para estar preparado para el entrenamiento con la selección. Y, mierda, sé que no es una excusa válida. Tú tienes clases, estudias, trabajas y apruebas. –Me restriego el rostro–. Creo que es momento de aceptar que no soy inteligente.

–Eso *no* es cierto –me interrumpe con firmeza.

–Es que, maldición –gruño–, he intentado sentarme a estudiar. Mierda, lo juro. Pero mi cerebro no sirve. No retiene nada. Parece que solo me ayuda a idear jugadas en la cancha y ya.

–Tal vez deberías buscar un método de estudio que realmente funcione para ti –sugiere con voz suave–. Cada cerebro es diferente, y lo que funciona para una persona puede no ser lo más efectivo para otra.

Repaso sus palabras en mi cabeza.

Sé que tiene razón, sé que quizás debería enfocarme más y buscar una manera de estudiar que me sirva.

El problema es que no me gusta esta carrera. No me gustan los temas, no me gustan las clases ni lo que sé que será mi futuro si me recibo.

–No quiero decepcionar a mis padres, Becca –confieso.

–No lo harás.

–Sí, sé que lo haré –replico–, lo estoy haciendo, y ellos no tienen idea. Esta carrera no me gusta y no quiero vivir de esto. Pero tampoco quiero defraudarlos más de lo que ya lo he hecho y no recibir ese título nunca, ¿entiendes?

Becca asiente sutilmente con los labios apretados. Me mira como si estuviera viendo a un perro de la calle, con lástima, con tristeza.

No quiero que me tenga lástima, mierda.

–Lo siento, no… –digo, sacudiendo la cabeza, y me aclaro la garganta–. No tienes por qué soportar mis dramas inmaduros, y…

–No, basta –me corta al instante, y se arrodilla en el sofá para estar a mi altura–. No son dramas inmaduros. Te entiendo. Es… –suspira– complicado.

–Pero no tiene sentido, ¿no?

–Admito que me dan ganas de pegarte –dice, con tono burlón, y me hace sonreír–, pero al final del día es tu futuro. Tu *vida*. Mierda que desearía que mis padres me heredaran una empresa millonaria, pero… es comprensible si tú no lo quieres.

–¿Y qué debería hacer? ¿Decirles la verdad? ¿Decirles que esto no es lo que quiero para mi vida? ¿Confesarles que este año académico ha sido una mierda?

Becca llena de aire sus pulmones y luego bufa. Piensa unos segundos.

–Tal vez podrías decirles que te tomará más tiempo recibirte –propone–. Diles la verdad. Que estás demasiado involucrado con el handball, con tu sueño de entrar a la selección y que crees que la empresa… puede esperar un tiempo.

–¿Y si me mandan a la mierda?

–No creo que lo hagan. Cuando hablé con tu mamá esa tarde, parecía bastante comprensiva. Sabe cuánto amas el handball y lo mucho que siempre has querido entrar a la selección. Está orgullosa de ti. Me lo ha dicho.

Sonrío inconscientemente al escucharla hablar de mi madre.

Esa tarde, cuando las vi platicando con tanta naturalidad, con tanta conexión… recuerdo el cosquilleo en mi estómago, la calidez en el pecho por ver a Becca junto a ella.

Era la novia de mi mejor amigo.

Pero verla hablar con mi madre hizo que la sintiera mucho más *mía*.

–Gracias –digo, con una leve sonrisa en el rostro, sin dejar de mirar a Becca, sin *poder* dejar de mirarla–, eres…

Me quedo callado un momento.

–¿Soy…? –pregunta con una sonrisa, haciendo gestos circulares con la mano para que continúe.

Esbozo una media sonrisa, la tomo del mentón y la beso con ternura.

Entonces, murmuro contra sus labios:

–Todo lo que siempre he querido.

Becca sonríe, mordiéndose el labio como si intentara que sus emociones no se desborden.

Tan. Hermosa.

Me besa con intensidad, con sus dedos enredándose en mi cabello y su lengua chocando contra la mía. Supongo que la he dejado sin palabras y esta es la única manera que conoce de hacerme saber que es mutuo.

Empiezo a endurecerme por tan solo besarla, y cuando se mueve del sofá y se sienta a horcajadas sobre mí, ya siento que voy a romper el jogging que tengo puesto.

Becca corta el beso de repente, sus labios están hinchados al igual que los míos y sus ojos se abren de par en par, como si se le hubiera ocurrido algo.

–Abre otra galleta de la fortuna –dice entonces, esbozando una sonrisa.

Me rio.

–Me tienes así –señalo el bulto en mi pantalón–, ¿y estás pensando en galletas de la fortuna?

Becca suelta una carcajada y niega con la cabeza. Sin más, gira el torso hacia la mesa de centro y toma una galleta de la fortuna. Me la da y me apresura para que la abra.

–Veamos –dice, emocionada.

Me muerdo el labio y parto por la mitad la galleta. Le doy un pedazo a ella y el otro lo meto en mi boca.

Leo el mensaje en el papel en voz alta.

–"El éxito está en encontrar armonía entre lo que debes hacer y lo que amas hacer. Encuentra tu equilibrio. El camino será más fácil".

Me quedo viendo el papel como un idiota, con la boca entreabierta, sorprendido y jodidamente incrédulo.

Mierda, qué exacto, pienso.

Aparentemente, Becca piensa lo mismo que yo. Alzo la vista hacia ella. Me encuentro con una expresión orgullosa en su rostro y una sonrisa victoriosa.

–Te lo dije. *Señales. Del. Universo*.



Becca se recuesta sobre mi pecho, respirando aceleradamente por el reciente orgasmo.

Su piel está húmeda y cálida contra la mía, y puedo sentir su cuerpo aún temblando levemente. Estoy sudado y tan exhausto

como ella, ambos acostados en su cama después de un sexo absolutamente *perfecto*.

Verla relajada, aún desnuda sobre mí, me hace sonreír.

Ella levanta la cabeza y yo bajo la mía para mirarla. Me sonríe y le doy un beso en la frente. Sin duda este polvo me ha cambiado el día.

Entonces, se endereza y se quita las sábanas de encima, todo en menos de tres segundos.

–¿A dónde…?

Rápidamente, se pone mi camiseta y agarra su bolso del escritorio. Abre el cierre, saca algo de adentro y regresa conmigo a la cama.

Su libreta.

La libreta que leí la primera vez que estuve aquí.

Me apoyo sobre mi antebrazo y la veo usar el señalador para dirigirse hacia la última página que tiene escrita.

–Estoy inspirada –explica, sentada a mi lado con las piernas cruzadas.

Una sonrisa tira de mis labios y permanezco acostado de perfil, solo viéndola y admirando lo perfectamente sexy que le queda mi camiseta.

–¿Inspirada? –repito–. ¿Vas a escribir sobre el tamaño de mi verga o qué?

Becca lanza una carcajada.

–Eso lo tengo demasiado guardado en mi mente, no es necesario anotarlo –responde, siguiéndome el juego.

Sonrío.

La veo anotar algo en una página en blanco y siento una curiosidad *enorme* de saber qué es lo que está escribiendo. ¿Está escribiendo sobre mí? ¿Es un poema como el que leí esa vez?

–Listo –dice cuando termina.

Estiro el cuello para ver qué ha escrito, pero ella aparta la libreta de inmediato y niega rotundamente con la cabeza mientras sonríe con los labios apretados.

–Son mis poemas –dice–. Es *mi* libreta y solo *yo* puedo leerla. Casi te asesino cuando la leíste esa noche, no me hagas querer hacerlo de nuevo.

Rio por la nariz.

–Entendido.

Becca cierra la libreta y la guarda en el cajón de la mesa de noche. Vuelve a recostarse sobre mi pecho y yo no tardo en rodearla con mis brazos.

Nos quedamos en silencio, solo oyendo el ritmo de nuestros corazones en sintonía y nuestras respiraciones aún ligeramente entrecortadas.

Ella rompe el silencio unos segundos después.

–Mi papá me regaló esa libreta.

Bajo la cabeza para mirarla y aparto un mechón de cabello de su rostro.

–Por eso es tan importante para mí –continúa.

Asiento, esbozando una leve sonrisa.

–Perdóname por haberla leído esa vez –digo, casi en un susurro.

–Descuida, ya pasó –dice, acurrucándose más cerca de mí–, es decir, obviamente me molestó, pero qué va. De todos modos, ese poema era para ti.

Sonrío.

–Me gustó mucho –le hago saber.

–Me alegra. –Sonríe. Luego, se pone seria y dice con voz severa–: Pero no vas a leer ningún otro.

Lanzo una carcajada sutil y afirmo con la cabeza.

–¿Así que tu padre te la regaló? –consulto, curioso.

–Así es. Me la dio para mi cumpleaños el año que… –suspira y se aclara la voz– que murió –termina–. Era psicólogo, ¿sabes? Y tenía miles de libretas donde anotaba cosas sobre sus pacientes. A mí me *encantaban* y él me daba las que no usaba.

–¿Era psicólogo? –repito, sorprendido–. ¿Es por eso que tú…?

–Sí y no –contesta, sacudiendo la cabeza de un lado al otro–. La Psicología me apasiona, no es solo porque mi padre también estudió esa carrera. Pero sí, admito que cada vez que obtengo una buena nota, o cuando paso de año… Me gusta dedicárselo a él.

–Debe estar muy orgulloso de ti.

–Ojalá –murmura en un suspiro–. Esa libreta es todo lo que conservo de él. Por eso le tengo tanto aprecio y siento que es algo mío, privado, íntimo. Algo entre él y yo. Algo *nuestro*. La personalizó para mí, de hecho –sonríe con melancolía y sus ojos verdes se encuentran con los míos–, la dedicatoria que tiene bordada en la tapa, me refiero.

–Sí, la he leído. Es preciosa.

–Lo es.

Se queda callada un momento, pensativa, como si estuviera considerando decir algo más.

Finalmente, decide murmurar:

–Me llamaba "Becksie".

–Becksie…

–Sí –responde y aprieta los labios en una sonrisa sutil–, era la única persona que me decía así.

–Me gusta ese apodo.

–A la pequeña Becca no le gustaba –admite, sonriendo–, pero ahora… me encanta. El apodo, la libreta, el recuerdo que tengo de él… Todo.

–¿Hace mucho escribes en ella? –pregunto suavemente.

–Sí, más o menos. Al principio no lo hacía. Es decir, los primeros años después de su muerte. Creo que empecé a los diecisiete, o por ahí. Ya casi no me quedan páginas libres –dice, esbozando una sonrisa, pero percibo cierta fragilidad en su voz–. Estoy tratando de aprovechar el espacio lo más posible. No quiero que se acabe.

Sus palabras resuenan como un eco en mi cabeza.

"Ya no me quedan páginas libres".

"Estoy tratando de aprovechar el espacio lo más posible".

"No quiero que se acabe".

Suspiro todavía mirándola a los ojos. Los suyos se van cerrando por el cansancio y la calma. Aparentemente, no necesita respuestas. La abrazo con más fuerza, sintiendo el calor de su cuerpo y el latido de su corazón.

Dejo que descanse en mi pecho.

No dejo de pensar en lo que me ha dicho…

Ni en la idea de conseguirle una libreta nueva en la que escribir.



34

RHETT

JAMÁS HE ESTADO TAN NERVIOSO POR DAR UNA ENTREVISTA.

Hablar frente a medios y cámaras es normal para mí. Lo he hecho por más de diez años, comentándoles sobre mi carrera en el handball, los partidos que he jugado, incluso he dado notas en finales de algún campeonato, cuando salimos campeones.

Esta vez, he tenido el corazón en la garganta durante toda la entrevista.

¿Por qué? Porque quienes estaban del otro lado eran Maxwell Grant y Natalie West, los entrenadores de USA Team Handball.

Me preguntaron sobre mi trayectoria en el handball, mis fortalezas y cómo encajaría en el equipo. No podía permitirme cometer errores y la tensión estaba por las nubes. Cada respuesta tenía que ser *perfecta*.

Espero haberlo logrado.

Justo ahora, estoy dirigiéndome a la cancha donde entrenan. Tengo mi bolso colgado en el hombro y las rodillas inestables por los

nervios. De repente, la tostada con queso crema y el café que desayuné parecen querer salir a saludar.

Me encuentro con mi equipo de Los Ángeles Club en la tribuna, todos con la misma cara de pánico que probablemente yo también tenga. Liam, Connor y Harry están dándose aire con la mano. Este último está pálido.

Sean y Tyler lucen un poco más tranquilos, pero sus piernas tiemblan mientras sus pies están apoyados en el suelo.

Entonces, veo a Sebastian. Maldigo para mis adentros y aprieto la mandíbula.

No he hablado con él desde la noche en el bar, cuando fue un imbécil con Becca y ella terminó con él frente a todos.

Me acuerdo y una sonrisa divertida se dibuja en mis labios.

Becca no es de esas personas que se quedan calladas y, mierda, eso me *encanta*.

–Qué onda –saludo al equipo seleccionado, y voy repartiendo apretones informales.

Mis amigos me saludan y empiezan a fastidiarme. "Parece que vas a cagarte encima". "¿Estás seguro de que nadie te amenazó de muerte para que vinieras?". "¿Vas a entrenar o a jugar a *SAW*?".

Esta última me hace soltar una carcajada y empujar a Liam. *Maldito ingenioso*. Me acomodo en las gradas y saludo a Sebastian. A pesar de que se ha estado riendo con el equipo, noto que algo le sucede. Es mi mejor amigo –¿o lo *era*?– hace casi veinte años, sé exactamente cuando algo le molesta.

–Qué cara –suelto con tono burlón.

Sebastian me mira de reojo y rueda los ojos.

No voy a mentir. Esto *sí* es una puta locura. Estar con él aquí, con *mi mejor amigo*, sabiendo que hace menos de dos horas estaba dándole un mañanero a su exnovia… Es raro y enormemente incómodo.

Pero después de cómo ha estado tratando a Becca, de lo que le ha hecho con Ashley…

No hay nada que pueda decir o hacer para que me sienta culpable.

–Las mujeres son todas unas *putas* –dice de repente.

Giro la cabeza hacia él.

¿Qué… qué carajos acaba de decir?

–¿Eh?

–Becca. Ashley. Ambas.

Me quedo boquiabierto.

Tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para entender que lo dice en serio.

–Becca me cortó en el bar, sí –prosigue. Yo aún no sé cómo reaccionar–, que le den. Pero *Ashley*… esa sí que me sorprendió. Dijo que debíamos dejarlo, eso de coger en todos lados y en cualquier momento.

–¿Porque tú estabas con…?

–No. Le dije que Becca y yo lo dejamos, y que ya podíamos coger en paz. Pero ella dijo que no le apetecía porque lo que hicimos estuvo mal.

Saber que Ashley siguió mi consejo me hace sentir bien. Al menos ha entendido que merece algo mejor.

Sin embargo, siento la presión dispararse en mi cuerpo cada vez que Sebastian nombra a Becca.

–¿Y? –pregunto, encogiéndome de hombros. No entiendo a dónde quiere llegar–. ¿Cuál es el problema?

¿Que ambas te dejaron?, digo para mí mismo.

–Que no *soporto* que dos *putas* intenten hacerme sentir como si yo fuera el problema.

Relaja los puños, Rhett. Cálmate.

–Mierda, hermano –suelto–, estás por entrar a un maldito entrenamiento con la selección, ¿y estás pensando en cuánto tiempo pasará hasta que puedas volver a ponerla? Concéntrate. Demuestra que no estás aquí por un estúpido sorteo.

Me levanto antes de que pueda contestar. No sé cuánto más podría haber aguantado la manera en que hablaba de Becca y de Ashley.

Estoy a punto de demostrarle a la selección que merezco estar en su equipo. Lo que menos necesito ahora es tener que soportar las mierdas estúpidas de Sebastian.

Estoy aquí para algo mucho más importante.



La euforia se desborda por mis venas mientras conduzco hacia el apartamento de Becca.

Todavía sigo exaltado y todo lo que quiero es compartir esta emoción con ella.

Me ha ido *increíble*.

Me ha ido malditamente increíble.

El entrenamiento duró dos horas. Los primeros cuarenta minutos fueron de gimnasio, entrenamiento físico para poner a prueba

nuestra resistencia. Maxwell Grant y Natalie West estuvieron allí todo el tiempo observándonos, hablando entre ellos y consultándonos por nuestra rutina habitual.

La siguiente hora y veinte estuvimos en la cancha, entrenando entre nosotros y junto a jugadores de la selección que vemos todo el tiempo en la televisión.

Ellos nos han defendido unas veces, luego han atacado y nosotros defendimos, y por último se han mezclado con nosotros para hacer un partido mixto.

He sido central.

He liderado a la mitad del equipo titular de la selección.

Creo que me han visto y que les he caído bien. Hablé con Charles y Joshua, dos jugadores de unos treinta y tantos que llevan más de diez años en la selección y que tienen muchísima experiencia, y me han dicho que mi juego les ha encantado. También tuve una breve conversación con Dominic, un jugador que ha sido seleccionado el año pasado y, a pesar que no lo noté *tan* a gusto conmigo, pienso que podré ganármelo en algún momento.

Si es que me seleccionan.

Subirán a su página web una lista con los seleccionados a lo largo de esta semana, y no hay nada que desee más que ver mi nombre en ella.

Aparco el vehículo frente al edificio donde vive Becca y subo las escaleras de dos en dos hasta su apartamento. Mis dedos crispan y siento que el corazón está a punto de salirse de mi pecho.

Toco el timbre. Becca sale menos de un segundo después con un apunte en la mano y un bolígrafo en otra. Me ha dicho que ha estado toda la tarde estudiando.

Al verme, sonríe de oreja a oreja.

–Creo que tengo posibilidades –digo, tratando de controlar mi emoción, aunque la enorme sonrisa en mi rostro hable por sí sola.

Ella se cubre la boca con las manos, igual de entusiasmada que yo, y se lanza sobre mí para abrazarme. La levanto unos cuántos centímetros del suelo y ella ríe.

–¡Felicitaciones! –exclama, con sus brazos rodeando mi cuello.

Entro a su apartamento con sus piernas alrededor de mi cintura y ella mueve la cabeza para verme a los ojos.

–Aún no sé si he entrado –digo, sin dejar de sonreír–, pero me ha ido condenadamente bien.

–¡Por supuesto que vas a entrar! –dice y me golpea el pecho. Me rio–. Cuéntamelo todo. ¿Cómo fue? El entrenamiento, la entrevista… Tus compañeros, ¿cómo son? ¿Demasiado arrogantes?

Suelto una carcajada y me siento con ella en el sofá. Becca aparta los apuntes que ha estado leyendo y se coloca de costado sobre mis piernas.

Empiezo a contarle todo lo que quiere saber. La experiencia de haber entrenado con la selección, de haber conocido a los entrenadores, los jugadores, de la sensación indescriptible de pisar la cancha que he soñado durante tanto tiempo, un lugar que para mí es casi sagrado.

Los nervios abrumadores que tenía apenas entré a la cancha se disiparon en el momento que empecé a demostrar todo lo que sé hacer, todo por lo que he entrenado toda mi vida, todo lo que *amo* hacer.

Becca me escucha, sonriente y tan emocionada como yo. No puedo creer cómo, con tan poco tiempo juntos, he llegado a

conectar de esta manera con ella.

Me pregunto si se da cuenta de cuánto significa para mí que esté aquí, escuchándome, apoyándome.

Siento que comparte mis emociones, mi felicidad, y que todo lo que le digo le importa de verdad. Que *yo* le importo.

He estado estos meses viéndola de lejos, deseándola con locura, queriéndola en silencio.

Y ahora, estar aquí con ella, compartiendo este momento que siento como un sueño cumplido, es tan perfecto que casi no puedo creerlo.

A veces, la vida tiene una forma sorprendente de demostrar que lo inesperado puede ser exactamente lo que necesitamos.



Conduzco hasta la casa de Sebastian luego de recibir su mensaje.

Ha invitado a todo el equipo a una juntada para aliviar las tensiones del entrenamiento con la selección y, aunque no había nada que deseara más hoy que pasar el resto de la tarde con Becca, ella insistió en que viniera y luego, si quería, podía ir a buscarla cuando saliera de trabajar y dormir juntos.

Le dije que Sebastian está hecho un idiota y que esa era una de las razones por las que no tenía ganas de ir, y su respuesta fue un "Que le den. Tú disfruta con los demás".

Así que eso voy a hacer.

Nicole y Ashley también estarán allí. Creo que también Cat, Jess y Mia. Si va una de ellas, entonces las otras dos también irán. Y, por lo que tengo entendido, Cat dijo que irá.

Saludo a todo el equipo, a las chicas y a mis amigas cuando entro. Estas últimas están juntas y noto a Ashley algo incómoda. Supongo que se debe a toda la situación con Sebastian.

Hablaré con ella en el transcurso de la noche.

Me dejo caer en el sofá al lado de Nicole y Liam, y me uno a la conversación que están teniendo con el resto de mi grupo de amigos. Sebastian habla sobre algunas mujeres con las que ha hecho *match* en Tinder y no puedo evitar mirar a Ashley. Es obvio que escucharlo hablar de otras la hace mierda.

Me gustaría hacerlo callar de un puñetazo.

Pero, por suerte, Nicole comienza a contarme sobre la presentación de danza que tendrá a fin de año, para la que ya está ensayando. Ha sido bailarina de danza contemporánea casi tanto tiempo como yo he sido jugador de handball, y la verdad es que la primera razón por la que nos hicimos amigos es que ambos estábamos completamente *obsesionados* con nuestros deportes.

–¿Me acompañas a preparar un trago? –me pregunta y junta las manos en señal de súplica.

Sonrío ante el gesto y acepto. Nos dirigimos a la cocina y, ni bien perdemos de vista a nuestros amigos, me toma de la camiseta y me arrincona contra la pared.

Ay, mierda.

–¿Estás libre para mí esta noche? –dice en voz baja.

Todo se vuelve muy incómodo cuando desvío mi rostro hacia la derecha, evitando su intento de besarme.

Nicole abre la boca, sorprendida y ligeramente avergonzada.

–Ay, lo siento –dice, y sacude la cabeza–, ¿fui demasiado…?

–No, no –niego enseguida, tratando de que no se sienta mal–, mierda, lo siento mucho. No es contigo el problema, es que…

Sabía que en algún momento debería decirle que ya no quiero continuar con esta amistad con derechos, o lo que sea que hayamos tenido este tiempo.

Pero, maldición, no planeaba hacerlo esta noche.

–Estoy, eh, conociendo a alguien –digo al fin.

Nicole se separa de mí y abre la boca.

–Oh –suelta. Veo cómo fuerza una sonrisa. Hay algo en su expresión que no consigo descifrar–, pues, ¡qué bueno!

Sonríe y baja la vista. Se aclara la voz y junta las manos en su abdomen. Esboza una leve sonrisa con los labios presionados cuando vuelve a mirarme.

¿Tiene los ojos cristalizados o es cosa mía?

–¿Estás bie…?

–¿Y qué esperas para contarme de ella? –interrumpe con una sonrisa curiosa y emocionada.

O al menos *intenta* que lo sea.

Me quedo un instante callado, viéndola y pensando que hay algo que estoy pasando por alto. Luce… triste. Pero ¿eso tiene sentido? Nos hemos acostado algunas veces y hemos dejado en claro desde el primer momento que ninguno buscaba nada serio.

¿Por qué parece que está triste?

Pienso en preguntarle. *Odio* ver a Nicole así, esforzándose por ocultar que algo le sucede. Pero, como bien conozco después de tantos años de amistad, es probable que sea en vano; hablar de sus emociones no es algo que ella haga con facilidad.

–¿Y…? –suelta, moviendo las manos para que hable.

Trago saliva con dificultad. No puedo contarle que ese "alguien" es Becca y tampoco quiero seguir hablando de esto si sé que, por alguna razón, ella no se siente cómoda.

–Bueno, como el gato te ha comido la lengua –dice, apartándose el cabello hacia atrás y cruzándose de brazos–, yo haré las preguntas.

Mierda.

–¿La conozco? –empieza.

Es un fuerte comienzo.

–Sí.

Nicole abre los ojos como platos y los entrecierra, como si estuviera pensando en quién puede ser.

–¿Es del club?

–No.

–¿De la uni?

–Tampoco.

–*Hhm*… –sigue pensando.

Sonrío con los labios juntos y niego con la cabeza.

–Esto es ridículo…

–Cállate –interrumpe, señalándome con el índice–. ¡Ay, por Dios! ¿Está aquí?

–¿Qué? No. –Rio, frunciendo el ceño–. Te he dicho que no es del club y ellas son las únicas que están aquí, Sherlock.

–También está Ashley –replica, encogiéndose de hombros–, y bueno… yo.

–Ashley y tú son mis mejores amigas.

–Sí, lo sé, lo sé –dice, rodando los ojos, aunque percibo su voz levemente entrecortada–. Entonces –sacude la cabeza–, ¿quién es?

–Te contaré cuando sepa si lo que tenemos es algo serio o no.

–¿Qué, no lo es?

–No lo hemos hablado aún, pero espero que lo sea. Quiero hacer las cosas bien desde el principio a pesar de que aún no seamos nada.

Nicole sonríe, mirándome a los ojos.

–Eres *tan* tierno –gruñe, y de repente me abraza con fuerza.

Lanzo una carcajada y la abrazo también. Se queda en silencio por unos segundos, solo acurrucada en mi pecho. La escucho suspirar y es cuando se aferra más fuerte a mi espalda.

–Qué loco –dice, moviendo la cabeza hacia un costado para que la oiga–, Sebastian termina una relación, y tú empiezas otra.

Justo lo que me faltaba.

–Un raro *timing* –digo, tratando de sonar tranquilo.

Nicole sonríe por la nariz.

–¿Qué fue lo que sucedió entre él y Becca? –pregunta, sin dejar de abrazarme, pero apartando el rostro de mi pecho para verme de frente–. Yo le he preguntado pero no quiso contarme. Tampoco los chicos porque dicen que es algo que *él* debe hacer.

Suspiro y aprieto los labios.

–Si te lo cuento, ¿prometes no decir nada?

–Solo a Ashley.

Eso era un hecho, de todas maneras.

–Bien. –Carraspeo y me aseguro de que nadie entre a la cocina. Después, regreso a Nicole–. Fuimos con el equipo al bar donde Becca es *barwoman*. Sebastian le fue totalmente indiferente y la trató como si jamás la hubiera visto en su vida. Como si fuera poco,

cuando ella preparó los tragos que él pidió… él golpeó la bandeja y los tiró *todos* encima de ella.

–Qué imbécil.

–Ajá –le doy toda la razón–, pero la gota que colmó el vaso creo que fue que, cuando Becca le dijo que debía pagar por todos esos tragos caros… él la denigró, diciendo algo como "Oh, yo puedo pagarte el doble, sabes que lo necesitas", o algo así.

Nicole mezcla una mueca de sorpresa con una sonrisa por la voz que pongo para simular la de Sebastian.

–Te soy *completamente* franca –dice, tocándome el pecho con el índice–, Sebastian siempre ha sido el que peor me ha caído de ustedes. Tiene actitudes que… mierda, hermano, ¿en qué siglo vives? Ya ha pasado de moda sexualizar mujeres y hablar de ellas como si fueran objetos sexuales.

–Sí, tienes toda la razón.

–Ya lo sé –dice, orgullosa–. No podía creer cómo Becca, que parece tan divertida y amable, podía estar con él. Es que simplemente no… No. Hasta parecía *injusto* para ella.

Cada palabra que está diciendo es cierta. Sebastian no merecía a Becca.

Lo he creído desde que la conocí, y lo confirmé a medida que iba conociéndola mejor y a la vez enterándome de lo que él hacía a sus espaldas.

–Becca es increíble.

Esa oración sale de mi boca antes de que pueda detenerla.

Nicole inclina la cabeza y abre y cierra la boca, estupefacta.

–¿Eh? –dice–. Pensé que te caía mal.

–Sí –afirmo de inmediato–. No –me contradigo como un idiota. *Mierda*–. Es decir, sí, al principio sí. Luego… no lo sé, creo que no es una mala chica y sin duda Sebastian no la merecía, y…

–No puede ser.

Mi mejor amiga está mirándome boquiabierta. Yo cierro la boca cuando me doy cuenta de que lo único que voy a lograr si sigo hablando es cagarla peor.

Y quedar en evidencia. *Maldición, ¿he quedado en evidencia?*

–Es ella.

Detengo mi crisis nerviosa solo para mirar a Nicole después de que la escucho.

–Becca es con quien estás saliendo, ¿verdad?

Puta. Madre.

–¿Qué? No, mierda, ¿en serio piensas que me daría la cara para estar con la ex de mi mejor amigo?

–Sí, lo creo.

–Ah.

Nos quedamos en silencio un segundo. Ella parece estar inmersa en sus pensamientos y yo estoy rogando que la tierra me trague de una puta vez.

–Te conozco demasiado bien –dice Nicole entonces, aún con la vista gacha y una voz… frágil–, debías haberte visto hablando de ella. –Alza la cabeza y sonríe con lástima–. Guau, creí que eso de que los ojos brillan y las pupilas se dilatan cuando hablas de alguien que te gusta era una mentira cursi, pero… –traga saliva y clava sus ojos en los míos– aparentemente no lo es.

Me restriego el rostro. Cavé mi propia tumba y me he tirado de clavado.

Nicole me conoce demasiado bien.

No voy a mentirle en la cara.

–Sé que está mal –digo en un suspiro–, mierda, sé que está *horriblemente* mal. Pero Becca es… simplemente asombrosa. Y Sebastian no lo veía. No *la* veía. No la merecía, no merecía estar con ella y tratarla como la trataba.

–Hace tiempo pienso que le pone los cuernos –dice Nicole y toma una gran bocanada de aire.

–También yo.

No sabe lo de su mejor amiga y tampoco es asunto mío contárselo. Si alguien debe hacerlo, es Ashley.

–Me alegro mucho por ti –dice, de nuevo con esa sonrisa forzada–. Por *ustedes* –se corrige, sacudiendo la cabeza–. No conozco tanto a Becca como me gustaría, pero sin duda merece a alguien como tú. Bueno, *todas* las mujeres merecen a alguien como tú, pero… por supuesto solo una tendrá la suerte de tenerte, ¿verdad? –Sus ojos se ponen vidriosos, lo desvanece de un parpadeo–. Qué lástima que no seas poliamoroso.

Me rio y ella hace lo mismo.

–Gracias por no decir que soy un amigo de mierda.

–Meh, solo Dios puede juzgar. –Se encoge de hombros.

Luego, su expresión se vuelve un poco más seria y parece pensar en algo.

–Rhett, esto… no tiene nada que ver con lo que sucedió con Hannah, ¿verdad?

Esa pregunta me descoloca y por un momento me quedo atónito.

–Me ha contado que se encontró contigo sin querer –prosigue–. Incluso que conoció a Becca y…

–No –niego enseguida rotundamente–. No, Nicky, esto no tiene *nada* que ver con Hannah, ni con lo que sucedió con ella y Sebastian… No.

–Sí, sé que no eres así y que no jugarías de esa manera con Becca, pero…

–Te lo prometo –juro–. El asunto con Hannah no se me había cruzado por la cabeza hasta que me di cuenta cuán enganchado estaba con Becca. Pero no estoy con ella por lo que crees. No es ninguna especie de "venganza a Sebastian" ni nada parecido.

Nicole asiente varias veces, y aprieta los labios en una sonrisa apenas perceptible.

–¿Se lo has contado a Becca? –pregunta–. Lo de Hannah, digo. ¿Sabe lo que sucedió?

Niego con la cabeza, sintiendo nuevamente la culpa en el pecho.

–Le dije que Hannah es la ex de Sebastian, pero no le he contado la historia completa.

–Idiota.

–No me dieron los huevos para decírselo –bufo y me rasco la nuca–. Me aterra que piense exactamente lo mismo que tú acabas de pensar.

–Deberías contarle –me aconseja mi mejor amiga–. Sabes que a la larga se enterará.

–Sí, lo sé. Lo haré.

Nicole esboza una media sonrisa y afirma con la cabeza. Vuelve a abrazarme un instante después.

Necesitaba hablar con alguien sobre esto, sobre Becca y lo que sea que tengamos.

Ahora solo debo soportar la *culpa* que siento por haber recordado que le he mentido sobre lo de Hannah, por el resto de la noche.



Cubro a Becca con la manta para que esté cómoda. Ella me sonríe con cariño. Se acomoda en el sofá, estirando las piernas y apoyando la cabeza en mi pecho mientras seguimos con la película.

Aún nos queda un rato hasta que tenga que llevarla al bar, así que decidimos terminar de ver *American Pie*, que dejamos a medias en el almuerzo.

Mi teléfono vibra a mi lado en el sofá, y le echo un vistazo al mensaje que acaba de llegar.

Becca, con curiosidad, se inclina hacia mi lado.

–¿Mensaje? –pregunta, entrecerrando los ojos.

Levanto el teléfono y leo el texto.

–Es de Nicole –le digo y mis dedos recorren la pantalla–. Dice que celebrará su cumpleaños el sábado que viene.

Becca se sorprende y va a responder, pero su propio teléfono vibra en la mesa de centro. Se estira para alcanzarlo. Cuando lo ve, no puede contener una risa y me lo muestra, con la pantalla apuntando hacia mí.

–Parece que también me ha invitado –comenta, divertida–. Y dice que puedo llevar a algunos amigos si quiero.

–¿Qué? ¿En serio? –pregunto con una sonrisa, leyendo el mensaje de mi amiga en la pantalla de su teléfono.

–Así parece –responde, encogiéndose de hombros–, ¿cómo habrá conseguido mi número? –se pregunta con la vista en el mensaje.

–Quizás Sebastian se lo dio.

Becca pone los ojos en blanco.

–Él estará allí, ¿no?

–Sin duda.

Suspira y se recuesta de nuevo en mi pecho.

–¿Vas a ir? –le pregunto.

Ella piensa un momento y luego me mira a los ojos.

–No estoy segura –admite–. Nicole es genial y es muy lindo de su parte invitarme, a pesar de que Sebastian y yo… bueno.

Estoy casi seguro de que mi mejor amiga ha invitado a Becca a su fiesta porque estoy saliendo con ella y sabe cuánto me gustaría que estuviera presente.

Eso, y que Becca le agrada muchísimo.

El único problema aquí…

Es que Sebastian también irá.

–No te preocupes por él –digo, acariciando su mejilla con ternura.

–Ni siquiera tendré que estar cerca de él… ¿verdad?

–Exacto.

–*Mh…*

–Y si él te fastidia o hace alguna estupidez, me avisas y yo me encargo.

Becca ríe, un poco más relajada ahora.

–Alto ahí, *Punisher* –dice, irónica, haciéndome sonreír. Se queda callada unos segundos, decidiendo qué hacer–. Sí, tal vez vaya… Les diré a Harper y a Jack. Les encantará la idea.

Le sonrío, sintiendo una inmensa felicidad al saber que tendré otra oportunidad para verla ese fin de semana.

Le he contado acerca de la extraña amistad con derechos que tuve con Nicole durante algunos meses.

Le prometí que nada más sucedió después de que nos conocimos y de que ella llegara a mi vida, e incluso le hablé sobre lo que pasó el otro día, en la casa de Sebastian.

Becca no se enojó ni nada, pero me pidió que hablara con Nicole para aclarar las cosas. Piensa que podría llegar a lastimarla porque, según ella, mi mejor amiga está enamorada de mí. Le dejé en claro que no era nada serio, que solo era sexo y que jamás hubo sentimientos de por medio de ninguno de los dos.

Ella solo rodó los ojos y dijo algo como "No digas que no te avisé".

Ambos confirmamos nuestra asistencia a Nicole, y minutos después, regresamos a la película.

Sin embargo, mi vista vuelve a desviarse a la pantalla de mi teléfono cuando mi amiga me envía otro mensaje.

Nicky
Ah, creo que debo decirte esto también
He invitado a Hannah
Te molesta que venga?

Mierda. Había olvidado ese detalle.

Agarro el teléfono de nuevo, tratando de no interrumpir la concentración de Becca en la película.

Yo
No, no hay problema
Es tu cumpleaños, Nick
Puedes invitar a quien quieras

Nicky
Okey! Genial entonces
Becca acaba de decirme que irá!!!
Nos vemos!!
Si estás con ella ahora, por favor usa protección :P
Tkm 🩶

Río por la nariz.

Dejo el celular boca abajo en el sofá y respiro profundamente, tratando de concentrarme en la película.

Sin embargo, el nudo en mi estómago regresa al recordar que aún no le he hablado a Becca sobre Hannah.

Sobre lo que sucedió en el pasado conmigo, con ella y con Sebastian.

Tengo que hacerlo en algún momento.

Maldición.

No puedo seguir ocultándoselo.



35

BECCA

SALGO DE DUCHARME Y, CON LA TOALLA CUBRIENDO MI CUERPO, CRUZO el pasillo de la casa de Rhett rápidamente y me dirijo a su habitación.

Tengo clase en dos horas. Debo cambiarme, maquillarme… y *debería* desayunar. Pero estoy tan nerviosa que temo vomitar todo en plena aula.

Hoy tengo el último examen de Estadística en Psicología. He estudiado como una maníaca durante estas semanas y rezo porque me vaya bien.

Darán las notas dentro de unos días y, si apruebo, soy *libre*. Solo por un mes, luego tendré el resto de los exámenes de las asignaturas anuales, pero tomaré ese tiempo como unas vacaciones cortas para devolverle a mi mente un poco de salud.

Rhett está buscando una camiseta en el armario. Se ha duchado antes que yo porque irá conmigo. Bueno, en realidad, va a llevarme y luego irá a entrenar.

Aún está encuerado y en bóxer. Y*… Dios*.

Es una imagen que debería estar en el museo del Louvre.

Gira la cabeza en mi dirección cuando entro a la habitación y me sonríe. Luego, hace una mueca de "*uff*" cuando recorre mi cuerpo solo cubierto por la toalla rodeándome.

Me rio y revoleo los ojos. Después de tomar la camiseta y el short de entrenamiento, los deja en la cama y se acerca a mí.

Le he preguntado por qué sus camisetas de Los Ángeles Club tienen el número seis. Pensé que quizás era porque no quedaban números disponibles y debió conformarse con ese, pero me ha dicho que lo ha elegido él, hace cinco años. Antes, tenía el quince.

El seis de junio es el cumpleaños de Chloe, y por eso ha optado por ese número en su camiseta. Me pareció tan tierno cuando me lo contó que no pude hacer nada más que besarlo.

–¿Estás segura de que no quieres que te ayude a relajarte? –pregunta con tono insinuante.

Salgo de mis pensamientos en el instante que Rhett me toma de la cintura, me acorrala contra el armario y me besa. Rio contra sus labios cuando me aprieta el culo.

–¿Qué tienes en mente? –pregunto, tan provocadora como él.

–Nada que incluya esta toalla.

Sin más, me la quita de un tirón.

Cada vez que me mira cuando estoy desnuda, es como si lo hiciera por primera vez. Sus ojos recorren *toda* mi piel, cada centímetro y punto que en algún momento he considerado insignificante o poco excitante.

Rhett todo lo vuelve erótico y sensual.

Hasta lo más mínimo, como una mirada.

Me agarra del cuello y me presiona contra el armario para besarme con brutalidad. Ya estoy mojadísima y él apenas parece

haber empezado.

Sin embargo, la carpa en su boxer apretando mi cadera me hace saber que está tan excitado como yo.

–Tienes la clase a las once, ¿no? –pregunta sin aire, su aliento roza mis labios.

Asiento enseguida, deseando que continúe. *Que no pare*.

–Tenemos dos horas –dice entre besos–. Me es más que suficiente para lo que tengo planeado hacerte.

Me levanta con facilidad, como si no pesara nada, y me coloca suavemente sobre la cama. Sus ojos no se apartan de mí mientras se arrodilla entre mis piernas. Me mira, *hambriento*.

Observa mi sexo como si quisiera devorarlo de un bocado.

–Voy a hacerte gritar mi nombre –dice contra mi entrepierna, su aliento caliente sobre mi punto sensible me hace estremecer.

Su tono es tan directo y sucio que ahogo un gemido.

Cierro los ojos, esperándolo, *suplicando* por él. Suplicando que su lengua me sorprenda introduciéndose en mi cuerpo.

Estoy tan excitada que he humedecido las sábanas.

Entonces, al fin, Rhett empieza a lamerme.

Su lengua se mueve con una precisión que me hace temblar de inmediato y siento cómo mi cuerpo se rinde ante él, cómo ruega por más.

Abro los ojos solo para verlo, para contemplar lo que me está haciendo. Gimo y lo tomo del cabello con fuerza, enredando mis dedos en él.

La imagen que estoy presenciando es tan erótica que no puedo dejar de admirarla.

Sus ojos azules están fijos en mí, observando mis reacciones, mis expresiones, mis ojos rodando hacia atrás y mi cuerpo sacudiéndose de placer. Lo veo sonreír sutilmente al notar *todo* lo que está provocando en mí su lengua explorándome, sus dientes rozando mi clítoris y sus manos apretando mis muslos con fuerza para mantenerme abierta para él.

No puedo evitar tocar sus brazos enormes, sus bíceps tensos, y clavar mis uñas en ellos. Rhett gruñe y se hunde más en mi interior.

–¡*Ah*, Dios! –grito, arqueando mi espalda y sintiendo que el calor empieza a acumularse en mi abdomen.

Cada gemido que dejo escapar es una prueba de lo bien que lo está haciendo.

Sus manos se mantienen firmemente en mis muslos, empujándolos para abrirme aún más, para tenerme a su disposición.

–Ruega que te haga acabar, Becca –murmura entre lamidas.

Su aliento caliente roza mi clítoris y siento cómo su lengua juega con él, dándome pequeños toques antes de hundirse de nuevo. La forma en que sus labios acarician mi sexo y sus dedos continúan apretando mis muslos me hace querer gritar aún más fuerte.

–*P-por favor*, Rhett –gimo, mis palabras entrecortadas por los gemidos que no puedo controlar–, hazme acabar. Por favor.

Mis gemidos se vuelven más intensos, y no puedo evitar agarrar su cabello con más fuerza, tirando de él mientras busco más, mientras suplico que me dé *más*.

–Ruégame, Becca –dice de nuevo con voz baja–, dime cuánto necesitas acabar.

Sus palabras me encienden aún más. Mi cuerpo se estremece con cada toque, y mi mente está completamente enfocada en el placer

que me está dando.

No aguanto más. Necesito que me haga venir. Necesito venirme en su rostro.

–T-te necesito, Rhett –gimo con voz entrecortada–. Hazme acabar, por favor. No puedo soportarlo más.

Rhett sonríe al escuchar mi súplica, y sus movimientos se vuelven más intensos.

Siento cómo su lengua se mueve con más desesperación, lamiendo y acariciando mi clítoris con una intensidad que me hace temblar sin parar.

Estoy tan sensible que cualquier contacto me hace estremecer. Mi piel arde, mis músculos se contraen y mi respiración se vuelve errática.

–Dime más –ordena, su voz es un susurro sucio mientras sigue deleitándose con cada gemido que escapa de mis labios–. Quiero escucharte gritar mi nombre mientras te hago venir.

Su insistencia solo aumenta la intensidad de mi placer. Estoy al borde de perder el control, y no puedo hacer más que suplicar por su toque. Por él.

–¡Rhett, no pares! –gimo, mis palabras se mezclan con los gritos de placer que escapan de mi garganta.

Estoy al borde del orgasmo, y solo su boca, su lengua y sus dedos parecen ser capaces de llevarme allí.

Entonces, el éxtasis me golpea con una fuerza que no puedo controlar. Mi cuerpo se arquea, mis piernas se tensan, y un grito agudo se escapa de mis labios mientras me estremezco bajo su boca.

Y Rhett no se detiene. Su lengua sigue moviéndose dentro de mí, saboreando mi orgasmo, mi clítoris y haciéndome temblar y gritar. Estoy tan sensible que cualquier toque extra se siente casi *insoportable*.

Siento todo *más*.

Finalmente, Rhett se aparta. Su rostro está empapado y una sonrisa satisfecha curva sus labios.

–Dios –murmuro, exhausta, dejándome caer en el colchón con la palma de mi mano sobre la frente.

Lo escucho reír por la nariz antes de que se coloque sobre mí y me bese en los labios, haciendo que sienta mi propio sabor. Me aferro a su espalda, intensificando el beso y deseando *sentirme* en su boca.

Su miembro endurecido se apoya sobre mi sexo y, cuando lo toco, percibo su bóxer húmedo de líquido preseminal.

Quiero devolverle el favor, quiero hacer lo mismo por él.

–No es necesario –murmura contra mis labios cuando intento despojarlo de su ropa interior–, solo quería que te relajaras.

Sonrío con los labios juntos y le doy un corto beso.

–¿Estás seguro? –pregunto.

–Totalmente.

Asiento y suelto aire por la boca, todavía intento recuperar el aliento. Una sonrisa tira de mis labios mientras lo miro. Él me sonríe de vuelta, me abraza y deja un beso en mi frente. Nos quedamos unos minutos así, juntos, abrazados, hasta poder recuperar fuerzas para cambiarme e ir a la universidad.

Estoy tan relajada que mis músculos parecen haberse dormido.

Dios.

Rhett Coleman hace magia con esa lengua.



Después de rendir el examen, con las manos manchadas de tinta, todavía con los lentes puestos y el bolso colgando de mi hombro como si pesara una tonelada, arrastro los pies hasta el comedor de la universidad.

Estoy agotadísima mentalmente, pero no puedo evitar sonreír cuando veo a Rhett sentado en una de las mesas, esperándome con un café y una *cookie* de vainilla con chips de chocolate.

Acaba de salir de entrenar y juraría que ha conducido a toda velocidad para llegar aquí a tiempo. Le dije que no era necesario que viniera a buscarme, pero, bueno, hizo lo que quiso.

Eso es algo muy de él, de hecho.

–Doctora Moore –saluda, inclinando la cabeza y sonriendo con picardía. Lanzo una carcajada y me desplomo en la silla que él ha empujado hacia atrás para que me siente.

–Aún no lo soy –le digo, apoyando los codos en la mesa, y me restriego el rostro.

–Pero lo serás.

–Dios, ojalá.

–Sabes, te imagino con ese conjunto de psicóloga, elegante y ajustado en todas las partes correctas, trabajando en el consultorio, y… *mierda*.

Se da aire con la mano, como si estuviera muriéndose de calor.

Me rio a carcajadas.

–Eres un pervertido.

–No es mi culpa que estés buenísima.

–Y me imaginas vestida de psicóloga… ¿Con lentes y una camisa escotada?

–*Uf*.

–Tienes que dejar de ver porno.

Rhett se calla de golpe. Luego, rompe en carcajadas.

–¿En serio crees que soy de *ese tipo*?

–Eso, o tienes *demasiada* imaginación.

–La última vez que vi porno tenía catorce años y terminé jodiendo la laptop de mi mamá con un virus.

Estallo en risas y me cubro la boca, tratando de que no me escuche todo el comedor. Rhett sonríe y se encoge de hombros.

–¿En serio veías porno en la laptop de tu mamá?

–Tenía catorce años y un celular de mierda que se tildaba, ¿dónde más iba a mirar?

Sigo riéndome sin poder parar.

–Qué asco. Pobre tu mamá.

–Sí, bueno, creo que entendió que era un puberto desesperado, así que no se enojó conmigo.

Charlamos un rato más y me rio tanto que, cuando regresamos a su auto, la mandíbula me duele como si hubiera mascado un kilogramo de goma de mascar.

Rhett conduce hacia su casa con su mano en mi muslo mientras yo elijo la música que suena por el parlante. Pongo mi *playlist* de Spotify y *So High School* de Taylor empieza a sonar.

Le he hecho escuchar todo *The Tortured Poets Department* varias veces y ha ido aprendiendo las canciones. Incluso lo escucho

tararear el estribillo de *Guilty as Sin?* y después dar golpecitos al volante al ritmo de *My Boy Only Breaks His Favorite Toys*.

No me doy cuenta de cuánto tiempo llevo mirándolo hasta que gira la cabeza hacia mí. Alza las cejas y sonríe con arrogancia porque no le he quitado la vista de encima por un buen rato.

En otro momento quizás habría desviado la mirada y probablemente *muerto* de la vergüenza.

Pero ahora sostengo mis ojos en los suyos, sonriendo como una tonta, sintiendo que el estómago se me aprieta y que miles de mariposas revolotean dentro.

No puedo evitar pensar que es el hombre más hermoso que he visto en toda mi vida.

Tanto por fuera, como por dentro.

–¿Tengo algo en el rostro? –pregunta con ironía.

–No te va la modestia.

Rhett suelta una risa suave y sacude la cabeza.

–Deja de mirarme así –dice con voz suave–, o empezaré a creer que estás enamorada de mí.

Esa oración me deja en blanco.

Junto los labios y trago saliva, sin palabras.

Al parecer, Rhett se da cuenta al instante de cuán directo ha sido y se aclara la voz, volviendo a mirar hacia la carreta.

Yo hago lo mismo, aún sin saber qué decir y repasando sus palabras en mi cabeza.

Supongo que no lo había pensado así. Esto que siento por él.

¿Estoy enamorada? ¿Es eso? ¿Eso es lo que está pasándome?

–Créelo.

Lo digo inconscientemente.

Rhett me mira de inmediato, tan sorprendido como yo por lo que he confesado.

–Dilo de nuevo.

–No.

–Por favor.

–Estoy enamorada de ti.

Detiene el vehículo de golpe.

Se quita el cinturón de seguridad.

Se lanza hacia mí.

Y sus labios encuentran los míos en un beso urgente y tierno a la vez.

Siento su lengua explorando la mía con un ritmo que me hace temblar. Sus manos se hunden en mi cabello, tirando de mí hacia él, manteniéndome cerca, sosteniéndome con ternura.

Como si no quisiera dejarme ir nunca.

–Dilo otra vez –suplica, separando apenas nuestros labios, con sus dedos aún enredados en mi cabello.

–Estoy enamorada de ti.

–*Mierda*, se siente tan bien.

Río contra sus labios y él no tarda en volver a unirlos.

Se separa de mí a regañadientes solo cuando un auto atrás de nosotros empieza a tocar la bocina para que nos movamos.

Sin embargo, antes de apartarse, me da un último beso y murmura contra mis labios:

–Ah, y en caso de que no lo hayas notado aún… Yo también estoy jodidamente enamorado de ti.



Salgo del vehículo y camino hacia la puerta de la casa de Rhett.

Él bloquea el auto y viene detrás de mí. Estoy *muy* cansada. Tengo un sueño terrible y lo único que deseo en este momento es acurrucarme en su cama, con él a mi lado, y dormir por el resto de la tarde.

He estado sonriendo como tonta todo el camino luego de nuestra… confesión mutua. Debo admitir que me siento como una adolescente que está experimentando lo que es *enamorarse* por primera vez.

Enamorarse. Enamorarse.

Esa palabra se repite en mi cabeza.

Estoy… *enamorada*.

Y no como lo estuve antes. No como con Sebastian.

Esto es distinto.

Esto es todo.

Me atraviesa de una forma que nunca creí posible. Es amor, sí. Pero uno nuevo. Uno que lo eclipsa todo. Que lo redibuja todo. Que me da miedo de lo fuerte que es… y al mismo tiempo, me da paz.

Estoy enamorada de Rhett.

De verdad.

Como nunca lo estuve de nadie. Como nunca imaginé estarlo.

–Becca.

Cuando escucho que me habla, me doy media vuelta. Me encuentro con él, inmóvil después de frenar en seco, con los ojos puestos en la pantalla de su celular.

Está pálido y luce como si hubiera visto un fantasma.

–La lista –dice, casi sin aire–. Han enviado la lista de los seleccionados.

Me cubro la mano con la boca y camino hacia él a toda velocidad. Deseo *tanto* que haya entrado que, de repente, me siento tan nerviosa como él.

–No… –dice, su pecho sube y baja rápidamente–. Mierda, no puedo respirar.

–Ey, ey, tranquilo –intento calmarlo, acariciando sus hombros tensos–. ¿Quieres que la vea por ti?

Rhett respira hondo y exhala varias veces. Es obvio cuánto anhela ser seleccionado y en verdad ruego que su nombre esté en esa lista.

Se ha esforzado tanto, ha entrenado muchísimo y, luego de saber toda la historia acerca de la luxación de su rodilla y cómo ha padecido no poder jugar por un año…

Todo lo que quiero es que cumpla su sueño.

–Sí, sí, bien –dice, entre inspiraciones, y me entrega el teléfono.

Trago saliva con dificultad y mis manos tiemblan.

Entro a la lista que la selección nacional ha subido a su sitio web y empiezo a leer los nombres. La mayoría son desconocidos para mí. Rhett me ha dicho que solo tres de su club, como máximo, serían seleccionados, y el resto serían jugadores de otros clubes con los que entrenó el otro día.

Mi pulso se acelera mientras busco el nombre en la lista.

Rhett se muerde las uñas, ansioso, esperando impacientemente. Apenas puede respirar con normalidad.

Coleman… Coleman…

Mi corazón da un salto.

Levanto la vista hacia él.

–Entraste.

Él abre los ojos de par en par.

–¿Entré?

–Entraste.

Una sonrisa gigante aparece en sus labios, y de repente, sus ojos se llenan de lágrimas. En cuanto veo su expresión, no puedo contener la emoción.

–¡No lo puedo creer! –exclama entre risas y lágrimas.

Me tiro hacia él y lo abrazo tan fuerte que casi lo hago caer. Rhett no pierde el tiempo y me levanta del suelo como si nada, girando en círculos mientras me sostiene en sus brazos.

–¡Felicitaciones! –repito como por milésima vez con una enorme sonrisa que parece no querer quitarse de mi rostro–. ¡Te lo mereces más que nadie!

Él tampoco puede dejar de sonreír.

–Mierda, mi corazón va a explotar –suelta, con la mano apoyada en el pecho.

Limpio las lágrimas de emoción que han invadido su rostro y él vuelve a abrazarme, incapaz de soltarme.

Estoy desbordante de alegría. Ni siquiera puedo explicar con palabras lo que me genera ver a Rhett así de orgulloso, así de emocionado, así de *feliz*.

Es como si estuviéramos conectados, como si fuéramos uno, como si pudiera sentir exactamente lo que él siente.

Me doy cuenta de cuánto me importa.

Me doy cuenta de cuánto me alegra verlo cumplir su sueño.

Me doy cuenta de cuánto lo quiero.



36

Becca

He venido a la universidad a buscar la nota de Estadística en psicología.

Rhett me ha traído en su auto y luego se fue a entrenar con la selección como lo ha estado haciendo desde hace una semana.

Después de ver su nombre en la lista, lo acompañé al club donde entrena la selección y estuvo un rato largo hablando con los que ahora serán sus compañeros de equipo y sus entrenadores.

También me ha dicho que habló con Joseph, el entrenador de Los Ángeles Club, y con todos sus compañeros y amigos.

Solo él y Harry han conseguido entrar.

Los felicitaron a ambos e hicieron una juntada para festejar. Sin embargo, según Rhett, Sebastian parecía más molesto que orgulloso de ellos, y está casi seguro de que se debe a que no fue seleccionado.

Aunque tampoco es que se haya esforzado tanto para entrar.

Palabras de Rhett, no mías.

–Moore –escucho a la profesora decir.

Salgo disparada de mi asiento y bajo las escaleras hasta el frente del aula, donde la profesora me espera con el examen que di hace una semana.

Cuando me lo entrega, inclina la cabeza.

Aprobado.

Aprobado.

¡He aprobado!

Me tapo la boca por puro instinto, emocionada a mil, y le agradezco con todas las palabras que se me ocurren.

–Muy merecido –dice con voz grave y seria, aunque noto cierto destello de orgullo en sus ojos.

Me he esforzado muchísimo en esta clase y a la pobre le he preguntado cientos de cosas a lo largo de todo el cuatrimestre. Le debo esta nota, esta cursada y… *¡este otro paso para convertirme en psicóloga!*

Voy a la parada del autobús casi saltando de alegría y, después de avisarles a mis amigos, pido un boleto hasta Downtown. Ahí queda el club donde Rhett está entrenando ahora y no puedo esperar a compartir este logro con él.

Ha sido un ángel mientras me soportaba ansiosa, nerviosa y con cambios de humor repentinos durante toda la semana porque, para colmo, tenía mi período. Pero él sabía perfectamente cuánto *necesitaba* aprobar, cuánto he estudiado y cuánto deseo tener estas vacaciones para poder descansar.

Entro al club apresurada, tratando de que el bolso no se resbale de mi hombro por la emoción. Cuando llego a la cancha, el sonido de las zapatillas rozando contra el parqué me hace rechinar los dientes.

Me encuentro con unos cuantos hombres corriendo de un lado al otro y lanzando pelotas al arco, una tras otra, tan rápidas que al arquero no le queda otra opción que reaccionar aún más rápido.

A un costado están los entrenadores, cuyos nombres no recuerdo, gritando jugadas y dando indicaciones.

Sonrío cuando veo a *mi hombre*.

Rhett está corriendo desde el inicio de la cancha hasta el otro extremo. El arquero de su lado le lanza la pelota y él debe agarrarla y… ¿tirar al arco contrario, supongo?

Sí, efectivamente. Es lo que acaba de hacer.

Están practicando contraataques –o contragolpes, como se diga– y Rhett acaba de correr a la velocidad de la luz y lanzar con tanta potencia que juraría que el arco se ha movido de su lugar.

Al parecer, no me ha visto llegar. No quiero interrumpir su entrenamiento ni desconcentrarlo, así que me siento en las gradas con el bolso sobre mi regazo y espero a que termine.

Estoy tan contenta que no puedo mantenerme quieta.

Miro el entrenamiento… o mejor dicho, a Rhett, y me quedo un buen rato embobada. No soy capaz de quitarle los ojos de encima.

Está corriendo y moviéndose con una energía impresionante. Lleva el uniforme que la selección le ha dado. El cambio del negro al blanco realmente le sienta de maravilla. Cada movimiento revela lo bien entrenado que está, y el sudor acentúa cada músculo definido.

Lo veo hablando con Harry, la única cara que reconozco aquí, pero también parece estar llevándose bien con los demás. Algunos de ellos se echan miradas de aprobación y asienten, como si estuvieran confirmando "este tipo es realmente bueno".

Claramente está generando una increíble impresión en el equipo.

Cuando pasa trotando cerca de donde estoy, rebotando la pelota contra el suelo antes de pasársela a otro jugador, alza la vista y sus ojos se iluminan con sorpresa al verme.

Una sonrisa amplia y radiante aparece en sus labios.

Le sonrío de vuelta con la misma emoción.

Al notar su intención de pasar por debajo de las vallas y salir de la cancha para acercarse a mí, le hago señas de que no se preocupe y que continúe con el entrenamiento.

Sin embargo, él hace caso omiso y sube las gradas de dos en dos hacia donde estoy.

–Ay, idiota –suelto, medio empujándolo para que vuelva a la cancha–, van a matarte.

Rhett gira la cabeza hacia los entrenadores. La regresa hacia mí, frunce la nariz y se encoge de hombros.

–Descuida, ya me los he ganado.

Sonrío y ruedo los ojos. Espera impaciente a que hable, sabiendo que tengo noticias sobre la nota.

–¿Y…?

–¡Aprobé!

Me abraza levantándome del suelo –que creo que es su forma habitual de celebrar– y hago una mueca de asco, riendo, al sentir el sudor en su cuerpo.

–¡Esa es mi chica! –exclama, sin dejar de abrazarme.

Me rio entusiasmada y me da un corto beso en los labios.

–Bueno, ve, ve –digo, sacudiendo las manos hacia la cancha–, cuando termines, festejamos.

–Te invito a cenar –afirma enseguida–, ¿a dónde quieres ir?

Esta noche el bar está cerrado por pequeñas remodelaciones, por lo que tengo el día libre.

–¡Que vuelvas al entrenamien…!

–¿Sushi? –interrumpe, y me rio–. O más al estilo Becca… ¿Una *enorme* hamburguesa?

Suelto una carcajada.

–¡Luego vemos! –digo, empujándolo para que regrese al entrenamiento de una vez.

–A menos que prefieras comerte otra cosa…

–¡Rhett, Dios!

Ambos estallamos en risas y, después de darme un último beso y abrazo, regresa corriendo al entrenamiento. Les dice algo a los entrenadores y les pide perdón con las manos en señal de súplica, esbozando una sonrisa.

Los entrenadores ruedan los ojos, pero también le sonríen.

Aparentemente, no mintió cuando dijo que ya se los ha ganado.

Es cuando veo a Harry interactuar con Rhett, claramente confundido y señalándome con un gesto sutil, que recuerdo su presencia.

Trago saliva.

Ay, mierda.

Creo que no tuvimos en cuenta ese pequeñísimo detalle.



Entro a mi apartamento luego de una *larga* charla con Rhett en su vehículo.

Me repitió hasta el cansancio que Harry no abrirá la boca y que me relaje. Mencionó que él también debió guardar un secreto suyo y, después de presionarlo durante un buen rato, me contó que Connor y él han estado juntos por un largo tiempo.

Suplicó que no dijera nada y, por supuesto, le prometí no hacerlo.

Ahora que lo pienso, creo haber notado cierta tensión entre ellos las pocas veces que los he visto.

Ojalá les vaya bien.

Dejo las llaves en la mesa y me dispongo a ordenar todo el lío que tengo aquí. Me habría encantado pasar el resto de la tarde con Rhett pero *en serio* debía limpiar mi casa y, bueno, de todas maneras, nos veremos dentro de un rato.

Pasará a buscarme a las siete, iremos a un bar –bastante alejado de aquí para evitar encontrarnos con conocidos– para festejar que he aprobado y que él ha entrado a la selección, y pasaremos la noche juntos.

Dudo que exista un mejor plan que ese.

Empiezo a ordenar los apuntes desparramados por el living, a guardar los resaltadores y a limpiar los platos sucios que están ahí hace como tres días. Pongo música y canto las canciones de la *playlist* de Rhett, que me ha compartido para que escuchara. Nirvana, AC/DC, Scorpions y decenas de bandas de los noventa y de los dos mil suenan por el parlante.

Creo que es obvio que le *encanta* el rock alternativo, ¿no?

Mi teléfono suena mientras estoy barriendo y me tomo un instante para chequearlo.

Son mensajes de Rhett.

Rhett

📸 Photo

Para que no me extrañes tanto

Puedes hacer lo que quieras con ella

Quedo boquiabierta mientras sostengo el teléfono con manos temblorosas. Trago saliva, sintiendo como si mi corazón fuera a *explotar*.

Entro al chat y abro la foto que Rhett me ha enviado.

Es una *mirror selfie*.

Ay. Por. Dios.

La imagen que se abre frente a mis ojos es una *bomba* de *sensualidad pura*.

Rhett está en su baño, totalmente mojado, frente al espejo empañado de vapor. Lleva una toalla atada a la cintura que apenas cubre lo necesario, y su piel *brilla.* El agua que recorre su torso destaca los músculos firmes de su pecho y abdomen.

No puedo respirar y siento la garganta cerrada.

Mis ojos no pueden evitar seguir el rastro de gotas que resbalan por su piel, especialmente por *esa* línea V tentadora que se dibuja en su abdomen bajo.

El vello oscuro y húmedo en esa área marca un camino *irresistible*.

Y saber lo que hay debajo de esa toalla hace que mi respiración se vuelva irregular y mi corazón palpite descontrolado.

Dios.

¿Qué se supone que debo responder a eso?

Escribo algo.

"Guau, , qué incre…".

Lo borro.

"Estoy muert…".

Lo borro.

"*Hot as fuck*".

Ay, por favor, Becca.

Borro. Borro. Borro.

Pienso unos segundos con mis pulgares cerca de la pantalla, a punto de escribir. Están temblando. *Todo mi cuerpo está temblando*.

Entonces, hago lo que mejor sé hacer.

Ser sarcástica.

Yo

A cuántas más les has enviado esa misma foto?

Maldición.

Me refriego el rostro y maldigo entre dientes.

–Eres una idiota, Rebecca –me insulto a mí misma ni bien envío el mensaje.

He arruinado completamente el ambiente sensual, ¿verdad?

Casi pego un salto cuando Rhett contesta.

Rhett

A ninguna otra
Es solo para ti

Uf.

Respira hondo, Becca. *Relájate*.

Yo

La foto o el chico de la foto?

Rhett
Ambos, preciosa

Dios. Santo.

Siempre he creído que el *sexting* era ridículo, pero, mierda, tengo que confesar que estoy completamente *excitada*.

Y los mensajes ni siquiera están siendo tan atrevidos.

Cualquiera pensaría que es la primera vez que veo a Rhett semidesnudo.

Yo
Supongo que esta noche deberé reclamar lo que es mío
No lo crees?

Envío esos mensajes y lanzo el celular al sofá como si fuera una sartén caliente.

No sirvo para esto de ser *hot*.

El *ringtone* suena.

La pantalla se ilumina con un mensaje de Rhett.

Lo abro con el corazón latiendo en la garganta.

Sonrío ruborizada al leerlo.

Rhett
No puedo esperar a que lo hagas



La cena ha sido *perfecta*, las hamburguesas estaban riquísimas y el Gin Tonic que bebí era casi tan bueno como los que yo preparo.

Me he reído a carcajadas por más de dos horas y no cabe ninguna duda de que esta ha sido la mejor cita que he tenido *en mi vida*.

Rhett ha pagado la cuenta –luego de un largo rato de discusión porque yo quería pagar a medias– porque él me ha dicho que me invitaba. El acuerdo fue que, en la próxima cita, pago yo.

De todas maneras, he logrado negociar con él y al menos puse la propina.

Es la primera vez en meses que el dinero no está siendo un problema. Me alcanza para pagar la universidad, para llenar mi despensa e incluso darme algunos gustos o comprarme algo de ropa. Y, no. No me han aumentado el sueldo en el bar, ojalá.

La verdad es que todo lo que estoy juntando, se debe a Rhett.

A Rhett, y a sus propinas mayores a *quinientos dólares* que me deja cuando me acompaña al bar y bebe varias rondas de mocktails mojitos.

Sé que, de alguna manera, ha estado pagando todas mis cuentas. Y le he agradecido cada noche e incluso traté de no aceptar su dinero, pero él insistió. Le prometí devolverle cada centavo. Él dijo que no es un préstamo, que es mío.

Así que, bueno, prefiero pensar que me he ganado ese dinero por las arduas horas de trabajo, y que la suma que Rhett me da como propina compensa las que suelo recibir a diario, que son menores a veinte dólares.

–¿Tienes frío? –pregunta, quitándome de mis pensamientos.

Estamos caminando por el paseo junto al muelle de Santa Monica Pier.

Me cubro mejor con el saco que me ha dado y, aunque sí muera de frío contesto:

–No, descuida –le sonrío–, estoy bien.

–Ven aquí.

Se detiene y, dejándome en claro que soy una pésima mentirosa, me abraza para darme calor. Son las 11:37 p. m., hay un viento helado, hace menos de ocho grados y yo –tonta– no tuve mejor idea que proponer venir a caminar frente al mar.

–¿Te he dicho cuán hermosa estás? –lo escucho decir.

Sonrío contra su pecho y alzo la vista para verlo.

–Como unas… –simulo estar contando mentalmente–. ¿Mil veces, más o menos?

Rhett ríe.

–¿Solo mil? –bromea, sonriendo–. Mierda, qué imbécil. Deberías dejarme aquí y buscar algo mejor.

Lanzo una carcajada tirando la cabeza hacia atrás.

Rhett ha estado toda la noche –y cuando digo toda la noche, es *toda la noche*– diciéndome cuán hermosa me veo, cuán *sexy* estoy y cuánto ha deseado verme con este vestido otra vez.

Porque así es.

Me he puesto el vestido que usé la noche en la discoteca, cuando nos conocimos.

Y eso lo ha vuelto loco. *Loco de verdad.* Cuando pasó a buscarme y entré a su vehículo, se quedó en shock. Y cuando reaccionó, me besó durante veinte minutos seguidos mientras me decía vulgaridades entre besos.

Tan divino.

–Gracias por esta noche –digo, cuando las risas cesan un poco–. La pasé increíble.

–La noche recién empieza, preciosa –murmura contra mis labios.

Aparta un mechón de flequillo de mi frente para dejar un beso allí.

–Aún debes reclamar lo que es tuyo –continúa.

Esbozo una sonrisa y un calor se apodera de mis mejillas.

–Tienes razón –digo, asintiendo–. He querido hacerlo desde que me enviaste esa foto.

Rhett ríe sutilmente.

–Era la idea –afirma y luego baja la vista hacia mi vestido–. Y debo confesar que *esto* –agarra con fuerza el dobladillo de la falda y me aprieta más a su cuerpo– me está poniendo a mil. No puedo esperar para *arrancártelo* y *cogerte* de una vez.

Sus palabras me encienden al instante.

–Entonces larguémonos de aquí *ahora*.



37

RHETT

SALGO DEL ENTRENAMIENTO CON LAS PIERNAS CANSADAS, el cuerpo adolorido y las manos repletas de pega.

Pero, sobre todo, con una sonrisa de oreja a oreja en el rostro.

Aún me cuesta asimilar que esto en verdad está sucediendo. Que estoy en el equipo de USA Team Handball, que Maxwell y Natalie están *entrenándome*, que estoy jugando en la cancha de local que he pasado años viendo por televisión y redes sociales.

Hace más de una semana que empecé a entrenar con ellos y no ha habido *ni una* mañana en que despierte y no crea que todo ha sido un sueño.

Porque lo es. Es un sueño. *Mi* sueño.

Y se ha hecho realidad.

Mierda.

Se. Ha. Hecho. Realidad.

Les he contado a mis padres y he almorzado con ellos hace unos días. Estaban felices por mí pero, por supuesto, no faltó la conversación de siempre: la empresa.

Que cómo iba a manejarme con los tiempos, cómo me estaba yendo en la universidad y cómo haría ahora con las clases, ya que tenía que entrenar el doble de horas de lo que solía hacerlo.

Traté de evadir el tema y sin más hablé sobre la selección, sobre la entrevista y sobre los entrenamientos. Logré llevarlo bastante bien, creo, y sé que están felices por mí… aunque no puedan aceptar que ese sea el futuro que he elegido.

Supongo que, en otro momento, intentaré ser honesto con ellos y, quizás, llegar a un acuerdo entre el handball y la empresa.

Después de saludar a todos mis compañeros de equipo –con los que ya estoy intentando integrarme, además de Harry– me dirijo al buffet para comprar una Powerade azul. Necesito más hidratación que la botella de un litro y medio de agua que he bebido durante estas dos horas.

Los entrenamientos –tanto físicos como los de cancha– son tan *duros* e *intensos* que nadie pensaría que aún nos quedan varios meses hasta las eliminatorias de los Juegos Olímpicos, que se harán en París el año entrante.

Y, aunque estoy completamente *fascinado* con la selección, admito que uno de estos días iré a Los Ángeles Club. Mierda que extraño a mi equipo y a Joseph.

Miro la hora en mi teléfono y entro rápidamente a mi coche cuando me percato de que tengo tan solo quince minutos para buscar lo que encargué.

La tienda dijo que podía llevarlo hasta mi casa, pero no me costaba nada ir hacia allá y traerlo yo mismo.

Sonrío involuntariamente al imaginar la cara de Becca cuando vea el regalo.

Es algo que incluso muchos creerían insignificante y que cualquiera podría obsequiarle, pero sé cuán importante es para ella y odio la idea de que se quede sin páginas en la suya.

Espero que le guste la libreta que le compré.

Planeo dársela este fin de semana, cuando termine de decorarla.

Quiero que cada detalle le haga saber cuánto me importa.

Le he contado a Chloe y ha *amado* la idea. Adora tanto a Becca que a veces me cuesta creer lo mucho que han conectado.

Verlas tan unidas significa el mundo para mí.

Suspiro sonriendo y pongo el coche en marcha.

Conduzco por las calles de Los Ángeles rogando que le guste el regalo.

Y *rogando* que diga que quiere lo mismo que yo.



38

RHETT

AL LLEGAR EL SÁBADO, BUSCO A BECCA A SU APARTAMENTO PARA IR juntos a la fiesta de Nicole.

Estoy demasiado nervioso por verla, lo cual puede parecer ridículo porque nos hemos visto cada día de la semana, pero no lo es.

¿Por qué?

Porque esta noche le daré el regalo.

He decorado la libreta, he aprendido a bordar en tapa dura para hacer una dedicatoria que se pareciera lo más posible a la que le regaló su papá y he agregado cada detalle que se me ocurriera dentro.

No puedo esperar para dársela y ver su reacción.

Luego de la fiesta de Nicole, volveremos a mi casa para dormir juntos y planeo dársela allí, cuando estemos solos. Y mierda, jamás he estado tan nervioso. Es la primera vez que hago algo así por alguien que me interesa.

Por alguien de quien estoy enamorado*.*

Sonrío como un idiota al repetir esa oración en mi cabeza.

Estoy enamorado de Becca.

Estoy jodidamente enamorado de Becca.

Lo sé desde hace rato.

Se lo he admitido esa tarde en mi coche.

Lo que no sabe, es que no se trata solo de eso.

Porque no es solo amor.

Es cariño. Es calma. Es *casa*.

Es que *la quiero*. La quiero.

La quiero con todo lo que soy.

Y necesito que entienda lo mucho que lamento no haberle contado antes sobre Hannah.

No pude. No he encontrado el momento. Y sé que no es una excusa válida, maldición, por supuesto que lo sé.

Por eso es que voy a hacerlo ahora.

Aún nos queda un rato hasta que debamos ir a la fiesta de Nicole y quiero usar estos minutos, antes de que debamos ir a buscar a sus amigos, para ser completamente honesto con ella acerca de lo que sucedió con Hannah hace dos años.

Planeo contarle toda la historia, cada pequeño detalle, y pedirle disculpas por no habérselo dicho antes. He estado dándole vueltas a las palabras en mi mente, recitando un discurso imaginario para asegurarme de decirlo bien.

Eres un idiota, Rhett.

Solo díselo y ya.

Subo las escaleras del edificio de Becca y le aviso que he llegado. Respiro profundamente y exhalo para tratar de calmarme. Un segundo antes de que toque el timbre, ella abre la puerta y mi mano queda alzada en el aire.

Mierda.

Luce *hermosa*.

–Hola –dice, sonriendo radiantemente.

Por un instante me quedo tonto.

Viéndola.

Puta madre, el vestido que compré para ella le queda *increíble*. Sabía que ese color aceituna le quedaría jodidamente bien con sus ojos.

Se ajusta a sus curvas de una manera que simplemente me vuelve loco. Su cabello castaño está cuidadosamente arreglado, y suaves ondas caen sobre sus hombros descubiertos.

Está maquillada con tonos similares al del vestido, y sus preciosos ojos verdes resaltan como dos jodidos diamantes.

–¿Y? ¿Qué opinas? –dice, dando una vuelta en el lugar para enseñarme el vestido desde todos los ángulos–. ¿Mejor que en el maniquí?

–Mierda, te ves tan condenadamente *hermosa*.

No puedo resistir la tentación de besarla. Becca ríe y tira de mi cabello, intensificando el beso. Su lengua encuentra la mía y siento un ligero sabor a alcohol en la suya.

–¡Vayan a un hotel! –grita una voz femenina desde adentro.

¿Qué?

¿Sus amigos están aquí?

Nos separamos al instante y veo a Harper sentada en el sofá, bebiendo un trago y moviéndose al ritmo de… ¿Duki?

Becca y yo intercambiamos una mirada.

–Ay, olvidé decirte que Harper y Jack estarían aquí –comenta, cubriéndose la boca con la mano, como diciendo "ups".

Abro la boca para decir algo, pero la cierro enseguida, apretando los labios. Asiento varias veces, forzando una sonrisa.

Mierda.

No podré hablar con ella.

Sus mejillas están sonrojadas por el comentario de Harper. Pellizco una de ellas y Becca sonríe.

–¡*Becks*! ¿Dónde está tu delinea…? –Jack sale de la habitación de Becca. Se calla y se sorprende cuando me ve–. ¡Ey, *bárbaro*! –exclama, con los brazos abiertos de par en par.

Lanzo una carcajada por el apodo con el que ha decidido bautizarme desde nuestra charla en Oasis, y me acerco a él para saludarlo.

–¿Cómo va, Jack? –Le doy un beso en la mejilla. Luego, me dirijo hacia Harper–. Hola, ¿qué onda?

El primero me da un abrazo como si fuéramos amigos de toda la vida. Harper, en cambio, está *un poco* más seria.

Becca me ha dicho que les caí bien a ambos la otra vez, pero que debía tenerle paciencia a su amiga, "que simula ser seria al principio pero que cuando toma confianza es un osito cariñosito". O así lo dijo ella.

Es así con todos los chicos con los que Becca sale, por lo que me ha contado, así que supongo que no debo sentirme mal. Solo se preocupa por su amiga y no quiere que ningún idiota la lastime.

Además, hay que tener en cuenta que hace menos de un mes Becca estaba con *mi mejor amigo*. Y, según ella, Sebastian jamás se ha molestado en hablar con ellos o tratar de tener una buena relación.

En pocas palabras: les caía como el culo.

–¿Te molestaría quedarte un rato aquí? –me pregunta Becca, abrazándome–. Aún tenemos que terminar de prepararnos.

–No, preciosa, no hay problema. Tenemos tiempo.

Ella me sonríe y deja un beso en mi mejilla. *Corre* hacia su habitación a socorrer a Jack, que le ha gritado que lo ayude con su maquillaje, y yo me acomodo en el sofá de uno, en diagonal a Harper.

La amiga de Becca me mira de reojo. Le da un sorbo a lo que creo que es un daikiri, y cambia la canción que suena en el parlante.

Carraspeo y cruzo una pierna sobre la otra, lanzando miradas discretas hacia la puerta de la habitación de Becca para ver si ya regresa.

Quiero comenzar una conversación con su amiga, pero… mierda, esta chica tiene cara de que puede romperme en pedazos de un solo golpe.

Recuerdo que es boxeadora profesional.

Ah, entonces efectivamente *podría* romperme en pedazos de un solo golpe.

–¿No bebes nada, Rhett? –pregunta, con un tono que parece más una formalidad que una verdadera pregunta.

–No, estoy bien –contesto, esbozando una sonrisa para que sepa que vengo en son de paz–, no bebo alcohol.

Harper arquea las cejas, sorprendida. Luego, vuelve a la expresión neutral anterior.

–Ah, por lo de la vida *fitness*, la pelota… y eso, ¿no?

¿Por qué es como si estuviera burlándose de mí?

–Sí, exacto. Por "lo de la vida *fitness*, la pelota… y eso".

Repito sus palabras sarcásticas y creo verla esbozar una leve sonrisa. Me mira por unos segundos, con los ojos entrecerrados y la lengua haciendo presión en su mejilla interna, como evaluándome.

–Pues qué deportista obsesivo –suelta, con una combinación de ironía y desafío–. Yo también llevo una vida *fitness* –continúa, encogiéndose de hombros–, y todavía me doy el gusto de beber alcohol.

–Es bastante irresponsable de tu parte.

–¿Lo crees? –repite, sarcástica–. ¿Me recuerdas cuándo te lo pregunté?

–Ah, como estábamos dando opiniones que nadie nos pidió, pensé que…

Nos quedamos en silencio un segundo, mirándonos.

Hasta que Harper lanza una risa fuerte y yo sonrío junto a ella.

Genial, el sarcasmo me ha ayudado a romper el hielo. *Creo* que ya no le desagrado tanto.

Asiente varias veces con la cabeza, aún sonriendo, y me da la mano con aire de orgullo. La tomo y le doy un apretón firme.

–Buenas respuestas –dice.

–Son años de práctica.

Cuando Becca regresa, su amiga ya no me mira como si quisiera lanzarme al río.

Pocos minutos más tarde, la mujer más hermosa que he conocido en mi vida termina de prepararse y los cuatro salimos de su apartamento. Bajamos por el ascensor porque las chicas llevan unos tacones altísimos y quieren evitar el riesgo de bajar por las escaleras.

Abro la puerta del asiento del acompañante para que Becca entre, ella hace una reverencia como si fuera una princesa y yo su chofer, y se ríe.

Me dejo caer en el asiento del conductor y pongo el vehículo en marcha.

La presión en el pecho por no contarle aún sobre Hannah me ahoga.

Me prometo que lo haré lo más pronto posible después de hoy.

No voy a dejar que *nada* arruine esta noche.



Aparco a unas cuadras del bar privado donde Nicole organizó la fiesta después de dar varias vueltas buscando un lugar disponible. Todo estaba repleto. No sé cuántas personas habrá invitado, pero estoy *seguro* de que esto no es una juntada entre amigos ni nada que se le parezca.

Es una *fiesta* con todas las letras.

Desde que se fue de la casa de sus padres, Nicole no organiza nada en su apartamento –vive sola desde hace años, y tengo entendido que su relación con ellos es complicada–, así que, cuando organiza algo grande, busca lugares como este. Espacios amplios, cero reglas y música fuerte.

Becca sale del auto y le doy un beso antes de dejarla ir. En el viaje acordamos entrar en tiempos distintos para que nadie sepa que hemos venido juntos, y quedamos en que yo sería quien se adelantara. Jack quería tomarse fotos con ellas para sus *Insta Stories*, así que la decisión le vino como anillo al dedo.

Me cuesta separarme de Becca y estoy agarrado de su mano hasta el último segundo. Ella me hace señas para que camine de una vez.

–Ve –dice, sonriendo–, te libras de mí por unas horas.

–Es demasiado tiempo.

–Qué cursi.

Sonrío rodando los ojos, la beso y finalmente me separo de ella sin ningún deseo de hacerlo.

Camino por la acera hasta el bar. Media cuadra antes de llegar, la música ya invade mis oídos. El viento helado me cala hasta los huesos y de repente me siento un imbécil por tratar de ser *hot* y desprender los primeros botones de mi camisa.

Voy a acabar enfermo solo por querer lucir atractivo.

No puedo ni imaginar el frío que deben estar sintiendo Becca y Harper, que solo llevan un vestido corto y una chaqueta de cuero que parece enfriar más de lo que abriga.

Les envío un mensaje a mis amigos para saber en dónde están y a Becca para preguntarle si ya está viniendo. No es un sitio que se caracterice por ser peligroso, pero a esta hora hay que tener cuidado en cualquier lugar. Gracias al cielo, me dice que sí y que me avisará cuando entre.

Mis amigos me responden inmediatamente.

Liam y Connor me esperan afuera del bar. Los saludo con una sonrisa y un abrazo informal, y me guían entre todos los invitados hacia donde está el resto de nuestro grupo.

La música es atronadora y las luces disco colgadas del techo parecen querer deslumbrarme. Mi vista se acostumbra lentamente al caos de la fiesta.

Nicole me ve desde lejos y, cuando me reconoce, *salta* sobre mí, apartando a todos los demás.

–¡Feliz cumpleaños! –digo lo más fuerte que puedo para intentar sobrepasar la música.

–¡Gracias!

La abrazo y ella me rodea el cuello, emocionada.

–¿Y…? –dice, observando hacia detrás de mí con una mirada curiosa. Gira la cabeza hacia nuestros amigos, perseguida, al recordar que no estamos solos. Se acerca a mi oído–. ¿Y… Becca? –murmura.

Sonrío y vuelve a mirarme de frente.

–Está viniendo –contesto–, no quisimos entrar juntos porque… bueno.

–*Aah*, entiendo… –guiña el ojo–. A *escondiditas*.

Suelto una carcajada y niego con la cabeza. Deja de abrazarme, aunque aún está rodeándome la espalda con el brazo, y nos dirigimos hacia Connor, Harry, Liam, Ashley, Sebastian y algunos amigos del estudio de danza de Nicole con los que nos llevamos bien.

Si dijera que no me pone nervioso ver a Sebastian, estaría mintiendo.

Hemos estado distantes, lo reconozco. Hace unos cuántos días que las cosas están tensas y no sé si se debe a que la otra vez básicamente le dije que se buscara un problema honesto, o si es algo más. No quiero pensar que sospecha algo.

Eso es imposible… ¿verdad?

No hay manera de que lo sepa. Confío en que Harry no ha dicho nada y Nicole, mucho menos. Aunque sí es cierto que, últimamente,

he estado siendo muy poco disimulado respecto al cierto… rechazo, que estoy sintiendo hacia él.

Después de lo de Ashley, de lo de Becca, y de lo que dijo de ambas.

–¿Y, qué ond…?

Me callo cuando Hannah se adentra en el grupo.

Al parecer, ha ido a buscar tragos para Nicole y Ashley. Inclino la cabeza en forma de saludo y ella hace lo mismo. Luego, le doy un beso en la mejilla.

Noto la intención de Sebastian de tomarla de la cintura, pero Hannah se aleja. No sé qué haya pasado entre ellos esos pocos meses que estuvieron juntos luego de que ella y yo termináramos, pero algo me dice que las cosas no han quedado bien, al menos de parte de Hannah.

Aún nos debemos una charla. Lo que sucedió en el bar, la manera en que vio cómo le mentí a Becca en la cara… no estuvo bien. Sé que no debería tratar de explicar por qué hice lo que hice, pero me *tortura* pensar que la gente pueda pensar que no valoro a Becca.

No quiero ser visto como el idiota que no sabe lo que tiene.

No quiero ser otro Sebastian.

–¡Becca, viniste! –escucho a Nicole gritar.

Me doy la media vuelta como un rayo y me encuentro con Becca, Harper y Jack. Ella me mira y sonríe de forma disimulada. Yo hago exactamente lo mismo, ya extrañándola y deseando tenerla en mis brazos.

Saluda a Nicole por su cumpleaños y ella le da un gran abrazo a sus amigos. Ni siquiera parece que sea la primera vez que los ve en su vida.

Entonces, Becca se acerca para saludarnos.

Noto cómo traga saliva y se esfuerza por no lucir inquieta.

–Hola –dice, esbozando una sonrisa sutil.

Les da un beso a todos, sonriendo con simpatía. Al llegar el momento de saludar a Sebastian, mi visión se enfoca solo en ellos.

Mejor dicho, en la mano de Sebastian sobre la cintura de ella.

Mis puños se cierran con tanta fuerza que siento un dolor agudo en los nudillos, y tengo que luchar por controlar el tic en mi mandíbula que intenta traicionarme.

Ver cómo él se aferra a Becca, como si aún tuviera algún derecho sobre ella, es una bofetada en la cara.

¿En serio va a jugar al ex que todavía tiene algo qué decir?

Se miran por un momento, y esa jodida sonrisa de Sebastian me hace hervir de celos.

Pero la mirada de asco que ella le lanza me arranca una sonrisa.

Al momento de saludar a Harry, parece morirse de vergüenza. Sin embargo, él le sonríe genuinamente y ella relaja los hombros con un suspiro.

Al fin, se voltea hacia mí.

–Rhett –dice, mirándome a los ojos con complicidad y una sonrisa apenas perceptible.

Inclina la cabeza, saludándome como lo hemos hecho durante estos meses antes de… todo.

–Becca –respondo, haciendo lo mismo que ella.

Una sonrisa quiere tirar de mis labios. Esto de disimular en público solo consigue que desee tenerla aún más.

Aquí. Ahora.

Me mira de arriba abajo y vuelve a clavar sus ojos en los míos. Se muerde el labio inferior, *provocándome*.

Por Dios, esta mujer.

Luego, saluda a Hannah. Trago saliva con dificultad y la culpa regresa.

–¡Hola! –dice Becca con entusiasmo–. Hannah, ¿cierto?

–Así es –responde, sonriendo–, y tú… Becca, ¿no?

–Así es.

Hannah me lanza una mirada que me perfora. Me recuerda que estoy evitando un problema mayor.

Me recuerda que soy un cobarde.

Esto se está volviendo insostenible.

Necesito hablar con Becca antes de que sea demasiado tarde.



Nos escabullimos en el pasillo de la planta alta del bar y Becca tira de mí para llevarme al baño más cercano. No sé cuánto tiempo permanecemos allí, besándonos, tocándonos y diciéndonos cuánto queremos que la noche acabe para poder ir a mi casa y dormir juntos.

–Deberíamos volver –digo sin aliento. Me aferro a su cuello con más fuerza y vuelvo a besarla. Ella gime contra mis labios y me presiona más contra sí–. Podrían empezar a sospechar.

Becca me hace gruñir cuando enreda sus dedos en mi cabello para que no me separe de ella. Estoy tan duro que podría martillar clavos y necesitaré tiempo para calmarme. No puedo andar por la fiesta así.

–Tengo *tantas* ganas de que nos vayamos así puedo quitarte esto –suelta, agarrando con firmeza mi camisa a medio abrochar.

Sonrío y la tomo de las muñecas con cuidado. Las coloco sobre la pared con azulejos donde está apoyada y las mantengo allí con mi mano. Ella se queja y se muerde el labio con frustración.

–Cuando nos vayamos puedes hacerme lo que quieras –murmuro sobre su nariz–. Pero ahora debemos regresar a la fiesta.

Becca bufa y me roba otro beso. Después, sonríe y, finalmente, nos separamos. Ella sale primero y camina por el pasillo, esquivando a los invitados, hasta llegar a las escaleras.

Yo hago lo mismo unos minutos más tarde, cuando logro calmar mi erección… en la medida de lo posible.

Cuando salgo del baño con la vista en mi teléfono para disimular, me choco –no, *choca*– una mano contra mi pecho con dureza, forzándome a detenerme.

Alzo la mirada de inmediato, malditamente confundido.

Me encuentro con la única persona que quería evitar.

Mierda.

Es Sebastian.

–Te estás cogiendo a Becca, ¿no?

¿Qué…?

¿Qué acaba de decir?

Me paralizo.

Me quedo en blanco.

Mirándolo.

Boquiabierto.

–¿Qué? –pregunto, *atónito*.

El corazón empieza a latirme con brusquedad y rapidez.

No puedo creer que esto esté pasando.

¿Cómo es que él…?

¿Alguien se lo ha dicho?

¿Ha visto a Becca salir y lo dedujo?

¿O solo es una maldita suposición para hacerme morder el anzuelo?

Él dirige la vista hacia el baño de donde acabo de salir con la mandíbula apretada. Luego, me clava la más asesina de las miradas.

–¿Me crees idiota? –escupe, haciéndome frente.

–¿Qué carajos te pasa?

–Becca. *Ella* me pasa. Te la estás cogiendo. Te estás cogiendo a mi exnovia.

–No sé de qué estás hablando.

Suelta una risa irónica, asintiendo con sarcasmo, y coloca la lengua sobre su labio inferior.

El corazón se me ha detenido.

Mis pulmones no funcionan.

–Así que te estás comiendo mis sobras, ¿eh?

Mi cuerpo entero tiembla.

La rabia me consume.

Aprieto los dientes para no estallar.

–¿Qué mierda has dicho?

–Nada que no sea cierto.

Mi mandíbula se tensa hasta el punto de dolor, y mis manos se convierten en puños tan apretados que los nudillos se me ponen blancos.

Tengo que calmarme*.*

Tengo que respirar*.*

–No tienes ni puta idea de lo que estás diciendo.

Lo empujo lo suficientemente fuerte para que su cuerpo se tambalee. No quiero perder más tiempo con él. No voy a darle el gusto de ver cómo exploto. No soy así. No soy de los que reaccionan.

Lo dejo solo en el pasillo y, con el corazón retumbando en mis oídos, bajo las escaleras de dos en dos.

Sebastian no tiene idea de nada. No sospecha nada. No ha visto nada y nadie le ha contado *nada*. Lo conozco bien. Es mi amigo desde que tengo memoria.

Está manipulándome. Está tratando de que confirme unas sospechas que quizás ni siquiera tiene.

Que. Le. Den.



39

BECCA

REGRESO CON HARPER Y JACK APENAS BAJO LAS ESCALERAS. Aún sigo acalorada por el encuentro a escondidas que tuve con Rhett hace unos minutos. Siento las mejillas y el rostro ardiendo, aunque creo que se debe también un poco al alcohol.

He sido la *barwoman* entre mis amigos desde que llegamos. La barra es medio libre –hay un barman oficial, pero también un montón de botellas y *mixers* a mano para que cada cual se sirva o juegue a improvisar– y yo, que no puedo evitarlo, terminé preparando tragos para quien quisiera. He bebido unos cuantos *sex on the beach* que, a pesar de que no los he hecho tan fuertes, después de más de tres, empiezan a hacer efecto. Necesitaba beber para relajarme, para bajar la tensión de mis músculos y no pensar en cuán raro es estar aquí, con Sebastian y Rhett en un mismo lugar. No estoy preocupada, solo un poco nerviosa. Y ni hablar de que verle la cara a mi ex no es lo que yo llamo un momento adorable.

Me digo a mí misma que dentro de unas horas ya estaré junto a Rhett, en su cama, abrazada a él hasta la mañana.

No hay nada que desee más que eso.

–¡Miren quién volvió! –exclama Jack, señalándome.

Me rio y me acerco a él y a Harper. Ambos están bailando juntos al ritmo de la música que suena a todo volumen por los parlantes. Estoy mareada y no sé si es por las luces neón que titilan sin parar, o al alcohol en mi sangre. Creo que un porcentaje de ambas.

–¡Nos abandonas por un pene! –grita Harper, y me toma de la mano para que baile junto a ellos.

Suelto una carcajada y bailamos entre los tres. Honestamente, estoy pasándola bien. Quizás es porque mis amigos están aquí, acompañándome, y me ayudan a no sentirme como sapo de otro pozo, como en la fiesta de Liam.

Hemos bailado con Nicole, Ashley –quien, extrañamente, me ha dicho más de tres palabras seguidas– y Hannah.

Ella me ha agradado desde la noche en Oasis, y hoy hemos tenido la oportunidad de hablar más. Bueno, no hablar en sí, porque casi no se puede hablar aquí sin tener que gritar, pero sí hemos pasado un rato juntas y sin duda es divertidísima.

Además, tenemos algo en común y con qué *entretenernos.*

Ambas somos exnovias de Sebastian.

–¡Becks! –dice Jack en voz bien alta aunque estemos a menos de medio metro de distancia–. ¡¿Me preparas otro?! –pregunta, alzando el vaso vacío. Asiento repetidas veces.

–¡¿Tú quieres otro?! –le pregunto a Harper.

Mi mejor amiga piensa unos segundos y termina diciendo que sí. No sé cómo haré para traer tres vasos yo sola –porque también me prepararé uno para mí… el último, lo prometo– pero si puedo llevar

una bandeja con cuatro tragos, dos hamburguesas y una bandeja de dedos de queso cada noche en el bar…

Llevar tres tragos no puede ser *tan* complicado.

Pido permiso entre la multitud y trato de no empujar a nadie. La barra no está lejos, pero hay tanta gente que apenas puedo moverme. Por suerte, con un suspiro de agotamiento, llego a la barra y busco con la mirada el vodka que necesito para hacer los *sex on the beach* y el licor de durazno. Necesitaría jugo de naranja y de arándano, pero lo veo del otro lado de la barra y, la verdad, con mi estado, dudo llegar hasta allá sin marearme el triple de lo que ya lo estoy.

Mientras bato la coctelera que encontré sobre la barra, mi mirada se desvía hacia mi derecha. Trago saliva. No había notado que Rhett estaba allí junto a Nicole. Luce… ¿preocupado? Lo veo rascarse la nuca con nerviosismo y respirar hondo varias veces.

Atino a dar un paso hacia allá. Me detengo en seco cuando recuerdo dónde estamos y con quiénes.

Suspiro y me volteo nuevamente. Le enviaré un mensaje preguntándole si todo está bien cuando les entregue los tragos a mis amigos.

Al girarme, me topo con el pecho de alguien que impacta contra mí.

–Mierda.

Sebastian.

Es Sebastian.

–¿Me preparas uno? –pregunta, señalando con el mentón los dos *sex on the beach* para Harper y Jack que sostengo en las manos. El mío aún sigue sobre la barra.

Revoleo los ojos y lanzo un bufido pesado. Me he puesto de mal humor y no llevo ni diez segundos cerca de él.

Trato de pasarle por al lado, pero él se mueve para obstruirme el paso. Aprieto la mandíbula y le clavo la peor de las miradas, para que sepa que, si sabe lo que le conviene, debe apartarse.

–¿Te mueves o te muevo? –digo con firmeza.

Sebastian sonríe casi imperceptiblemente. No sé qué está haciendo ni qué busca. Pero hay *algo* en su mirada. ¿Diversión? ¿Burla?

¿Desafío?

Por un instante, gira levemente la cabeza hacia la derecha. Yo hago lo mismo.

Está mirando a Rhett.

Y Rhett nos está mirando a nosotros.

Abro la boca y, cuando la cierro, trago saliva con dificultad.

Sebastian no… no sabe nada, ¿verdad?

–Tu y Rhett parecen llevarse mejor –suelta entonces, volviendo a mirarme.

El corazón me da un vuelco y me quedo inmóvil.

En blanco.

Titubeo. Abro la boca y la cierro, sin saber qué responder.

Empiezo a hiperventilar.

Él no lo sabe.

Él. No. Lo. Sabe.

–No es así.

Eso es todo lo que soy capaz de contestar.

Mi exnovio coloca la lengua sobre su mejilla interna y asiente lentamente.

Se queda callado un momento, con sus ojos verdes semicerrados clavados en los míos.

Le echo un ligero vistazo a Rhett. Él no nos quita la vista de encima. No parpadea. No se mueve. Parece paralizado mientras nos mira.

Y se nota a kilómetros que está intentando mantener la calma.

–Los veo muy unidos –dice Sebastian, logrando que vuelva a mirarlo.

Se me corta el aliento y cientos de dudas se me vienen a la cabeza. Escenarios posibles, situaciones en las que Rhett y yo podríamos haber sido vistos. O alguien que haya hablado. Alguien que le haya contado a Sebastian lo que tengo con su mejor amigo.

Y no puedo respirar.

No puedo reaccionar.

–¿Qué estás insinuando? –pregunto al fin, haciéndole frente.

Trato de sonar decidida, firme, ajena a lo que está diciendo.

Él sonríe con ironía, burlándose de mi intento inútil de hacerme la desentendida. Respiro hondo y exhalo. El aire se siente escaso.

–Sabes –dice, y suspira exageradamente–, siempre supe que él lo haría.

–¿A qué te refieres?

–Ay, por favor, Becca –suelta con fuerza–, por mucho que odies admitirlo, *te conozco*. Sabes perfectamente a lo que me refiero.

–No sé de qué estás hablando, Sebastian. Y no tengo ni una puta gana de seguir aquí, escuchándote decir estup…

–Te estás cogiendo a Rhett.

Lo suelta sin más.

Y ambos nos callamos.

Recorro sus pupilas y tomo aire desesperadamente por la boca.

No.

No.

No.

Él no puede saberlo.

Es *imposible* que lo sepa.

Me quedo totalmente estupefacta. Viéndolo. Sintiendo que la presión se me baja.

Y con satisfacción y arrogancia por haberme descubierto, por haberme dejado atónita, dice:

–Siempre supe que lo haría. –Sonríe despectivamente–. Coger contigo, me refiero.

–¿Qué…?

–Después de todo, le debo una por lo de Hannah.

Lo de Hannah.

Lo de Hannah.

¿Lo de Hannah?

Todavía no reacciono.

Y ahora no entiendo nada.

–¿Lo de Hannah? –repito, confundida hasta la médula.

¿Qué tiene que ver esa chica en esto?

–Sí, Hannah –afirma con desdén, asintiendo con una sonrisa leve en el rostro–. La ex de Rhett.

De repente, estoy tan confundida que empieza a dolerme la cabeza.

–¿Qué estás diciendo? Hannah es *tu* ex.

–Oh –dice, abriendo los ojos con ironía–. No me digas que eso es lo que te ha dicho.

–No tengo tiempo para esto…

–¿No te lo ha contado?

–Basta.

–Que Hannah cogió conmigo mientras estaba con él.

Esas palabras se adhieren a mi mente, pero no logro procesarlas. No logro entenderlas. Solo retumban una y otra vez en mi cabeza, como un eco.

–¿Qué? –digo con voz aguda.

Estoy mareada y creo que voy a desmayarme.

–Lo que oíste, *Becks* –asegura, y se encoge de hombros con indiferencia, como si lo que ha dicho fuera insignificante–. Pregúntale a él, a Hannah, a Liam, a Connor, o quién sea. Todos lo saben. He sido el amigo de mierda durante un tiempo, pero ya pasó.

No está mintiendo.

Lo que dice es cierto.

Sé cuando Sebastian miente. Me doy cuenta. Pero este no es el caso.

Cada palabra que ha dicho es verdad.

–¿Hannah estaba con Rhett? –Mi voz suena temblorosa.

En un segundo, la vista se me pone borrosa. Los ojos se me han cristalizado. La garganta se me ha cerrado.

–Y yo me la cogí –responde Sebastian, tranquilo y orgulloso–. Así que, si él está contigo ahora, me imagino que quiere vengarse. Y parece que lo ha logrado, ¿no? Has caído rendida a sus pies.

Estoy paralizada. Estoy en shock.

–¿Sabes por qué Rhett no te ha contado? –prosigue y respira hondo. Luego, sonríe–: Porque prefiere que te sientas especial mientras te usa como una herramienta para su venganza, Becca. –

Lanza una carcajada silenciosa–. Eres el juguete con el que se divierte mientras se burla de ti.

Siento como si mi corazón se estuviera rompiendo en mil pedazos.

De golpe, lágrimas inundan mis mejillas. Los tragos se resbalan de mis manos y las copas impactan contra el suelo, el líquido se derrama y el ruido del vidrio partiéndose en pedazos llama la atención de todos a mi alrededor. Todos me miran. Todos me ven llorar.

Incluido Rhett.

Mis ojos se clavan en los suyos. Los suyos en los míos.

Todo a nuestro alrededor parece desvanecerse mientras nos miramos.

Y corre en mi dirección. Esquiva los vidrios rotos y, de un segundo a otro, ya está frente a mí, tomando a Sebastian de la camisa.

–Aléjate de ella –espeta con fuerza, quitándolo del medio y haciéndolo trastabillar–. Vámonos, Becca…

–¿Por qué me mentiste? –pregunto con voz entrecortada y alta.

Rhett se queda inmóvil y su expresión se transforma. Mira a Sebastian, me mira a mí, y vuelve a mirar a Sebastian.

–¿Qué le has dicho?

Mi exnovio esboza una sonrisa y se muerde el labio inferior, negando con la cabeza con incredulidad.

–Lo que *tú* no tuviste las bolas para decirle –contesta, levantando la barbilla.

Los ojos azules de Rhett se clavan en los míos. Está en shock. Igual que yo. Intenta acercarse a mí, pero yo doy un paso hacia atrás.

–Becca…

–¿Hannah es *tu* ex? –pregunto con un nudo en la garganta–. ¿Y te engañó con Sebastian?

Me seco las lágrimas como puedo. Más inundan mis mejillas. No dejo de llorar y no puedo respirar.

–No, Becca –suelta con voz frágil, temblorosa–. No es lo que…

–Y sigues mintiéndole… –dice Sebastian en voz baja, como para sí mismo, asintiendo.

Rhett lo fulmina con la mirada y lo agarra con fuerza del brazo. Sus miradas se cruzan. Ambos se retan.

–Lárgate –dice entre dientes.

Sebastian se mantiene firme, aprieta la mandíbula y sonríe con suficiencia. Cientos de ojos están sobre nosotros y se siente como una presión extra. La ansiedad me presiona el pecho. Quiero huir. Quiero salir corriendo.

Pero mis músculos no responden.

–¿Por qué no le cuentas toda la historia, Rhett? –lo incita Sebastian, señalándome con el mentón–. ¿Por qué no le dices que la usaste?

Rhett rechina los dientes y lo suelta con brusquedad, empujándolo hacia el lado contrario a donde estoy. Y se gira hacia mí. Y se acerca.

Y me alejo.

–Intenté contarte, lo juro…

–¿Ella es *tu ex*? –repito la pregunta entre sollozos–. ¿Era tu novia, y te puso los cuernos con Sebastian?

–No es lo que…

–¡Responde la maldita pregunta!

Rhett junta los labios y sus ojos se ponen vidriosos. No. No está triste. No está arrepentido.

Solo está sintiendo *culpa* porque me he enterado.

Entonces, asiente.

Y mi corazón se hunde.

Tomo aire por la boca y los pulmones se me cierran.

Esa confirmación era lo único que necesitaba para irme.

Avanzo entre la multitud, con el corazón en pedazos y las lágrimas cayendo sin parar, mientras la voz de Rhett diciendo mi nombre se aleja en la distancia.



40

RHETT

QUEDO MOMENTÁNEAMENTE PARALIZADO. MIS OJOS ESTÁN FIJOS EN EL lugar por donde Becca acaba de desaparecer. Todo el mundo me observa, murmura y cuchichea, pero no puedo concentrarme en nada de eso.

No hay nada en este momento que importe más que ella.

Estoy aturdido, con el corazón golpeándome en la garganta, intentando procesar lo que acaba de suceder. Me siento como si estuviera atrapado en una pesadilla. Mi cuerpo no responde. Las piernas me tiemblan y el suelo parece inestable bajo mis pies.

Volteo la cabeza hacia Sebastian.

Tiene los brazos cruzados y me mira con desdén, con una sonrisa burlona en los labios.

No solo se ha enterado de lo mío con Becca.

También ha arruinado todo lo que he intentado construir con ella.

Solo has sido tú.

Me grita mi subconsciente.

Tú lo has arruinado todo por tu cuenta.

Por haberle mentido.

Esas palabras resuenan en mi cabeza. Y cada una de ellas es cierta. Por mucho que quiera culpar a Sebastian… Yo soy el culpable. Yo mismo lo eché a perder. Soy yo quien ha mentido, quien ha fallado.

Probablemente haya perdido a la única mujer a la que he querido en toda mi vida por haber sido un cobarde.

Mierda.

Se me da vuelta la cabeza cuando repito esa frase.

Probablemente haya perdido a la única mujer a la que he querido en toda mi vida.

No*.*

No quiero perderla*.*

No puedo perderla*.*

No voy a permitirme perderla.

Así que voy tras ella. Me lanzo hacia la multitud, sorteando cuerpos y empujando a los curiosos que se interponen en mi camino. Mi cabeza está en caos, y la culpa me quema.

Solo quiero alcanzarla, detenerla, decirle lo que realmente siento.

–¡Becca! –grito, saliendo de la casa hacia el patio delantero.

Y la veo.

Harper y Jack intentan consolarla y quizás estén esperándome para darme una paliza. Y la recibiría con gusto. Me lo merezco.

–Becca, por favor –digo de nuevo.

Ella se gira lentamente hacia mí.

La tristeza y la furia en su rostro me golpean. La veo respirar rápido, y el dolor en sus ojos es un puñetazo directo a mi estómago.

Está luchando por no romperse, y eso me mata.

Me duele.

Me hace mierda.

–¿Qué quieres? –espeta entre lágrimas.

–Por favor, déjame explicarte –suplico. Mierda, yo también estoy llorando. No me había dado cuenta hasta que sentí el sabor salado de mis lágrimas sobre mis labios–. No es lo que crees.

–¿Qué es lo que creo? –dice con firmeza, con una voz temblorosa que me anuda el estómago–. ¿Que me has usado para vengarte de Sebastian porque él te hizo lo mismo antes? ¿Que soy un *puto capricho*?

Cada palabra que sale de sus labios me atraviesa como cuchillas. La culpa me está matando. No puedo soportar verla así. Tan *rota*.

Trato de encontrar las palabras adecuadas. Titubeo como un imbécil.

Un imbécil que no sabe qué decir, mientras pierde a la única mujer de la que ha estado enamorado justo enfrente de sus ojos.

Harper avanza hacia mí, furiosa. La veo abrir la boca para atacarme, pero Jack la detiene con un gesto.

Miro a Becca otra vez. Ella es todo en lo que puedo enfocarme.

–No… –digo, un nudo me aprieta la garganta y tengo que tomar aire para continuar–. No es así –niego rotundamente–. Mierda, Becca. Lo juro. No eres un capricho. No eres mi venganza. Lo siento, mierda. Lo siento mucho.

Estoy dispuesto a ponerme de rodillas y *rogarle* que me perdone hasta quedarme sin fuerzas.

–¿Entonces por qué me mentiste?

La rabia en su voz se apaga de golpe. Ahora suena frágil. Triste. Y preferiría que me gritara, que me insultara o incluso que me golpeara.

Cualquier cosa sería menos dolorosa que escucharla así.

–¿Sigues enamorado de ella? –vuelve a preguntar.

Me quedo paralizado.

–No –digo enseguida. Mierda, no puedo creer que he logrado que pensara eso–. No, Becca. Maldición. No. Estoy enamorado de ti. Estoy totalmente enamorado de ti…

–Basta.

–Por favor, escúchame.

–Necesito tiempo –dice después de tomar aire, y mira hacia abajo.

–Becca, te lo suplico…

–Y si en verdad te importo, me *darás* ese tiempo.

Con esas palabras, se vuelve hacia Harper y Jack.

Me paso las manos por el rostro, limpiándome las lágrimas mientras trato de respirar. Mi pecho duele como si me hubieran dado un golpe directo.

La imagen de Becca alejándose, con el rostro empapado en lágrimas y la rabia en sus pasos, me deja completamente destrozado.

El mundo se desmorona a mi alrededor.

La veo marcharse y el dolor me ahoga.

En ese momento, me doy cuenta de que la única cosa peor que perderla…

Es pensar que quizás jamás podré recuperarla.



41

BECCA

–ESTOY BIEN –MIENTO.

Harper y Jack comparten una mirada cómplice. Luego, vuelven a mirarme. Está claro que no me creen y tiene todo el sentido del mundo teniendo en cuenta que, hasta hace diez minutos, había estado llorando como loca.

–Podemos quedarnos contigo hoy, si quieres –ofrece Jack con una sonrisa cálida cargada de lástima.

Detesto que me tengan lástima.

–Podemos dormir en el sofá si no quieres que usurpemos tu cama –dice Harper con un tono burlón que da lo mejor de sí para animarme, y palmea mi cama, donde los tres estamos sentados.

Después de… todo lo que pasó, Harper, Jack y yo pedimos un Uber y vinimos a mi apartamento. Siendo franca, habría venido sola. No era necesario que me acompañaran, pero ellos insistieron tanto que no tuve más opción que decirles que sí.

He estado todo el viaje hasta aquí llorando y, al mismo tiempo, tratando de dejar de hacerlo.

No me gusta llorar frente a la gente y sé que suena ridículo considerando que hace no más de una hora estaba prácticamente deshidratándome del llanto frente a cientos de desconocidos.

Y también conocidos, como si fuera poco.

–Estoy bien, en serio –afirmo, tan firme como soy capaz–, pueden irse.

Mis mejores amigos vuelven a compartir esa mirada cómplice que ya empieza a ponerme nerviosa. Saber lo que están pensando de mí en este momento me hace sentir vulnerable y completamente tonta.

Jamás me han visto así.

Y mucho menos por un hombre.

–Por favor, si necesitas algo, llámanos, ¿sí? –dice Jack, colocando su mano encima de la mía.

Asiento esbozando una sonrisa débil.

–¿Estás segura de que no cambiaste de opinión sobre…?

–Sí, Harper –interrumpo enseguida con una mirada severa–. No tienes que "hacerle una visita" a Rhett, ni nada parecido.

Ella bufa y se levanta de la cama, quejándose.

–Te amamos –dice Jack, dándome un abrazo y dejando un beso en mi mejilla.

–Nos llamas cualquier cosa –agrega Harper.

–Sí, descuiden. Los amo. Váyanse ya –digo, empujándolos en broma para que se larguen.

Se ríen y mi amiga me enseña el dedo medio justo antes de salir y cerrar la puerta detrás de ella.

Me dejo caer en la cama con un dolor de cabeza impresionante. Suspiro y me cubro el rostro con las manos. Aún no caigo. Aún no comprendo del todo lo que ha pasado.

Rhett te mintió, grita mi subconsciente, *te mintió en la cara*.

La verdad es que me siento como si me hubieran dado una patada en el estómago. Mi mente está dando vueltas y mi corazón está hecho trizas. La rabia me hierve por dentro, y ni siquiera puedo ver claramente si la furia es hacia él o hacia mí misma por haber caído.

¿Era solo un juego para él?

¿Me estaba usando como un peón en su venganza contra Sebastian?

La idea de que todo fue un truco, una forma de hacerme sentir especial mientras me utilizaba… me hace sentir humillada. Me cuesta aceptar que tal vez toda nuestra conexión no significó nada para él, que era solo una forma de recuperar su orgullo.

Porque, si lo que dice Sebastian es cierto –y estoy convencida de que lo es–, que Rhett estaba con Hannah antes y que ella le puso los cuernos con él…

Sin duda eso habrá sido un golpe bajo para Rhett.

Un golpe directo al ego. En su punto más débil.

"No eres un capricho. No eres mi venganza. Lo siento, mierda. Lo siento mucho".

La voz de Rhett resuena en mi cabeza y el llanto me vence de nuevo.

¿Entonces por qué no fue honesto? ¿Por qué no me contó antes lo que sucedió entre él, Sebastian y Hannah?

No le costaba nada ser sincero. Recuerdo cómo me mintió en el bar cuando conocí a Hannah, y me siento una completa estúpida por no haberme dado cuenta antes. Se le notaba en la cara que algo no estaba bien, y yo elegí pasar por alto las señales. Me *obligué* a ser

ciega para no enfrentar lo que realmente estaba ocurriendo justo enfrente de mis ojos.

Lo peor de todo es que jamás me habría enterado de esto si no hubiera sido por Sebastian.

Cierro los ojos, dejando que las lágrimas sigan cayendo y humedezcan mi almohada. Al menos ahora puedo soltar todo sin tener que aparentar que no me duele.

Empiezo a creer que esto es mi *karma*. Todo lo que ha pasado, todo el dolor que siento parece una lección cruel que la vida me está dando.

Es lo que merezco por haberme enamorado del mejor amigo de mi novio.



Luego de una semana, estoy saliendo de la universidad tras tener la última clase de Estadística en Psicología y, finalmente, terminando el cuatrimestre. He aprobado las tres clases en las que me he inscrito y mi vida académica va de maravilla.

Pero se siente horrible no estar con Rhett.

Es extraño cómo hemos pasado de vernos todos los días durante casi un mes a no enviarnos ni un mensaje por una semana entera. Y sí, no es tanto tiempo, pero, *maldición*, se siente como una eternidad. Le pedí tiempo, él me lo está dando. Está haciendo justo lo que le pedí y ahora estoy quejándome.

Y aún estoy molesta con él. Extrañarlo no significa que me haya olvidado de lo que pasó. Y mierda que no lo he hecho. Lo que sucedió en la fiesta de Nicole, lo que me enteré, el momento que

arruinó todo, ha estado rondando en mi cabeza cada minuto de cada hora del día.

Y cargado de pensamientos intrusivos que hace siglos no tenía.

Era obvio que Rhett jamás saldría con alguien como yo.

¿Y si nunca fui suficiente para él?

¿Y si me usó porque fui algo fácil de conseguir?

La mente no se detiene, no me deja respirar.

Bajo del bus y camino media cuadra hasta mi apartamento con el bolso de la universidad colgado del hombro. Me cubro mejor con el abrigo y tirito de frío. Aparentemente, el invierno llegará antes.

Me detengo en seco cuando veo el Porsche negro estacionado enfrente del edificio en donde vivo.

Mi corazón se detiene.

Apoyado en el auto, de brazos cruzados, está Rhett.

No puede ser, ¿qué hace aquí?

El corazón me late con tanta rapidez que creo que se va a salir de mi pecho.

Me quedo sin aire cuando los ojos azules del hombre al que he extrañado cada segundo y con el que he estado enojadísima en partes iguales, se clavan en los míos.

Los suyos se abren con ilusión, como si hubiera estado esperándome hace un largo rato.

¿Qué tan maduro de mi parte sería entrar corriendo a mi apartamento para no tener que enfrentarlo?

Le pedí tiempo. Le pedí no hablar con él. Le pedí no vernos. ¿Por qué ha venido? ¿Qué quiere?

Me acerco a él intentando mantener mi fachada indiferente y tranquila. Pero no lo estoy, ni un poco. Las mariposas en mi

estómago no dejan de revolotear y lo mucho que lo he extrañado se hace evidente en los latidos frenéticos de mi corazón.

Está vistiendo el uniforme de la selección, con una chaqueta rompeviento blanca y un pantalón del mismo color, ambos con la bandera del país.

Cuando me coloco frente a él, no solo noto que sus mejillas y su nariz están coloradísimas del frío, sino también, que sus ojos azules están hinchados y enrojecidos como si hubiera estado llorando durante décadas.

Tiene el cabello negro despeinado, ojeras oscuras que hasta ahora no había visto en él y barba de unos días que, aunque debería hacerlo lucir descuidado, en realidad le queda increíble.

Dejo de mirarlo cuando empiezo a salir de mi misión inicial.

Ignorarlo.

–Hola –dice.

–Hola.

Rhett respira hondo y se frota los párpados. Luego, deja caer los brazos a los costados de su cuerpo otra vez. Se lo ve cansado, pero no como si hubiera entrenado. La forma en que está parado, encorvado y con la mirada perdida, lo hace parecer un Rhett totalmente diferente.

Sus ojos se encuentran con los míos y se aclara la voz sutilmente antes de hablar:

–Sé que dijiste que querías espacio –su voz suena ronca, entrecortada–, pero no he tenido noticias tuyas por más tiempo del que pude soportar, y… –toma aire–. Solo quería saber cómo estabas.

No soporto verlo a los ojos. Me debilita. Me duele.

–Estoy bien.

–Bien.

La tensión es tan tangible en este momento que podría ser cortada con un cuchillo. Rhett suspira y aprieta los labios, y yo hago lo imposible por mantener mi mirada fija en el suelo para no verlo a los ojos.

Sin embargo, cuando él vuelve a hablar, alzo la vista.

–¿Podríamos hablar, por favor?

–Rhett…

–Te lo ruego.

Se acerca más a mí y no puedo evitar levantar la cabeza para mirarlo de frente. Está tan cerca de mí que su aliento cálido se mezcla con el mío y el aire frío a nuestro alrededor parece disminuir.

–Por favor, Becca –murmura con un tono frágil que me rompe–. He vivido un martirio esta semana. No verte y saber que estabas enojada conmigo ha sido una pesadilla cada día. Estoy volviéndome loco sin ti. Estoy hecho un maldito desastre y lo único que sé es que te necesito.

Una parte de mí quiere olvidarlo todo, lanzarme a sus brazos, pero otra parte sigue dudando. De él, de su arrepentimiento. ¿Es real o solo un golpe de emoción? ¿Es real o solo se siente culpable?

Estoy tan confundida y herida que no sé qué hacer. Sus palabras me recuerdan cuánto lo extraño, pero también me traen a la mente todo lo que he estado pensando esta semana. Todo lo que he meditado conmigo misma una y otra vez acerca de nosotros, de lo que tenemos o tuvimos, de lo mal que ha estado y de lo poco ético que ha sido.

Engañé a mi novio con Rhett.

Con su mejor amigo.

Ambos hemos sido mentirosos desde el principio y nuestra relación empezó por eso. Por una infidelidad. Por un beso por el que luego no pudimos parar.

Sí, tal vez su disculpa es sincera.

Pero no puedo evitar pensar que todo esto ocurrió por una razón.

–Becca, yo…

–Fue nuestro karma.

Él se calla de inmediato.

–¿Qué?

Me armo de valor, intento que mi voz suene firme y no revele cuánto me destrozará decir esto.

–Lo que hicimos no estuvo bien –digo al fin–. Ha estado mal desde el primer momento. Ambos lo sabemos. Y esto… lo que ha pasado, es nuestro karma. Es nuestra señal.

–¿Señal? ¿Señal de qué?

–De que no debemos estar juntos.

Sus ojos se abren de par en par y su rostro se pone pálido. Niega con la cabeza y su cuerpo tiembla.

–No, Becca...

–Rhett, basta.

–No puedo perderte.

El aire parece escaparse de sus pulmones.

La delicadeza con que sus manos me sostienen de la nuca, el temblor en su voz, hace que mi esfuerzo por contener las lágrimas sea aún más difícil.

–Vete, por favor.

–Te quiero, Becca. *Te quiero*. Y no puedo dejarte ir así sin más.

Esas palabras me golpean con la fuerza de un martillo.

Me quiere.

Ha dicho que me quiere.

El dolor en su voz es tan crudo y sincero que me hace tambalear. Me esfuerzo por lucir fuerte, pero al ver cómo está sufriendo, las lágrimas empiezan a caer sin que pueda hacer nada para detenerlas.

–Yo no a ti.

La expresión de Rhett cambia de golpe.

Al decir eso, me arranco un pedazo de mí misma. Siento que me estoy rompiendo en pedazos. Mi garganta se contrae mientras trato de no llorar.

–Tú y yo. Nosotros –continúo, al borde del llanto–. Fuimos un error. Y… y me arrepiento de lo que tuvimos.

Rhett se queda boquiabierto, mirándome, como si aún no pudiera asimilar lo que acabo de decir.

Lanza aire por la boca para no ahogarse. Parece estar desconectándose de todo. Mis palabras lo dejaron en shock.

Me suelta como si de repente mi piel le quemara. Su mirada baja hacia el suelo, y puedo ver cómo sus ojos se llenan de lágrimas.

Esa imagen me desgarra por dentro y tomo aire profundamente para contener las mías.

Cuando levanta la vista nuevamente, su rostro se ha convertido en una pared de hielo. Sus ojos están vacíos y la chispa que antes había en ellos ha desaparecido.

–Bien.

Eso es todo lo que dice. La palabra sale de su boca con un tono plano. Fría.

Se da la vuelta y camina hacia su auto con pasos lentos y pesados, como si quisiera estirar cada segundo antes de dejarme

atrás. Rodea el coche sin prisa, y finalmente entra sin volver a mirarme.

La puerta se cierra con un golpe seco que parece marcar el final de todo.

Lo veo alejarse y el nudo en mi garganta se deshace en un torrente de lágrimas. No puedo contenerme más. Rompo en llanto.

Este ha sido el final.

Y si ha sido la decisión correcta, y si he hecho lo que tenía que hacer desde un principio…

¿Por qué siento que estoy muriendo?

¿Por qué me duele tanto?



Cae la noche y me encuentro sentada en mi habitación, solo con la luz de la lámpara encendida, esperando el Uber que llegará en cinco minutos.

Y escribo.

He estado escribiendo durante quién sabe cuánto tiempo, sin detenerme ni un segundo. Las páginas se han humedecido con las lágrimas que cayeron involuntariamente y traté de secarlas sin soltar el bolígrafo.

Tengo que desahogarme. Tengo que calmar la angustia en mi garganta y esta es la única manera de hacerlo.

Doy vuelta otra página. He perdido la noción de la cantidad que he escrito.

Me encuentro con la contratapa.

No.

No.
Ni siquiera había notado lo poco que me quedaba.
No.
No puede ser.
He llegado al final.
La última hoja está frente a mí.
Ya no me queda espacio para escribir.
Ya no me quedan páginas en blanco.



42

BECCA

DOS SEMANAS MÁS TARDE, SOY UN ENTE DEAMBULANDO POR OASIS.

Voy y vengo sin parar, sirvo tragos, atiendo clientes y pongo mi mejor cara para que nadie crea que algo está mal. Siento que me falta algo. Que me arrebataron algo.

Que me quitaron una parte de mí.

Me gustaría no tener que estar aquí. Me gustaría simplemente quedarme acostada en mi cama, bajo las sábanas y llorar hasta cansarme.

Estoy mal. Estoy realmente mal.

Lo lógico sería estar mejor luego de este tiempo que ha pasado, pero no fue así. *Me duele*. Me duele igual o incluso más que el día que encontré a Rhett frente a mi apartamento.

Cuando me dijo que me quería.

Cuando le dije que yo a él no.

La mayor mentira que he dicho en mi vida. Me ha torturado día y noche y cada día que pasa me detesto más a mí misma por haber reaccionado así, por haberle dicho que no era mutuo, solo por no

pensar con la cabeza fría. Solo por estar enojada. Solo por ser *orgullosa*.

No hay noche en la que no sueñe con él.

Sueño con la noche en la discoteca, cuando nos conocimos, pero en lugar de lanzarle el vaso de vodka, lo besaba. Y sentía miles de cosas, miles de mariposas y miles de emociones agridulces.

Sueño con la primera vez que nos besamos en su vehículo luego de la tarde con Chloe, y revivo cómo todo parecía encajar perfectamente.

Cómo *nosotros* parecíamos encajar perfectamente.

Y sueño con lo que pasó hace casi un mes en la fiesta de Nicole.

Y siento lo mismo que sentí esa noche.

Humillación, enojo y una profunda decepción.

Los momentos lindos que tuve con Rhett se desvanecen cada vez que pienso en que me ha mentido.

Pero luego vuelvo a extrañarlo.

Vuelvo a recordar la sinceridad de su disculpa.

Y vuelvo a enojarme conmigo misma.

Extraño su carisma que me hacía reír en cualquier momento, esa risa que hacía que todo fuera más fácil, y sus chistes que siempre llegaban justo cuando los necesitaba.

Extraño su buen humor incluso cuando yo estaba de malas, y todas esas pequeñas cosas que hacía por mí. Extraño su comida saludable que sabía demasiado bien para ser verduras. Extraño el relieve de su nariz. Extraño tocar la cicatriz en su rodilla.

Y, por supuesto, también extraño *horrores* a Chloe. Su vocecita, su risa cuando estaba con Rhett y conmigo. Echo de menos ver cómo él era con ella, el hombre más tierno y cariñoso que he conocido

nunca. La manera en que se llevaban y cómo él la hacía reír me alegraron tardes enteras.

Extraño pasar el día con él, viendo películas, comiendo *cookies* y sintiéndome en casa.

No puedo escuchar TTPD sin llorar porque me recuerda a él y a los viajes en su auto mientras tarareábamos las canciones.

Lo extraño.

Más de lo que puedo expresar.

Y me duele saber que lo he alejado, le he dicho que no lo quería.

Lo he perdido.

Nunca he estado así por nadie. Nunca he *sufrido* así por nadie. Siempre creí que esa idea de "amar con locura" era irreal, algo que te cuentan de niña y que al crecer te das cuenta de que es una estupidez…

Amar con locura.

Amar.

Amar.

¿Eso he dicho?

¿Amar?

¿Amo a Rhett?

Me detengo de golpe frente a las bebidas y fijo mi mirada en el infinito, perdida en mis pensamientos, en lo que acabo de pensar.

¿Amo a Rhett?

Amor.

Amar.

Es una palabra tan poderosa, tan real y aterradora.

Y la he considerado mientras reflexionaba sobre Rhett.

Por Dios.

Amo a Rhett.

Amo a Rhett.

Y lo he alejado. Lo he echado de mi vida.



43

RHETT

ME SIENTO AUSENTE. COMPLETAMENTE DESTROZADO.

Cuando escuché sus palabras, algo dentro de mí se rompió. Fue tan inesperado, tan brutal, que me quedé en blanco. No reaccioné. Solo… me desconecté.

Quise decir algo. Detenerla. Preguntar si de verdad lo sentía. Pero no encontré la voz.

No entendí en qué momento pasamos del te quiero al arrepentimiento. No entendí cómo algo tan real se convirtió en nada.

Me quedé callado. Porque no supe luchar. Porque no tuve tiempo de entender qué estaba pasando antes de escucharla decir "yo no a ti".

Y lo peor es que todavía no sé si fue cobardía, resignación o castigo.

Estoy en el entrenamiento con la selección. Nunca en mi vida he entrenado tan mal como lo he estado haciendo este último mes. Intento concentrarme, pero me cuesta. Los tiros salen mal y retumban en mi cabeza como si me estuvieran pateando mientras

estoy en el suelo. La pelota parece que también me odia, y cada error me hace sentir aún más frustrado.

Y la única razón es que extraño a Becca.

La extraño a un nivel que jamás pensé que podría extrañar a alguien.

Extraño escucharla hablar de su carrera con esa pasión que le brilla en los ojos, la forma que se emociona con los mensajes de la galleta de la fortuna, como si esos pedacitos de papel fueran las respuestas a todos sus dilemas.

Y ni hablar de cómo extraño ver sus mejillas sonrojarse cada vez que le decía algo lindo, esa expresión tan genuina que me hacía sentir que estaba haciendo algo bien.

Es como si todo lo que hacíamos juntos le diera sentido a mi vida, y ahora que ella no está, todo se siente hueco. Cada pequeño detalle de ella se ha convertido en una herida abierta que no puedo cerrar.

Un mes.

Ha pasado un mes desde la última vez que la vi.

La última vez que hablé con ella, la última vez que acaricié su piel congelada, la última vez que estuve cerca de ella.

Le dije que la quería.

Mierda.

Le dije que la quería.

"Yo no a ti".

Recuerdo lo que contestó y siento que me aplastan el pecho.

"Tú y yo. Nosotros. Fuimos un error. Y me arrepiento de lo que tuvimos".

Tengo que salir de la cancha y dirigirme hacia el vestuario para tranquilizarme. Estoy a punto de largarme a llorar como un maldito idiota en pleno entrenamiento y lo último que necesito es dar más lástima de la que ya doy.

Suelto la pelota y, sin dar ninguna explicación, corro hacia el vestuario, respirando por la boca para no quebrarme. Me apoyo en el lavabo. Me miro al espejo y casi no me reconozco.

Maldición. Soy un maldito desastre.

¿Hace cuánto no me afeito? ¿Cuándo fue la última noche que dormí bien?

Mis ojos siguen rojos, hinchados, y parece que van a quedarse así para siempre como una señal de lo jodido que estoy. De cuánto he perdido.

Porque Becca me dejó.

Porque he llorado cada maldito día por extrañarla con todo lo que soy.

Respiro hondo una y otra vez y me digo a mí mismo que tengo que regresar a la cancha, que tengo que demostrar que me seleccionaron por una razón. Tengo que demostrar que merezco estar aquí.

Pero todo se siente tan inerte.

Me seco la cara y el condenado dolor sigue ahí. Intento armarme de valor y volver a la cancha, pero soy un muerto viviente. Las palabras de Becca se repiten en mi cabeza una y otra vez.

"Fuimos un error".

"Me arrepiento de lo que tuvimos".

Es como si alguien me estuviera dando puñaladas en el corazón sin detenerse ni un segundo. Así me he sentido todo este último

mes.

Mis compañeros y entrenadores me miran confundidos. Me imagino que se están preguntando qué carajos me pasa. No tengo respuestas para ellos. Estoy aquí, moviéndome como un robot. Mi mente está en otro lugar. Estoy atrapado en los recuerdos de Becca y en lo mal que hice las cosas.

Maxwell y Natalie me gritan correcciones, cientos, más de las que he tenido en toda mi carrera deportiva. Sus voces suenan lejanas. No es que no me importe el entrenamiento, es solo que el vacío que siento hace imposible concentrarme en lo que tengo que hacer.

Cada error que cometo parece un recordatorio de lo mal que están las cosas.

Con Becca.

Con Sebastian.

No he hablado con él desde la fiesta de Nicole. No he hablado con *nadie* desde la fiesta de Nicole. Aún no sé cómo mierda se enteró de lo mío con Becca, pero no me sorprendería que lo único que tuviera fueran sospechas que, al final, nosotros mismos confirmamos.

El que en algún momento fue mi mejor amigo no quiere ni verme la cara y juro por Dios que es mutuo. Siempre he sido bueno para mantener la calma, para no perder la cabeza, pero si lo llego a ver, si me lo cruzo… no tengo idea de qué haría. No sé si podría contenerme.

Lo odio por haberle dicho eso a Becca.

Lo odio por arruinar todo.

Pero más que nada, me odio a mí por haberle dado motivos.

Porque, seamos sinceros, yo fui el que la cagó.

Lo traicioné. Me enamoré de su novia y ni siquiera he hecho las cosas bien con ella. Le mentí, le oculté la verdad. Y ahora estoy pagando el precio.

Me lo merezco. Cada segundo de este vacío de mierda que llevo dentro… me lo gané. Me merecía escuchar a Becca decir que se arrepiente de lo que tuvimos. Me merezco este dolor por haber jugado con fuego y quemarlo todo, quemarme a mí, a ella, a todo a nuestro alrededor.

Me odio por ser tan imbécil como para pensar que todo iba a salir bien, cuando en realidad, estaba destinado a cagarla desde el principio.

Me odio por haberla perdido.

Pero me odio mucho más por saber que la hice sufrir.

Y no existe peor castigo que vivir con eso.



Salgo del entrenamiento con el cuerpo agotado y la mente a mil.

Los entrenadores quisieron conversar conmigo luego de la práctica. Me preguntaron si todo estaba bien, si estaba enfermo, incluso si la rodilla había comenzado a dolerme y esa era la razón por la que entrené tan mal.

Lo dijeron así. Literalmente.

Y estoy tan frustrado que me dan ganas de abofetearme a mí mismo por no poder concentrarme.

Estoy viviendo mi sueño, el sueño de muchos, y no estoy haciendo nada bien. No estoy focalizado. No estoy disfrutándolo. Solo por

estar malditamente perdido en algo que, me ha costado horrores aceptar, ya no puedo reparar.

Tengo que dejar de pensar en Becca en algún momento. No puede doler para siempre, ¿no? Mierda.

Camino por el estacionamiento hacia mi coche. Hace un frío de cagarse y estoy sudando la gota gorda. No me sorprendería agarrar una gripe de aquellas por no abrigarme bien.

Mi bolso de entrenamiento parece pesar una tonelada, pero creo que en realidad solo soy yo, son mis músculos, es el cansancio. Estoy agotado mentalmente, no he dormido por más de seis horas seguidas estos días y mi cuerpo empieza a pasarme factura.

Tengo que descansar.

Tengo que olvidarme de Becca y volver a ser quien era antes de conocerla.

Desbloqueo mi vehículo y no es hasta entonces que veo a Nicole.

Está allí, de pie, apoyada en mi auto con los brazos cruzados y una expresión severa en el rostro.

Maldición.

–¿Qué haces aquí? –pregunto y la saludo con un beso en la mejilla.

Ella me devuelve uno completamente seco.

–Has estado ignorando todos mis mensajes, llamadas y tiktoks –suelta, enojada–, y tenía que verte.

Suspiro y dejo el bolso en el capó.

–Lo siento, no estuve de humor.

–No es excusa.

–¿Necesitas algo, o solo vienes a recordarme que soy una mierda?

–No eres una mierda. Quizás sí un idiota, pero no una mierda.

–Genial, gracias. Eres la mejor.

Me doy media vuelta para rodear el auto, subir y largarme. No tengo ganas de escuchar cómo todos me refriegan en la cara que la he cagado a lo grande.

Mi mejor amiga se mueve velozmente y se coloca delante de mí para obstruirme el paso.

–No. Quieto –dice con firmeza, levantando la mano–. No vas a irte antes de que hablemos.

–Estoy apurado.

–¿Qué tienes que hacer? ¿Hundirte en tu propia miseria? –Baja la mirada hacia mi mentón y hace una mueca de disgusto–. Al menos, si vas a irte, que sea para afeitarte esa barba horrenda.

–En serio, Nick, ¿qué quieres? –digo, ya totalmente resignado.

Mi amiga se endereza y pone la cabeza en alto.

–Becca –contesta–. Quiero hablar sobre Becca.

Un tema que no he tocado para nada este último mes, eh.

–Es de *lo único* que no quiero hablar.

Trato de pasarle por al lado, pero ella se interpone en mi camino otra vez, obligándome a detenerme.

–No seas un imbécil y, por *una* vez, deja de lado tu orgullo, ¿sí?

Gruño y cierro la boca. Espero a que ella hable porque, honestamente, yo no tengo ni un cuarto de ganas de tocar este tema de nuevo. Me hace mal.

–Tienes que hablar con ella –dice sin más.

Revoleo los ojos. Intento irme. Ella me detiene.

–Hablo en serio –afirma con voz firme y una mirada dura.

–Ya lo he hecho –le hago saber.

–Entonces no lo has hecho bien.

–Prácticamente le rogué que me dejara explicarle las cosas, le supliqué que me perdonara y le dije que…

Me callo.

Solo pienso el resto de la oración.

… que la quería.

Trago saliva y aprieto la mandíbula, desviando la vista hacia el suelo.

–Que le dijiste… ¿qué? –pregunta Nicole, con los ojos entrecerrados.

Suelto aire por la boca con brusquedad y me refriego el rostro.

–Que la quería –confieso–. Le dije que la quería, Nick.

Ella abre los ojos y la boca con sorpresa.

–¿Y…?

–Ella dijo que ella no a mí. –Me duele decir eso en voz alta. Me duele recordar la voz de Becca soltando esas palabras–. Dijo que no me quiere.

Nicole alza las cejas y asiente lentamente. Luego, frunce el ceño, y dice con seguridad:

–Eso no es cierto.

–Es lo que ella dijo.

–Pues no lo decía en serio.

Pienso unos segundos, sin entender por qué intenta convencerme de hacer otra estupidez monumental, como ir tras Becca de nuevo. Eso solo empeoraría las cosas.

Ella me dejó en claro que no quiere volver a verme.

–¿Por qué te preocupa tanto que vuelva con Becca? –pregunto, realmente extrañado–. Ya está. Se acabó. Ella no me quiere. Me lo he ganado. Le he mentido, y esto es justo lo que merezco.

–¡Rhett, basta! Cállate. Deja de decir eso. Deja de decir que no te quiere y que mereces estar… así –Me señala de arriba hacia abajo–. Porque no es verdad. Lo que ella dijo no es verdad.

–¿Cómo estás tan segura?

Nicole gruñe, harta.

–Porque, agh, Dios. –Sacude las manos con histeria–. Rhett, *cualquiera* se enamoraría de ti. Eres tierno, divertido, atento, y ni siquiera tengo que mencionar que estás buenísimo. Es obvio que Becca no es la excepción. Muere de amor por ti y te mira justo como sé que yo lo…

Se calla de repente y se me queda mirando con los ojos abiertos de par en par. Se cubre la boca, como si hubiera hablado de más.

–¿Que tú qu…?

No concluyo la pregunta.

Lo que acaba de decir, la vergüenza en sus ojos, el temblor en sus labios, la expresión en su rostro…

No puede ser.

–Nick, no me digas que…

Dejo que la frase se desvanezca en el aire. Ella baja la vista, nerviosa, y aprieta los labios.

Maldición.

Mi mejor amiga está enamorada de mí.

–Mierda –suelto, sin saber qué carajos decir para no herirla–. Yo… no tenía idea. Lo siento mucho…

–No, basta –interrumpe, negando con las manos–. Solo soy parte del montón, ¿sí? –Esboza una sonrisa débil con los labios apretados–. No me tengas lástima. Dios. Sabes que odio que me tengan lástima.

–Perdóname si te lastimé, no… no era mi intención.

–No me lastimaste –suelta una risa amarga–, es… no sé, creo que era inevitable de todos modos. Y sabía que no sentías lo mismo, así que… –toma aire profundamente por la boca y sacude la cabeza–. Me conformo con que seas mi amigo. Solo… eres un hombre increíble y quiero tenerte en mi vida, de la manera que sea.

Esbozo una sonrisa apretando los labios y asiento. No estoy incómodo ni nada parecido, pero… mierda, ¿a cuántas personas más voy a herir?

–Volvamos a lo importante –dice, sacudiendo la cabeza–. Becca.

Respiro hondo y me muerdo el labio inferior con fuerza.

–Ya no hay nada que pueda hacer para recuperarla –digo, con un nudo en la garganta.

–Eso es mentira. *Tienes* que hacer algo. Carajo, Rhett, jamás te he visto tan feliz como cuando estabas con ella.

–Dijo que fuimos un error.

Nicole bufa y revolea los ojos.

–Sí, bueno –habla, asintiendo varias veces–, tal vez estuvo un poquitín mal lo que hicieron. Pero la querías, Rhett. Se querían. *Se quieren*. En presente.

Al decir esas palabras, su voz se quiebra. Me siento una mierda por seguir hablando de esto con ella, sabiendo lo mucho que le está afectando.

Parpadea repetidamente y suspira.

–No la dejes ir –concluye.

Pienso en lo que ha dicho. Estoy mirando un punto infinito en el suelo, perdido en mi mente y repasando sus palabras. No sé qué hacer. No quiero perder a Becca. No quiero dejarla ir.

Pero ¿y si ella está bien? ¿Y si no me extraña?
¿Y si hablaba en serio cuando dijo que no me quería?
Si cruzo esa línea, si la dejo ir, sé que no habrá vuelta atrás.
Y no sé si podré vivir con eso.
No sé si podré vivir sin ella.



44

BECCA

PARPADEO VARIAS VECES PARA QUE LAS LÁGRIMAS NO ME NUBLEN LA VISTA. No puedo creer lo frágil que me siento últimamente. He estado a flor de piel más de lo que jamás creí posible y no sé si es el cansancio o simplemente la vida, pero me siento más vulnerable que nunca.

Y lo peor es que ni siquiera puedo descargarme, porque no tengo dónde, porque ya no tengo espacio en mi libreta y no sé cómo más expresarme si no es a través de un bolígrafo y una hoja.

Todo me afecta más de lo normal, desde la más mínima tontería hasta esos momentos de silencio que parecen gritar en mi cabeza.

Y comenzó cuando finalmente me enfrenté a una verdad que había estado evadiendo.

Amo a Rhett.

Decirlo en voz alta, incluso para mí misma, es como un golpe de realidad.

Amo a Rhett Coleman.

Es un amor que no puedo controlar o ignorar. No es un enamoramiento pasajero o una ilusión momentánea.

Nunca me había dado cuenta de lo profundo que puede ser el amor hasta que lo conocí.

Con Sebastian, el cariño se había convertido en algo rutinario, casi una costumbre. Lo que antes fue una chispa se fue apagando lentamente, hasta que lo que sentía por él ya ni siquiera era real.

Pero con Rhett es diferente.

Desde el primer momento, su presencia ha cambiado algo en mí. La forma en que me miraba, cómo me hacía sentir especial incluso en los días más grises… nunca había experimentado eso antes.

Con él, todo se sentía más real, más intenso.

Y lo extraño.

Dios.

En serio lo extraño.

–No tienes que fingir con nosotros –dice Jack.

Escucharlo me saca de un tirón de mis pensamientos.

Alzo la vista hacia él y Harper, sentados en las banquetas frente a la barra.

–Sabes que puedes contarnos, Becks –añade Harper.

Ambos me miran con cierta preocupación.

Nunca les ha gustado que me cerrara o que no fuera honesta acerca de lo que siento. Pero no es que no quiera serlo, es que simplemente no me sale.

Sé que tengo que abrirme, ser sincera y no tragarme la angustia.

–Sí, lo sé –contesto, suspirando, y me acerco a mis amigos después de terminar de preparar un trago–. Quizás… podríamos hablar de esto. Pero no aquí y no ahora.

Jack y Harper se miran entre sí y sonríen.

–Entonces hoy pasaremos la noche en mi casa –dice ella, animada.

Esbozo una sonrisa sutil y asiento.

–¡Y después podríamos ver una película! –agrega Jack, haciéndome sonreír más genuinamente–. Tú la eliges. –Me señala con el índice.

Me rio.

–La verdad, necesito una noche con uste…

Me callo de repente cuando veo hacia la puerta por donde entra…

¿Ashley?

Y me sonríe.

Es una sonrisa tímida, forzada, pero… intenta que sea genuina. Creo.

Se acerca a la barra y se planta frente a mí. Mis amigos me lanzan miradas de sorpresa, y yo solo me encojo de hombros.

Les he contado, más o menos, la complicada relación que tengo con Ashley. Cuando la conocieron en el cumpleaños de Nicole, me dieron la razón de que cada vez que estoy cerca, ella parece que va a vomitar. Literalmente.

–Hola –dice con voz suave. Les echa una ligera mirada a mis amigos y después regresa a mí–. Connor me dijo que trabajabas aquí.

Abro y cierro la boca, totalmente confundida.

–Eh, sí –digo, medio titubeando–. ¿Te… eh… sirvo algo?

–No, no es necesario –contesta y respira hondo. Se aclara la voz y noto cómo se esfuerza por continuar–. En realidad, si puedes, quiero hablar contigo.

–¿Hablar conmigo?

–¿Tienes algún descanso, o algo? –pregunta, mirando mi delantal manchado con varios licores y queso cheddar. Arruga la nariz con asco. Sacude la cabeza al percatarse de que ha sido muy obvia–. Es importante.

No entiendo absolutamente nada de lo que está pasando.

¿Qué tiene Ashley que hablar conmigo?

¿Desde cuándo ella habla conmigo?

–Mm… sí –digo y carraspeo–. En… –miro el reloj en la pared– veinte minutos.

–Okey, esperaré.

Cuando pienso que va a sentarse en una banqueta, se da media vuelta y se dirige hacia una de las mesas. Se deja caer en una de las sillas con un suspiro pesado y saca de su bolso Prada su teléfono.

¿Qué?

–¿Qué…? –pregunta Harper y Jack al unísono.

–Estoy tan confundida como ustedes.

Tengo que atender a Ashley, ¿no? Es decir, se sentó… ¿a esperar a que la atienda? Me acerco a su mesa y dejo el menú en silencio. Ella alza la vista de la pantalla de su celular.

–Oh, no –dice, negando con las manos y haciéndome señas de que me lo quede–. No voy a comer nada. Creí que podía sentarme aquí a esperar…

–Ah, no, sí, descuida, quédate –digo, moviendo la cabeza–. Solo pensé que podrías querer algo.

–Estoy bien así.

–Okey.

Me quedo de pie con una pierna inquieta por la ansiedad.

¿De qué quiere hablar?

¿Es sobre Rhett? ¿Sobre Hannah?

–¿Ya tienes el descanso? –pregunta, al verme ahí parada.

–Técnicamente no, pero… –digo–. *Agh*, no importa –suelto, sacudiendo la mano–. Si quieres hablar, hablemos ahora.

Ashley me mira con el ceño fruncido y una casi imperceptible mueca. Esta chica parece juzgarme siempre que me ve.

Espero a que diga algo. Ella aparta un mechón de su cabello rubio y comienza a juguetear con sus manos. Claramente, está muy nerviosa.

Baja la vista, toma aire por la nariz y por fin dice:

–Es sobre Sebastian.

Abro la boca y arqueo las cejas.

–¿Sobre Sebastian?

–Sí –dice un poquito irritada. Suspira y parece obligarse a sí misma a ser agradable–. Es, hm… algo que sucedió.

–¿Con Seb…?

–Entre él y yo.

Cierro la boca y trago saliva con dificultad.

Dejo que ella hable a partir de ahora.

–Él y yo hemos… tenido sexo –confiesa– durante bastante tiempo.

–No pasa nada, él y yo ya no…

–¿Puedes dejarme terminar, Becca? –dice, y me callo. Después sacude la cabeza–. Lo siento. No estoy acostumbrada a hacer esto.

–Sí, entiendo. No hay problema.

–Bien –prosigue y llena de aire sus pulmones–. Él y yo teníamos sexo… mientras él estaba contigo.

¿Se supone que tengo que sorprenderme?

–¿Ya lo sabías? –pregunta, al notar mi casi nula reacción.

–No en realidad –respondo–. Pero… bueno, era bastante obvio.

Ella asiente y baja la vista.

–Lo lamento mucho –dice, su voz suena débil, pero sincera–. No me daba cuenta de lo mal que estaba hasta que Rhett nos encontró y…

–¿Rhett lo sabía? –consulto sin pensar.

Mierda, eso *sí* me sorprende.

–Nos descubrió en la fiesta de Liam.

La fiesta de Liam. La primera vez que lo vi luego del beso en su coche, cuando lo encontré en el pasillo y terminamos besándonos y tocándonos en esa habitación vacía.

Esa noche sentí que el hecho de que Sebastian fuera su amigo le importaba menos que nunca.

Todo cierra.

Maldición.

¿Hay algo más que ese hombre me haya ocultado?

–No te enojes con él –continúa Ashley, creo que mi cara me ha dejado en evidencia–. Yo le pedí que no dijera nada. Ni a ti, ni a nadie. Él solo estaba protegiéndome. Aunque… sí, admito que estoy aquí, contándotelo, porque él me insistió.

–Entiendo.

–Sé que ahora ustedes tienen algo y no quiero que se peleen por mi culpa…

–No –corto enseguida, esbozando una sonrisa débil y moviendo las manos para que no se preocupe–. Él y yo… ya se acabó.

–¿Qué? No me digas que es por Sebastian. Es un idiota. Tú y yo lo sabemos mejor que nadie.

–No, no es por Sebastian. –*¿Cómo es que estoy hablando de nuevo sobre Rhett?*–. Es por… todo el asunto de esa chica, Hannah.

–¿Hannah? –repite confundida, y entrecierra sus ojos azules–. ¿Qué tiene?

–Ella era la novia de Rhett.

–Hace como un siglo… Y creo que ni siquiera eran *novios* como tal.

–Pero lo engañó con Sebastian.

Ahí, Ashley parece entender a dónde quiero llegar.

–Ah… –dice, asintiendo–. Piensas que Rhett estuvo contigo… ¿para hacer lo mismo que Sebastian le hizo a él?

–Ajá.

–Pues qué estupidez.

Se cubre la boca de golpe.

–Ay, perdón –comenta–, me olvido que debo ser amable.

Confieso que una sonrisa tira de mis labios.

–No es necesario.

–Yo dije lo mismo, pero Rhett quería que fuera amable contigo. Así que estoy intentándolo.

–Ya casi lo logras.

O no le dio risa lo que dije o piensa que estoy siendo descarada.

–Mira, Becca –prosigue, sin darle ni un cuarto de atención a mi comentario–, seré completamente honesta contigo. Si tú y él cortaron lo que fuera que tuvieran por lo de Hannah… Créeme, ella no significaba nada para él. Lo sé porque estuve en ese momento, cuando salían y todo eso. Y Rhett no parecía *nada* feliz en comparación a esas últimas semanas en las que, por lo que tengo entendido, estuvo contigo.

–Sí, así fue.

–Bueno, pues… eso. Estoy segura de que Rhett no te usaría. A nadie, en realidad. Lo conozco hace mucho y sé la clase de persona que es.

–No lo sé.

–¿Quién te contó lo de Hannah?

–Sebastian.

–No me sorprende –dice, rodando los ojos–. No le hagas caso. Conoces a Sebastian, sabes cómo es, y la *envidia* que le tiene a Rhett hasta se puede tocar. No te comas la cabeza con lo que ha dicho y habla con Rhett. Él sí vale la pena.

Repaso las palabras de Ashley en mi cabeza, una y otra vez.

–Sí, veré qué hago.

Ella asiente y esboza una sonrisa con los labios apretados. Ambas nos quedamos calladas, hasta que ella habla:

–Volviendo a lo anterior… Siento mucho haberme entrometido en tu relación. Y sé que no es una excusa, pero Sebastian y yo ya dormíamos juntos antes de ti, y… yo estaba enamorada de él.

Si bien lo que hizo no estuvo bien, yo tampoco voy a hacerme la santa. La entiendo. Entiendo lo que hizo y por qué lo hizo.

Y no fue su culpa haberse enamorado de Sebastian.

–No sabía que dormía contigo antes de ponerse de novio conmigo –admito.

–Sí, ya lo sé. Fue tan inesperado cuando nos contó que estaba en una relación. –Lanza una risa débil–. Dios, me rompió el corazón. Y cuando me ofreció seguir teniendo sexo… fui una tonta por no negarme. Lo lamento. Yo no soy así. Nunca creí que terminaría siendo "la otra".

–No mereces serlo –le hago saber–. *Ninguna* mujer merece serlo y tú no eres la excepción. Confieso que me intimidabas mucho –digo, y ella ríe de manera más auténtica–, pero solo porque eres preciosa y cualquiera querría algo contigo. Sebastian no se merecía ese privilegio.

Ashley se queda un instante en silencio, pensando en lo que acabo de decir. Luego, sonríe sutilmente y me mira.

–Gracias –dice–. Perdóname por haber sido una perra contigo todo este tiempo. Estaba celosa y… lo lamento.

Sonrío con los labios juntos y niego con la cabeza.

–No lo fuiste.

–No mientas.

–Quizás *un poquito*. –Junto el índice con el pulgar para hacer una seña de "mínimo". Ella revolea los ojos, pero percibo una leve sonrisa en sus labios–. Pero ya pasó.

Ashley se levanta de la silla y toma su bolso de la mesa.

–Pues me alegra que así sea –dice, y se lo cuelga en el hombro–. Bueno, ya no te molesto más. Gracias por aceptar hablar conmigo.

–No hay problema.

Me saluda con un beso en la mejilla –por primera vez, no lo hace con asco– y, justo antes de salir por la puerta, se voltea hacia mí y dice una última cosa:

–Y habla con Rhett, ¿sí? Creo que hacen una bonita pareja.



45

RHETT

CHLOE ES LA ÚNICA RAZÓN POR LA QUE NO ME HE HUNDIDO POR completo este último mes.

Mi prima me ha alegrado tardes enteras y es posible que ella ni siquiera lo sepa. Solo está siendo *ella*. Está riendo, cantando, creando historias para sus muñecas y maquillándome con colores vibrantes cuando quiere jugar a las princesas.

Hasta ahora, ella ha sido la que necesitaba de mi compañía. Esta vez, creo que yo soy el que necesita de la suya.

Le he preparado un tazón de chocolate caliente y lo está bebiendo con la vista puesta en los dibujos animados que se proyectan en la televisión, mientras yo junto las muñecas esparcidas por toda la alfombra y los incontables accesorios que tiene cada una.

Trato de poner la mejor cara para Chloe, lucir bien, lucir animado. Ella no tiene nada que ver con mi pésimo humor de este mes y mucho menos con la tristeza agobiante que he experimentado sin Becca.

Aunque, sí, admito que cada vez que me pregunta "¿Por qué no viene Becca?" mi corazón parece ser aplastado y pisoteado.

Estoy guardando las muñecas en la mochila de Chloe. En media hora vendrán mis tíos a recogerla y lo que ha traído está por toda mi casa.

–¿Becca sigue estudiando? –pregunta entonces.

Alzo la vista hacia ella. Estoy arrodillado en el suelo, estirando mi brazo hacia abajo del sofá para alcanzar el cepillo de cabello de una de las Barbies.

Lo agarro, lo guardo en la mochila de Chloe y me siento a su lado.

Claramente no podía contarle a mi primita de cinco años que la razón por la que ya no vemos a Becca es que hemos cortado… lo que sea que tuviéramos, así que le he dicho que está muy ocupada estudiando y por eso no puede venir mucho.

–Eh… sí –contesto y ella me mira–. Sé que le está yendo bien. Es muy inteligente.

Chloe entrecierra los ojos, vuelve a mirar la televisión y bebe un sorbo de chocolate caliente.

–Qué bueno –dice, y me mira otra vez–. Pero, ¿puedes preguntarle si quiere venir? *Por fis*, quiero jugar con ella.

–Ella…

–La extraño.

Oír esas palabras de la boca de Chloe me deja descolocado. Por un momento, no reacciono. Luego, finalmente, suelto:

–Sí, yo también la extraño.

Mi primita me entrega la taza de chocolate y, cuando la tomo, se gira hacia mí.

–¿Y Becca lo sabe? –pregunta, sonriendo emocionada.

Suspiro y me encojo de hombros.

–Sí, supongo que sí.

–¿Se lo dijiste? –Su vocecita es suave y entusiasmada.

Se lo dije. Y no resultó para nada bien.

–Sí, pero… no es tan fácil como parece –digo, sonriendo forzosamente.

Me froto el pecho para intentar calmar el dolor.

–¿Por qué no? –pregunta de nuevo–. Ella es tu *novia*. Seguro te extraña *muuucho*.

El corazón se me aprieta, el nudo en mi garganta es insoportable.

No sé cómo decirle a Chloe que lo más probable es que ya no vuelva a ver a Becca, que todo ha acabado, que hemos terminado.

Y que me duele tanto como a ella.

–Y también porque *la amas*.

Estoy perdido en mis pensamientos hasta que escucho lo que dice. Me quedo atónito viendo a mi prima. Sus ojos brillan con emoción y una sonrisa está formada en sus labios.

"Y también porque la amas".

La amas.

La amas.

Amas a Becca.

Mierda.

Creo que no lo había pensado así hasta ahora.

Sabía que estaba enamorado de Becca, sabía que me encantaba pasar tiempo con ella y que me volvía loco cada vez que sonreía o simulaba enfadarse conmigo. Sabía que su risa me calmaba y que su presencia me daba paz.

Sabía que cuando ella no estaba, todo parecía más gris, más vacío. Sabía que estar con ella me hacía sentir completo, que cada día con ella me parecía más corto de lo que quería. Sabía que ella era lo primero en lo que pensaba al despertar y lo último antes de dormir.

Pero nunca había puesto esa palabra en lo que sentía.

Amor.

Es profundo, es intenso, es ese miedo a perderla que se instala en el pecho y no te deja respirar. Es mirar hacia el futuro y no poder imaginarlo sin ella. Es sentir que, sin ella, todo se desmoronaría.

No puedo creer que Chloe me hizo ver algo que quizás siempre supe, pero nunca había entendido del todo.

No es solo atracción, no es solo querer estar con ella…

Es que no puedo imaginarme sin ella.

Porque sí.

La amo.

La amo de una forma que me hace querer luchar por nosotros, por ella, por lo que podríamos ser. Es la sensación de que ella ha encajado en todos los espacios vacíos que ni siquiera sabía que tenía. La amo de esa forma que te hace despertar a las tres de la mañana y dar vueltas en la cama pensando en qué le gustaría para el desayuno, solo para que ella empiece el día con una sonrisa.

La amo con la certeza de que, cuando estoy con ella, me siento más como yo mismo que en cualquier otro lugar.

La amo con la comprensión de que ella no es solo una parte de mi vida, sino *el centro* de ella.

Me asusto al darme cuenta de esto.

Porque ahora sé que no solo quiero estar con ella.

Necesito estar con ella.

–Sí –confieso en voz alta.

Chloe sonríe radiantemente.

Tengo el corazón acelerado y la voz temblorosa.

–... La amo. La amo con todo mi corazón.

No es solo que estoy loco por ella.

Es que la amo de una forma que no puedo ni describir.

Pienso en lo que aún tengo, en el regalo que aún no le he dado.

En la libreta.

En la dedicatoria.

Miro la hora en mi teléfono.

Tengo tiempo para bordar una última frase.

Puede que no sea perfecto, puede que no sea todo lo que ella merece.

Pero es lo mejor que tengo ahora.

Porque no puedo perder a Becca.

Porque la amo.

Y no hay forma en que me permita dejarla ir.



46

Becca

Esta fue una de las noches más intensas en Oasis. Termino de trabajar absolutamente exhausta. Cuando el reloj marca las dos de la madrugada, apenas tengo energías para quitarme el delantal.

Y, como el universo me tiene un *cariño especial* –nótese el sarcasmo– hoy la mayoría de los clientes fueron millonarios malhumorados. Ya sea porque se les rompió el iPhone, no pudieron comprar el reloj más caro, o cualquier otra razón por la que los ricos se ponen de mal humor y deciden desquitarse con las camareras.

Me duele la cabeza del estrés y me pesan los párpados. Solo quiero llegar a mi apartamento, tomar una aspirina y dormir.

Lo único por lo que no puedo llorar hoy es que estoy demasiado cansada. Lo dejaré para mañana, cuando me despierte y esté sola, sin Rhett a mi lado.

Inhalo profundamente y me cuelgo el bolso. Salgo de Oasis con la llave en la mano y abrigada hasta la cabeza. Tengo que cerrar como todas las noches y el frío que hace es impresionante. Ya estoy un poco resfriada, no quiero empeorar.

Cierro la puerta con llave y, con un suspiro pesado, busco mi teléfono en el bolso. Veré qué tan caros están los Ubers esta noche y, si es demasiado, iré en bus. No me importa cuán peligroso sea, no pienso malgastar dinero.

Sin embargo, alzo la vista de inmediato cuando noto una figura enorme frente a mí.

Con el corazón en la boca, doy un paso hacia atrás por puro instinto.

Me van a robar, es lo primero que pienso, *o a secuestrar*, *o a*…

Me petrifico cuando me encuentro con esos ojos azules con los que he soñado cada noche luego de la última vez que los vi.

Se me corta el aliento.

Mis ojos se abren de par en par.

Rhett.

–¿Qué haces aquí?

Mi voz es un susurro cargado de todo lo que no he dicho.

Él también parece quedarse sin aire cuando me ve, como si fuera la primera vez que lo hace en su vida, como si se le hubiera detenido el mundo.

No puede ser.

Se siente tan raro verlo después de tanto tiempo, después de haberlo soñado cada noche, después de haber derramado cada lágrima con su nombre. No sé cómo manejar todo lo que estoy sintiendo. La sorpresa, el deseo, el dolor.

El *amor*.

Una parte de mí no puede creer que esté aquí, justo enfrente de mí, después de lo que sucedió.

Y otra parte de mí… quiere correr hacia él, abrazarlo y suplicarle que se olvide de todo lo que le dije. Que no se vaya nunca más.

Decirle que yo también lo quiero.

Que *lo amo*.

Pero estoy paralizada, clavada al suelo.

Todo lo que puedo hacer es mirarlo, mientras mi mente se inunda de recuerdos, de lo que éramos, de lo que podríamos haber sido.

Su presencia se siente como un sueño, uno que no quiero dejar ir.

Todo lo que quiero es que este momento dure.

Que no desaparezca.

–Solo… quería darte algo –dice finalmente.

Mi corazón da un vuelco cuando lo escucho.

Su voz grave y ronca resuena en mi interior.

Lo miro a los ojos, los ojos azules más claros y expresivos que jamás he conocido, los ojos azules que he extrañado más de lo que estoy dispuesta a admitir.

Están llenos de arrepentimiento, de un dolor que casi puedo sentir.

La última vez que lo vi, su barba estaba larga y desordenada, pero ahora la lleva bien recortada y le queda *increíble*. Sin duda podría acostumbrarme a ella. Resalta su mandíbula definida y esa mirada intensa que me ha desarmado desde la primera vez.

Parece que ha estado intentando arreglar su vida, y no puedo evitar sentir una punzada en el pecho al pensar en cuánto ha cambiado desde la última vez que estuvimos frente a frente.

Él da un paso hacia adelante.

Lo miro con el corazón en la boca mientras se acerca con algo envuelto en las manos.

No puedo apartar la vista de él.

Su mirada baja al suelo por un segundo, antes de volver a encontrarse con la mía. Me entrega el paquete y lo tomo con manos torpes.

Desenvuelvo el papel despacio, sintiendo cómo se me acelera el corazón. Cuando veo lo que hay adentro, me quedo sin palabras.

El aire se me queda atrapado en la garganta.

Y todo a mi alrededor desaparece.

Es una libreta.

Idéntica a la que papá me regaló.

Idéntica a la que he estado llenando de poemas apenas conocí a Rhett.

Idéntica a la que he acabado semanas atrás.

Mis manos empiezan a temblar más fuerte, y mi corazón late como si fuera a salirse de mi pecho.

–¿Rhett, qué…? –No puedo ni terminar la pregunta.

Bajo la vista hacia la libreta, otra vez. La textura, los detalles y el color es exactamente igual a la que tengo, a la que ya he acabado, a la que me dio papá antes de morir.

–Dijiste que te quedaban pocas páginas en la tuya –dice, observando la libreta. Luego, vuelve a mirarme–. Y… –respira hondo– no pude soportar la idea de que ya no tuvieras donde escribir. Sé lo importante que es para ti.

Leo la dedicatoria en la tapa, atónita, aún sin poder creer lo que está bordado.

Para Becksie
Te ama con todo el corazón,
Rhett

El nudo en mi garganta se aprieta más.

No dejo de leer la dedicatoria, como si creyera que fuera a esfumarse, que fuera a desaparecer.

"Te ama con todo el corazón, Rhett".

"Te ama con todo el corazón, Rhett".

"Te ama".

"Rhett".

Rhett te ama.

Lo ha bordado en la tapa.

Rhett te ama con todo su corazón.

Las emociones se me vienen encima de golpe. No sé si voy a reír o a llorar. Es como si todo lo que he estado reprimiendo, todo lo que no quería sentir, saliera disparado de una sola vez.

No puedo ni pensar, solo siento.

Siento *todo*, de una manera tan intensa, tan fuerte, tan real.

Mi mente trata de procesar lo que está pasando.

–He acabado la mía –confieso inconscientemente, todavía mirando la libreta–. Ya no tengo dónde escribir.

Rhett abre la boca como si fuera a decir algo más, pero luego la cierra, aprieta los labios y asiente.

Me cuesta creer que esté aquí, que haya hecho esto, que haya pensado en mí de esta manera.

Levanto la vista y lo miro. Sus ojos están llenos de tristeza, llenos de súplica.

Me rompe por dentro.

Se ve tan vulnerable, tan desesperado.

–Sé que no es suficiente para compensar lo que hice, por haberte mentido sobre lo de Hannah… –continúa entonces, señalando sutilmente la libreta. Está temblando, está rompiéndose con cada palabra–. Pero quiero hacerlo, Becca. Si me dejas, te lo compensaré todos los días por el resto de nuestras vidas.

Su voz se deshace en un susurro.

El nudo en mi garganta es tan fuerte que parece a punto de asfixiarme. Las lágrimas arden en mis mejillas. No sé en qué momento empecé a llorar.

No tengo palabras. No puedo hablar. No puedo respirar.

–¿Estuvo mal lo que hicimos? Sí –prosigue, mirándome directamente a los ojos–. ¿Fuimos…? –Su voz se quiebra, y lo veo respirar profundo para seguir–. ¿Fuimos un error? Quizás. Pero estoy seguro, absolutamente *seguro*, de lo que siento. No tengo dudas de que eres tú. *Solo tú, Becca*. Soy tuyo desde la noche en la discoteca. Soy tuyo desde que me lanzaste ese vodka encima. Soy tuyo desde que supe que eras la novia de mi mejor amigo. Cambiaste mi vida, Becca. Todo se partió en dos, y una parte de mí se quedó contigo para siempre.

Se acerca más a mí. Sus ojos no se apartan de los míos.

Me quedo ahí, sin poder hablar, sin saber qué hacer. No puedo creer que me esté diciendo todo esto. Mi corazón late a mil por hora.

Sus palabras me están rompiendo y juntando al mismo tiempo.

–No puedo seguir sin ti ni un minuto más –dice con voz rota, pasando una mano por su rostro para secarse las lágrimas–. Estoy aquí, con el corazón en pedazos, dispuesto a hacer cualquier cosa, desde besar el suelo hasta arrastrarme de rodillas, para que vuelvas a mi vida. Te necesito aquí conmigo, Becca, más de lo que las

palabras pueden decir. Y *lo siento*. *Mierda*, siento *tanto* haberte lastimado.

Me tapo la boca con la mano, intentando mantenerme firme. Siento que me falta el aire y las lágrimas caen por mis mejillas sin control.

Intento hablar, pero solo sale un susurro ahogado entre sollozos.

–Te amo, Becca.

Un escalofrío recorre mi cuerpo en el instante en que dice esas palabras.

Mi corazón se acelera tanto que casi puedo oírlo retumbando en mis oídos. Mis piernas se sienten débiles y mi cuerpo empieza a temblar.

Lo ha dicho.

Ha dicho que me ama.

–Te amo con una intensidad que me destroza –prosigue, acercándose tanto a mí que nuestras respiraciones se vuelven una–, que me hace *temblar* solo al decirlo. Sin ti, mi vida está hecha un desastre. No puedo soportar la idea de pasar otro día sin tu sonrisa, sin tu voz, sin tus besos. Porque *te amo*, Becca. *Te amo con todo mi corazón.*

Todo el dolor y la confusión se disipan en ese instante.

Ya no puedo aguantar más. Ya no puedo fingir más.

Sin pensarlo, me lanzo hacia él.

Mis brazos se envuelven en su cuello, y mis labios se encuentran con los suyos en un beso desesperado, tierno, profundo.

El contacto es instantáneamente cálido, y me hace sentir como si estuviera flotando.

Es como si todo lo que no hemos podido decir estuviera en este beso, cada pedazo de amor y de dolor que hemos guardado. Nuestras bocas se mueven juntas sin ningún tipo de ritmo ordenado, simplemente siguiendo la urgencia de nuestra necesidad, deseando recuperar todo el tiempo perdido.

Porque lo que siento por Rhett nunca se apagó, ha estado ahí, latiendo en silencio en cada noche solitaria, en cada lágrima derramada.

Él se aferra a mi nuca y me acerca más a él, intensificando el beso. Nuestros cuerpos tiemblan, nuestros labios se abren y nuestras lenguas se unen.

No quiero alejarme de él. Quiero que este beso dure para siempre. Quiero besarlo hasta quedarme sin fuerzas.

Y lo hago. Lo hacemos. Nos quedamos sin aire y esa es la única razón por la que nos separamos. Respiramos con dificultad, volvemos a besarnos y, cuando finalmente nos alejamos, nuestras frentes aún están unidas.

Mis ojos se encuentran con los suyos. Mi corazón late tan desbocado que me llevo una mano al pecho, intentando apaciguarlo, mientras una sonrisa emocionada, con lágrimas, ilumina mi rostro.

Lo he extrañado como jamás he extrañado a nadie. Lo he extrañado cada segundo de cada día que ha pasado.

Y lo amo.

Lo amo muchísimo.

Lo amo con todo lo que soy.

Rhett esboza una sonrisa y sus ojos cristalizados se achinan.

Lo abrazo con fuerza, enterrando mi rostro en su pecho y tratando de que la libreta no se resbale de mis manos. Puedo sentir su

corazón latir al ritmo del mío, frenético y rápido, y eso me da una paz que no había sentido en mucho tiempo.

–Te extrañé *tanto* –susurro contra su abrigo, aún llorando.

Rhett sonríe, me abraza con la misma fuerza y acaricia mi cabello.

Me toma de la nuca con suavidad para que alce la vista nuevamente, para verme a los ojos y secar con sus pulgares mis lágrimas.

–Perdóname por lo que dije –digo como puedo, con voz entrecortada y un nudo enorme en la garganta–. Perdóname por haberte dicho que no te quería. No sé qué estaba pensando. Actué muy impulsivamente, Dios. Lo lamento, yo…

–Becca, ey –murmura con ternura, tratando de calmarme a través de delicadas y cálidas caricias–. Tranquila.

–Es que yo… fui muy orgullosa, y no lo dije en serio. No fuimos un error. No me arrepiento de lo que tuvimos. Estaba enojada y…

–Te amo, Becca.

Me callo en el segundo que me interrumpe con *esas* palabras.

La sinceridad en su voz, la leve sonrisa en sus labios y la ternura en su mirada me hace saber que todo está bien, que no está enojado, que no hay rencores.

Observo la libreta que aún sostengo, la libreta que me ha dado.

Es exactamente igual a la que me regaló papá.

Rhett la replicó. Buscó una idéntica, con la tapa color marrón y la textura, y la bordó de la misma manera en que papá lo hizo.

Es la mayor muestra de amor que alguien pudo haberme hecho.

Y lo hizo él. Lo hizo Rhett.

Me siento completa. *Feliz*. Siento que he recuperado una parte de mí que estaba *muerta* sin él.

Sin soltarlo ni un segundo, me acerco a sus labios y murmuro:

–Yo también te amo, Rhett.

Sonríe.

Sonrío.

Sonrío al verlo, al abrazarlo, al tenerlo de vuelta.

Sonrío al saber que jamás volveremos a separarnos.

Sonrío al saber que ahora, después de todo lo que hemos pasado, finalmente tenemos una oportunidad de construir algo *real*.

Algo que es solo nuestro.

Algo que existió desde la primera vez.

Esas chispas que saltaron desde nuestra discusión en la discoteca, ese cosquilleo que apareció en mi estómago cuando lo vi al día siguiente y descubrí quién era.

Algo prohibido.

Algo que no deberíamos haber sentido.

Una línea que no deberíamos haber cruzado.

Pero, sobre todo, algo que solo logramos cuando decidimos arriesgarnos.

Algo que solo se hizo *nuestro* cuando nos atrevimos a cruzar la línea.



EPÍLOGO

BECCA

Tres años después…

ESTOY PRÁCTICAMENTE COLGADA DE LAS VALLAS, SALTANDO, GRITANDO, con el corazón palpitando al ritmo de los últimos diez segundos del partido final del campeonato mundial.

Todos están tan exaltados como yo, emocionados, eufóricos.

La gente no deja de alentar.

De tocar tambores.

De gritar el nombre de mi novio.

Rhett se ha ganado el puesto de titular, el reconocimiento del mejor central que tiene la selección, y está teniendo uno de sus mejores partidos de la temporada.

Me ha dedicado todos los goles que ha hecho, señalándome, y honestamente ya no quedan espacios en mi mejilla que no estén *rojos*.

Los diez segundos se convierten en cinco.

Cuatro.

Estados Unidos ataca.

Corren.

Tres.

Rhett tiene la pelota.

Dos.

Hace el suspendido por encima de la defensa.

Uno.

Anota.

Cero.

Ganamos.

Ganamos.

¡Ganamos!

El estadio es un caos total. La gente grita, agita banderas, y los tambores no paran de sonar. Todo el lugar vibra con la emoción del triunfo, el eco de los cánticos lo llena todo. Las luces parpadean, las cámaras capturan cada momento, el aire huele a victoria.

Tomo a Chloe de la mano y salimos corriendo hacia la cancha junto a decenas de otras personas que van a festejar con los jugadores. Ambas emocionadas por abrazar a Rhett y tan eufóricas como el partido nos ha dejado.

–¡Han ganado! –exclama una Chloe de ocho años recién cumplidos.

–¡No lo puedo creer! –grito junto con ella.

Nos quedamos a unos metros de donde están los jugadores para no interrumpir el festejo, la vuelta olímpica, la espuma que han tirado en la cancha. Rhett está en el centro de todo, empapado de sudor, pero con una sonrisa que no le cabe en la cara. Sus

compañeros lo levantan en el aire, lo vitorean, lo celebran como el héroe que es, y él apenas puede contener la risa.

No quiero entrometerme en ese festejo tan precioso, tan perfecto para todo lo que él merece, por todo lo que se ha esforzado, por ser el mejor jugador que tiene la selección nacional.

Sin embargo, en cuanto sus pies tocan el suelo, lo primero que hace es buscarme entre la multitud.

Y ahí estamos, Chloe y yo, saltando como locas.

Me ve y su sonrisa se ensancha.

No duda ni un segundo. Corre hacia nosotras, esquivando a sus compañeros con esa energía imparable que tiene, y en un segundo, me levanta en un abrazo que me saca los pies del suelo. Me rio mientras me da vueltas en el aire y lo abrazo fuerte.

Es un momento perfecto, un segundo congelado en el tiempo.

Al bajarme, Chloe se le lanza encima, y él la levanta sin esfuerzo. Ella lo abraza como si no quisiera soltarlo nunca más.

Su prima le entrega una banderita del país que ha estado sacudiendo todo el partido y, cuando vuelve a dejarla en el suelo, nos miramos a los ojos.

Y sonríe.

Y sonrío.

–Felicitaciones, *campeón del mundo*.

Su sonrisa se ensancha. Sus brazos vuelven a rodearme y su rostro se esconde en mi cuello, riendo y llorando de alegría.

Cuando se separa de mí, sin soltarme, su mirada se dirige hacia las gradas y ve a sus padres.

Su madre está radiante, con una sonrisa que refleja todo su orgullo.

Ella ha sido la que más lo ha apoyado de ambos. Si bien, por supuesto, desea que su hijo lidere Coleman Motors en un futuro, sí ha sido mucho más flexible con el asunto del handball que Alexander.

Madeleine está más que feliz de que Rhett esté conmigo. De hecho, una vez me dijo que lo notó desde el primer momento en que nos vio juntos, en el entrenamiento de muestra a los reclutadores de la selección: esa chispa especial entre nosotros dos.

Y aunque Sebastian siempre ha sido como un hijo adoptivo para ella, lo que más deseaba era que Rhett encontrara a alguien que lo hiciera feliz.

Alguien que lo amara.

Su papá luce relajado, orgulloso, feliz. Las cosas han mejorado con el tiempo, y aunque todavía le cuesta aceptar por completo que su hijo haya elegido seguir su pasión por sobre la empresa familiar, se está esforzando.

Rhett les prometió que terminará la carrera, y por ahora, eso parece ser suficiente.

Debo hacerme a un lado, riendo, cuando los amigos de mi novio entran saltando a la cancha directo a abrazarlo y a festejar con él y Harry. Todo el equipo de Los Ángeles Club ha venido a verlos y no pueden estar más felices por ellos.

Liam es el primero en lanzarse sobre ellos y casi hacerlos caer. Connor no lo duda ni un segundo y abraza a Harry, que lo levanta del suelo justo como Rhett lo hace conmigo cada vez que ganan, y lo besa en los labios. *Al fin* han oficializado y ya llevan más de un año juntos. Harry ha logrado contarle a su familia conservadora que

se ha enamorado de un chico y, para su sorpresa, se lo tomaron mucho mejor de lo que él creía.

Rhett y yo hemos tenido varias citas dobles con ellos y sin duda son una pareja increíble.

Sean, Tyler y otros miembros del club también están aquí. Es superlindo ver cómo los alientan, cómo se alegran por ellos por estar aquí, por haber representado el país y haber salido campeones mundiales.

Ashley y Nicole han venido y han estado tan nerviosas como yo durante todo el partido. Hacen a un lado –empujan– a los chicos, y abrazan a Harry y a Rhett, y también a mí, como si tuviera algo que ver. Me rio.

La relación que tengo con ellas es preciosa. Ashley y yo nos hemos visto unas cuantas veces para beber café luego de la confesión que me hizo en el bar años atrás y, debo admitir, nos hicimos amigas.

Nicole, por otro lado, jamás ha dejado de ser agradable conmigo y, de hecho, hemos salido de fiesta algunas veces con ella, Harper y Jack. Mis amigos la adoran y ella es probablemente una de las personas más divertidas para salir que existen.

Creyó que las cosas serían extrañas después de admitirle a Rhett que estaba enamorada de él. Es más, hubo toda una charla de por medio que ella me rogó que tuviéramos a pesar de que yo le dijera que no era necesario, que todo estaba bien, que no se preocupara.

A ver, yo ya se lo había dicho a Rhett antes, cuando él me contó que antes de conocerme tenía sexo con ella de forma casual. Es que era obvio. Si yo fuera amiga de Rhett de toda la vida y durmiera con él, no me quedan dudas de que estaría enamoradísima de él.

Nicole es increíble y no hay nada que desee más que encuentre a alguien que la valore y la ame como se merece.

Las chicas dejan de abrazar a Rhett y se hacen a un lado, cuando Sebastian se acerca al que alguna vez fue su mejor amigo.

Rhett lo saluda con la cabeza y mi exnovio hace lo mismo, felicitándolo… aunque bastante seco.

La relación de ambos es… complicada. Bueno, ellos al menos tienen aún algo de relación. Yo, en cambio, ya no hablo ni veo a Sebastian. Es más, esta es la primera vez en meses que estoy cerca de él.

Obviamente, se han distanciado. Su amistad no es la que era antes y las cosas están tensas cada vez que se ven. Los chicos están en el medio, porque siguen siendo amigos de ambos, así que Rhett y Sebastian han llegado a una especie de acuerdo.

Que no sea incómodo cuando estén con el resto de sus amigos.

Sebastian me saluda a mí también. Aunque ni siquiera me mira, es más que lo que hizo la última vez que me vio, en el cumpleaños de Connor hace algunos meses, donde me pasó por al lado y solo saludó a Rhett.

Ya no tenemos contacto y, siendo franca, lo agradezco.

Es el tipo de personas que resta más de lo que suma.

Cuando los gritos cesan, en la medida de lo posible, los abrazos terminan y todos debemos volver a la tribuna para ver la ceremonia de premiación, *obligo* a Rhett a que me suelte así puede volver con su equipo.

Él se rehúsa, diciendo que todo lo que quiere es compartir este momento conmigo. Y con Chloe, por supuesto, que está entremedio de ambos.

–¡Que vayas! –digo por milésima vez, riendo–. Mira si le dan la copa a Francia porque el capitán de Estados Unidos no está allí para recogerla.

Rhett suelta una carcajada y Chloe parece preocuparse, como si creyera que eso es posible. Su primo niega con la cabeza y ella suspira, aliviada.

En ese instante, mi teléfono suena.

Me tiemblan las manos al sacarlo del bolsillo, temiendo que sea ese email que he esperado toda la semana: el resultado de mi última asignatura antes de graduarme como psicóloga.

He decidido especializarme en Psicoanálisis, y he disfrutado cada momento de mis estudios en esta área. Hace unas semanas he rendido el último examen de Psicoterapia y Técnicas Terapéuticas y, si apruebo, habrá sido el *último examen de la carrera*.

Miro mi teléfono.

Miro la notificación.

–¡Ay, mier…! –exclamo y me cubro la boca al recordar que Chloe está aquí–. ¡Maldición! –me corrijo rápidamente.

Rhett abre los ojos de par y se aparta el cabello del rostro.

–¿La nota? –pregunta, tan nervioso como yo.

Lo miro a los ojos.

Asiento.

Mi novio se tapa la boca con ambas manos y Chloe empieza a chillar de emoción. Me tiembla todo el cuerpo y por un momento pienso en abrir el email cuando la ceremonia termine, porque temo largarme a llorar aquí mismo si me va mal… y largarme a llorar también si me va bien.

Por Dios.

No puedo respirar.

–Ey, ey –dice Rhett, dejando suavemente a Chloe en el suelo y tomándome del cuello con delicadeza–, tranquila, ¿sí?

–Sí, sí –digo, respirando aceleradamente por la boca y frotándome el pecho para que mi corazón deje de latir *así* de rápido–. Por Dios.

Le entrego mi teléfono para que él lea el email.

Estos años hemos tenido la tradición de que, cada vez que a alguno de los dos le llega una nota de un examen importante, el otro la lee para que uno no muera de los nervios.

A Rhett le ha estado yendo mejor en la universidad, pero aún le quedan algunas asignaturas.

A mí, en cambio, solo me queda esa.

Mi novio toma mi teléfono con manos temblorosas. Sus compañeros de equipo le dicen que vaya con ellos *ahora mismo*, pero él les hace señas de que esperen.

Desbloquea mi teléfono.

Veo cómo toca la pantalla para abrir el mail.

Sus ojos se agrandan.

El corazón me da un vuelco al ver su cara.

Ay, por Dios, no me gusta esa expresión.

Entonces, se pone de cuclillas para estar a la altura de una ansiosa Chloe, y enseñarle la pantalla.

La niña abre los ojos de la misma forma que él, y lo observa. Rhett le dice algo al oído y Chloe sonríe.

Mierda, ¿qué dice el email?

Estoy siendo consumida por mis propios nervios.

Rhett se endereza de nuevo. Sus ojos azules resplandecen de orgullo al encontrarse con los míos.

Con una sonrisa amplia en el rostro, dirige su mirada a Chloe antes de volverla hacia mí, y ambos dicen al unísono:

–Felicitaciones, *doctora Moore.*

Lo que sigue es mi llanto de alegría, abrazos con ambos, risas y temblor en cada extremo de mi cuerpo.

Orgullo.

Satisfacción.

Felicidad.

Las noches enteras sin dormir, las horas y horas de estudio, las jornadas interminables de trabajo en el bar…

Todo ha valido la pena.

Todo ha dado sus frutos.

Y no puedo evitar pensar en papá. No puedo evitar dedicarle esto a él, en donde sea que esté, porque sé que está viéndome, sé que está celebrando conmigo.

De alguna manera, me siento más cerca de él en este momento.

Y sé que está orgulloso.

Sé que lo estaría si me viera aquí, ahora, en dónde estoy, con quién estoy y cuán feliz soy.

Pero también miro a Rhett y veo en sus ojos un reflejo del mismo orgullo y amor que siento por mí misma.

Él ha sido mi roca. En cada momento difícil, en cada día cansado, él ha estado ahí, dándome fuerzas y recordándome por qué lo hago. Ha estado a mi lado en cada paso, desde los momentos de duda hasta los de triunfo, y siempre ha creído en mí, incluso cuando yo no podía.

Con él a mi lado, todo es perfecto.

Y no hay nada que me haga más feliz que saber que hemos construido algo tan sólido y real juntos.

Y no hay lugar en el mundo donde prefiera estar que aquí.

Junto a él.

Junto a Rhett Coleman.

Con quien todo encaja de la manera más perfecta.

FIN.



LIBRETA DE BECCA

5 de julio de 2024

Nos encontramos por casualidad,
un destello entre luces neón.
Sé que está mal, sé que está prohibido.
Pero algo en ti me atrae,
algo que no puedo ignorar…
y que emplearé todas mis fuerzas en ocultar.

6 de julio de 2024

Tu voz, suave y distante,
me dice más de lo que quieres callar.
Y entre cada palabra,
me encuentro buscando el eco de tus pensamientos,
el reflejo de lo que somos.
Sé que hay algo entre nosotros,
pero todavía no logro entenderlo.
Es solo un susurro,

una verdad a medio decir.

<u>18 de julio de 2024</u>

El silencio grita,
y tú te acercas,
pero yo doy un paso atrás.

<u>28 de julio de 2024</u>

Tentada por la oscuridad,
siento el deseo prohibido de latir.
Entre líneas borrosas y corazones temblorosos,
entre lo que siento, y lo que debería sentir.

Un deseo prohibido arde
en lo más profundo de mi ser.
Tentándome a sucumbir una vez más,
tentándome a caer.

<u>10 de agosto de 2024</u>

Papá, aún te siento en cada rincón,
en las calles que caminamos,
en la brisa que me acaricia el rostro.
Recuerdo tu risa, la forma en que hacías que todo se sintiera seguro,
y aunque el tiempo pase, tu ausencia me pesa.
A veces siento que aún puedo escuchar tus pasos.
Te prometí que seguiría adelante,
pero no hay un solo día en que no te extrañe.

Te ama, Becksie.

<u>21 de agosto de 2024</u>

Estamos condenados por lo que deseamos,
y aun así, no podemos detenernos.
Hay una guerra entre lo que sentimos
y lo que nos dicen que debemos sentir.
Pero en este momento,
yo solo quiero ser tuya.

<u>23 de agosto de 2024</u>

Por un momento,
olvidamos todo.
Solo somos nosotros,
en este pequeño rincón del universo.

<u>28 de septiembre de 2024</u>

Hoy, después de todo lo que pasó,
creo que ya no sé qué esperar de esto.
Cada segundo contigo es una ilusión
y, al mismo tiempo, una verdad que no me quiero enfrentar.
Quizás lo que hicimos esté mal,
y yo lo sé.
Pero aun así no puedo evitar volver a buscarte
en todos mis días rotos.
Y aunque me duela,
sé que este es mi karma,

que lo que hemos estado viviendo,
siempre ha tenido un precio.

<u>28 de septiembre de 2024</u>

Te dejé ir aunque no quería,
y el vacío se convierte en mi sombra.
Tu risa ya no llena mis días,
y tus ojos ya no me buscan.

<u>29 de septiembre de 2024</u>

Nos alejamos sin decirlo,
pero lo sabemos.
El silencio es más pesado que nunca.

<u>29 de septiembre de 2024</u>

Acabo de verte.
Lucías tan triste, pero tan hermoso como siempre.
Tus ojos estaban llenos de arrepentimiento,
y me dijiste lo que nunca quise escuchar:
"Te quiero".
Y yo,
te mentí,
me mentí,
te miré a los ojos y solo pude decir:
"Yo no a ti".

<u>5 de octubre de 2024</u>

Creí que todo estaba perdido,
que el amor no era para mí.
Que lo nuestro era solo un suspiro,
un error… que debía huir.
Pero tus manos, tan calladas,
dijeron más que mil palabras.
Y tus ojos, cuando me miraron,
rompieron todo lo que yo negaba.
No somos perfectos, ni cerca,
pero en tu pecho encontré hogar.
Entre errores, caídas y miedos,
aprendimos juntos a amar.
Te elijo, aún con mis dudas,
te quiero, con lo que soy.
Y si el mundo vuelve a rompernos,
prometo quedarme… esta vez, los dos.

AGRADECIMIENTOS

Todavía me cuesta creer que este sueño que siempre llevé en el corazón hoy sea real. No tengo palabras para describir cuánto me emociona tener este libro en mis manos y que también esté en las de ustedes.

Durante mucho tiempo imaginé este momento y, ahora que llegó, solo puedo decir: gracias.

A mi familia, que estuvo siempre ahí, firme como un roble (y que me bancó en cada etapa de este camino, incluso cuando no paraba de hablar de esta historia una y otra vez). Gracias por su amor infinito, por abrazarme en los días en que sentía que no podía, por escuchar mis dudas, por festejar cada pequeño logro conmigo y por enseñarme que los sueños, aunque parezcan lejanos, sí se cumplen. Cada página de este libro lleva un pedacito de ustedes. Los amo con todo mi corazón.

A mis amigos, que son mi segunda familia. Gracias por estar, por escucharme soñar en voz alta, por quedarse conmigo hasta tarde hablando de Becca y Rhett como si fueran parte de nuestras vidas (un poco lo son, ¿no?), por fangirlear conmigo por cada mínima cosa, por sus consejos sinceros, por sacarme sonrisas cuando más lo necesitaba y por hacerme sentir que nunca estaba sola en este camino. No sé qué haría sin ustedes.

A ustedes, lectores/as, mis queridxs compañerxs de viaje. No tienen idea de lo que significan para mí. Gracias por confiar en mí, por emocionarse con esta historia, por cada mensaje lleno de cariño que me arrancó lágrimas de felicidad, por cada palabra, cada abrazo virtual, cada foto con el libro. Gracias por dejar que *Amor en juego* forme parte de sus vidas. Ustedes son la razón por la que todo esto es tan mágico.

Y a ustedes, mami y Tobi. Mis pilares, mis primeros lectores, mis mayores apoyos. Gracias por creer en mí incluso en los días en que yo misma no podía hacerlo, por sostenerme, por escuchar cada idea loca, por estar siempre. Este libro es para ustedes, con todo mi amor.

A veces los sueños parecen imposibles… hasta que un día, se cumplen. Y si este libro te inspira a creer en los tuyos, entonces ya valió la pena.

Gracias infinitas por estar acá, por leerme, por acompañarme en esta aventura.

Esto recién empieza. Nos seguimos leyendo.

Índice

Playlist
1. Becca
2. Rhett
3. Becca
4. Rhett
5. Rhett
6. Becca
7. Becca
8. Rhett
9. Becca
10. Rhett
11. Becca
12. Becca
13. Becca
14. Rhett
15. Becca
16. Becca
17. Rhett

18. Becca
19. Rhett
20. Rhett
21. Rhett
22. Becca
23. Rhett
24. Rhett
25. Becca
26. Becca
27. Becca
28. Becca
29. Rhett
30. Becca
31. Becca
32. Rhett
33. Rhett
34. Rhett
35. Becca
36. Becca
37. Rhett
38. Rhett
39. Becca
40. Rhett
41. Becca
42. Becca
43. Rhett
44. Becca
45. Rhett

46. Becca
Epílogo. Becca
Libreta de Becca
Agradecimientos



¡QUEREMOS SABER
QUÉ TE PARECIÓ
LA NOVELA!

Encuéntranos en

tiktok.com/vreditorasya

facebook.com/vreditorasya

twitter.com/vreditorasya

instagram.com/vreditorasya

Walters, Milena
Amor en juego : cruzar la línea / Milena Walters. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : V&R, 2025.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-631-300-502-4

1.Novelas Románticas. I. Título.
CDD A860.9283

Dirección editorial: María Florencia Cambariere
Edición: Melisa Corbetto con Stefany Pereyra Bravo
Coordinación gráfica: Leticia Lepera
Diseño de interior: Cecilia Aranda
Arte de tapa: @lulybot
Conversión a formato digital: Estudio eBook

© 2025 Milena Gutiérrez
© 2025 V&R Editoras
www.vreditoras.com

ARGENTINA
Florida 833, piso 2, of. 203
(C1005AAQ) Buenos Aires
Tel.: (54-11) 5352-9444
e-mail: **editorial@vreditoras.com**

MÉXICO
Dakota 274, colonia Nápoles - C. P. 03810
Alcaldía Benito Juárez, Ciudad de México
Tel.: 55 5220-6620 • 800-543-4995
e-mail: **editoras@vreditoras.com.mx**

Primera edición: septiembre de 2025

ISBN 978-631-300-502-4

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión, sin previa autorización escrita de las editoras.

EDITORAS

Seguinos en tu red favorita

VR.editoras

Índice de contenido

Cubierta
Sobre este libro
Sobre Milena Walters
Portada
Dedicatoria
Playlist
1. Becca
2. Rhett
3. Becca
4. Rhett
5. Rhett
6. Becca
7. Becca
8. Rhett
9. Becca
10. Rhett
11. Becca
12. Becca
13. Becca
14. Rhett
15. Becca
16. Becca
17. Rhett
18. Becca
19. Rhett
20. Rhett

21. Rhett
22. Becca
23. Rhett
24. Rhett
25. Becca
26. Becca
27. Becca
28. Becca
29. Rhett
30. Becca
31. Becca
32. Rhett
33. Rhett
34. Rhett
35. Becca
36. Becca
37. Rhett
38. Rhett
39. Becca
40. Rhett
41. Becca
42. Becca
43. Rhett
44. Becca
45. Rhett
46. Becca
Epílogo. Becca
Libreta de Becca
Agradecimientos
Índice
Créditos


Cubierta